

A romantic couple is shown in profile, about to kiss. The man is on the left, leaning towards the woman on the right. The background is a dimly lit room with a piano keyboard visible in the foreground. The title 'Sonata de Amor' is written in a large, elegant, blue cursive font across the center of the image.

*Sonata  
de Amor*

Isabel Acuña

# Sonata de Amor

**Isabel Acuña**

©Isabel Acuña.

Registro de la obra: 1-2018-113016

Oficina de Registro de Autor. Ministerio de Justicia.  
Colombia.

Editada por: Vivian Stusser.

Diseño de portada: Isa Quintin.

Primera Edición: Diciembre 2018

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A mi madre, que siempre tiene la misma mirada para mí, por tener el privilegio de su compañía.*

# TABLA DE CONTENIDO

[PRELUDIO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

## PRELUDIO

*Nueva York, mayo del 2017*

El timbre de una llamada despertó al doctor David Foster. Se refregó la cara y tomó el aparato.

—Diga. —Bostezó mientras se rascaba el pómulo.

—Doctor Foster. —La enfermera hizo una pausa—. Será mejor que venga enseguida.

—¿Qué pasa, Margaret?

Al escuchar la noticia, David se sentó en la cama de un salto. Los latidos del corazón se le dispararon. Como médico cirujano cardiovascular del St George Memorial Hospital estaba acostumbrado a recibir llamadas a cualquier hora del día o de la noche. Pero esta no era cualquier llamada

—¿Cómo se encuentra? —preguntó, estupefacto.

—Bien, abrió los ojos de nuevo, fija la mirada por algunos segundos. Vamos a llamar a su esposo.

—¡No! —exclamó. Se levantó como si fuera un resorte y caminó por la habitación, se acarició el cabello con algo de rudeza y se fijó en la hora, eran las seis y treinta. Bajó la voz al volver a hablar—. Quiero examinarla primero, yo lo llamaré, ¿me escuchó bien, Margaret? Yo haré esa llamada.

—Como usted ordene, doctor.

Soltó el aparato y se metió enseguida en la ducha. Catherine Spencer —“Spencer” era su apellido de casada, para él era solo Catherine—, había vuelto del mundo en el que estuviera recluida por cinco eternos meses. En breve tomaba la billetera, el móvil y las llaves del auto. En diez minutos entraba apresurado al hospital. Pronto sería el cambio de turno, una horda de estudiantes se atravesó en su camino. No saludó ni miró a nadie mientras se abría paso dentro del ascensor. Oprimió el botón del piso y se dedicó a observar las luces con impaciencia, mientras el aparato ascendía demasiado despacio para su gusto.

En cuanto se abrió la puerta en el piso donde estaba la paciente, se abrió paso con celeridad y casi corrió hasta su habitación.

Unos pasos antes de llegar de pronto se detuvo y se quedó como estatua observando la puerta cerrada. Hoy concluiría una etapa importante de su vida, emociones contradictorias se agolpaban en su interior. Todas luchaban por ser

la emoción dominante: alegría, miedo, sorpresa, alivio. Pero esas sensaciones no eran importantes, en la soledad de su casa las analizaría, ahora lo primordial era ella. Se arregló el cabello, pasó el nudo que obstruía su garganta, abrió la puerta y entró a la habitación.

Una enfermera le había subido la parte superior de la cama, su rostro pálido tenía un ligero rubor, sus ojos estaban cerrados y se notaba que deseaba levantar el brazo. A David le sudaron las manos, que guardó en los bolsillos de la bata que se había puesto de manera apresurada al bajarse del auto. No sabía qué decir, la miraba hipnotizado, regodeándose de ser el primero de sus conocidos en saludarla, en darle la bienvenida a un mundo que estaba muy diferente a cuando había ocurrido todo. Tendría una larga recuperación por delante. Era una mujer valiente, lo lograría. No supo cómo hacer notar su presencia, de pronto un ataque de timidez lo asaltó, como si fuera a asistir a una primera cita con la chica que le gustaba, todo entusiasmo y nerviosismo, y con temor de no ir a meter la pata. ¿Recordaría algo de lo ocurrido? Si así era, el matrimonio estaría en problemas, o a lo mejor no. Su burbuja se desinfló un poco, supuso que ahora que ella había despertado y en cuanto se recuperara, volverían a su dinámica de siempre. Poco se toleraban, aunque fuera la esposa de su amigo, bueno, ella apenas lo soportaba, él... era otra historia. En minutos entraría Mark, su esposo, de nuevo en su vida y él tendría que hacerse a un lado, otra vez.

Se acercó, asustado, hasta la cama y no supo si fue por el ruido de sus pasos, que los parpados de Catherine empezaron a temblar y con gran lentitud, abrió los ojos. Llevaba casi seis meses sin sentir el imperio de su mirada. Le hormigueó la piel. Carraspeó, incómodo, y en un acto reflejo fue a tomar su mano, pero detuvo el gesto a mitad de camino, tratando de calmarse. Le chequeó los signos, buscando distraerse de su intensa mirada, tocaba su piel todos los días en ese mismo chequeo, pero hoy la percibía diferente. Le acarició el dorso con el pulgar en una caricia que le hacía todas las noches antes de retirarse. La sintió estremecerse. Necesitaba hablarle, le aferró más la mano.

—Hola, Catherine. Regresaste.

# CAPÍTULO 1

*Boston, febrero del 2013.*

—Más te vale que esta presentación valga la pena, se me están congelando las pelotas hace media hora —reclamó Mark a su amigo David en cuanto lo vio aparecer, mientras se frotaba las manos envueltas en gruesos guantes.

El aludido soltó un bufido y se ajustó más la bufanda.

—Sé que hace un frío de los cojones, mi hermano, pero ese cabrón de Hudson casi no me deja salir, hubo un accidente de coche y hasta hace un rato se pudieron estabilizar los pacientes. Vamos, aquí están los boletos. —Señaló hacia la puerta de uno de los auditorios del conservatorio de música de Nueva Inglaterra, una de las escuelas más distinguidas del país.

Enseguida entraron al lugar, la temperatura varió. David Foster cursaba cuarto año en la Escuela de Medicina de Harvard y Mark llevaba un año de atraso por culpa de una materia de Química que no había podido aprobar. Eran amigos desde que la madre de David había entrado a trabajar como ama de llaves en la mansión Spencer, en Nueva York.

Esa noche David había arrastrado a Mark a aquel lugar con la promesa de que luego lo invitaría a una taberna cercana donde cogerían una buena borrachera, ya que el día anterior habían sido llamados a la presencia de “su majestad”, como llamaban entre ellos a Henry Spencer III, el padre de Mark, que era el principal accionista de la cadena de hospitales privados más importantes del país. David estaba algo incómodo por las últimas noticias, no por sí mismo, sino por Mark, que siempre trataba de complacer a su padre sin lograrlo, lo que redundaba en más trabajo para él, porque el joven era pasivo agresivo y se desquitaba de la manera que más le dolía a Henry: bajando las calificaciones, que luego David tenía que ayudarlo a nivelar a costa de sus propios estudios.

El peso de su apellido en el área de medicina era algo que había caído sobre los hombros de Mark Spencer desde que su padre, un hombre que debió ser financista en vez de médico, se había hecho millonario comerciando con la salud de cientos de miles de estadounidenses. El amor de David por la

medicina no fue heredado o impuesto, como en el caso de Mark. Ambos eran huérfanos de madre: la de Mark había muerto en un accidente de coche cuando era un niño de tres años, y la de David, cuando él contaba con apenas trece años, por culpa de un cáncer de pulmón que se la había llevado en tres meses. Los síntomas empezaron cuando llegó de una visita a su madre en Chicago y cayó enferma con una pulmonía, diversos estudios avalaron el diagnóstico de cáncer pulmonar con metástasis en varias partes del cuerpo. Henry Spencer no escatimó en gastos hacia una empleada que había suplido con creces la ausencia de una madre para Mark durante casi diez años.

Fue un duro golpe para el par de niños la muerte de Penélope. Spencer se erigió en tutor legal de David, y cuando vio lo inteligente que era, lo reclutó junto a Mark para que entrara en cuanto curso de ciencias biológicas se presentaba. David, a diferencia de Mark, disfrutaba de las clases, esos créditos le dieron una amplia ventaja cuando, después de estudiar Biología, entró a la Facultad de Medicina de una de las universidades más importantes del país.

El par de jóvenes trataba de coincidir por lo menos dos veces a la semana, a pesar de los turnos, las clases y las largas jornadas de prácticas y estudios. David estaba en deuda con la familia Spencer, abrirse camino solo, sin la ayuda de una persona tan poderosa, no habría sido nada fácil, pero esa deuda empezaba a pesarle como si anduviera con grilletes y eso que no tenía la presión de ser hijo de Spencer, para Mark las cosas eran mucho más difíciles y más con lo ocurrido el día anterior.

Henry Spencer estaba en la suite presidencial de unos de los hoteles más lujosos de Boston, examinaba un documento que, los chicos imaginaron, serían las palabras que pronunciaría en la reunión de exalumnos de su promoción. Alto, guapo y elegante, ni un pelo fuera de su sitio, su traje gris immaculado. Pocas veces reía, pocas veces compartía con ellos, que tras morir Penélope terminaron de ser criados por una sucesión de personal que habitaba la casa de Uper East Side, uno de los barrios más exclusivos de Nueva York.

—No quiero cambiar de planes, padre.

El hombre ni siquiera levantó el rostro ante el repentino ataque de rebeldía de su hijo.

—Mark. —Su voz era tan refinada y serena como su apariencia—. Se ha hecho un esfuerzo considerable en conseguir que te admitan el próximo verano en el curso de Fieldman. Completarás los requisitos para tu admisión. Tienes

que esforzarte, no sacaste las mejores notas el semestre pasado, este semestre aún no me han llegado reportes, sé que puedes hacerlo.

La sola idea del curso hacía que a Mark le doliera el estómago.

—Esa especialidad no me interesa. —Se levantó de la silla—. No entiendo por qué no puedo hacer una maestría en Financiera, tú lo has hecho muy bien y hace muchos años que no tocas un jodido bisturí. Me prometiste que si pasaba en limpio el semestre, tendría este verano para mí.

—Siento romper la promesa que te hice, pero para llegar a donde estoy estudié Medicina, luego hice la residencia y solo después mi maestría en Finanzas con énfasis en Salud. Lo siento, hijo, son la reglas. —Levantó la mirada con el ceño fruncido—. Serás un hombre con mucho poder, es necesario hacerlo. Mira, sé que te he prometido pasar el rato juntos, pero tengo que reemplazar a Howard en su conferencia.

—Podrías haber dicho que no.

—No puedo ser tan egoísta, los hombres de mi posición no podemos darnos ese lujo. —Henry echó una última mirada a su maletín—. Sé que entiendes las exigencias de mi trabajo y te lo agradezco, a veces esas obligaciones están por encima de la vida familiar.

—Lo entiendo, padre, como también entiendo que puedo tomar mis propias decisiones. Necesito un descanso...

Henry apenas le dedicó una mirada a su hijo.

—Eres joven, no necesitas descanso, tienes una buena condición física. Además, pienso que ese curso te dará cantidad de herramientas para no patinar más. No quiero más fracasos, Mark. David no me da ningún problema, el otro semestre será admitido en el hospital de San Francisco para iniciar su residencia, hará una práctica en cirugía en el Hopkins durante el verano, ya está bien que cada uno tome el camino que le he ido señalando, no lo he escuchado quejarse una maldita vez. Sigue su ejemplo, hijo.

Mark sintió como si le hubieran dado una bofetada. Cuando su padre se dirigía a la puerta, soltó:

—David debería ser tu hijo, no yo.

Lo sintió tensarse.

—Está decidido. —Henry consiguió adoptar un tono tajante a la vez que sufrido.

—Es increíble que no pueda tener ni voz ni voto en esto. Necesito mi independencia.

—Lógrala, pero sin mi dinero. —Se acercó a él, como arrepentido de su

exabrupto—. Puedes ser independiente, ¿pero qué tan responsable eres? Todavía necesitas orientación y asesoramiento.

Sin esperar respuesta, salió de la habitación.

David volvió a su presente, él no tenía los conflictos que asolaban a Mark, deseaba ser cirujano cardiovascular, ante Henry Spencer había aprendido a seleccionar sus batallas. Sabía que se enfrentaría a él, no en ese momento, pero sí cuando se fuera a trabajar en el Goodness Ship —un buque hospital que recorría las costas de África brindando atención gratuita—, durante un año, al concluir su residencia. Sería su año sabático, quería ser libre del influjo Spencer y eso solo lo lograría en el otro lado del mundo, al lado de los más necesitados. El viejo se llevaría el primer disgusto por su causa, pero aún faltaban años para ese momento.

Dejaron los abrigos y guantes en el guardarropa y entraron a la sala. David era melómano y no quería perder la oportunidad de escuchar un buen concierto, los estudiantes de Música de la universidad lo sorprendían a veces. Había poca gente en el lugar, se ubicaron en las sillas de adelante. El concierto lo daba una chica pianista, Catherine Watson.

—Mejor nos hubiéramos saltado este numerito y seguido a la taberna enseguida —se quejó Mark.

David negó con la cabeza y sonrió.

—Quién sabe si la mujer de tu vida no está por aquí en algún lado —dijo con talante bromista, lo que resultaba raro, por lo general era un joven serio y circunspecto.

Mark soltó una risotada.

—Sí, claro, como las que me presentas cada tanto.

David levantó una ceja, sorprendido.

—Lo dice el hombre que se ha tirado todas las mujeres que le he presentado.

—A casi todas te las has follado tú primero —replicó Mark.

—¿Y qué? ¿Ahora remilgado? Están más que dispuestas. No te quejes. —David lo miró serio—. De verdad, tienes que superarlo hermano. Olvídate de ella.

Alana, la novia de Mark por más de dos años, le había dado plantón antes de su viaje a Europa en un semestre de intercambio; según ella, debían conocer a más gente, dejar de ser exclusivos. Al chico la noticia le cayó muy mal, pues estaba enamorado.

El timbre de espera para empezar la función se escuchó por última vez mientras el par de jóvenes se ponían al día. David echó una mirada al auditorio, había más hombres que mujeres. Las conversaciones del público se iban atenuando. Cuando la luz bajó un poco, dejando claridad solo sobre el piano, se hizo un silencio reverente. Por un altavoz se escuchó a una voz presentando a la artista.

La chica vestida de rojo salió al escenario e inició el concierto con *Claro de luna*, de Debussy. David ya no pudo mirar a nadie más. Al minuto supo que era prodigiosa; sus dedos flotaban como alas de mariposa sobre las teclas y el aire se saturaba de un sonido hermoso, acabado. A medida que transcurría el concierto, lo impresionó la comunión entre ella y el instrumento, como si le hiciera el amor al jodido piano, el arrebató con el que sentía la música y expresaba las emociones de la melodía lo cautivó. En ese momento, ejecutaba *Octubre de las estaciones*, de Tchaikovsky, palpó como nunca cada melodía, como si todo el concierto fuera solo para él, y permaneció sin aliento contemplándola, detalló su cabello negro, ondulado y largo, su piel pálida y sus inmensos ojos oscuros cuya mirada desgarraba y acariciaba alternativamente. Y cuando habló... Sí, un jodido pianista hablando entre una melodía y otra, sintió el impulso loco de subir al escenario y abrazarla hasta que se fundiera en sus brazos. Habló del músico que interpretaba en ese momento y de algún recuerdo de la infancia que la llevó a escoger esa determinada pieza del repertorio.

Fue un concierto sublime, cálido, como si en vez de estar en una sala llena de gente, ella estuviera en la sala de su casa tocando para él y contándole intimidades ante un buen fuego y una copa de vino. Lo asustó y lo fascinó, pero más lo primero, y ese temor decidió lo que pasó después.

Cuando terminó la presentación, la gente la aplaudió por varios minutos, quiso correr a la puerta de su camerino con un ramo de flores, se dijo que estaba siendo ridículo y salió con su amigo. Mientras Mark reclamaba los abrigos, leyó la hoja de presentación, con una fotografía de la artista, que le habían dado al entrar a la sala, acarició su rostro y guardó el papel en el bolsillo. Ambos estaban acomodándose los abrigos y hablando sobre la clase de lugar al que irían, aunque David todavía podía escuchar la música y ver en su mente las manos de la joven interpretando una de las piezas.

—Me merezco una cerveza por aguantarme más de una hora allá adentro —señaló Mark—. Aunque la pianista está preciosa. ¿La conoces?

—No las conozco a todas —señaló con talante sombrío, saliendo a la fría

noche.

—Pues esta es una pieza de primera. Me gustó mucho, vamos a esperarla y la invitamos a tomar algo.

David no supo por qué el comentario le molestó. Era la primera vez en meses que su amigo tomaba la iniciativa respecto a alguna mujer, sin tener él que echársela encima, y precisamente era con la mujer que lo había impactado. No captó la mirada de Mark, pendiente del más mínimo de sus gestos, lo dejaría correr, si quería tirársela, allá él, no estaba para sentimentalismos tontos, a lo mejor habían sido la música y las emociones que encerraba las que hicieron que viera hermosa a la joven. Sin embargo, por algún extraño motivo, quiso hacerlo desistir. No supo por qué le pareció urgente esconder su atracción por la pianista.

—¡Vamos más bien por tu cerveza! —exclamó.

Mark ya no lo estaba mirando a él, un brillo codicioso apareció en su mirada. Un grupo de estudiantes pasó en el instante en que una de las puertas se abrió y Catherine Watson salió del lugar para entrar en sus vidas. David se quedó pasmado y pudo observar como Mark tropezaba con ella y sonreía cuando la miraba, después todo sucedió muy rápido. Steve Thompson, que iba al lado de la chica, conocía a Mark por Alana e hizo las presentaciones. David ignoró el calorcillo que lo invadió al rozar su piel mientras Mark los invitaba a todos a una cerveza. “Jodido cabrón. Le había presentado un rosario de mujeres, buenas y no tan buenas, todas hermosas, y se tenía que fijar justo en ella”.

Tuvo la esperanza de que dijera que no, contuvo la respiración esperando, y cuando ella le devolvió la sonrisa a su amigo y dijo que sí, intentó encerrar la incipiente atracción, cubriéndola con lozas de indiferencia, pero su risa las atravesaba sin pausa y se encontró sonriéndole como los demás. Se había cambiado de ropa, ahora llevaba un suéter abrigado, chaqueta y unos *leggings* rojos que hacían juego con un gorro y un par de guantes.

Catherine salió del concierto dispuesta a tomar un café con Steve Thompson, que le haría una entrevista para el periódico de la Universidad de Harvard. Lo vio hablar algo con un joven rubio y guapo, que luego de las presentaciones, la invitó a tomar una cerveza en un lugar fuera del campus. Su acompañante dijo que le haría la entrevista en el marco de la conversación y Catherine no vio ningún problema en ello. Aceptó la invitación por un par de razones, la primera, que ese día tenía una connotación especial para ella:

hacía dos años su madre había muerto de un infarto fulminante y ella, que nunca había conocido a su padre, se había quedado sola en el mundo. La segunda razón era que se sentía atraída por el amigo del rubio, David escuchó que se llamaba, que la miraba con semblante profundo, concentrado. En cuanto le dio la mano, le gustó la sensación que la inundó, y tuvo que disimular para no quedarse pasmada mirándolo. Tenía manos hermosas, grandes, de dedos largos. Él apenas la saludó, dejó de mirarla y el rubio concentró toda su atención en ella, se adelantaron unos pasos mientras charlaban del clima, pero Catherine podía sentir que la mirada del otro joven le taladraba la espalda.

Entraron a Bukowski Tavern, un lugar ubicado a poca distancia del conservatorio, donde los estudiantes de las diferentes universidades iban por cerveza barata y hamburguesas. El local, al ser jueves, estaba repleto, se hicieron espacio en una mesa del fondo. Los meseros pululaban con bandejas repletas de licores y comida, las voces se escuchaban por encima de una canción góspel que animaba el ambiente. Ella se quitó el gorro y la cascada de cabello oscuro cayó por su espalda, se quitó la chaqueta, que puso sobre el espaldar de la silla y luego de ordenar, charlaron sobre música.

—Bueno, Catherine —dijo Steve—, esa presentación tuya es muy cachonda ¿cómo lo haces? Uno se imagina a los pianistas serios, circunspectos...

Catherine sonrió, estaba acostumbrada a ese tipo de comentarios.

—¿Como si tuvieran un palo de escoba metido en el trasero o fueran dioses bajando a la Tierra a juntarse con simples mortales?

Todos en la mesa sonrieron ante su comentario, ella frunció los hombros. David la miraba esperando su respuesta. El periodista rodó los ojos antes de contestar.

—Acartonados, diría yo —señaló.

—La música clásica tiene algo de celestial —intervino David luego de un carraspeo.

La mirada de Catherine se concentró en la boca de dónde provenía la voz. Una voz suave como la textura de un *creme brulee*.

—Tocada por simples mortales —contestó ella, con un repentino ataque de timidez, cuando lo que quería era llamarle la atención de alguna forma, pero notaba que él también se reprimía.

—Simples mortales no —intervino David enseguida, contemplándola con una seriedad que a ella le resultaba muy atractiva—, ustedes tienen el poder de invadir el alma de los demás.

“Ama la música”, se dijo Catherine. El chico rubio, Mark, los miraba con curiosidad.

—Quiero sacar la música clásica de ese reducto elitista que la rodea. El término “clásica” para mí ya es un lastre que la aparta, le resta posibilidades de que sea escuchada por todo el mundo.

Los ojos de Catherine recorrieron el cabello oscuro y un poco largo de David, peinado de forma desordenada, tenía rasgos demasiado bien hechos, la boca y la mandíbula bien cincelada, ojos de un azul intenso, bordeados de oscuras pestañas que exacerbaban el color con visos de turquesa. El chico rubio era muy guapo también, ojos verdes, cabello corto y bien peinado, y a diferencia de su amigo, tenía una mirada amable. Ambos eran muy diferentes.

—Como una jodida artista pop —contestó David con algo de brusquedad. La música clásica estaba entre sus más elevados estándares.

Catherine salió de su encantamiento.

—Ya quisiera ser una jodida artista pop —respondió ella enseguida—. ¿Qué tiene de malo querer llegar a todos los públicos?

David no podía negar el talento de la joven, pero tratar de masificar la música clásica y llevarla al mismo nivel de otros géneros musicales era como comparar una comida en un restaurante con estrellas Michelin a comerse un *hot dog* en cualquier esquina. Le encantaban los perros calientes, pero una jodida comida de autor no tenía punto de comparación y no era para todo el mundo. Era para paladares exquisitos y formados.

—La música clásica es...

—No me vengas con el cuento de que la música clásica es para mentes formadas y elevadas —interrumpió la pianista—, y ahora me pondrás el ejemplo de un plato de caviar y uno de hamburguesas, todo el mundo come hamburguesas, pero pocos pueden comer caviar. Eres un snob.

Mark observaba el intercambio con un brillo peculiar en sus ojos.

“Dios”, caviló David, sabía que había sonado fascista y clasista, se reprendió a sí mismo, recordó que así habían empezado los grandes crímenes de la humanidad, con la segregación. Catherine, como si adivinara sus pensamientos, salió a la palestra enseguida.

—Lo único que quiero hacer es tocar el piano y conseguir que gente que normalmente no escucharía música clásica, la escuche.

—Esa es la razón de tu incipiente éxito —señaló Steve—, he escuchado opiniones sobre ti, hay gente que valora tu lúdica irreverente, sin que por ello deje de brillar el talento...

David se concentró en sus labios y en cómo el chico le sacaba toda clase de información. Mark, un poco aburrido, se fue hasta la barra, y él se quedó como hipnotizado viéndola departir con el periodista, pero sin tener idea de lo que hablaba. Hasta que ella concluyó con una frase la entrevista.

—Para mí no hay límites. No me veo dentro de un jodido marco. —David estaba seguro de eso—. La clave está en la pasión, en ser sincero y transparente con la música. A ella no puedes mentirle jamás.

El chico había caído en sus redes y la invitó a salir la noche siguiente en una cita. Ella negó con la cabeza e invitó a David a jugar al tiro al blanco. Mark los miraba desde la barra, mientras el incipiente periodista salía a la fría noche.



## CAPÍTULO 2

Una canción de rock and roll saturaba el ambiente por entre las voces de la gente y el ruido de las botellas y copas entrechocándose. David caminó detrás de ella, hasta su nariz llegaba el aroma de su cabello, olía a rosas, nada de cítricos o fresas o malditos melocotones, jodidas rosas, y se imaginó agarrándola del pelo, dándole la vuelta y devorándole los labios. Ahuyentó sus pensamientos en cuanto ella se volteó.

—Soy una campeona mundial en tiro al blanco, te lo advierto, apuesto fuerte.

Él levantó una ceja.

—Me juego mi mesada a que te gano antes de diez tiros, Catherine.

El acento ronco con el que pronunció su nombre fue como una caricia en sus oídos.

—¿Y de cuánto estamos hablando? —preguntó ella con una de sus cejas levantada.

—No mucho, soy un estudiante pobre y becado —contestó David con un leve acento de inocencia.

—Si con ello quieres ablandarme, lo siento, chico —repuso Catherine, encogiéndose de hombros alegremente—. Tendrás que apañártelas.

—Eres una mercenaria.

—Sin lugar a dudas.

Empezaron a jugar, ya para el tercer tiro iban parejos.

Ella le regaló una mirada devastadora cuando lo aventajó en dos tiros, él se dio cuenta de que le coqueteaba de manera descarada para lograr ventaja, lo rozaba y hacía un gesto con los labios que lo distraía y lo ponía nervioso.

— “El mismo diablo citará las sagradas escrituras, si hace bien a sus propósitos”.

Ella soltó una carcajada.

—Echas mano de Shakespeare, me imagino que te funciona con las demás.

Él levantó un hombro a modo de admisión.

—Hasta el momento no tengo quejas. Lo importante es que ya descubrí tu juego.

—En la guerra todo se vale.

—En la guerra y en amor... —soltó él, mirándole los labios.

Ella dejó el tiro en el aire y se dio la vuelta con los pies juntos. Después de mirarlo, lanzó el dardo que quedó lejos del centro. Lo miró de nuevo con ojos entornados.

—Es tu culpa por distraerme.

Él fingió inocencia y negó con la cabeza varias veces. También sabía jugar sucio.

—Repitámoslo en cámara lenta, tenemos testigos.

Ella le dio una palmada en el brazo, él se rio. Era guapo y divertido, peligrosa combinación.

—Sé cuando alguien intenta distraerme.

—¿Funcionó? —le dijo casi al oído, ella brincó para alejarse un poco, con tan mala suerte que tropezó con algo y se agarró a él, que se percató de que estaba ruborizada y que su piel lo llamaba como canto de sirena. Ella se separó un poco, muy poco. David se dio cuenta de que se le oscurecieron más los ojos, casi se le volvieron negros—. ¿Te gustan los juegos? —Separó los labios, gesto que atrapó toda la atención de él. Se inclinó un poco para besarla, cuando un camarero lo empujó sin querer, arruinando el momento. El chico se disculpó. A lo lejos vio a Mark tratando de contener la risa. No le gustó su talante burlón. No supo por qué tuvo la sensación de que tenía que poner distancia.

—Depende del juego —contestó ella con voz entrecortada.

Volvieron a competir. Catherine, un poco desconcertada por las sensaciones, contuvo la sonrisa antes de que se le notara. Le gustaba David, su risa, el atractivo destello de sus labios carnosos y dientes blancos que lo hacían arrugar los ojos y transformaban su rostro en más hermoso aún de lo que era. Observó al par de amigos, eran tan diferentes. David despertaba una energía diferente a la de Mark, más oscura, más carnal. Mark era el chico bueno, el buen vecino, el joven de oro con su cabello rubio y sus ojos verdes, su sonrisa perezosa, el hombre amable. Estaba segura de que cuando una mujer veía a Mark, veía verjas blancas, bebés y mascotas, en cambio, cuando una mujer miraba a David, el deseo de cosas lujuriosas y obscenas nublaba su mente, era un hombre poderosamente sexual y seductor, con mirada profunda, piel trigueña, labios carnosos que confirmaban su carácter concupiscente.

—No deja de darme vueltas en la cabeza —dijo él, distrayéndola de sus pensamientos—. ¿Te llamas Catherine por una de las novelas de las Brontë?

Ella le tocó el rostro con expresión divertida.

—¡Definitivamente eres real! —Sonrió—. No puedo creer que un hombre de este siglo conozca a las hermanas Brontë.

—Mi mamá tenía *Cumbres Borrascosas*, le gustaba leérmelo en voz alta cuando hacía alguna travesura... Era su método personal de tortura. ¿Entonces, te llamas Catherine en honor a la protagonista o es mera casualidad?

—Podría decirte que no, que llevo mi nombre gracias a alguna bisabuela, pero sería mentirte, así que me declaro culpable, bueno, no yo, mi madre era una apasionada de las Brontë y de esa historia en particular, gracias a mi padre, que era profesor de Literatura y le enseñó todo sobre las hermanas.

—No te hizo un favor, es un personaje trágico.

—Todas las vidas tienen algo de trágicas —a él se le escalofrió la nuca al escuchar su tono de voz sensual—, momentos difíciles.

—Yo no llamaría momentos difíciles a lo vivido por Heathcliff y Catherine. La vida de ese par fue una gran tragedia.

—Y también un gran amor. Estoy segura de que sus protagonistas no pensaron que su amor fuera trágico. Si es por vidas trágicas, investiga las de algunos músicos.

—Tienes razón. ¿Quieres otra cerveza?

—Prefiero una copa de vino. Ahora vamos por las preguntas serias. Si una bola de cristal te vaticinara los sufrimientos de tu vida y pudieras evitar tres, ¿cuáles evitarías?

Él se quedó mirándola, extrañado por la pregunta. Soltó un fuerte suspiro.

—Si es en retrospectiva, esa respuesta es fácil, solo me interesaría uno. —Catherine levantó las cejas, esperando la respuesta—. Hubiera evitado la muerte de mi madre.

—Lo siento —dijo con voz ronca—. De haber tenido esa oportunidad, también hubiera evitado la muerte de mi madre. ¿Qué haría para ti que un día fuera perfecto?

—No creo en días perfectos. Creo en momentos perfectos, este es un momento perfecto. ¿Por qué tus preguntas me suenan a test de la revista *Cosmopolitan*?

—Me descubriste, no sabía que eras asiduo a *Cosmo*. Y en retaliación, puedes preguntar lo que quieras.

Él se quedó mirándole los labios durante largo tiempo y sonrió.

—No soy asiduo a *Cosmo*, a veces la veo en los consultorios donde hago alguna práctica. —Soltó su sonrisa más seductora—. No podría preguntarte lo

que quiero.

—¿Por?

David frunció los hombros.

—Instinto de supervivencia.

Ambos se quedaron mirando, construyendo un vínculo de intimidad, que atizó en ella el deseo de conocerlo más y hacer y responder cualquier pregunta.

David llamó al mesero e hizo el pedido, le pagó enseguida para no tener que acercarse a la barra. Veía a Mark beber distraído de un vaso frente a una botella de Bourbon. Hicieron una pausa, mientras David le contaba algo de sus prácticas hospitalarias. En cuanto el camarero dejó las bebidas, Catherine tomó la copa e intentó hacer un brindis con la jarra de David, los cristales chocaron y algunas gotas de cerveza mancharon el suéter del chico.

—Ey, es mi mejor suéter.

Ella soltó la risa.

—No lo creo, si es tu ropa de ligar, te veo mal.

—¿Quién dijo que estoy ligando?

—Todos los hombres están ligando en todo momento y lugar.

—Este suéter lo tejió mi hermana.

La observó sonrojarse y mirarlo, nerviosa, y quiso echarse a reír.

—Lo siento, no quise decirlo en serio.

—Ya lo creo que sí —aseveró él con falso enfado y luego, al ver acentuar el bochorno de ella, soltó la carcajada.

—No es cierto. Era una broma.

Un falso alivio cubrió las facciones de Catherine.

—Me devolviste la vida, nunca me metería con las manos de tu hermana.

—Las manos de mi hermana están perfectamente, gracias.

—Estoy segura de eso —señaló ella con firmeza—. Ese suéter no lo tejió ella. Tiene la etiqueta de Sears.

Él bebió otro sorbo largo de la jarra y le guiñó un ojo.

—Tenía que intentarlo, tampoco tengo hermana.

Ella golpeó de nuevo su brazo, esta vez con el puño cerrado.

—Lo que hace un hombre por ligar.

Él entrecerró los ojos y escondió su sonrisa.

—No estoy ligando.

Ella se acercó a él, le gustaba su aroma a jabón, su físico, pero sobre todo, le gustaba que podía hablar con él sin egos o competencias de por medio, en

su medio se manejaban egos del tamaño de catedrales, había tenido un par de novios músicos, muy virtuosos, y con ambos había terminado por no poder reconciliar sus estudios, egos y carreras. La atracción hacia David era indiscutible, lo sintió tensarse y vio cómo se le oscurecía la mirada cuando ella acercó la boca a su barbilla.

—Puede que yo sí.

Se alejó de él. Dejó la copa en la mesa y siguió con el siguiente tiro.

—¿Sales con alguien? —preguntó él, en el mismo instante en que ella lanzó el tiro.

Ella rio en voz baja.

—Buen intento.

Le tocó el turno a él.

—Eres muy hermosa y talentosa, es difícil pensar que estés sola.

—No he tenido mucha suerte en ese campo.

—Me cuesta creerlo, pero si quieres saberlo, yo tampoco.

Ella soltó una carcajada limpia, ronca, transparente, y él no pudo evitar compararla a una melodía musical. La mujer irradiaba música por todos sus poros.

—Eres un embaucador.

Quería besarla.

—Lo sé.

Ella ganó, él cambió el pago de la deuda por una cena, ella le dijo que sí y lo dejó unos momentos solo mientras iba al baño.

Mark se acercó a él.

—Vaya, vaya... parece que le gustas a mi futura novia.

David tomó otro sorbo de cerveza.

—¿De qué mierda estás hablando? —preguntó, prevenido.

—A esa mujer la voy a conquistar yo.

Mark ya estaba pasado de tragos o fingía muy bien, su frase parecía sacada de una mala película del oeste, de esas donde los pistoleros se pelean por una mujer.

—¡Estás loco! Ni siquiera le has hablado. —No pudo evitar reírse.

—Eso no importa.

Estimaba a Mark, le debía a la familia Spencer muchas cosas, gracias a Henry su madre había tenido la mejor atención médica durante su enfermedad y luego el hombre no había escatimado en su educación, brindándole todas las oportunidades. A medida que crecía, se dio cuenta de que todos esos gestos de

supuesta bondad tenían un precio. De manera sutil, Henry le pasaba cuenta de cobro a David, que era la persona que ayudaba a Mark académicamente, y muchas veces presentó trabajos dobles para que el chico sostuviera el promedio. Al comienzo fue sencillo, pero a medida que la carga académica aumentaba, no se podía disfrazar el hecho de que Mark era un fiasco como estudiante de Medicina. David estaba seguro de que el chico sería un profesional sobresaliente si hiciera lo que de verdad quisiera, pero el problema es que ni siquiera Mark sabía qué hacer con su vida. La brecha entre ellos aumentaba y David ya estaba cansado de vivir a la sombra de esa familia, pronto cumpliría veinticuatro años y empezaría su residencia, si los Spencer deseaban pasarle factura por lo invertido, les pagaría hasta el último céntimo gastado en su educación, por ahora, mientras terminaba el semestre, tenía que seguir ayudando a Mark. A lo largo de los años, padre e hijo habían perfeccionado el arte de ponerlo en su sitio. Mark arrebatándole cosas, pequeñas, pero que eran importantes para él, recordándole que por más que disfrutara de los privilegios de la familia, era el hijo de la sirvienta. Tenía un talento nato para descubrir en lo que David ponía interés, para arrebatárselo a la menor oportunidad, así había sido con chicas, viajes y alguna actividad importante para él y que había tenido que sacrificar por Mark. Tampoco podía quejarse, gozaba de un buen nivel de vida, que él como persona inteligente había sabido mantener al mínimo, pero al girar su vida en torno a Mark, le era a veces difícil sustraerse.

Sabía que Mark resentía el hecho que fuera más inteligente que él y que su padre lo prefiriera. Lamentó en el alma haberle pedido que lo acompañara al jodido concierto. Estaba cansado del papel de lacayo, si quería a la pianista, no le demostraría que le importaba en lo más mínimo, su orgullo no saldría lastimado esta vez así tuviera que enterrar la atracción que sentía por ella. Su mente voló a uno de los párrafos de la novela en la que estaba inspirada el nombre de la pianista: “El tirano oprime a sus esclavos y estos no se vuelven contra él, sino que aplastan a los que tienen debajo”.

—Me gusta, es de esas chicas que presentas a tu familia —dijo Mark con un brillo en los ojos.

—¿A tu padre? —David soltó una risa irónica—. Me imagino que te dirá que es una *hippie*. Puedes quedártela —le dijo con aparente tranquilidad, aunque en el fondo estaba furioso—. Es un simple coño, aprovecha esas manos virtuosas de pianista en tu instrumento.

“Mientes, no es un simple coño”, susurró su conciencia.

La mirada de Mark hacia algo detrás de él fue la señal de que había caído en una jodida trampa. Se volteó despacio y Catherine estaba a pocos pasos de él, con una mirada ilegible, apagada, nada que ver con la tierna y sexy chica que lo había desafiado un rato antes. Maldijo su suerte, porque ya era tarde para presentar algún tipo de excusa.

—Ya estás aquí, cariño. —Mark la deslumbró con su mejor sonrisa—. Quiero invitarte a cenar mañana.

Nadie podría describir la extraña presión que David sintió en su pecho, junto a la sensación de pérdida, cuando escuchó que Catherine le pedía que la acompañara a su casa esa misma noche. Lo fuertes que apretó los carrillos y los puños cuando los observó salir juntos a la noche, dejándolo a él en el mismo lugar sin saber qué diablos había pasado.

La música era para Catherine energía pura y sin contaminar, no eran solo sus manos las que revoloteaban sobre las teclas del piano, era su esencia, todo lo que ella era en el mundo. La música era su compañía, su consuelo ante la angustia, su grito de rebeldía cuando alguna situación la superaba, pero por encima de todo, era su legado sagrado. Cuando tocaba el piano, ciertas melodías la llevaban por el camino de la infancia, la enseñanza dulce e implacable de su madre, las largas horas aporreando las teclas hasta que su mente prodigiosa puso en las yemas de los dedos la banda sonora de su vida y ya nunca pudo transitar el sendero sin música. La necesidad de que el mundo conociera lo maravillosa que era la música la hacía trabajar sin descanso.

Dianne, su madre, fue una viuda joven, todavía olía a recién casada cuando a Paul, su esposo, se lo llevó un infarto fulminante y con ello, las ilusiones de una familia numerosa y feliz. Ella quiso cambiar de ciudad, lo único que la ayudaría a superar su pena, y se trasladaron a Charlotte, en Florida, donde ejerció como profesora de música en la escuela preparatoria. Supo que Catherine era una prodigiosa del piano cuando a los tres años se sentó ante el instrumento. La habilidad se manifestó pronto y ya a los seis años daba su primer recital. Dianne le inculcó la disciplina y el amor a la música, pero sobre todo, la enseñó a ser feliz por encima del éxito y las críticas, a disfrutar a los diferentes músicos y las emociones que aportaba cada pieza. Asistió a campamentos musicales durante los veranos y cuando llegó la hora de escoger escuela de música, en vez de decantarse por Julliard, se inclinó por la escuela de Nueva Inglaterra, ya que tenía uno de los mejores profesores de piano del país.

Dianne falleció durante el primer año de escuela y el refugio de Catherine fue la música; en las diferentes melodías que interpretaba trataba de hallar el eco de la voz de su madre, reprendiéndola o halagándola. “Sé feliz, mi niña”. “No renuncies a la felicidad”. No era tan fácil seguir los consejos de su madre, cuando ella no había sido el mejor ejemplo de felicidad debido a su viudez temprana. Aunque fue una persona positiva la mayor parte de su vida, sus acciones siempre tuvieron un tinte de nostalgia por tiempos mejores, como si la vida la hubiera estafado de alguna forma.

Catherine acariciaba el piano de manera magistral en medio de uno de los ejercicios de Bach, las *Variaciones Golberg*, para ser más precisos, tocó y tocó hasta que se le agotó la incertidumbre y el malestar por lo ocurrido el día anterior con el gilipollas de David. Sus interrogantes se mezclaban, confusas, con lo ocurrido la noche pasada. Había experimentado una especie de conexión, no hablaba de su madre con nadie y con él lo había hecho, estaba segura que para David tampoco fue fácil abrirse a ella, por eso la sorprendió tanto su comportamiento posterior. Si no hubiera llegado a tiempo para escucharlo hablar de esa manera de ella, a lo mejor se sentiría peor, pero no entendía a Mark, otro chico le hubiera dado un codazo a su amigo, o hubiera llamado su atención de alguna manera, él, en cambio, se limitó a observarla mientras se acercaba. De todas formas le agradecía al chico rubio que hubiera guardado silencio. Al salir del lugar quiso deshacerse enseguida del joven, pero fue tan gentil que terminó aceptando salir con él la noche siguiente, le advirtió que estarían solos, no habría amigos imprudentes rondándolos, cosa que ella agradeció. No deseaba otro encuentro con David.

Su oído no descansaba nunca de la música, seguía la secuencia de todos los compases que escuchaba en la calle, el movimiento del tren, el ruido de una fuente, hasta el de las olas del mar. Se había percatado de que estaba desarrollando una creatividad que la llevaba a componer pequeñas piezas musicales que no le había enseñado a nadie, nunca. La música nueva venía de adentro, le fluía en bucles de notas que brotaban de su alma y que ella atrapaba en un papel, las notas que aparecían como por encanto en el pentagrama le arrancaban sonrisas, era como si su cabeza fuera un recipiente de música vibrante, vivía inmersa en los sonidos, con ellos lograba el equilibrio de sus emociones, entonces, ¿por qué desde la noche anterior le costaba tanto encontrar la armonía de su esencia?

Dylan Garrett era uno de los mejores amigos de Catherine y un violinista

consumado que parecía una estrella de rock en el escenario, tenía una legión de admiradoras en las redes sociales que le pedían conciertos en todas partes del mundo. Se graduaría ese año y probaría suerte en solitario un tiempo, antes de aceptar trabajo en alguna filarmónica. Era un personaje oscuro con una dura historia a cuestas que Catherine no se atrevía a profundizar, de todas formas tomaban café juntos, iban a cine, a conciertos y se contaban sus cosas.

—Discúlpame, cariño, sé que no tengo perdón por haberme perdido el concierto, pero cuando el hijo de perra de Hauser me soltó del ensayo, ya era demasiado tarde.

—No te disculpo —dijo Catherine, poniéndose los guantes y encasquetándose un gorro de material grueso—, el concierto estuvo bien, pero tu presencia después me hubiera salvado de una situación bochornosa.

Dylan soltó la carcajada.

—Acabas de hablar como me imagino que hablaban las mujeres del siglo antepasado.

Catherine resopló.

—Mil disculpas si mi lenguaje afecta tu entendimiento.

—No, es satisfactorio hablar con una chica que dice más de dos palabras y que se niega a usar emoticones en oraciones completas en mensajes de texto.

—Dale las gracias a mi vida estudiosa y conventual.

Dylan soltó la carcajada.

—¿Qué te pasó? —preguntó el joven, guiñándole el ojo a una pelirroja que se cruzó con ellos. La chica lo miró embelesada.

—¡Por Dios! ¡Es increíble! Babean por ti.

—Es normal.

Ella blanqueó los ojos. En realidad las mujeres amaban a Dylan, llevaba el cabello rubio largo, amarrado con una coleta, tenía ojos azules, anillos en los dedos y tatuajes en varias partes del cuerpo, aunque en ese momento, debido a la ropa de abrigo que lo cubría, ninguno quedaba a la vista.

—Cuéntame que te pasó anoche, ¿a quién hay que pegarle por gilipollas?

El aire helado los golpeó al atravesar la puerta y salir a la calle.

—¡Qué frío! —saltó Catherine.

—Este maldito frío de los cojones está para un brandi y no un maldito chocolate.

—Vamos por un par de brandis, pero no me puedo demorar, un chico me invitó a salir.

—Vaya, vaya, entonces no todo está perdido, tendremos movimiento en

cierta parte.

—No seas ordinario.

—Necesitas un buen polvo, yo te lo daría si quisieras, pero después te enamorarías y te quiero de amiga, polvos se consiguen en cualquier parte, una amiga a quien contarle mis cosas, no.

Caminaron media cuadra con celeridad.

—Gracias por preocuparte por mis tiernos sentimientos —dijo ella, sarcástica—. Siempre te he considerado un chico listo.

—Gracias por el elogio.

—Desconfía de los elogios.

Dylan le abrió la puerta del bar y ambos entraron. El lugar estaba repleto, parecía que no eran los únicos con ganas de tomarse un trago ese atardecer.

Se acomodaron en la barra y pidieron un par de bebidas.

—Yo sé que me defiendes cuando alguna chica me llama imbécil por plantarla, y que conste que me duele herir los sentimientos de la gente. Cuando les digo que es mejor dejar de vernos, que la situación se vuelve para mí tan tensa que es como cortarle la cola a un perro centímetro a centímetro —frunció los hombros—, no se lo toman nada bien.

—Pobrecito mío, yo te defiendo cuando te llaman gilipollas o vil gusano.

—Yo te defiendo cuando alguien dice que eres una prepotente.

—Soy prepotente, no necesitas defenderme de eso.

—Yo no soy gusano.

Bebieron y pidieron otra ronda.

Dylan sonrió a un par de chicas sentadas al otro extremo de la barra, que le devolvieron el gesto.

—Eres un gusano, Dylan —dijo Catherine con tono de voz cantarín.

El chico se concentró en ella.

—Cuéntame qué te sucedió anoche —propuso.

Catherine le contó lo ocurrido con David y luego con Mark.

—Ambos son unos desgraciados y no deberías salir con ese chico hoy.

—¿Por qué? Mark me salvó del otro tipo.

Dylan se quedó mirándola unos segundos.

—El otro no debía ser muy amigo del gilipollas o le hubiera advertido de tu presencia. No me inspira confianza alguien que actúe así.

—Eso mismo pensé yo, pero tampoco hay excusa para el gilipollas.

—En eso tienes razón.

—Mira quién acaba de entrar al local —señaló Catherine. Era una de sus

profesoras de composición musical, María Vernon.

Dylan se sonrojó y se dio la vuelta con semblante serio.

—¿Acabo de ver un sonrojo? ¿Estás nervioso? —Ella soltó la carcajada —. Te gusta la maestra —canturreó.

—No digas bobadas y vámonos de aquí, me cae mal el tipo que la acompaña.

—¿Por qué presiento celos?

—En tus sueños.

Caminaron hasta la vivienda de Catherine, ya era noche cerrada y no eran ni las seis de la tarde, el aire gélido fue tolerable para el par de amigos debido al licor ingerido. Dylan se mantuvo serio y callado, después de una promesa para ir al cine, se despidió.



## CAPÍTULO 3

Los amigos estuvieron separados hasta la mitad de la primavera. Debido a lo ocurrido con Catherine, David quiso poner algo de distancia y se negó a ayudar a Mark en sus estudios, con lo que se resintieron aún más las notas de este. El chico no entendía la terquedad y la falta de honestidad de Henry, que deseaba que su hijo sacara su cartón de médico a como diera lugar. Estaba seguro de que con una carrera en Económicas o Finanzas, Mark estaría más que preparado para heredar el imperio Spencer, sin poner en riesgo la vida de ningún paciente.

Deseaba la llegada del verano, el curso en el hospital Hopkins sería la oportunidad de su vida. No podía seguir eludiendo más a Mark, por lo cual, aceptó salir a comer con la pareja. Sí, Mark había conquistado a Catherine y llevaban dos meses juntos, no había sido una conquista fácil, lo que imaginaba que debía haber sido todo un reto para su amigo, y era la relación más estable que le había conocido después de su ruptura con Alana. David estaba seguro de que la atracción que sintiera por la ahora novia de su amigo había sido conjurada, pero igualmente prefería no ir solo, y le pidió a Kelly, una linda terapeuta física con la que llevaba saliendo un par de semanas, que lo acompañara.

La cita fue en uno de los restaurantes de la zona cercana al río Charles. Kelly era una rubia preciosa, el tipo de mujer que le gustaba o eso pensaba hasta que llegó a la mesa donde Mark y Catherine jugaban a los novios cariñosos. Decir que estaba hermosa era poco, su presencia lo golpeó, acelerándole las pulsaciones, ahí estaba su ángel de cabello azabache y mirada profunda que le atravesaba el alma. Recordó una expresión utilizada por su madre en francés (su abuela era francesa): *mon ange*. Durante un instante, ella le sonrió con los ojos, y ese pequeño gesto hizo que a David se le paralizara el corazón. Soltó un suspiro tembloroso y resignado. No había nada que hacer, la atracción estaba intacta y, confundido, no supo en ese momento qué sería de su vida mientras la veía acariciar a otro hombre. Trató de componerse enseguida, le parecía absurdo experimentar ese tipo de sentimientos.

El mesero apareció con la carta, ordenaron, pero David se excusó y se acercó a la barra, donde pidió un whisky doble. Luego, un poco más calmado, volvió a la mesa. Kelly y Catherine estaban enfrascadas en una charla.

—No tengo dudas de que la música es sanadora y exonera los males del alma y el cuerpo, en verdad tiene efectos positivos sobre la vida de las personas —señaló Catherine.

—Es cierto, debería haber más música en los diferentes pabellones del hospital —dijo Kelly.

—No se lo digas a mi padre —adujo Mark—, estoy seguro de que perdería dinero.

David apenas participaba de la conversación con un par monosílabos negativos o positivos, según el caso.

—Una vez toqué en un pabellón de neurología para pacientes en coma, llevé mi teclado e interpreté varias piezas, las enfermeras me dijeron que algunos pacientes podían escuchar, imaginé que nos embarcábamos en una aventura, un viaje musical y llegábamos a un lugar hermoso.

—¡Qué tierno, mi amor! —Mark besó su mano.

David tuvo ganas de vomitar, era lo más cursi y ridículo que había escuchado.

—Llenemos de pianos los hospitales —dijo con sarcasmo—. Estoy seguro de que nos quedaremos sin trabajo enseguida. —Apuró otro trago de su bebida.

Kelly le regaló una mirada dura y antes de que Mark interviniera, Catherine se hizo cargo de la situación.

—Si algún día me veo en una situación tan terrible, desearía que alguna persona me llevara música o me leyera párrafos de mis libros favoritos, estoy segura de que volvería a la vida —dijo, sonriente—. Sobre todo si me llevan a algún cantante que odie, creo que saldría del coma para reprender a esa persona por su mal gusto.

Se rio y Kelly la secundó.

—No nos pongamos sentimentales y disfrutemos de esta maravillosa cena —dijo Mark, que aferró la mano de Catherine, en cuanto el mesero empezó a poner los platos en la mesa.

—Siempre quise tocar el piano —confesó Kelly.

—¿Qué te lo impide? —preguntó Mark.

—Es cierto, cariño, ¿qué te lo impide? —indagó David mientras bebía de

su vaso su plato estaba intacto—. Estamos ante la revolucionaria de la música clásica, que ahora te dirá que si trabajas con empeño, en un año estarás dando un concierto de piano en Carnegie Hall.

—David... —soltó Mark con el ceño fruncido.

Catherine se negó a darse por aludida ante el par de comentarios que había hecho David, sabía que no debía ser caritativa con él por su comportamiento el día que lo conoció y por Mark estaba dispuesta a darle una nueva oportunidad, pero a medida que transcurría la cena, le parecía poco probable que llegara a cambiar el concepto que tenía de él. Aunque eso no quitaba que el hombre se viera guapo de muerte en saco y corbata, con apariencia relajada, sus ojos parecían penetrarla, lo que le impedía respirar y eso la confundía. Estaba enamorada de Mark, que con paciencia y detalles había logrado conquistarla. No podía ser inmune a su trato, a su físico, a sus atenciones, el amor de Mark había atravesado su soledad y tristeza por la muerte de su madre y su corazón le había dado la bienvenida con entusiasmo, lo que no impedía que considerara a David atractivo, su mirada ejercía sobre ella un influjo en el que se negaba a profundizar.

Mark aprovechó ese momento para atraerla hacia sí y darle un bocado de comida, que Catherine recibió de forma amorosa. David, furioso y sin poder apartar la mirada de ella, ordenó otro whisky.

—¿Por qué no has comido? ¿No es de tu agrado? —preguntó Kelly, que bajó la voz, mirándolo confusa—. Has bebido demasiado, en menos de nada estarás borracho.

—No tengo hambre.

—¿Mal día? —preguntó Mark.

—No tienes idea.

Catherine lo miró, preocupada. Sabía que el par de hombres se estaba enfrentado a grandes presiones por culpa de la carrera de Medicina y el padre de Mark tenía mucho que ver con el estrés de su hijo. No había querido ahondar en la vida de David, solo sabía lo que Mark le contaba de su amigo, al que consideraba casi como un hermano, pero a lo mejor atravesaba por los mismos problemas y también era víctima de la presión que ejercía el patriarca de la familia.

David estaba molesto, no solo por las muestras de afecto del par de enamorados, sino por lo que eso le hacía a su mente y a su cuerpo, luchaba contra la necesidad imperiosa de separarlos de alguna forma, como si ella ejerciera alguna influencia sobre él y eso lo enfermaba. Cuando las mujeres se

levantaron para ir al servicio, Mark le sonrió de manera burlona.

—¿Qué? ¿Deseas estar en mi puesto?

Estaba celoso y negó con la cabeza varias veces, no le daría el gusto de ver cómo la situación lo afectaba, los Spencer le habían arrebatado muchas cosas, que se jodieran si dejaba que su orgullo estuviera en esa lista.

—Por si no te has dado cuenta, he traído a una mujer hermosa a mi cita, preocúpate tú más bien por darle lo que quiere.

Conocía las preferencias de Mark, era incondicional con las rubias. Este soltó la carcajada.

—No hay quejas hasta ahora y no tienes que preocuparte por mis tiernos sentimientos.

—No son tus sentimientos los que me preocupan. No es una mujer de usar y desechar.

“¿Qué diablos te pasa?”, caviló David, furioso. “¿Desde cuándo te importa lo que Mark haga con su jodido pito?”. “Desde que pusiste los ojos en ella”, respondió su voz interior, le asombraba que en apenas un par de encuentros, esa chica le hubiera llegado tanto. Si alguien le hubiera dicho que iba a ser presa de un jodido flechazo de amor, se le hubiera reído en la cara, pero ahí estaba, contra todas las probabilidades de que algo así pasara.

—¿Desde cuándo te importan mis parejas? Tú no eres el mejor ejemplo de romance y compromiso. Te follas lo que sea y después lo deshechas.

David levantó su vaso, bebió otro trago y negó con la cabeza.

—No me considero un mercenario, tomo lo que me brindan de muy buen grado. —Llamó al mesero y le señaló el vaso—. No sé cómo lo hiciste, simplemente ten cuidado con ella.

Una sonrisa irónica curvó los labios de Mark.

—Es una relación seria —dijo y David le envió una mirada dubitativa—. En serio, hermano, a lo mejor me caso con ella y tú serás el jodido padrino. Mientras tanto, folla lo que quieras y deja de babear por lo que es mío.

Las mujeres volvieron del baño y el resto de la velada transcurrió sin problemas. Cuando se marchaban, Catherine se acercó a David y se despidió con un beso en la mejilla, su aroma a rosas le ocasionó un vahído o a lo mejor ya estaba borracho.

En el departamento de Kelly intentó llevársela a la cama con un pésimo resultado, solo quería el aroma a rosas sobre él, un cabello oscuro acariciándole el pecho, quería desterrar su rostro de sus pensamientos, pero sus ojos negros como puñales se le habían clavado en el alma y le impedían

dejar de pensarla sin rabia.

Ese año, el verano, con su aliento tibio, llegaba antes de tiempo a aposentarse en la ciudad. Pronto David empezaría su práctica, preparándose para su residencia en San Francisco. Mark haría una actualización en una de las materias para poder hacer su residencia en medicina interna allí mismo en Boston.

No había vuelto a salir con la pareja. Solo sabía que Mark y la chica estaban muy enamorados. La joven haría un curso intensivo en Nueva York, lo que tenía consternado a su amigo, que no podría moverse de Boston, se vio obligado a darle ánimo cuando lo que en realidad deseaba era que ella terminara su relación con él y no volver a verla nunca más.

El curso en el hospital Hopkins empezó la primera semana de junio, David debía estudiar bastante para estar a la altura de una de las instituciones médicas más importantes de Estados Unidos y el mundo, se alegraba por primera vez de estar separado de Mark, lo que lo hizo poner toda su atención en esa práctica. Con el lema de la institución de “aprender haciendo”, y trabajando al lado de uno de los cirujanos más importantes del mundo, agradeció en silencio a Henry Spencer sus buenos oficios, aunque también sabía que eran sus aptitudes y su amor por la medicina los que lo habían llevado al lugar en que estaba; en ese mismo sitio, Mark y sus mañas no hubieran tenido cabida y la máscara de buen profesional que ostentaba el joven habría caído en la primera clase.

Salió con una enfermera, pues había terminado con Kelly a las dos semanas de la cena con Mark y Catherine. Al terminar el curso, a finales del verano, uno de los cirujanos que estaba en el comité de admisiones le propuso que hiciera la residencia en cirugía en la institución, David no lo pensó dos veces, era la oportunidad que necesitaba, demostraba su valía sin la injerencia del mayor de los Spencer, era un logro de él, solo de él.

Volvió renovado a Boston y satisfecho por los resultados de su verano. Contrario a lo que temía, Henry se había tomado muy bien la noticia del cupo obtenido en el Hopkins, por lo menos en apariencia, a saber qué pensamientos lo atravesaban, era un hombre acostumbrado a tirar de todas las cuerdas.

David estaba de guardia en el hospital una mañana, era su último turno, antes de viajar de nuevo a Baltimore. Había salido de cuidados intensivos, donde acababa de visitar a un niño de siete años que había ingresado por

culpa de una condición cardíaca, cuando recibió una llamada de Mark.

—Catherine va para el hospital, sé amable con ella.

—¿Qué le pasa? ¿Está enferma? —preguntó, exaltado—. ¿Por qué mierda no la atiendes tú? Ah, ya sé, no confías en tu criterio.

Se dijo que estaba siendo más cabrón que de costumbre, pero no estaba preparado para verla de nuevo, así de pronto.

—Calma, hermano, ella insiste en hablar contigo, ya sabes, sé amable.

Gruñó en respuesta e interrumpió la llamada.

La recibió en la cafetería del hospital.

La observó, embelesado. Estaba de espaldas a él, mirando por la ventana, el cabello le caía en cascada por la espalda, llevaba un *jean*, una camiseta y una chaqueta de color marfil que acentuaba el tono de su piel. Con los ojos fijos en ella y el corazón latiéndole en la garganta como nunca antes le había latido por nadie, se acercó.

—Hola, Catherine —atinó a decirle con voz profunda.

Al volverse, sus ojos se le clavaron de nuevo en el alma. Quiso huir despavorido, no era normal, no era sensato y mucho menos leal para con Mark. Estaba enamorado de la novia de otro hombre, algo que se prometió que nunca haría. La vorágine de sentimientos que experimentaba iba más allá de su racional y organizada mente y eso lo sublevaba.

—Hola, David.

En cuanto ella sacó una de las manos del bolsillo y la tendió hasta él, un diamante de no supo cuántos quilates, engarzado en un anillo de oro blanco, hizo su aparición. La piedra brillaba, retándolo a hacer algún comentario, pero sus pensamientos se ausentaron por la impresión y la decepción. Esperó a que ella hablara.

—Mil disculpas por presentarme así —dijo, invitándolo a tomar asiento, mientras sonreía, retraída—. ¿Quieres un café?

David, sin dejar de mirar el anillo, se sentó.

—No, gracias.

—Estoy nerviosa, deseaba hablar contigo, mira, yo sé que no te agrado...

David carraspeó, incómodo, pero no refutó su afirmación.

—Estoy un poco ocupado.

—Lo sé, lo sé —lo miró, suplicante—. David, no empezamos con buen pie y sé que eres una persona muy importante para Mark y para Henry. Hace dos noches Mark y yo nos comprometimos.

“¿Por qué mierdas no me lo dijo Mark?”.

Ella extendió la mano para mostrarle la joya.

—Felicitaciones —dijo con algo de sarcasmo y el ceño fruncido. Lo ponía furioso aquel brillo en su mirada, que estaba seguro había puesto Mark con la jodida piedra.

Ella lo miró, consternada. Si esperaba más entusiasmo, estaba en el lugar equivocado. ¿Qué mierdas quería? Seguro que bailara y cantara, y les deseara una larga vida matrimonial y muchos hijos.

—¿Lo amas?

Necesitaba saberlo, más que respirar o volver a tener un bisturí en las manos.

No podía dejar de mirarla.

—Claro que lo quiero. —Ella soltó una risa nerviosa y tragó saliva—. Acabamos de comprometernos.

Levantó el anillo casi hasta la cara de David. Él le regaló un gesto irónico y elevó las comisuras de la boca, mientras negaba con la cabeza.

—No contestaste a mi pregunta.

Ella se sonrojó y decidió cambiar de tema.

—Quiero pedirte que no te alejes de Mark, a todos los efectos eres como un hermano para él, el próximo año nos casaremos y quiero que seas parte de nuestras vidas, tendremos hijos y tú serás su tío, todos somos huérfanos de madre, estamos solos, ¿por qué no podemos ser una verdadera familia? —Se quedó callada unos segundos, sopesando sus palabras—. Quiero ser tu amiga.

“Lo que haría de mi vida un jodido infierno”, pensó David, pero antes muerto a que ella lo supiera. Podía decirle que sí, al fin y al cabo no iban a estar en la misma ciudad y lo superaría, con el paso del tiempo sería más fácil. Soltó una risa nerviosa. ¿Por qué no podía creérselo? Además, ese gesto mostraba la sensibilidad de Catherine, la importancia que le daba a la familia, Mark era un cabrón con suerte y él se sintió un cretino al ver la necesidad de aprobación en su mirada.

—Sí, claro, como quieras.

La mirada de Catherine lo atravesaba. Ella puso una mano en su antebrazo al ver que iba a levantarse, ese gesto lo dejó de nuevo en su sitio. A David de pronto se le dificultó respirar, debía retirar el brazo, si seguía así, sería el primer hombre en sufrir un infarto por el toque de una mujer. En ese insensato momento recordó las manos de ella volando como alas de mariposa sobre las teclas del piano. No podía ser. Estaba jodido. Se apartó, furioso.

—¿Tantas ganas tienes de entrar a la familia que incluso estás dispuesta a

fingir que podemos ser amigos?

Catherine lo escuchó y lo miró como si él le hubiera dado una bofetada, pero se repuso enseguida.

—No tengo afán de casarme, son sentimientos, David, me apena que no los hayas experimentado. Me casaré con Mark el otro año, te guste o no. Quise arreglar las cosas contigo, a pesar de tu comportamiento, pero veo que es algo imposible. Lamento en el alma haberte tenido en cuenta, no volverá a suceder. —Ella se levantó y ahora fue él el que la tocó para pedirle que se sentara otra vez—. ¿No te importan, cierto?

—¿Qué quieres decir? —David frunció el ceño de mala manera.

—Qué Mark no te importa, ni su padre, ni siquiera esta alegría que deseábamos compartir contigo hoy.

David se levantó de la mesa.

—Tú no me conoces. —Se le hizo un enorme agujero en el estómago al ver su rostro triste—. Yo llegué a casa de los Spencer cuando era un niño de tres años, no te confundas, los conozco muy bien y los quiero a mi manera, pero eso no me hace parte de su familia. Hazte un jodido favor, como cuñados que seremos. —David recalcó la palabra entre los dedos—. No dejes que te chupen la sangre, serán sutiles y lo harán como gestos de buena voluntad, pero si te dejas, te joderán la vida y no quisiera ver que aparcas tu música por ser esposa y madre, o lo que sea que ellos esperan de ti, piénsatelo bien.

Catherine lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—No tienes idea de lo que estás hablando.

—Oh, sí, tengo bastante idea, pero vamos a dejarlo aquí, tu verás si tomas mi consejo o lo deshechas, te deseo suerte en tu nueva vida, estoy seguro de que nos veremos en más de una ocasión.

Salió de la estancia como alma que se lleva el diablo, en cuanto la perdió de vista, respiró profundamente, Catherine lo afectaba y tendría que controlarlo de alguna forma o tendría muchos problemas. Si Mark le había puesto un jodido anillo en el dedo, o estaba enamorado, o era su último acto rebelde contra Henry al no escoger a una joven con el mismo pedigrí de los Spencer, antes de asumir el negocio de la familia. Y el viejo era lo suficientemente inteligente para no forzar tanto las tornas, pues sabía que con la elección de carrera ya bastante lo presionaba. Catherine era una mujer con luz propia, con temperamento y con un enorme talento, tendría que vigilar que los Spencer no hicieran de las suyas, anteponiendo sus necesidades a las de ella. ¡Maldita sea! ¿Por qué diablos le importaba tanto? ¿Por qué no podía

dejar de pensar en la prometida de su amigo?

Catherine se quedó sentada un momento, pensando en el encuentro que acababa de tener lugar. Estaba turbada, necesitaba digerir palabra por palabra lo ocurrido, no entendía la actitud del chico, ella había venido en son de paz. ¡Qué se jodiera David Foster! Al fin y al cabo, ella tenía a Mark, el hombre que la había salvado de la soledad, que le había ganado el corazón con sus modales exquisitos, que la había conquistado con detalles y con sus viajes intempestivos a Nueva York, donde ella había pasado todo el verano. La había llevado a cenar a uno de los mejores restaurantes, habían visto un espectáculo en Broadway y luego habían pasado la noche en una de las suites de lujo del Plaza. Mark era un amante tierno y considerado, la halagó y la complació dejándola más enamorada. Ella no era una mujer experta, había tenido un par novios en la escuela de música, nada memorable, pero Mark fue diferente y por primera vez en su vida se sintió querida, apreciada. La prueba de fuego fue el fin de semana que pasaron en la casa de Mark, allí conoció a Henry, un hombre serio y elegante que alabó su talento en el piano después de escucharla, luego de la cena. El hombre le hizo un breve interrogatorio y asintió, satisfecho, luego alabó las notas de Mark, que habían subido gracias al curso de verano que había tomado.

Las palabras de David las desestimó, no así el recuerdo de su rostro o lo que su presencia ocasionaba en ella, ellos podrían ser amigos, tenían en común su amor por la música. A Mark le gustaba escucharla interpretar alguna melodía, pero lo hacía con el interés superficial de quien podría pasar la vida sin escuchar un piano, aunque en ningún momento había sentido que él quisiera coartar su arte, como había insinuado David.

Sintió rabia consigo misma por ser tan imbécil, nadie le había dicho que fuera a buscarlo, fue su terquedad y la manera en que su novio y su suegro hablaban de él (y el comentario de Henry de que no le gustaba que David se alejara mucho de la órbita familiar), lo que la hizo querer intentar un acercamiento. Bien, lección aprendida, no volvería a hacerlo.

Se dedicó el resto del día a tocar el piano, mientras sus dedos se deslizaban sobre las teclas, le confesaba a este sus impresiones, sus frustraciones, alegrías y tristezas, el piano le respondía con una melodía propia para cada sentir, tocaba, tocaba y tocaba con pasión y ahínco, hasta que su alma quedaba ligera como vuelo de pájaro.



## CAPÍTULO 4

*Catherine*

*Y*

*Mark*

*Participan a usted de su casamiento y lo invitan a compartir la ceremonia religiosa que tendrá lugar en la Catedral Saint John, el día sábado 30 de julio del año en curso a las 17:00 horas, y luego a la recepción que será ofrecida en la mansión Spencer, en 1800 de Uper East Side. Nueva York,*

David cerró la caja de fino cartón reciclado en la que venía la invitación. En una de sus visitas a la casa por Navidad, Catherine habló de las invitaciones, y puso a los tres hombres a escoger, palpar y oler las muestras que había en ese momento en el estudio. Le costaba un trabajo enorme disimular los sentimientos que la joven le inspiraba, pero había aprendido a esconderlos con el mismo rigor con el que hacía todo en su vida, con voluntad de hierro, lo que hacía más llevaderas las inevitables reuniones familiares.

Le gustaba descubrir pequeños detalles sobre ella, como que adoraba a Jane Austen, sobre todo *Orgullo y Prejuicio* y *Persuasión*, novelas que él no leería ni en un millón de años. Que siempre endulzaba el café con una cucharada de azúcar, pero prefería el té de rooibos sobre cualquier otra bebida. (Aprendió que ese té era originario de un arbusto que crecía en África y estaba comercializado en el país, lo probó por curiosidad y terminó aficionándose también a beberlo). Que disfrutaba del chocolate negro y del helado de pistacho. Que su color favorito era el rojo y amaba las lluvias de estrellas. Que prefería escuchar música en casa antes que en un auditorio, ya que sentada entre el público tendía a analizar la interpretación y el comportamiento de los músicos, y no a disfrutar de su posición de espectadora. Conocía cosas de ella a las que dudaba que el mismo Mark les prestara atención.

Si bien no habían profundizado en su trato, sus modales de troglodita habían mejorado en su presencia. Su seriedad era tomada por madurez, aunque nunca había sido del tipo risueño o zalamero, eso lo dejaba para Mark. La escuchaba hablar con Henry, que parecía encantado con ella, a Mark lo veía mucho más sosegado, aunque sus presentimientos se habían hecho realidad, se trasladarían en el verano, después de la boda, a Nueva York, Catherine dejaría la escuela a un año de terminarla. Él, sobresaltado, le preguntó una noche por sus conciertos, ella le dijo que en esos momentos, con los planes de boda, dejaría aparcada su carrera musical.

—¿Has dejado de amar la música? —preguntó, mientras ella escogía el color de vaya usted a saber qué, para la jodida boda, que lo tenía hasta los cojones.

—¡Jamás! La música es mi vida —exclamó, con la vista fija en una paleta de colores.

—No renuncies a la música, Catherine.

Ella lo miró, como volviendo de un sueño.

—No estoy renunciando, toco desde los tres años, me tomaré unos meses de descanso y reanudaré mi carrera aquí en Julliard.

David no le dijo nada. Se levantó antes de iniciar una discusión y la dejó sola.

Sabía por experiencia que si ella no se imponía, ni siquiera atravesaría las puertas de Julliard y no volvería a dar un concierto nunca más. Mark había llegado a un acuerdo con Henry, haría la residencia médica de dos años en uno de los hospitales de Nueva York, luego una especialización en Financiera con énfasis en salud en la universidad de Columbia, por lo que podrían vivir en la mansión, los planes del par de hombres le fueron comentados en la cena de cumpleaños de Henry.

Y justo esa madrugada —la madrugada de la vergüenza, como llamaba después cada vez que la recordaba—, no había podido morderse más la lengua y seguir ocultándole a ella sus sentimientos.

David, que no podía dormir, deambuló por la casa hasta la biblioteca, iba por un libro, a lo mejor alguna de esas novelas favoritas de Catherine que estaba seguro lo tendrían roncando en cuestión de minutos. Al abrir la puerta, la melodía del piano lo dejó sembrado en el lugar. No escuchó el ruido afuera, porque la habitación había sido insonorizada, seguro para no molestar a los demás habitantes de la casa. Catherine llevaba una bata de seda que se le

escurría por sus hombros blancos y esbeltos, tocaba *Sueño de amor*, de Franz Liszt, una de sus piezas favoritas, recordó un extracto de uno de los poemas en los que estaba inspirada la obra musical:

*Estaba muerto por el éxtasis del amor  
yacía enterrado en sus brazos  
me despertaron sus besos  
vi el cielo en sus ojos.*

No recordaba los otros poemas, ese era el único extracto que le venía a la mente mientras ella ejecutaba la pieza con suma destreza. La melodía se fue apagando con un final de acordes y lentos arpegios, como si fueran notas sueltas unidas en una sola frase. Concluyó la pieza y cerró la tapa del piano.

—¡No! —exclamó él, revelando así su presencia.

Aunque se sentía intimidado, no deseaba que ella dejara de tocar. La música, su música, ya que la había escuchado tocar en las pocas ocasiones en que habían coincidido, tenía la facultad de erizarle el alma, y eso no pasaba con nada ni con nadie más, a lo mejor ese era el hechizo que ella tejía sobre él, necesitaba hartarse de su música para poder seguir con su vida, como lo haría con el cuerpo de la mujer deseada y después de satisfecho el placer, poder seguir su camino.

Ella lo miró, sorprendida.

—¡Qué sorpresa! —exclamó, nerviosa.

—Toca para mí —musitó detrás de ella, deseoso de acariciarle los hombros, hambriento de su cuello y de sus labios.

—¿No es un poco tarde? —preguntó, tensa, como siempre que estaba en su presencia. Algo en David le provocaba una serie de desazones en las que evitaba profundizar. Tocar solo para él le parecía un acto muy íntimo, como si le pidiera que se desnudara y no entendía el porqué. Mark nunca se lo había pedido. Entendía a David, sabía que la música significaba lo mismo para ambos o eso creía.

—Lo haré si me respondes una pregunta.

—Desde que no sean preguntas tipo test de chicas Cosmo.

Sobre ellos voló el recuerdo de la noche en que se habían conocido y todo había resultado tan mal, ese espacio de tiempo estaba allí, antes de que llegara la vida a contaminar un momento especial al que ella iba de tarde en tarde, todavía preguntándose qué pudo haber pasado para que el apuesto hombre que

tenía enfrente hubiera actuado de esa manera.

Ella le regaló una sonrisa. Abrió la tapa del piano y empezó a tocar *Nocturno Número 9* de Chopin. Era un momento perfecto, las notas lo tocaban, recorrían su piel de arriba abajo en un rosario de erizamientos y sentires que lo enardecían y emocionaban tanto, que se sentía capaz de ir de rodillas por un camino empedrado solo para perpetuar esa sensación.

—¿Por qué amas la música? —preguntó Catherine sin dejar de tocar.

David, sobresaltado por el tono de su voz, se quedó callado unos segundos, como si temiera desnudar su alma frente a ella.

—Después del silencio, la música es lo que más se acerca a expresar lo inexpresable.

Ella sonrió.

—Parece frase de Facebook.

David le regaló una sonrisa.

—No estás mal encaminada.

—Sonríes muy poco. —Enrojeció enseguida por su imprudente comentario. Cuando él volvió a sonreír con la ceja enarcada, un revoltoso vuelo de mariposas acarició su estómago.

—“La música debe hacer saltar fuego en el corazón del hombre y lágrimas de los ojos de la mujer”.

Catherine soltó una carcajada.

—Oh, cállate. Te puedes meter en líos con las feministas.

—¿Qué? Eso lo dijo Beethoven y no andaba tan descarrilado.

—Siéntate y calla si quieres escucharme, cuando sea famosa tendrás que hacerlo entre miles de personas y no creo que lo disfrutes igual. La música es fuego en el corazón de un músico sin importar si es hombre o mujer.

Él estaba seguro de eso.

—O de un oyente enamorado —hizo una pausa, ante el sonrojo de ella— de la música.

Se sentó en el sofá con una sonrisa, como si ella le estuviera haciendo un maravilloso regalo, lo que la conmovió. Deseaba perpetuar ese gesto como la vista de algo sublime y hermoso, sin embargo, se difuminó con rapidez, como si nunca hubiera estado allí.

Sería tan fácil enamorarse de él, la que lo hiciera sería muy afortunada.

—Deseo de corazón que seas famosa —interrumpió él sus pensamientos— y no termines encerrada en este mausoleo, criando un par de mocosos. No te lo perdonaría.

Ella golpeó levemente las teclas.

—Me gustan los niños.

—Eres un prodigio, ten los mocosos que quieras, pero no dejes de tocar.

Ella empezó con una pieza de Haendel, *Minueto número 14 en sol menor*.

Tocó más lento, tomándose tiempo para alargar algunos fragmentos, suavizando los tonos, nunca con prisa y nunca rígida en los trinos. Eso daba a la pieza una calidad romántica, exquisitamente etérea. David apenas respiraba viendo sus perfectas manos volar sobre las teclas, era una interpretación asombrosa. “Olvida su pijama de seda, olvida su piel, olvida el cabello, olvida que es una belleza y disfruta de este maravilloso regalo”, imploró para sí. No podía, la música lo había excitado, o era ella, no tenía certeza de nada, la imaginó desnuda con su glorioso cabello, el gesto de ojos cerrados, concentrado, tocando el jodido piano o mejor tocándolo a él. El corazón le golpeaba el pecho como una tambora, si no dejaba de pensar en su piel, ella se daría cuenta de que estaba como adolescente en celo. Respiró profundo y cerró los ojos, no se atormentaría más con su presencia viéndola en trance frente a las teclas o haría el ridículo de su vida.

“¡Qué noche más rara!”, caviló Catherine mientras ejecutaba otra pieza y lo miraba, necesitaba de su piano como nunca. Cuando David estaba lejos, apenas pensaba en él, pero en cuanto llegaba, su presencia lo invadía todo, hasta sus más íntimos pensamientos, y eso la enfurecía, lo que hacía que le destinara un trato distante, que Mark achacaba a lo ocurrido en su primer encuentro.

Entendía a las mujeres que perdían la cabeza por él, tenía un fuerte magnetismo capaz de adueñarse de distintas sensaciones aun en un salón abarrotado de gente. Había cerrado los ojos, observó su cuello, su quijada con asomo de barba, la manzana de Adán. El aire olía a él, le gustaba su olor desde el día en que lo había conocido: jabón, madera y un aroma indefinible que solo él emanaba.

La música se extendía por el salón. “Es prácticamente el hermano de tu prometido”, se reprendió, concentrándose en la melodía. Llevaba tocando más de media hora, con pausas entre tema y tema. Volvió su mirada a él. “Tiene manos de pianista”, se dijo, mirándolo de reojo. “¿Tocará el piano?, ¿cómo será su toque en una mujer?”. Una pesadez conocida se instaló en su vientre y se obligó a concentrarse de nuevo en la música.

Chopin, Schumann, Rachmaninov y sus acordes y notas los llevaban por todas las emociones conocidas por el hombre: el amor, la locura, el esplendor

y la obsesión, hasta que una pieza de extrema delicadeza saturó con sus acordes el espacio, escapando hasta morir en las paredes repletas de lienzos y libros. David no lo sabía en ese momento, pero Catherine le estaba haciendo un precioso regalo, desnudando esa pieza, era como si se estuviera entregando a él, un sentimiento diferente llegó hasta ella asomándose tímidamente por entre los desconciertos, el miedo y las certezas, como la luz tenue que aparece antes de la salida de los rayos del sol.

David abrió los ojos y la observó sin pestañear. Ella le devolvió la mirada, las piedras preciosas, oscuras, de sus ojos, tallaron su piel.

—¿Sientes la melodía? —preguntó, en un hilo de voz.

David se levantó veloz, caminó hasta el piano, acechándolos, a ella y al instrumento, se paró al frente, en el aire las notas musicales revoloteaban, encerrándolos en emociones que parecían creadas para ellos. Era una sonata que no conocía, a lo mejor era creación de ella. La música encerraba un enorme sentimiento, lo invadió la nostalgia por un lugar en el que aún no había estado.

—Siento muchas cosas, Catherine, hasta algo que nunca antes había sentido.

Solo escucharlo y ella se tensó como la cuerda de un violín. Concluyó de manera brusca la melodía y se levantó. Él la siguió y la aferró del brazo.

—Catherine... —Ella se quedó tensa, negándose a mirarlo—. Lo sabes, sé que lo sabes.

—Me voy a casar con Mark.

—Contéstame ahora tú una pregunta.

Ella lo miró temerosa, todo el brío, el trance y el éxtasis habían desaparecido.

—Antes de que apareciera Mark a joderlo todo, ¿sentiste la conexión? ¿Significó algo? Necesito saberlo.

Ella lo miró, furiosa.

—¡Antes de que apareciera Mark! —Negó con la cabeza varias veces y lo miró con ojos brillantes—. El que lo jodió todo fuiste tú, me insultaste, solo querías follarme, lo dijiste.

Él la abrazó, la sintió temblar en sus brazos.

—Ya me has contestado —señaló, emocionado.

Ella se separó de manera brusca y lo miró, furiosa.

—Me voy a casar con el hombre que te considera un hermano, haré de cuenta que no sostuvimos esta conversación.

Él le sonrió con sarcasmo, celoso de Mark y furioso con la vida por ponerlo en esa encrucijada.

—Oh, querida, claro que la sostuvimos y sabes muy bien que no soy su hermano. Buenas noches, ¿o deberé decir buenos días? Ya está amaneciendo.

Ella miró por la ventana, sorprendida. David tenía razón, había pasado más de tres horas al piano, las dos últimas con él, que ahora la miraba con tinte burlón. Se ajustó la bata y con porte digno aferró el pomo de la puerta.

—No tienes que esconderte como un ratón para tocar el piano.

Catherine se volteó, furiosa.

—No me estoy escondiendo, no tengo tiempo en el día.

—Te advertí sobre las buenas intenciones. Ya no veo a la chica que defendió esa noche su música ante un remedo de periodista, y no has pasado ni un año bajo el influjo de los Spencer. —Chasqueó los dientes—. Dijiste que la clave está en la pasión, en ser sincero y transparente con la música.

Catherine quiso abofetearlo y a la vez abrazarlo por recordar algo que ella parecía estar olvidando.

—Tú no me conoces, no entiendo cómo puedes ser tan desagradecido después de todo lo que esta familia ha hecho por ti.

—No he sido desagradecido, pago mi cuota con lo que se espera de mí.

—Un poco de lealtad estaría bien para empezar.

David se acercó a ella.

—Entiéndeme, esto no es sobre mí, ni tiene que ver con el cariño y la lealtad, sino con la supervivencia, no dejes tu alma o tu música en el camino, esto es oropel, si desaparece, no se habrá perdido mucho, en cambio, tu música merece permanecer viva, recuérdalo.

—Estás loco.

—Yo corrí con suerte, amo la medicina, amo lo que hago, no se me ocurre a qué otra cosa pudiera haberme dedicado y se lo agradezco a los Spencer. Hablo de los demás, Mark odia la medicina y espero que tu papel como esposa no anule tu esencia, eres música por encima de todo lo demás, por favor, no lo olvides.

Catherine salió de la habitación.

David volvió de sus pensamientos, exaltado como siempre que recordaba esa madrugada. Ya era un hecho consumado, asistiría a la maldita boda, tal vez al verla caminar al altar con otro hombre, por fin entraba en razón. Dejó la caja a un lado y siguió leyendo el tema de estudio de la clase del día siguiente.

El sol penetraba a raudales por el amplio ventanal, arrancaba destellos a los cristales y los juegos de plata y porcelana que Catherine acomodaba en una mesa larga de caoba oscura, eran los diversos regalos que empezaban a llegar. Tesoros pulcramente organizados, bandejas talladas en plata, porcelanas de Sevres, cristales refulgentes y candelabros de diferentes materiales. Suspiró, había llegado a Nueva York un mes antes de la boda y Mark la invitó a quedarse en la mansión, ya que dentro de pocos días ese sería su hogar, lo que le daría tiempo de familiarizarse con el manejo de la casa. No era que lo necesitara mucho, al fin y al cabo la casa marchaba con la precisión de un reloj antes de que ella llegara, y no tenía interés en cambiar las cosas. Hubiera preferido empezar su vida matrimonial en una vivienda más pequeña, los dos solos, pero cuando lo había sugerido, él había desestimado su comentario: si iban a vivir en Nueva York, la mansión era el mejor lugar para empezar una familia. Ella, que lo veía todo con los lentes rosa del amor, no le vio ningún inconveniente.

Henry había sugerido a la persona que la ayudaría a organizar la boda, así como el nuevo vestuario de ella, agradecía lo generosos que eran y las atenciones, pero a veces sentía que aquella no era su vida, era como si hubiera entrado a un *reality show* y ya no pudiera ser ella misma, estaba perdiendo cosas. A su mente llegaban las palabras proferidas por David aquella madrugada, pero las descartaba, porque acababa de ganar una nueva familia y un hombre cariñoso.

Aunque ya no era el Mark del principio, lo notaba lejano, como si después de integrarla a la familia, hubiera aparcado la conquista; le había puesto el anillo y se había desentendido. Era consciente de que el estudio y el trabajo le dejaban poco tiempo para compartir, él le había prometido que eso sería temporal. Cuando lo hizo partícipe de sus inquietudes, él se dispuso a tranquilizarla, la llevó a cenar, le regaló una joya y le prestó algo de atención por unos días, después volvió a su comportamiento de siempre.

A lo mejor eran los nervios por la boda. Se casaría con uno de los mejores partidos del país, más de una desearía estar en su lugar y sería una tonta si no apreciara la posibilidad de vivir en una de las casas más lujosas que había conocido. Al principio se sintió apabullada en el hogar de los Spencer, donde se respiraba una atmosfera de cómoda opulencia, sin llegar a ser ostentosa.

Leyó las diferentes tarjetas adjuntas a los costosos regalos, eran apellidos

conocidos, pero ella buscaba uno en particular, sin encontrarlo. El regalo de David no había llegado, aunque él había confirmado su asistencia. Tendría que volver a verlo y no la hacía muy feliz el hecho. Se le hacía un nudo en el estómago recordando esa aciaga madrugada. Su recuerdo de lo ocurrido aquella noche la llenaba de terribles dudas. Quería a Mark, era un amor tranquilo, sosegado. Sin embargo, con David sentía cosas diferentes, lo veía y apenas podía respirar, memorizaba cada uno de sus gestos, y poco podía conciliar el sueño, evocando todo lo que él hablaba o cómo se comportaba.

—Buenos días, señorita Catherine —saludó el ama de llaves, entrando al salón—. El desayuno está servido, ¿sabe si el señor Spencer bajará?

—Me dijo que en diez minutos bajaba, gracias Leonora.

—Como guste, señorita.

¿Por qué si iba a llevar una vida de ensueño se sentía tan vacía? Su piano era un buen consuelo, pero apenas tenía tiempo para tocarlo. Sacudió la cabeza, tenía que centrarse, la agenda del día se presentaba apretada, esa mañana tendría la última prueba del vestido, Jennifer, la organizadora de bodas, pasaría a recogerla en una hora.

—Cariño, ¡aquí estás! —Mark entró en la habitación como un rayo de sol, guapo y elegante, le dio un corto beso en los labios, ella quiso acercarse más, pero él la eludió de manera suave—. La servidumbre está saliendo y entrando.

Ella lo abrazó por la cintura.

—No me importa.

Él le sonrió, profundizó el beso y luego la soltó.

—Recuerda el almuerzo con la esposa del senador Driscoll, en Per Se, a la una de la tarde, no llegues tarde y ponte ese vestido azul que compramos la semana pasada.

A Catherine un nudo le atenazó la boca del estómago.

—No sabía que ahora te dedicabas a ser árbitro de la moda —dijo ella, con más sequedad de la necesaria.

Él sonrió, su gesto de revista destinado a seducir.

—Cariño, ponte lo que quieras, bien sabe Dios qué te prefiero sin ropa. — Se acercó a ella, la abrazó y le acarició las nalgas—. Te lo digo porque me gusta ver ese color en ti, y pensé que podrías complacerme.

—No tengo ningún problema en complacerte —señaló, firme—, pero en mi vestuario, mando yo.

Mark frunció el ceño.

—Lo siento, querida, yo...

Catherine se negó a que el color de un vestido arruinara el poco tiempo que compartían y decidió cortar el tema.

—¿Desayunamos juntos?

Mark miró el reloj.

—Lo siento querida, tengo una reunión y ya voy tarde.

—Pero, Leonora...

Mark se despidió, dándole un beso y una palmada en el trasero, y la dejó de nuevo sola. De pronto, la vista de los regalos le produjo un ligero mareo.

—Señorita Watson, ¿va a pasar al comedor?

Ella la miró, confusa, detectó algo de compasión en el rostro de la mujer.

—No, por favor, retrase mis compromisos media hora, necesito tocar el piano.

—Como guste, señorita Watson.

## CAPÍTULO 5

Las celebraciones previas a la boda resultaron según lo planeado, con algún par de incidentes, normales para ese tipo de eventos. El día anterior a la ceremonia, Catherine y Mark recibieron a los invitados en una cena, llevada a cabo en uno de los mejores restaurantes de comida italiana de la ciudad. Posaron para los periodistas de los diferentes medios; ella llevaba un vestido lila tipo coctel y el cabello recogido en un peinado sencillo y Mark, un traje gris.

Catherine observaba con disimulo a David, que elegantemente vestido, con traje negro y camisa de seda del mismo color, guapo y encantador, flirteaba con tres mujeres. Sonreía, las escuchaba con atención, y ellas lo miraban, cada una sintiéndose la próxima señora Foster. A ella una ligera molestia le atenazaba el estómago, lo achacó a los nervios por todos los preparativos, que la tenían agotada, aun así, impostó una sonrisa y disimuló el malestar al ver a David tocando el rostro de una de las primas de su novio.

Tuvo que repetirse hasta el cansancio que Mark era el hombre que le convenía, el que la hacía sentir bien, y que el día siguiente sería el más importante de su vida. Saludó a su escasa familia: una prima de su madre con su esposo, y la hija de ambos, con su respectiva pareja, y Dylan, su querido amigo, que tenía encandiladas a todas las jóvenes. Ahora sonreía a la esposa de uno de los socios de Henry, una severa mirada de reprobación de ella lo hizo volver a sus papeles. Lo comentado con él media hora antes la había puesto nerviosa.

—El tipo de negro, el de la esquina —Catherine no tenía que darse la vuelta para saber de quién estaba hablando Dylan—, no te quita los ojos de encima, tiene un par de rubias a sus pies, sin embargo, no deja de mirarte.

—Es David, el mejor amigo de Mark, se criaron juntos, son como hermanos.

—Líbrame de esa clase de hermanos, si yo encontrara a un hermano mío mirando a mi mujer como ese tipejo te mira, tendríamos serios problemas.

—Debe estar pasado de tragos —dijo, nerviosa—, no le prestes atención. Dylan observó a la gente.

—Menuda familia te echaste encima.

Ella lo miró, confundida.

—¿Por qué lo dices?

El chico negó con la cabeza.

—No me hagas caso, solo quiero que ese cabrón te haga feliz —señaló, preocupado.

—Lo hará.

El rostro de Dylan mostró una risa burlona.

—A tu prometido no le gusta verte hablando conmigo, ya viene directo para acá.

—Cariño —saludó Mark, acercándose a ellos y mirando el músico con patente reprobación—, Meredith John's desea saludarte, con tu permiso, Dylan, sigue disfrutando de la velada. —Le puso una mano en la espalda con gesto posesivo y la alejó de él—. Ese tipo parece un hippie, ¿no podía cubrirse los malditos tatuajes o peinar su cabello?

Catherine lo miró, molesta.

—No puedo creer que me estés diciendo esto. Dylan es mi mejor amigo y puede venir como quiera. Además, si es por sus credenciales, sabes que es hijo de una de las parejas más famosas del país.

—Hay un código de etiqueta...

—Me importa una mierda el maldito código de etiqueta —dijo Catherine entre dientes, impostando una falsa sonrisa a un senador y su esposa.

Mark bajó la voz, molesto.

—La boda te tiene muy nerviosa.

—No tienes idea.

—Tranquilízate. —Le habló al oído, ante la gente parecían una pareja enamorada compartiendo algún secreto—. Discúlpame, cariño, ambos estamos nerviosos, en dos días todo este circo habrá acabado y estaremos los dos solos.

Catherine quiso preguntarle si esa sería la norma en cuanto volvieran de la luna miel: compromisos, sonrisas falsas y críticas a su amigo, pero lo olvidó en cuanto vio a David besar a la mujer a la que acariciaba minutos antes, el gesto terminó por descomponerla y susurró con los dientes apretados.

—Es un desvergonzado.

—¿Quién?

Ella negó con la cabeza.

—No me hagas caso. —Le dio un beso en la mejilla y llegaron a la

presencia de la mujer que deseaba felicitarlos.

David no había dejado de observarla, estaba preciosa, pero la notaba algo apagada, no supo si eran los nervios normales de la boda, si él fuera el novio, la sacaría de allí y se dedicaría a ponerle una bonita sonrisa en el rostro, se le ocurrían varias ideas. Soltó una risa, ya estaba pasado de tragos y faltaba la jodida despedida de soltero. Se acercó a Susan, una hermosa mujer que evidentemente estaba derretida por él, y trató de apartar su mente a aquella que nunca podría ser suya.

En la despedida de soltero, en un lugar para caballeros, rodeados de los amigos de Mark de toda la vida y los advenedizos que ayudarían a sus intereses, David se terminó de emborrachar. Le dijo a Mark que iba a cometer el peor error de su vida, que se le iba a caer el pito por culpa del hielo que debía desprender esa mujer en la cama. Mark, en vez de refutarlo o defender a Catherine, aferró la mano de una desnudista y la sentó en sus piernas.

—Si mi mujer se vuelve hielo en la cama, yo tendré que buscar consuelo en otra parte.

David soltó una risa carente de humor y se sirvió otro trago. Ambos llegaron como cubas a la mansión en la madrugada.

Al día siguiente se levantó temprano con un fuerte dolor de cabeza y una leve idea de lo ocurrido el día anterior, recordó que Mark se había llevado a una de las chicas para el baño, se sintió mal por Catherine, pero en ese tipo de despedidas las cosas podían salirse de control.

Necesitaba hablar con la novia, verla y entregarle el regalo de bodas, que era para ella, solo para ella. Emocionado, sacó el estuche de gamuza de color azul oscuro que contenía el presente. Se aseó y se puso una sudadera, fue a la cocina por un vaso de agua, luego preguntó por ella a una de las empleadas domésticas que sacaban brillo a una escultura. La encontró en el salón, hablando con la organizadora de bodas, llevaba una falda corta, una blusa veraniega sin mangas, sandalias de tiras y el cabello recogido. Tanta piel expuesta, pensó David, sintiéndose perdido, viendo la forma esbelta de sus piernas, el olor a perfume que llegaba a él, un olor diferente a las rosas, pero igual de exquisito: olía a jazmín, a musgo, a toronja, una serie de acordes que lo excitaron y lo hicieron desear pasear su nariz por todo rastro de piel. Tenía un fuerte nudo en el estómago y no sabía a dónde diablos había ido a dar el aire de la habitación. Ella se acercó a él.

—¿Te sientes bien? —preguntó.

A lo mejor debía dejar el regalo en las mesas destinadas a ello y no exponerse a hacer una tontería.

“No, no estoy bien. No te cases, vente conmigo, te haré feliz y por supuesto que no te pondría los cuernos con una bailarina de tres al cuarto antes de nuestra boda”. Él cerró los ojos y respiró profundo unos momentos, cuando los abrió, ya tenía de nuevo el control.

—Estoy bien, solo una resaca que se me pasará en un rato —dijo, nervioso.

—Mark me contó que perdieron un poco el control anoche, mucho licor.

David se salió por la tangente.

—Fue solo su última borrachera de soltero, no se lo tengas en cuenta.

Una de las empleadas pasó con un ramo de flores, Catherine la llamó, olió las rosas, le sonrió a la chica, dándole las gracias por el bello arreglo y luego volvió su atención a David.

—Quiero darte tu regalo de bodas. —Carraspeó, nervioso.

—Mark y yo te lo agradecemos...

—El regalo es para ti —soltó él, ansioso.

La tomó de la mano y la llevó al estudio donde ella había tocado el piano esa madrugada. El lugar estaba solo, la invitó a entrar y cerró la puerta.

Le acercó una caja forrada en fina gamuza amarrada con una cinta de tul color plata, que estaba encima de una mesa esquinera. Ella le sonrió y lo recibió, agradecida. David el corazón se le estrelló contra las costillas, ocasionándole un profundo dolor.

—Ábrelo.

—¿Y Mark?

—Ábrelo, por favor.

Ella le regaló otra sonrisa algo confusa e hizo lo que le pedía. Nerviosa, deshizo el lazo, que dejó a un lado y abrió la caja.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al ver el hermoso presente que había en la caja, eran las partituras de *Sueños de amor* de Liszt, las tres partituras y era... una primera edición, según rezaba en la tapa.

—David, esto es... —Recordó que esa era la melodía que tocaba cuando él la había encontrado al piano esa madrugada.

—Es el presente perfecto para que no olvides que tu talento permanecerá en el tiempo.

—¿Cómo lo conseguiste? —Abrió las hojas, amarillas por el tiempo, y acarició el pentagrama con las notas de una de sus melodías favoritas, al

tiempo que se sentaba en una de las sillas que rodeaban la estancia—. Es hermoso. Nunca nadie antes...

David carraspeó, emocionado.

—Te mereces muchos más presentes como este.

—No me has contestado. ¿Cómo lo conseguiste? —Lo miró con el corazón desbocado en una melodía que hablaba de interrogantes, miedos y alegrías.

—Un anticuario de libros en París se encargó de todo.

—Gracias, David, es el mejor regalo que me han hecho nunca —susurró, emocionada, llevando la mirada de nuevo al regalo. Luego se levantó con la partitura aferrada a su pecho, se acercó y lo abrazó.

“No te cases, Catherine te lo ruego”, dijo él con el pensamiento. “Empecemos de nuevo, por favor”. Su olor lo narcotizaba, no pudo evitar tocar la piel de su nuca en medio del abrazo, era tan suave como había imaginado. Tenía que soltarla o no la dejaría marchar. Cuando se separaron, se miraron, él cálido y ella confusa.

—Gracias —dijo ella de nuevo llevando la partitura a su corazón, tomó la caja, el lazo y salió veloz del lugar.

A media mañana, David se reunió con Mark y Henry en el comedor auxiliar. Observaban el ajetreo de antes de la ceremonia como si fueran de otra galaxia.

—¿Qué mierda es una peonía doble o semidoble?

Henry bufó y siguió la lectura del periódico.

—Yo solo extendiendo los cheques —señaló el padre.

Mark se levantó y del mueble auxiliar del comedor sacó una botella de whisky.

—¿Tan temprano? —inquirió Henry.

—Un brindis por mi nueva vida.

Los tres hombres compartieron el brindis, Henry se disculpó aduciendo que tenía papeles que firmar y David aprovechó para disculparse con Mark por los insultos a Catherine.

—Ambos estábamos borrachos, lo que pasa en las despedidas de soltero, se queda en las despedidas de solteros —soltó Mark con cierto tinte burlón.

David llegó a la ceremonia con media botella de whisky entre pecho y espalda, era de los afortunados a los que no se les notaba el licor ingerido, una que otra risa sarcástica lo delataba.

Se negó a mirar a Catherine cuando hizo su entrada a la iglesia en medio de los acordes de la marcha nupcial. De pie, al lado del novio, pálido y rígido como si estuviera esperando una condena, fijó sus ojos en una imagen más allá del altar y no los despegó hasta que el sacerdote inició la ceremonia. La música del servicio había sido cuidadosamente organizada por ella. Quiso morir, convencido en ese instante de que de amor sí se podía morir, sentía como si le estrujaran el corazón ante cada voto proferido y cuando la ceremonia acabó, una calma lo invadió, como si alguien se hubiera apiadado de él y le hubiera anestesiado el corazón y las entrañas. “Ya está hecho, está casada, no puedes hacer nada más”.

El jardín donde se llevaba a cabo la recepción estaba iluminado de miles de luces que parecían luciérnagas, los meseros pululaban con bandejas de licor y entremeses, los invitados charlaban animados y la pareja de recién casados brillaba con luz propia. Dio gracias al cielo de que un primo de Mark fuera el designado para recitar las palabras a los novios durante la recepción. La vio bailar feliz en brazos de Mark y cuando le tocó el turno a él de bailar con la novia, la llevó al centro de la pista sin dejar de mirarla. Una canción de Bruno Mars, interpretada por la voz femenina del grupo que animaba la fiesta, llegaba hasta ellos.

—Estás preciosa y Mark es un cabrón con suerte. —Le dio una vuelta y la aferró más a él.

Catherine, sonrojada y feliz, lo miró con genuina sorpresa.

—¡Vaya! Hoy es mi día de suerte, la boda, tu hermoso regalo y ahora un piropo. Muchas gracias.

—No te hagas ilusiones, pienso que sigues siendo un grano en el trasero, pero no puedo ignorar lo obvio, aunque dicen que todas las novias son bellas.

Catherine sonrió, lejos de sentirse ofendida o incómoda.

—Ya no tienes nada que hacer. Me quedo con el cumplido.

David la aferró más a su cuerpo y le dijo con el pensamiento todas las palabras que tenía atravesadas como lanzas en el pecho. Que era la novia más hermosa que había visto jamás. Que era un cobarde por no haber luchado por ella esa maldita noche, que se merecía la tremenda brecha que ocupaba su pecho y que no le daba un minuto de descanso, que la pensaba todo el tiempo, que sus instantes felices eran cuando podía estar cerca de ella, respirándola, bebiendo sus sonrisas en secreto, que la amaría siempre. Que era la única persona que tenía potestad sobre su alma, que era su religión y su sacrilegio, y que se moriría sin ella.

—Sé feliz, Catherine, y que nada más te importe.

Sin acabar la pieza, la dejó en la pista. Luego la novia tocó en el piano *Claro de luna*, y dijo que era una de las piezas que había tocado en el concierto la noche en que había conocido a Mark. Transportaba con sus emociones y con su corazón a todos los presentes, le sacaba brillo a los acordes ocultos, haciendo resplandecer la melodía, eso solo lo lograba ella. David no entendía cómo los demás no adoraban el suelo que ella pisaba, una mujer capaz de lograr eso con la música era digna de ser venerada. Estaba siendo un imbécil o un sentimental, se dijo que al paso que iba estaría cometiendo muchas estupideces antes del término de la fiesta. Tenía que parar, tenía que dejar de adorarla, de verla como el ser perfecto de luz que creía, necesitaba descubrirle la veta de mujer fría y calculadora que rondaba a los hombres como Mark, pero una sola de sus sonrisas o una nota que salía de su piano y se volvía un colegial enamorado. No entendía ese enamoramiento, no la había tratado mucho, ni siquiera se había acostado con ella; había sido un flechazo de esos ridículos que solo suceden en las películas románticas, tendría que buscar un punto de equilibrio o terminaría sus días loco de remate.

Se fue de la fiesta momentos después, con una rubia bien dispuesta, y tuvo la necesidad insana de refregársela en las narices a la novia, que le regaló una mirada imperturbable.

Catherine no se sentía tan plácida como debería, aunque estaba feliz porque todo hubiera salido perfecto. Achacó la sensación de pérdida que la circundaba a la falta que le hacía su madre. Dianne hubiera sido feliz viéndola exultante en uno de los días más importantes de su vida. Bailó con Dylan y bromeó con las primas de Mark; después de comer algo, subió a cambiarse, en media hora saldría la limosina para el aeropuerto. Europa los esperaba para la luna de miel. Mark subió tras ella con la excusa de ayudarla con el vestido.

—Mi esposa —dijo, cuando cerró la puerta tras ella.

—Hola, esposo.

Mark la abrazó y la miró a los ojos.

—Prometo hacerte feliz y que nunca te arrepientas de esta loca y acelerada decisión —dijo, mirándola intensamente.

Ella jaló de su corbatín y le dio un profundo beso.

—Seremos felices.

En medio de besos y arrumacos, Mark logró desabrochar las docenas de

botones y ella quedó en ropa interior y medias de ligero.

—Quédate ahí —dijo.

Se sentó en la cama y sin dejar de mirarla, se desabrochó la camisa y se desapuntó el pantalón. Luego la acomodó a horcajadas sobre él, sin quitar la mirada de su rostro y después de un largo beso, le soltó el sujetador.

—Eres perfecta. —Acarició sus pechos con firmeza y observó el contorno de su cuerpo—. Mi esposa es muy hermosa y me muero por follarla.

Empezó a devorar sus pezones, succionándolos hasta que aumentaron de tamaño. Catherine le acarició los pectorales.

—Me gusta tu cuerpo —dijo ella, al tiempo que pegaba su rostro al pecho de él.

—Gracias a Dios, nena. Tendrás que lidiar con él hasta que todo cuelgue.

Ella soltó la carcajada.

—Será un placer.

Empezó a besarlo, a lamerlo. Él respiraba, agitado, no aguantó y le acarició el triángulo de las piernas con la palma e introdujo un dedo en su abertura, luego dos, con el pulgar masajeó su clítoris, estaba tan caliente, húmeda y sedosa...

Catherine estaba muy excitada. Mark la levantó y la acomodó en la cama, quiso estar dentro de ella enseguida. Se terminó de desnudar. Ella iba a quitarse las medias, pero él tomó su mano y la apartó.

—Déjate las —ordenó con tono de voz áspero—, y los zapatos también.

Ella paseó su mirada por la piel tensa y los músculos delineados. Sus dedos le acariciaron el vientre, las nalgas. Era un hombre guapo, daba gusto mirarlo, lo recorrió con el tacto de arriba abajo, mientras él la contemplaba con los párpados entrecerrados. Cuando le iba a acariciar el miembro, él aferró su mano y asumió el control. No podía contenerse más. Con su virilidad liberada y después de más caricias, la acomodó entre sus muslos e introdujo el pene con deliciosa lentitud dentro del cuerpo ardiente y ansioso de ella. Con dedos sensibles fue rozando los pliegues y concavidades de aquellos labios inferiores que se estaban hinchados de la excitación. La penetró con el miembro firme y enérgico, quería que lo acogiera de forma total, el roce de sus pieles los estaba matando. Cuando Catherine se catapultó en un orgasmo atronador y cerró los ojos, Mark le aferró el rostro y clamó sobre su boca.

—Mírame, eres mía, nena.

Observó sus facciones y la siguió segundos después.

Estuvieron listos a tiempo para despedirse de los invitados en medio de

abrazos, bromas y parabienes.

Vivieron una luna de miel de ensueño. Recorrieron París de un extremo a otro, bebiendo vino a orillas del Sena y cenando a la luz de las velas en algún restaurante de Montparnasse; pasearon por Picadilly en Londres, y recorrieron hasta hartarse el museo de El Prado, de Madrid, retrataron la obra de Gauguin en Barcelona y volvieron a casa felices y unidos, dispuestos a enfrentar lo que la vida quisiera depararles.

Al poco tiempo, Catherine se percató de lo que había hecho. No se había casado con un hombre, sino con una manera de vivir que exigía perfección a cada paso. El primer año lo vivió como en una nube, tratando de adaptarse a su nueva vida, a pesar de lo ocupado que vivía Mark con la residencia, pasaban tiempo juntos. Le dedicaba al instrumento dos horas diarias, que eran inamovibles en su agenda. Se percató demasiado tarde de que a Mark no le interesaba su talento musical. Lo divertía y era motivo de orgullo cuando tocaba en alguna de las cenas dadas en casa, pero de ningún modo alentaba la carrera de su esposa.

Lo supo con certeza una de esas noches en que cenaban en casa. Ella había despachado a los empleados y le había hecho la cena a su esposo, nada complicado, una carne al horno con guarnición de patatas y verduras.

—Cariño, esto está delicioso, deberíamos darle la noche libre al servicio más seguido —dijo Mark, llevándose un trozo de carne a la boca, Henry estaba ausente, en uno de sus eternos viajes—. Tienes mejor sazón que Leonora.

Catherine soltó la carcajada.

—Eres un buen hombre, cariño. —Tomó un sorbo de vino—. Quiero hablar contigo sobre mi entrada a Julliard. Es momento de hacer el traslado, logré una audición en dos meses para entrar en el otoño...

David aferró su mano.

—Catherine, querida, ¿crees que es el momento? Llevamos casados nueve meses. —Mark se levantó de la silla y se acercó a ella por detrás, la abrazó y sus manos resbalaron a su abdomen—. Nena, quiero que intentemos tener un bebé. Nada me haría más feliz que ver crecer un hijo en tu vientre. Quiero llenar esta casa de niños, fue muy duro crecer como hijo único, no le haría eso a un hijo mío. Hemos sido tan felices, ¿qué dices?

Catherine no había pensado en la posibilidad de un embarazo, su carrera era muy importante y los planes eran que retomaría la música después de

instalarse y adaptarse a la vida en Nueva York.

—¿A qué viene ese tema de los bebés? No lo habías sacado a colación, me has escuchado hablar de Julliard durante meses. —Lo miró, inquisitiva.

—Lo sé, cielo, lo sé, también sé que el pensum de estudios es bastante denso, no tendrás tiempo para nosotros, pasarían años antes de pensar en concebir y mi padre envejece, quiero darle nietos. Vamos, amor, ambos sabemos lo que es la soledad, no nos condenemos a una vida sin hijos.

Si Mark ponía las cosas desde ese punto de vista, ella no podía ser egoísta y negarle algo que ella también deseaba, aunque no en ese momento. Era una mujer joven, podría contar con ayuda, de pronto se ilusionó con la llegada de un bebé que tuviera los ojos de Mark y su sonrisa, y con su oído musical. Pensó en cunas, juguetes, mascotas, una casa con ruidos, música y carcajadas.

Mark supo que había ganado cuando ella exhaló un suspiro y lo miró a los ojos, ilusionada.

—Podremos hacerlo.

—Empezaremos esta misma noche —concluyó Mark, dándole un profundo beso en la boca y levantándola de la mesa. Ya no le apetecía comer.

## CAPÍTULO 6

Cuando el primer rayo de sol atravesó las ventanas, Catherine abrió los ojos. Se dijo que tendría un tiempo sin las exigencias de Mark, sin que el ama de llaves se acercara a preguntar por el menú diario o que la secretaria de su esposo la llamara para ponerla al día en la agenda que compartía con él.

Se levantó, caminando con suavidad, observó a Mark, que seguía dormido del otro lado de la cama, casi al borde. Después de tres años de matrimonio, todavía lo consideraba un hombre guapo, seguían haciendo el amor, cuando se hallaba en la ciudad, si no llegaba muy cansado o ella no tenía dolor de cabeza. Al final del primer año de matrimonio buscó un embarazo con ansiedad, hacía meses habían visitado a un especialista, los chequeos mostraban que ambos eran fértiles, el médico les sugirió calma y que se olvidaran por algún tiempo del tema. Catherine sentía que había fracasado, presentía que se ganaría el respeto y la devoción de su marido el día que le diera un hijo.

Mark, después de los dos años de residencia, decidió dedicarse a la política, ese año terminaba una especialización en Finanzas en la universidad de Columbia y trabajaba como ayudante de un prominente senador. Henry había abrazado la nueva inclinación de su hijo con entusiasmo, por lo que había podido conocer Catherine de su suegro, si había algo que amaba más que el dinero, era el poder de meter las zarpas en la política, así fuera a través de su hijo. Le sorprendió enterarse de que esa idea de Mark había nacido casi al tiempo de haberla conocido a ella. Era consciente de que ella constituía un soplo de aire fresco en la vida de los Spencer, su imagen sería fundamental para el incipiente político.

Se calzó, deslizó una bata de seda sobre la camisa de dormir y miró a su esposo antes de salir. Deseó que se despertara, le sonriera y la amara con la pasión del primer año. Salió en dirección a su refugio, como llamaba al estudio, donde de forma religiosa tocaba el piano durante dos o tres horas. Bajó la escalera, una de las empleadas de la mansión ya estaba sacando brillo al pasamanos de madera labrado, le dio los buenos días con tono suave. Era un hermoso día de agosto, dejó atrás las diferentes estancias hasta que llegó al

estudio que su suegro le había legado para que fuera su cuarto de música, trasladando la biblioteca y el ancho escritorio a otra área de la casa. Había decorado ese cuarto con muebles cómodos, un aparato de sonido de alta fidelidad, cuadros, cojines y flores. La ventana daba a un jardín florido.

En esa habitación se encontraba cada mañana en medio de los acordes de su adorado piano, y volvía a ser la revolucionaria de la música. Un miedo arcano había empezado a invadir sus días de esposa perfecta, temía que si dejaba de pensar en sí misma, podría terminar fundida entre los muebles de la casa, hasta hacerse invisible a todo el mundo. Tenía miedo de renunciar a su sueño de convertirse en una pianista de renombre, miedo de haber bajado el nivel, miedo a que el tren del desgano llegara y dejara de importarle su vida. Esos amaneceres eran el delgado hilo que la mantenía atada a su sueño, cada adagio y cada arpegio conjuraban la infelicidad, la tristeza y el desamor. Necesitaba tocar para saber que aún sentía, las palabras de David llegaban a ella de tanto en tanto.

David... Lo había visto varias veces a lo largo de esos años, en celebraciones y cenas, cumpleaños, Navidades y cenas de Acción de Gracias, siempre educado, cortés, guardaba las distancias, sin embargo, la forma en que la atravesaban sus ojos le detenía los latidos del corazón. Siempre había sido así, ella adivinaba cuando él entraba en una habitación, porque se le ponía la carne de gallina y el vello de punta. Al principio estuvo consternada y luego asustada por los celos que percibió cuando les presentó a Ada, una peditra dos años más joven que él, supo que era alguien diferente por la manera en que la miraba, estaba habituada a verlo con diversas mujeres, pero, a pesar de que se comportaba como un caballero, ella sabía que eran simples aventuras, lo que no le pasó con Ada. La odió al instante y la cena en la que la conoció fue una verdadera tortura, la enfurecían sus propias reacciones y le costó trabajo aprender a disimularlo.

Esos últimos meses, había visto a la pareja en varias oportunidades, desde que David había vuelto de Baltimore, cuando el nuevo hospital St George, la última inauguración de los Spencer, había abierto sus puertas. Él era el encargado del pabellón de cirugía cardiovascular, uno de los proyectos ambiciosos de Henry, y no sería el único, con un par de leyes pendientes de aprobar en el congreso, los Spencer construirían hospitales a lo largo y ancho del país.

Escuchó el timbre de su celular, suspiró y tomó el aparato. Era Mark, que seguro ya estaba listo para desayunar.

—Hola. —Su voz era suave y modulada.

—Catherine, la cremallera de la maleta está trabada, envía hoy a Ernest para que la reparen, necesito el equipaje listo a las cuatro, y dile a Leonora que esta vez quiero los huevos en su punto, no quemados.

Cortó sin despedirse, sin darle tiempo a replicarle que él mismo podía enviar a Ernest o hablar con Leonora, ella no era su ama de llaves, cada vez discutían más, pero Mark tenía una forma de envolverla con argumentos manipuladores que estaba aprendiendo a reconocer. Suspiró de nuevo y dejó el móvil en la superficie del piano, acarició por última vez las teclas, cerró la tapa y se levantó a iniciar la jornada. Ya ni siquiera merecía unos: “Buenos días, ¿cómo amaneciste?”. Se convenció de que no era intencional, lanzó una última mirada al lugar y salió del estudio preguntándose en quién se había transformado el hombre que le había jurado el día de su boda que la haría feliz.

—Doctor Foster. —David hizo un leve asentimiento en dirección a la joven que lo había saludado, intuyó que sería uno de los internos que iban a estar en el pabellón de cardiología.

Saludó a una de las enfermeras y se reunió con el grupo de estudiantes que lo esperaban en la estación.

—Bien, jóvenes. —Los miró con el ceño fruncido—. Soy el doctor David Foster, cirujano cardiovascular pediátrico y director del área de cardiología de este hospital. Durante este semestre me pertenecen. Harán lo que yo les diga, estudiarán más que en la universidad y si me demuestran que tienen capacidades, dos personas de este grupo podrán trabajar conmigo el próximo semestre. No tolero la ignorancia ni la estupidez, el hecho de que tengan aquí un horario para mí no significa nada, estarán disponibles las veinticuatro horas del día. ¿Quieren aprender? —Varias cabezas asustadas hicieron un gesto afirmativo—. Llegaron al lugar adecuado, hay mucho trabajo. Junto al residente de primer año, haremos la ronda y escucharé sus posibles diagnósticos.

El grupo se dirigió a la primera habitación. Las mujeres le lanzaban miradas apreciativas, pero el gesto siempre serio de David no daba pie para ningún tipo de interacción aparte de la profesional. Realizó la ronda con los internos y el residente, hizo un par de apreciaciones y luego de poner en evidencia a uno de los jóvenes por su ignorancia en el tema de las

valvulopatías y cardiopatías congénitas, y de dejarles un temario de estudio, se dirigió a su consultorio.

Ada lo esperaba sentada en su sillón.

—Uy, pero qué serio está, doctor Foster.

Él soltó una ligera sonrisa y el brillo en sus ojos le aceleró la respiración a la pediatra. Vestía el traje de médico de color azul claro que ceñía un cuerpo delgado y musculado, llevaba un estetoscopio sobre los hombros, y un reloj Rolex regalo de Henry por su graduación cubría su muñeca. Como siempre desde que lo había conocido, Ada Hauser quedó asombrada de lo guapo que era. Salían hacía seis meses, era todo un caballero, amable, atento y en la cama... Se le encogió el estómago al recordar lo que habían hecho la noche anterior. Sin embargo, no todo era color de rosa, David era un hombre complejo, capaz de ir del fuego al hielo en segundos, si trataba de atravesar sus barreras. Estaba segura de que la mujer que lo lograra se llevaría su corazón, presentía que algo trastocaba el alma del cirujano, pero era una mujer paciente. Roma no se había hecho en un día y quería a ese hombre para ella.

Él se quedó de pie revisando la correspondencia, ella tomó la iniciativa y se le acercó. David no estaba de ánimo para algún interludio con Ada, acababa de recibir una llamada de Mark, recordándole que era el cumpleaños de Catherine, como si él necesitara un recordatorio de algo relacionado con ella. Le dijo que daría una fiesta en su honor, no quería ir, no quería que nada estropeará lo que sucedía con Ada, le gustaba y mucho, pero las tres veces que se habían reunido con el matrimonio Spencer no había dejado de preguntarse si eso era lo que le deparaba la vida, una atracción insípida y suspirar por la mujer de otro mientras la veía apagarse como vela frente a una imagen.

El primer año, para su cumpleaños, le había regalado un dije, una nota musical, que llevaba con ella en un brazalete de oro las veces que se habían visto. Al siguiente año le pareció lo adecuado darle otra nota, y ya para este año había encargado una clave de sol que le entregaría esa tarde. Lo enfurecía ver cómo se desperdiciaba su talento, debería estar entre las mejores pianistas del mundo en vez de estar de muñeca de sociedad; la notaba triste y perdida a medida que pasaba el tiempo, sabía que no había dejado de tocar, pero le molestaba que su talento quedara relegado a una habitación insonorizada.

—Estás en otra parte —señaló Ada, que desistió de sus caricias.

—Discúlpame, cielo, tengo mucho trabajo atrasado, recuerda nuestro compromiso de esta noche.

—Claro, cómo olvidar la calurosa reunión familiar en el mausoleo

Spencer.

David sonrió. Era cierto, de no ser por Catherine, el lugar sería igual de frío que una tumba.

—No me has dicho cuál es el motivo.

David levantó la mirada del papel que leía.

—¿Importa?

—Claro que importa.

David soltó un suspiro, controló el tono de voz y volvió la vista al papel.

—Es el cumpleaños de Catherine.

Ella levantó una ceja.

—Ah. —Puso sus manos en los bolsillos de la bata—. ¿Sabes? Creo que no le caigo bien a Catherine Spencer.

David la miró, sorprendido.

—¿Por qué? ¿Te ha dicho algo?

—No, la mujer es toda corrección, es la manera en que me mira, analizando cada uno de mis gestos.

—Ideas tuyas —contestó enseguida, simulando que examinaba unos papeles.

—Puede ser.

David no quiso regocijarse con lo que Ada le contaba, cada vez que escuchaba el nombre de Catherine, o sabía de ella por Mark o Henry, volvía el sentimiento en oleadas, ese mismo sentimiento que aparcaba en un rincón del alma y al que iba de noche en noche, en la soledad de su casa, o cuando escuchaba una melodía y quería comentarla con alguien, o leía un libro y su primer impulso era saber su opinión. En cada encuentro terminaban discutiendo por tonterías, por política, libros, cine, le llevaba la contraria en todo. Eso sí, después de esas tontas discusiones, tenía el mejor sexo de su vida. Se sentía tan patético que trataba de minimizar sus encuentros con el matrimonio desde que había vuelto a Nueva York, pero Mark no lo dejaba.

En cuanto Catherine bajó al salón, Mark y Henry se pusieron de pie, aún era temprano para la llegada de los invitados. Mark, de atuendo elegante, con su cabello rubio revuelto de manera natural y sus ojos verdes que la observaban con calidez, se le acercó. Habían llevado el piano al salón, ya que esa noche ella deleitaría a los invitados con un recital.

—Te ves muy hermosa. —Le dio un suave beso en la mejilla y lo escuchó inspirar, sorprendido, cuando ella se acercó a saludar a Henry.

Para esa ocasión, Catherine había elegido un vestido rojo a la rodilla, que dejaba la espalda al descubierto. El vestido tenía un escote en bandeja que la cubría de hombro a hombro y después la tela rodaba a ambos lados de su cuerpo dejando la espalda al desnudo. Un vestido provocativo y caro, no lo pensó dos veces antes de comprarlo, no todos los días se cumplían veinticinco años.

—Te ves bellísima —dijo su suegro.

Catherine no tenía queja del mayor de los Spencer, la había recibido con los brazos abiertos. Una noche le comentó lo mucho que le agradecía que desde que había entrado en la vida de su hijo este parecía haber encontrado el camino. Ella no lo creía, Mark y su ambición siempre estuvieron allí, las cosas habían cambiado cuando Henry aceptó que su hijo no estaría en su misma órbita y que podría brillar en una diferente.

Henry le ofreció un trago y se alejó a la mesa de los licores, Mark aprovechó para acercarse a ella.

—¿Me estás jodiendo? —preguntó con los dientes apretados y le aferró el brazo.

—Sí lo deseas, será un placer —contestó ella con un brillo retador en los ojos.

—¡Ve a cubrirte! —Miró el reloj—. Los invitados no demoran en llegar, ponte un chal o mejor, cámbiate.

Catherine rodó los ojos. Nada, absolutamente nada le iba a arruinar la noche.

—¡No! Creo que soy mayor de edad y puedo vestirme como me dé la gana.

—¿Qué mierdas te pasa? Vendrán el senador y su esposa, mis amigos, gente que necesito que me apoye.

—No sabía que era tu jodida fiesta de cumpleaños.

Se quedaron en silencio cuando Henry se acercó con la bebida para ella, luego se escuchó el timbre del móvil y se disculpó con ellos. Mark vio a su padre marcharse y luego desvió la mirada a la espalda de Catherine.

—Estás portándote como una niña.

—No, estoy cansada de ser invisible.

—Preciosa, por favor...

—Preciosa, nada, así me quedo, es mi cumpleaños y la esposa del senador tenía un vestido mucho más provocativo que el mío en la última fiesta en la que estuvimos. No digas más, que ya empezaron a llegar los invitados.

Las personas pululaban por el salón con sus vasos de licor o copas de champán en la mano, se escuchaban las risas y retazos de conversaciones de un grupo a otro, la puerta de cristal que daba a una terraza estaba abierta y algunos charlaban y paseaban por allí. Una pequeña orquesta amenizaba el ambiente, una melodía de jazz se escuchaba por encima de las voces. Mark iba detrás de Catherine mientras saludaban a los invitados. Ella había invitado a un antiguo profesor de su escuela de música en Nueva Inglaterra, Sebastián Jhonson, que se había instalado en Nueva York, y que, aparte de sus clases universitarias, accedió a darle unas horas de clase a la semana. Supo cuando David llegó a la fiesta, porque la energía de su entorno cambió, estaba de pie a la entrada del salón con Ada, ella soltó un suspiro nervioso, la mujer estaba hermosa, era muy alta, delgada y rubia, Catherine se alegró de haberse vestido de la forma en que lo había hecho. David y su pareja se acercaron a ellos, él, alto, moreno, elegante, en traje formal color gris, sus ojos, tormentosos y ardientes, como los de un animal, resultaban al tiempo hambrientos y suaves. Catherine se reprendió de nuevo por la línea que tomaban sus pensamientos.

—Catherine. —Ella no sabía si era por culpa de su oído educado en la música, pero percibía una nota diferente en la voz de David cuando pronunciaba su nombre, un sonido sordo, como si alguien hubiera tocado la tecla de un piano en una nota misteriosa y remota que sonaba como una advertencia o provocación, o a lo mejor se estaba volviendo loca.

Ada se acercó y la saludó con un beso en la mejilla.

—Feliz cumpleaños.

David se acercó a ella y le susurró al oído.

—Feliz cumpleaños.

La notó tensarse y aprovechó para tocarle la piel del brazo cuando concluyó el abrazo. Piel suave, tersa, que reaccionó a su taimada caricia. Se separaron.

—Viejo, bienvenido —saludó Mark con un abrazo y luego le dio un beso en la mejilla a Ada.

Un camarero pasó con una bandeja de licores y la pareja tomó cada uno una bebida. Hicieron un brindis por la festejada, al tiempo que Henry se acercaba a ellos a saludar.

—David —dijo—, ¿qué tal te ha ido con la junta directiva?

—Jameson y Haskell fueron una buena elección; Clayton es un idiota, si me permites decirlo.

—Claro que te lo permito, para eso te puse allí, eres mis ojos y oídos en

esa junta. Veo que tendré que apretar tuercas.

—Dales algo de tiempo, el hospital lleva funcionando casi siete meses, es apenas el comienzo.

—¿Ya le diste la noticia, hijo? —preguntó Henry dirigiéndose a Mark.

—No, padre, acaban de llegar y acaparaste a David enseguida —señaló, con el ceño fruncido.

—Mark será uno de los asesores del Departamento de Salud para la aplicación de las nuevas políticas en servicios en el estado de Nueva York.

David silbó por lo bajo.

—Vaya, vaya, te felicito, tendrás influencia en muchos temas, recuerda que no todo es ganancia de dinero. Los mercaderes de la salud se han cagado en el juramento hipocrático, a ver si puedes hacer algo para solventarlo.

Henry carraspeó.

—Gracias a esos mercaderes estás hoy dirigiendo el departamento de uno de los hospitales de vanguardia de este país.

“No por mucho tiempo”, quiso replicarle David, pero no quería estropear la noche.

—Felicitaciones, Mark, sé qué harás una estupenda labor —dijo Ada.

—Bueno, ya basta de temas de trabajo —interrumpió Catherine, que de pronto se sintió como una niña malcriada, queriendo ser el foco de atención, le molestó ver la forma posesiva con que las manos de Ada se aferraban a David. Tuvo la necesidad de quitar las manos de la mujer de él; se contuvo cuando vio a su profesor a varios pasos de ella y decidió presentarlos—. Se les olvidó que es mi cumpleaños, voy a empezar mi recital en cuanto conozcan a una persona muy estimada por mí. Profesor, permítame presentarle a mi familia.

El hombre se acercó, era alto, de no más de cincuenta y cinco años, pelo oscuro entrecano y ojos azules. Saludó a todos.

—Comparten los mismos ojos —dijo Ada, al verlo al lado de David.

—Es cierto —confirmó Catherine, mirándolos a los dos.

A Sebastián, callado y circunspecto, no se le escapó el modo en que el joven apellidado Foster acariciaba con los ojos a Catherine. La rubia que lo acompañaba lo miraba de hito en hito. A él no le gustaba mucho Mark, le parecía postizo y superficial, se separó del grupo y caminó por la sala. El concierto de una de sus más talentosas alumnas iba a empezar en breve.

En cuanto Catherine se dio la vuelta, el vaso de licor de David, que iba en dirección a su boca, se quedó a medio camino, petrificado. Su espalda

desnuda, el collar de vertebras envueltas en una piel pálida que imaginaba sedosa... Empezó a sudar frío. Nunca la había visto así, vestida para provocar, y envidió al hijo de puta de Mark que la tendría para él al final de la noche. La observó caminar hasta el piano y recordó que no le había dado el regalo.

—Discúlpame, cielo, voy a darle el regalo a Catherine —dijo, en cuanto pudo volver a respirar.

—Podríamos ir juntos. Quiero ver qué le compraste —porfió Ada, sin notar la mirada compasiva de Mark y luego su risa burlona.

—Déjalo —intervino Mark—, es un extraño juego que tienen cada año. —Ada lo miró con gesto interrogante. Él continuó—: David le recuerda a mi mujer que antes que esposa es pianista, tu novio piensa que soy un cabrón de primera línea por no fomentar la profesión de Catherine. Entonces le regala partituras, notas musicales en forma de dije... ¿Qué será este año?

—Ya déjalo —dijo David, furioso, y se dirigió a Ada—. Si quieres, ven conmigo.

—No —contestó Ada, incómoda, al sentir la energía entre los dos hombres, y se dijo que la relación entre ellos era más compleja de lo que parecía.

—Mujer inteligente —sentenció Mark en cuanto David caminó hacia Catherine.

—Sé cuándo sobro. —Tomó otra copa de champaña de la bandeja que ofreció un mesero y se la bebió de un sorbo.

David caminó hasta Catherine, que hablaba con una pareja de edad, él solo veía la piel blanca, aquella espalda hecha para acariciar, necesitaba tocarla, se moriría si no la tocaba. Ella se dio la vuelta antes de que él hiciera acto de presencia, como si hubiera sentido que estaba detrás. Saludó a la pareja y disculpándose, se llevó a la muchacha en dirección al piano. Nadie les prestaba atención. Bueno, Ada y Mark no les quitaban la vista de encima, pero eso a él le importaba muy poco, más tarde lidiaría con ello.

—No te he dado tu regalo —dijo cerca de su oído. Ella se sonrojó cuando, con semblante serio, le extendió un estuche de terciopelo rojo vino.

—Gracias —susurró Catherine y acarició la caja antes de abrirla.

—Recuerda quién eres. —“Eres mi bella pianista, mon ange”, quiso susurrarle, mientras ella deshacía el lazo y abría el presente.

—¡David! —exclamó en cuanto vio la joya dentro del estuche y levantó la mirada, emocionada, sus ojos brillaban con un fuego que no le había visto y él,

como el maldito cabrón egoísta que era, se regodeó por ser quien había puesto ese fuego allí—. Es bellísima, mil gracias.

Era la clave de sol en oro blanco enchapada en brillantes, un trabajo delicado y costoso. Acarició la joya con el dedo índice de arriba abajo y David se imaginó esa misma caricia en una parte particular de su cuerpo. Ella extendió el brazo donde llevaba la pulsera con los otros dos dijes.

—Pónmela.

La respiró sin pena. Era patético, de pronto el regalo le pareció demasiado, se ponía en evidencia ante Mark, Ada y hasta Henry. Sus sentimientos se cernían sobre él como una tormenta se cernía sobre un lago en calma. Pero él llevaba enfrentando tormentas toda su vida y más desde que ella había aparecido en su camino. Claro que sobreviviría. Podría tocarla, se acercó más a ella y olió su fragancia, que ya asociaba con ella. No era el aroma a rosas que llevaba el día que la había conocido, era un delicioso perfume Absolut de Hermes, que mezclado con el aroma de su piel, se le había grabado en el alma. Le tocó la muñeca, le soltó el broche de la pulsera y enganchó el nuevo dije, volvió a cerrar la joya, mientras atesoraba cada segundo que rozaba esa porción de piel. No era su espalda, no era el collar de vertebras, no era la línea de su cintura, pero podía sentir su pulso acelerado y su respiración había variado, se sintió un tonto, con qué poco se contentaba.

—Mejor empiezo ya mi recital —dijo ella con voz ronca y una mirada que brillaba de un modo especial—. Gracias, no solo por la joya, también por no dejarme olvidar qué es lo importante en este camino.

David se alejó hasta llegar donde Ada.

—Ahora entiendo muchas cosas —dijo ella.

David sonrió.

—No creo que las entiendas. —La tomó del brazo, la mujer se soltó de su agarre y se sentó a su lado, sus ojos eran una borrasca. David se negó a darle algún tipo de explicación y supo que tendría problemas antes de que terminara la noche.



## CAPÍTULO 7

Cuando Catherine tocaba el piano parecía fundirse con el instrumento. Era como verla desnuda, su talento y emociones en carne viva, vulnerable, y a la vez una energía tosca, nada sutil —podría decirse que casi animal—, la circundaba. Recordó que en una de esas cenas del infierno la había escuchado decirle a alguien: “No hago deportes el día que toco en un recital o concierto. Quiero conservar mi energía, que me provee de adrenalina y de la fuerza que influye en mi interpretación, que es muy diferente a cuando toco en casa”. Al caos de sentimientos en que lo sumergía había que adicionarle que siempre terminaba con una erección.

La melodía que tocaba en ese momento era *La Valse* de Ravel, profundizaba en las notas, buscando el momento perfecto de su creación. Se trataba de una pieza sobre la autodestrucción, una gran pasión que no era compartida, que no iba en pareja y, como baile, se interpretaba como un solo. Una pasión que no se compartía era como un veneno, sí lo sabía él. Se preguntó por qué, de todo su repertorio, Catherine había tocado esa pieza en especial.

Notaba a Mark tenso, a pesar de que se esforzaba por mantener su cara de comercial de televisión. ¿Habría problemas en el paraíso? Dios, tenía una espalda preciosa, se reprendió por imbécil, tomó la mano de Ada, ella le correspondió el gesto, ya pasado el disgusto, a lo mejor la música la había calmado. Después del recital, donde Catherine fue muy aplaudida, y tras la cena, salió del lugar con ganas de follarse el mundo.

Quería tomar a Ada en el auto tan pronto estuvieron solos, romperle la falda del vestido y enterrarse en ella. La mujer permaneció callada todo el trayecto hasta el departamento de David, que era relativamente corto. La arrinconó tan pronto cerró la puerta de su casa y selló sus labios en un gesto brusco.

Ella, segura de sus encantos, lo jaló de la corbata y lo llevó hasta la habitación. Lo empujó, dejándolo en la cama, y él se apoyó en los codos dispuesto a observar cada movimiento de la mujer. Ella no tenía idea de cuánto la necesitaba esa noche, ardiente, lujuriosa, insaciable. Mientras la

veía desnudarse de manera lenta, él solo pensaba en cómo se vería Catherine desnuda en la cama, con las piernas abiertas, los ojos cerrados, húmeda, resbalosa, lista, esperándolo, llamándolo... ¿Qué pasaría por la mente de Catherine cuando pensaba en él? ¿Pensaría en él? ¡Por Dios! Tenía que detener eso de alguna manera.

Se acercó a Ada, que ya estaba desnuda, la levantó y la acostó en la cama. Después le cubrió la cara y la boca de besos salvajes, al mismo tiempo que luchaba por desvestirse.

—Muéstrame cuánto me deseas —dijo él con tono de voz tormentoso, molesto por no poder alejar a Catherine de esa habitación.

Ada separó las piernas y gimió en cuando su sexo salió al encuentro de sus manos. David, ansioso por perderse en ella, acarició sus pechos y entre las piernas con dedos y boca, se enardeció pensando que era su Catherine la que yacía debajo de él. Con movimientos fieros y diestros, la hizo gemir de placer. La hostigó sin contemplaciones con la punta de la lengua, de forma despiadada, se dispuso a atravesar todas sus barreras, como si tuviera a la mujer amada entre sus brazos y necesitara poseerla más que a su vida. Percibió cuando el orgasmo de ella se manifestó en gritos de placer. Momentos después, ella le puso un condón que él le facilitó. Con un solo movimiento la penetró. Se retiró un poco, despacio, dándole unos instantes para que se acostumbrara a su intrusión. Cerró los ojos y las notas de una melodía lo acompañaron en ese viaje, una espalda nacarada, un cabello oscuro, glorioso. Empujó hacia adelante y luego hacia atrás a un ritmo constante y pausado, hasta que la mujer se perdió en el placer y vio luces de colores tras sus párpados. Entonces ya no tuvo compasión. Entró y salió con nuevos ímpetus, gruñó en respuesta a los gemidos de ella, mordiéndose los labios para no proferir el nombre de Catherine, que era el que rezaban sus pensamientos cuando la ola ingobernable de su satisfacción lo alcanzó.

Retiró el rostro y temeroso de haber gritado el nombre prohibido, abrió los ojos y observó la expresión de Ada. El alivio fue inmenso cuando ella lo acarició y le sonrió, satisfecha, había disfrutado cada instante de su interludio y él se sintió un miserable.

Después de su cumpleaños, Catherine tomó la vida con energía renovada, un inusitado entusiasmo la asaltó, como si de repente los rayos del sol le iluminaran el sendero. No pasó nada especial, Mark seguía ocupado y distante como siempre y ella, sumergida en sus diferentes compromisos. Cuando

miraba la nota musical, último regalo de David, los destellos que arrojaba la joya le abrazaban el pecho, repartiendo un rocío de chispas por todo su cuerpo.

Había aumentado el número de clases con Sebastián a escondidas de los Spencer. Tampoco era que ellos estuvieran muy pendientes de sus actividades personales. Mark se acordaba de ella cuando tenía alguna demanda que hacerle o pedirle que lo acompañara a tal o cual compromiso. Además, para un gran porcentaje de mujeres de esa ciudad, encarnaba la vida perfecta: un marido guapo, una casa de revista, amigos interesantes, trajes, joyas... Y a ella todo eso le parecía un préstamo, como si viviera una vida que no era ni mucho menos la suya, cavilaba, mientras se bajaba del auto en el garaje de la mansión. Lo único auténtico era su arte, su piano, como un amor oculto o prohibido.

Dylan estaba en la ciudad y lo había invitado a cenar esa noche. Lo encontró en el salón principal, grande, guapo y confiable, vestía jeans desteñidos, camisa blanca y chaqueta negra, llevaba el cabello recogido en una cola de caballo y en sus dedos habían aparecido otros dos nuevos anillos.

—Por Dios, me sentí entrando a la película *Lo que queda del día* en cuanto un hombre trajeado me abrió la puerta. Dime que no es un jodido mayordomo.

Catherine soltó una carcajada.

—Ernest hace de todo un poco, es chofer, mecánico, jardinero, malabarista y guardaespaldas.

—Es un anciano.

Ella le golpeó el brazo.

—Baja la voz, él no sabe que lo es.

—Esto es decadente, deberían sentir vergüenza.

—Tú no tienes derecho a decir nada.

Dylan era hijo de dos estrellas de Hollywood.

—Renuncié a todo eso —dijo, serio de pronto, y luego soltó de nuevo la risa, mirándola de arriba abajo—. Ahora que lo veo, te ves muy sofisticada. ¿Por qué sigues viviendo aquí?

—Sigo viviendo aquí porque es la casa donde creció mi marido.

Él negó con la cabeza.

—Yo también crecí en una mansión y por nada del mundo me gustaría vivir en ella, en serio, Catherine, tienes que largarte de aquí o terminarás enmohecida como los cuadros.

—Me quedo con lo de sofisticada, y los cuadros no tienen moho.

—Es una figura literaria.

—Menos mal que eres violinista, serías un escritor de pena.

—Lo sé.

Catherine se acercó a una mesa con diversos licores.

—Whisky para mí, nada de Cosmopolitan o un Martini o un jodido té. —

Sonrió, burlándose de ella.

—Como diga el caballero.

Se dispuso a servir la bebida.

—¿No te cansa vivir en un lugar tan grande?

Catherine se acercó con el vaso de licor.

—No tengo que limpiar, no le veo el problema. —Dylan se dedicó a mirar una pintura de un paisaje encima de la chimenea—. Es increíble cómo te acostumbras a un espacio mayor del que necesitas —insistió ella.

—¡Pobre criatura rica!

—¿Cuándo sales de gira?

Dylan había sido fichado por una discográfica europea, su talento y su presencia en el escenario le valían miles y miles de seguidores en todo el mundo.

—En octubre, estaré en escenarios hasta antes de Navidad. Daré un concierto aquí en la ciudad, la primera semana de diciembre, te enviaré las entradas.

—No me lo perdería por nada del mundo. ¡Qué envidia la que te tengo!

Él se quedó serio unos instantes antes de hablar.

—Tienes que amar jodidamente lo que haces. Las giras son complicadas y estresantes: los retrasos, los problemas, la gente, hay que lidiar con muchas cosas.

Catherine había escuchado rumores sobre fiestas salvajes y consumo de drogas, pero allí sentado, su amigo no parecía un hombre que viviera alguna situación fuera de control.

—Pero lo disfrutas...

Él sonrió.

—Sí, lo disfruto cantidades. Y tú, ¿estás en una especie de retiro? ¿Has compuesto algo?

Ella le sonrió, como el gato que se ha tragado el canario.

—He vuelto a componer, lo había dejado un tiempo, pero he vuelto a hacerlo. Estoy tomando clases con Sebastián Johnson.

Dylan silbó por lo bajo.

—¿Cómo está el viejo Johnson?

—Muy bien y no es viejo, por lo menos no se ve tan viejo.

—¡Me alegro! ¿Y cuándo carajos podrá el mundo volver a disfrutar de tu música?

Dylan era un hombre prudente, quizás por su propia historia, sabía cómo nadie por lo que atravesaba el alma de su amiga y no era su intención juzgarla, solo se había propuesto provocarla hasta lograr que volviera a su música de tiempo completo, y si era sin el cabrón de su marido, muchísimo mejor. Se concentró en su bebida y se preguntó si no habría algo más de fondo, quizás el imbécil tenía su lado amable, aparte de su físico y su dinero, algo poderoso que hiciera que su amiga quisiera permanecer a su lado. Y si así era, Dylan no era quien para inquietarla o presionarla con la música.

—Pronto, ya verás —contestó ella, convenciéndose más a sí misma que a él.

—Sebastián está impartiendo unas clases en la cárcel de mujeres, me dijo que hay dos jóvenes muy talentosas. Quiero acompañarlo.

—Me parece fabuloso y más si a tu marido le da un síncope.

Catherine sonrió y negó en un gesto.

—Los Spencer tienen un fondo de caridad. No le veo nada de malo.

—Conociéndolo, no le gustará que hagas caridad en ese lugar, estoy seguro.

—Voy a ir con Sebastián y si me entusiasma, lo ayudaré con las clases.

—Hazlo. ¿Cuándo es la audición en Julliard?

—En quince días.

—Serían unos imbéciles si no te reclutaran en sus filas. Aunque si quieres que te diga la verdad, no los necesitas, con tu disciplina y teniendo al viejo Johnson de tu lado, puedes audicionar con el sello con el que trabajo.

Ella sonrió, feliz.

—¿Es en serio?

—Ya lo creo que sí.

Catherine lo abrazó.

—Sabes cómo hacer feliz a una mujer.

El chico le regaló una sonrisa chulesca.

—Ya lo creo que sí.

Días después, y tras mucho meditar la conversación que tendría con su

esposo para comunicarle que volvería a trabajar de lleno en la música —esta vez nada ni nadie le impediría dedicarse de tiempo completo al piano—, Catherine decidió ir a su oficina, ubicada a pocas cuadras del ayuntamiento. Si llegaba un embarazo, sería bienvenido, pero no iba a aparcar su sueño por más tiempo. Le diría que deseaba ser una pianista profesional y le hablaría también de las clases que pretendía dictar junto a Sebastián. Ya era tarde, lo sacaría de su escritorio y lo invitaría a cenar a un restaurante nuevo cerca del MoMa. Esa tarde había tenido una reunión en el club, y luego de un almuerzo tardío con las esposas de unos amigos de Mark, se percató con nostalgia de que no tenía amigas propias y que su esposo vivía más ocupado que nunca. Su nuevo trabajo era de mucha responsabilidad e implicaba viajes frecuentes, su nueva asistente, Melania Sullivan, una joven recién graduada de Georgetown, lo acompañaba casi todo el tiempo. La conocía porque había ido en varias oportunidades a la mansión a trabajar con Mark algún sábado en la tarde, y luego se quedaba a cenar con ellos. Opinaba que era hermosa y sagaz, pero cuando se lo comentó, él se le rio en la cara, afirmando que la encontraba insulsa e insípida. La chica vestía en tonos negros y marrones, de vez en cuando se la veía de gris, y la única concesión en cuanto a maquillaje era un labial rojo claro que destacaba más su cutis, y la hacía parecer una religiosa elegante. Sus facciones, clásicas y misteriosas, le causaban curiosidad, como si guardara un gran secreto. La chica rara vez la miraba a la cara y una extraña sonrisa bailaba siempre en sus labios. Catherine se dijo que no iba a perder la cabeza por ello, ya bastante raro era su matrimonio como para adicionar una tensión mayor.

El vigilante la hizo seguir sin anunciarla, al llegar al piso donde trabajaba Mark, ya el lugar estaba vacío, solo por entre la ranura de la oficina de su esposo se veía luz. Se ahuecó el cabello, sacó un espejo del bolso y revisó que no tuviera corrido el labial, y entró en la estancia sin golpear. El aire desapareció de la habitación, o eso le pareció a Catherine cuando vio a Mark teniendo sexo con Melanie encima del escritorio. Su corazón se fragmentó en partículas de rabia y decepción mientras escuchaba a su marido decirle palabras obscenas a la chica, que estaba boca abajo sobre el mueble. Quiso hacerle daño cuando vio las manos de Mark masajeándole las nalgas. Quería gritarles, pero las palabras no acudían a ella, soltó un lamento ronco que dejó petrificada a la pareja.

—¡Catherine! —gritó Mark, al tiempo que salía de la mujer.

Melania, que ni siquiera se había desnudado, se bajó la falda en segundos.

Catherine se llevó una mano a la boca mientras las lágrimas rodaban por su rostro.

—¡Malnacido!

Se acercó a Mark, y antes de que pudiera subirse los pantalones, le dio un violento bofetón y caminó hasta la puerta. Él farfullaba detrás de ella.

—Nena, escúchame.

Se volteó y levantó ambos brazos, evitando que él se acercara más y le hizo un gesto de advertencia con el dedo.

—No quiero volverte a ver. —Luego se dignó mirar a la mujer que la observaba, asustada, no valía la pena gastar saliva en ella.

Caminó apresurada por el pasillo hasta llegar a la puerta del ascensor y oprimió el botón. Mark corrió tras ella y la alcanzó en la puerta.

—Tienes que escucharme, nena.

—Lárgate de aquí. —Exhaló las palabras con profundo dolor, mirándolo sin poder creer aún lo ocurrido.

—No te voy a dejar sola.

—O me dejas marchar, o mañana serás pasto de cualquier medio de comunicación que desee escucharme, tú decides —dijo con una seguridad tal, que Mark supo que estaba hablando en serio. Una mujer despechada era peor que una fiera herida.

—Déjame explicarte, por favor...

Ella negó con la cabeza, limpiándose el rostro mientras él trataba de alcanzarla.

—Créeme, no puedes.

Mark salió del ascensor y lo único que Catherine le escuchó fue que hablarían en la casa.

—En tus sueños, malnacido —contestó, cuando se cerraron las puertas del elevador.

Se secó de nuevo las lágrimas de forma brusca, parecía que el caudal no menguaba, en cuanto llegó a la recepción, el vigilante, que seguro ya había recibido un rapapolvo de Mark o de la zorra, le abrió la puerta presuroso. Ella salió a la noche, los fragmentos de su corazón le lastimaban el pecho como puntas afiladas.

Se acercó al automóvil, aún aturdida por lo que acababa de presenciar. Entró y encendió las luces, se puso el cinturón y recostó la cabeza unos segundos en el timón. Todo su cuerpo temblaba mientras encendía el auto. Lo dejaría, ya era hora de quitarse la venda de la estupidez, había cometido un

terrible error casándose con él. Quiso huir de su soledad, abrazar la comodidad que le brindaban los Spencer para llenar el terrible vacío de estar sola en el mundo, pero había vendido su alma al diablo y había salido escaldada. Se sintió más sola que antes, porque ya ni siquiera soñaba. Mark tomó todo de ella, como un maldito corsario había saqueado su alma y su cuerpo, y a cambio de qué, ni siquiera había sido capaz de ser leal. Se divorciaría, se imaginaba lo que la noticia ocasionaría en Henry, pero no podía importarle menos, ambos eran unos bastardos, manipuladores, se negaba a ir a casa esa noche, no tenía una amiga a la que llorarle en el hombro, podría ir donde su profesor, Sebastián, que era su único amigo.

Necesitaba recuperar el aliento, respiró profundo varias veces. Dio reversa en un giro brusco y salió del aparcamiento. Entró en una de las vías principales, a lo lejos observaba el puente de Brooklyn iluminado, la ciudad lucía majestuosa, indiferente a su desgracia. Odió todo y a todos ¿Cuándo habría dejado de amarla? ¿Cuando no pudo darle hijos? ¿La habría amado alguna vez? ¿Por qué presentía que la respuesta la iba a lastimar más que lo que había visto en la oficina? Pensó en David, él había tratado de advertirla, a lo mejor Mark era incapaz de amar, entonces, ¿por qué se había casado con ella? Y lo peor, ¿por qué ella había renunciado a su carrera por seguirlo, conformándose con las migajas?

Una rabia ciega la invadió y aumentó la velocidad al entrar en la vía Ocean Parkway, de pronto quiso volar y que nada la alcanzara. Cambió de carril al central, el velocímetro aumentaba y a ella no le importó, ya era noche cerrada, había luna, las luces de la ciudad no dejaban ver las estrellas, se fijó en que debía hacer un giro en la próxima entrada, la 18, para entrar en Kensington e ir a donde su profesor. Volvió a secarse las lágrimas, no quería llorar, quería tocar el piano, y allí podría hacerlo, después se calmaría y sabría qué hacer. Vio la pantalla del móvil iluminarse y la fotografía de Mark, al tiempo que viraba en el cruce, al volver la vista al frente vio venir una potente luz hacia ella. Demasiado tarde trató de virar, cuando el apocalipsis, en forma de luz, estruendo y colisión de metal y vidrio, descendió sobre ella en un segundo. Vio a lo lejos los demás autos, escuchó el choque y el mundo giró a su alrededor. Luego, el bendito silencio.

## CAPÍTULO 8

*La colisión había sido contra una camioneta que venía en sentido contrario, los parachoques de ambos autos habían quedado enganchados, y los curiosos se aglomeraron rápidamente, algunos intentaron ayudar, pero era casi imposible hacer algo sin las herramientas necesarias. Otros, en cambio habían sacado sus teléfonos móviles para tomar fotografías o grabar videos. Una patrulla acudió luego de varios minutos, dos oficiales dispersaron a la multitud que rodeaba los coches, algunas personas se atrevían a decir que dudaban de que alguno de los conductores estuviese aún con vida, sin embargo, los agentes marcaron un perímetro y con linternas evaluaron el número de víctimas. Uno de los conductores era una mujer, tenía el rostro cubierto de sangre y el cuerpo estaba comprimido entre la silla y el timón, en el otro vehículo se encontraba un hombre también en malas condiciones.*

*Uno de los policías trató de abrir la puerta del automóvil de Catherine, pero le fue imposible. Rompió el vidrio con un hacha roma que le pasó uno de los conductores curiosos, apoyado en una toalla para que los vidrios que salieran volando no le causaran más heridas, era la única forma de llegar hasta ella mientras esperaban la ayuda. El oficial pensó que la mujer estaba muerta y cuando se acercó a tomarle el pulso del cuello, se sorprendió al notar un latido débil e irregular. Tenía cortes por varias partes y una herida en la cabeza. El otro policía evaluaba al conductor de la camioneta. El ruido de la sirena llegó hasta ellos. Los paramédicos descendieron de la ambulancia y se hicieron cargo de la situación.*

*—Venían solos, por lo que parece —le comentó un policía al otro.*

*El tráfico estaba detenido, mientras los paramédicos laboraban, a lo lejos escucharon el sonido de otra sirena, los bomberos llegaban junto con un equipo de rescate.*

*—Ambos conductores están vivos, pero es imposible sacarlos, el equipo tendrá mucho trabajo —señaló uno de los profesionales.*

*El paramédico volvió al lado de Catherine, la vida de la mujer pendía de un hilo, si no la sacaban de allí, moriría antes de llegar al hospital, por la*

*posición en la que estaba era difícil llegar hasta ella, las heridas eran muy graves. Dándose maña, logró canalizarla y pasarle líquidos, por el momento no podía hacer mucho más.*

*La policía de carretera se había hecho cargo del tráfico estancado y empezaron a maniobrar para habilitar un solo carril. Los bomberos, junto al grupo de rescate, evaluaron la situación y pusieron manos a la obra. En segundos estabilizaron los vehículos y luego trataron de quitar el parabrisas, el paramédico cubrió el rostro de Catherine con una manta especial, para evitar que las astillas de lo que volase la lastimaran, luego, con precisión milimétrica quitaron el parabrisas trasero y con aparatos mecánicos y sierras empezaron a cortar la parte superior del auto a la altura del inicio de las ventanas, para tratar de separarlo de manera completa, otro grupo hacía lo pertinente en el otro auto. El ruido tenía nervioso a todo el mundo, menos a los accidentados, mientras tanto, un paramédico trataba de suministrarle oxígeno a la paciente, era poco lo que se podía hacer por el momento para mantenerla con vida. Con un inyector hidráulico retiraron la puerta del pasajero y con una cadena y un gancho, luego de inmovilizar a Catherine, retiraron el tablero y el timón. Todo fue en minutos.*

*—Vamos, preciosa, tú puedes —rezaba el paramédico cuando se dispuso a ponerle un collar cervical raquídeo para evitar una lesión en el cuello. La trasladaron con movimientos precisos hasta la camilla espinal larga, para luego llevarla a una de las ambulancias.*

*—¿Cuál es el hospital más cercano?*

*—El St George.*

*—Vamos.*

*El tráfico fluía en una sola dirección.*

*—Detesto este tipo de turnos —señaló uno de los bomberos, mientras sacaba el bolso de la mujer, lo que les daría luces de su identidad—. Si se salvan, será un jodido milagro.*

*Las cámaras del noticiero de televisión llegaron al lugar, mientras el equipo separaba los dos coches para ser remolcados. Pasaría un tiempo antes de que se normalizara el tráfico.*

*Mark se paseaba de lado a lado por el salón de la casa, hacía tres malditas horas que su mujer lo había encontrado con Melanie y no sabía nada de ella, el móvil lo enviaba a buzón, había llamado a sus conocidos,*

*hasta al jodido profesor de piano, y nadie sabía de ella. Se reprendió por ser tan imbécil y haberse dejado tentar esa noche, no se arrepentía de su affaire, ya llevaban seis meses juntos, le molestaba que Catherine lo hubiera encontrado con las manos en la masa, bueno en la masa no, en el culo, de su asistente. No era la primera vez que le era infiel, Mark le había puesto los cuernos a su esposa desde que eran novios, no creía en la fidelidad, era un compromiso para tontos, y Melanie le gustaba mucho, su aspecto monjil lo ponía a mil, porque detrás de esas ropas oscuras se escondía un fuego que amenazaba con chamuscarlo. Tener un romance con una asistente en su lugar de trabajo no era lo más inteligente, pero a Mark le gustaba romper las reglas, retar, llevar la contraria, era una dinámica aprendida para lidiar con el nepotismo de su padre. Él quería a Catherine, pensó que sería la esposa ideal, vivaz y hermosa, no tenía idea de que sería un segundón en su corazón, pues amaba su patética música más que a él. Saberlo no lo hizo muy feliz, pero no quiso renunciar y lo tomó como un reto más. Eso y la notable atracción que sentía David por ella lo hicieron conquistarla y llevarla hasta el altar, ver la cara de su amigo mientras se casaban fue sublime, le hubiera gustado inmortalizarla en una fotografía para regodearse cuando quisiera, fue una limpia sutura en la herida ocasionada por las comparaciones de su padre, y lo que más lo complacía era que David, a pesar de los años, no había podido superar su tonto enamoramiento.*

*Respecto a Catherine, no pudo imaginar el tedio que su mujer le ocasionaría, pero la necesitaba para concretar sus ambiciones en la política, esa había sido otra de las razones de su matrimonio con ella. Ella tenía su casa, su dinero y su apellido, él la tenía a ella y un mundo más amplio para explorar, bueno, así había sido hasta esa tarde.*

*El timbre de su móvil lo sacó de su abstracción.*

*—¿Bueno?*

*—¿Hablo con el señor Mark Spencer? —dijo una voz que Mark no reconoció.*

*—Sí, ¿quién habla?*

*Un leve cosquilleo de preocupación lo asaltó, no le prestó atención.*

*—Señor Spencer, soy el agente Paul Brown, de la policía de caminos. Me temo que debo informarle que su esposa tuvo un accidente de tráfico.*

*—¡Oh, Dios mío! —Un temor repentino se apoderó de él—. ¿Cómo está ella?*

—*Está herida de gravedad, señor Spencer, la ambulancia la lleva al hospital St George mientras tratan de estabilizarla.*

*Mark ya corría hacia su auto mientras por su mente pasaban los heridos de gravedad que había visto a lo largo de su carrera de medicina. “Herida de gravedad”, Dios mío, todo por su culpa.*

—*¿Qué sucedió?*

—*Tuvo una fuerte colisión con una camioneta en el cruce de Ocean Parkway con 18. —¿A dónde diablos iba? Eso estaba lejos de casa. El policía continuó—: Debe ir al hospital lo más pronto posible.*

—*¡Ya salgo para allá!*

*Las manos le temblaban al soltar el móvil y tratar de encajar la llave del auto en el encendido. El hospital estaba a quince minutos de la mansión. “Catherine, cariño, perdóname”, susurraba para sí, mientras un nudo de angustia y terror le atenazaba el estómago. Tenía que tranquilizarse, llamar a David y a su padre. Trató de darse esperanza, a lo mejor no era tan grave, no pensó que su error fuera a terminar tan mal. “Está herida de gravedad”, las palabras proferidas por el policía le taladraban la cabeza. “Por tu maldita culpa, estúpido cabrón”, se reprendió. Marcó el número de David, a lo mejor todavía estaba en el hospital, no se atrevió a rebasar el límite de velocidad, el móvil de su amigo entró a buzón. “Maldita sea”, golpeó con rabia el timón. No quería que ella estuviera sola mientras él llegaba. Lo intentó de nuevo dos veces más antes de que contestara.*

—*¿Qué? ¿Ya no te diviertes?* —preguntó David, tan pronto contestó, al fondo escuchaba voces—. Si me vas a invitar a un trago, no puedo, gracias al nepotismo de tu padre...

—*¡David! ¿Quieres callarte? Dios, es Catherine.*

*David no se alteró.*

—*No me digas* —prosiguió David, que como cosa rara estaba de buen humor—. Por fin vio la luz y te dejó por ese violinista desmelenado.

—*¿Estás en el hospital?* —preguntó, angustiado.

*El tono de voz de David cambió.*

—*¿Qué pasa?*

—*¿Qué si estas en el maldito hospital?! —gritó Mark con desesperación*

—*Sí, estoy aquí, tengo un turno de doce horas. —Escuchó a su amigo soltar un sollozo y hablar algo entrecortado, David no lo entendió—. ¿Me puedes decir que rayos está pasando?*

—*Es Catherine, me llamó la policía, tuvo un accidente, van a llevarla al*

hospital.

Un viento frío recorrió el cuerpo de David, se agarró del puesto de enfermería donde se encontraba y se obligó a respirar antes de hablar.

—Repítemelo. —Su garganta se cerró y carraspeó, no entendió lo que el hombre balbuceaba—. ¿Qué estás diciendo?

—Catherine tuvo un accidente, uno grave, hermano.

David sintió que el mundo se abría a sus pies mientras dejaba caer el teléfono en el bolsillo de la bata. Él estaba en el área de consulta externa hablando con dos de sus internos y esperando a Molly, su auxiliar, para consultar su agenda. Empezó a correr hacia el área de urgencias sin nada en su cabeza que no fuese ella... Catherine.

“No, por favor, no, ella no”, susurraba a medida que sus pasos se comían el camino. Irrumpió en la sala de urgencias, que como siempre estaba abarrotada de gente, niños llorando, una anciana en silla de ruedas, una mujer embarazada, entre otros. Caminó hacia la recepción y pasó de largo hasta la estación de enfermeras. ¿Por qué no estaban todos con Catherine? La jefa de enfermeras estaba frente al computador, tecleando furiosamente. La conocía del anterior hospital y era una de las pocas que estaba más interesada en servir al hospital que en coquetearle.

—Enfermera Rose —tronó, intentando no evidenciar el pánico que lo recorría—. Catherine Spencer ¿ya ingresó?

El rostro de la enfermera se ensombreció al instante.

—Acaba de ingresar, el doctor Gibson está con ella.

Tenía miedo de preguntar, pero aun así lo hizo.

—¿Ella está...? —Su voz tembló—. ¿Ella está viva?

La mujer asintió, David sintió que las piernas ya no lo sostenían. Apoyó ambos codos sobre el mesón y se llevó las manos a la cara. La enfermera lo miró con simpatía y tocó su mano en el mostrador, alentándolo.

—Ella está muy grave, doctor Foster. El doctor y su equipo la están evaluando en este momento, habitación seis.

Gibson era el neurocirujano, uno de los mejores en su ramo, Henry no había escatimado en traer a los mejores profesionales a trabajar en el hospital. David caminó decidido por el pasillo tratando de tranquilizarse. La puerta de la habitación estaba entreabierta, podía ver a los profesionales atendiéndola y la multitud de aparatos y monitores rodeándola y controlando cada uno de sus signos. Se acercó, el terror lo paralizó, la impresión de verle el rostro al entrar casi lo tumba de espaldas y tuvo que tener un autocontrol muy grande

para no soltarse a llorar como condenado. Los profesionales médicos y paramédicos no se sorprendieron al verlo en la habitación, conocían los lazos familiares que los unían, lo saludaron y siguieron evaluando y atendiendo a Catherine. A lo lejos los escuchaba hablar de lesiones múltiples, lo que sabía, haría más complejo el tratamiento, y de la realización de una tomografía computarizada antes de llevarla a cirugía, eso lo dijo el médico que evaluaba la respuesta motora y el tamaño y reacción de las pupilas. Escuchaba sin oír, sin dejar de mirarla, hablaban de traumatismo severo, como si durante el accidente su cerebro hubiera rebotado en el cráneo como una canica estrellándose contra una pared. Hablaban de una pérdida abundante de sangre que ocasionó una baja de la presión, y de mantener la traqueotomía que le habían hecho en la ambulancia para estabilizarle la respiración y la herida que comprometía uno de sus pulmones. Quería acercarse, tocarle la mano, consolarla aunque ella no pudiera escucharlo, decirle que todo iba a estar bien. Una enfermera cambiaba la bolsa de líquidos, mientras otra aseguraba la manguera de oxígeno, ya la habían limpiado, pero la cara estaba irreconocible, un hematoma profundo surcaba todo el lado derecho y llevaba una cortada en la frente, que se imaginó, suturarían en cirugía. Un enfermero entró y junto a otra enfermera, de manera veloz y precisa y prácticamente sin moverla, la trasladaron a una camilla y la llevaron a realizar la tomografía, David iba detrás cuando Mark, más pálido que un muerto, se materializó frente a él.

—¿Cómo está...? —Se angustió aún más al ver la expresión de David—. Ella...

—Le están haciendo una tomografía y luego va a entrar a cirugía.

Mark se recostó contra la pared, como si las piernas no pudieran sostenerlo, atemorizado y apabullado, se llevó ambas manos al rostro y agachó la cara sin poder creer aún lo que ocurría.

—Tenemos que esperar la evaluación de neurocirugía —insistió David.

—¿Neurocirujanos? —Levantó la mirada—. ¿Por qué? ¡Dios mío! ¿La viste?

—Sí, la vi, ella está grave, Mark. —David pasó el nudo que tenía en la garganta, ver que Mark podía exteriorizar su pena le hizo sentir envidia, él tendría que tragarse la suya de allí en adelante o levantaría todo tipo de suspicacias. No sabía por qué se preocupaba por eso en tan difíciles momentos, no estaba pensando con claridad.

—¡Quiero a los mejores profesionales con ella!

—Los tendrá —murmuró por lo bajo y barajando un abanico de nombres,

en su mente, de los mejores profesionales en el área de neurología y ortopedia—. De eso me encargo enseguida. Marcó un número en el móvil—: Necesito que ubiques a Leibowitz, la nuera de Henry Spencer tuvo un grave accidente. —Interrumpió la llamada.

—Gracias. No sé qué pasó, la policía está afuera. —Mark desvió la mirada—. Todo es culpa mía.

David lo miró, confundido.

—¿Culpa tuya? ¿Por qué lo dices?

—Discutimos. —Se quedó callado unos instantes, no iba a revelar lo ocurrido, así fuera a David, que lo había visto en más de una situación comprometida a lo largo de su vida, ya lo haría ella si se recuperaba. Se sintió miserable—. Ella fue a la oficina, yo estaba trabajando y empezamos a discutir por bobadas, ella salió furiosa...

—No puedes culparte por eso. —David le puso la mano en el hombro—. No pudo ser tan grave que la hayas desestabilizado tanto y no sabemos nada de cómo fue el accidente, a lo mejor el otro conductor tuvo la culpa.

Mark lo miró a través de sus ojos llorosos.

—No quiero que muera.

—No lo hará, ella es fuerte.

—¿Y si se salva —miró a David aterrorizado— y queda con secuelas?

David no quería ni imaginarlo, pero se obligó a mostrar entereza.

—La enseñarás a vivir dentro de sus circunstancias. No hay más que puedas hacer.

Mark se encogió, asustado, y David pudo ver al verdadero hombre detrás de la máscara que ocultaba su yo al mundo. Mark era un niño egoísta, él no haría ningún sacrificio por Catherine, a pesar de lo trastornado y fatigado que parecía estar ahora, estaba seguro de que no sacrificaría ni un ápice de su bienestar en bien de su esposa.

—¿Ya hablaste con Henry? Querrá saber todo lo que sucede.

—Ya hablé con él, está en Washington, estará aquí mañana a primera hora.

Se enderezaron en cuanto una de las enfermeras se dirigió a ellos.

—Doctor Spencer, el doctor Gibson hablará con usted ahora.

David no se iba a quedar al margen en lo que concerniera al cuidado de Catherine, sin embargo, quería que fuera Mark quien tomara la iniciativa, y al ver que él no le decía nada y ya iba detrás de la enfermera, preguntó:

—¿Quieres que te acompañe?

Él asintió. Cruzaron la puerta de un consultorio donde tres médicos los

esperaban, a uno de ellos Mark no lo conocía, era el doctor Leibowitz, un hombre un poco más joven que Henry Spencer, y uno de los mejores neurocirujanos del mundo. David se percató de que ya Henry había movido sus hilos un poco antes que él.

Después de los saludos, los profesionales, que estaban sentados alrededor de una mesa redonda, los invitaron a tomar asiento.

—¿Cómo se encuentra?

—Está viva, pero no te vamos a esconder su condición, Mark —dijo Gibson, mientras Leibowitz leía unos resultados.

—¿En la escala Glasgow? —preguntó David con tono de voz urgente.

El médico bajó la mirada.

—Tres.

Mark se levantó de la silla y caminó por el lugar, se llevaba la mano a la frente. David fijó la mirada en un punto detrás de él.

—Está estable dentro de las circunstancias, es una mujer fuerte, ha resistido y eso es un buen pronóstico. Mientras logremos mantener la respiración y la presión arterial constantes, podremos trabajar y tratar de repararlo —dijo Stevens, otro de los profesionales.

—Tratar no —explotó Mark—. ¡Repararlo!

Leibowitz habló.

—Ella recibió un impacto directo, el cerebro chocó contra el cráneo, lo que ocasionó lesiones a nivel de fibras nerviosas y de sistema circulatorio. Hay inflamación del cerebro, pero lo que en realidad está en este momento más comprometido es la herida en uno de sus pulmones, algo la atravesó después del impacto, es una herida abierta y tenemos que operar enseguida.

El rostro de Mark estaba demudado.

—¿Qué hacen aquí? —bramó David, palmeando la mesa—, ¿por qué mierdas no están en el puto quirófano? —golpeó la mesa frente a ellos y luego llevó la mano al puente de su nariz, intentando calmarse.

Los profesionales lo miraron sorprendidos, Mark siguió en silencio, esperando a que el profesional terminara la explicación.

—Por ahora nos preocupa la pérdida de sangre, la falta de oxígeno al cerebro que aún no podemos evaluar, entraremos a atender la lesión, la respiración, controlar la hemorragia y el riesgo de infección, si todo sale bien, mañana nos preocuparemos por las lesiones cerebrales que suelen aparecer después, como inflamaciones y coágulos. Es necesario sedarla o inducir el coma, después de algunos días evaluaremos el grado de lesión

neurológica. Necesitamos que firme los permisos mientras nos alistamos para entrar en cirugía. ¿Tiene alguna pregunta, doctor Spencer?

—En vista de lo ocurrido —carraspeó Mark—, ¿es posible que se recupere de manera normal?

—Es posible, si contamos con suerte o con un milagro —aseveró Gibson sin mirarlos.

—No necesita mentirme, ni tratarme como al resto de los acompañantes, sé de qué me está hablando. ¿Cuál es el peor pronóstico? —preguntó Mark.

David estaba desesperado, él solo quería que la intervinieran enseguida, y Mark... insistía en sus preguntas estúpidas, como si no hubiera pasado por una jodida facultad de medicina el muy hijo de puta.

—¡Quedar en coma para siempre o con daño cerebral profundo! —exclamó David, más que furioso, angustiado—. Si no mueven sus culos enseguida. ¡Ya deja de preguntar cómo si no lo supieras y déjalos hacer su trabajo! ¡Firma los putos papeles!

Mark lo miró, rabioso.

— Puede que para ti sean estúpidas, pero es mi esposa de la que estamos hablando. Necesito saber todo antes de tomar una decisión.

—Tú solo tienes que firmar los papeles.

—Señores. —El doctor Gibson intervino—. Estamos perdiendo tiempo valioso...

Mark le dirigió a David una mirada iracunda y firmó los documentos sin apenas mirarlos.

—Tiene el hombro dislocado —intervino el ortopedista—, una fractura de húmero y varias costillas lastimadas. La columna está perfectamente y es un milagro con lo sucedido, en estos tiempos y con las prisas, en ocasiones no valoramos la importancia del cinturón de seguridad. De no haber sido por él, hubiese muerto en el accidente.

David sintió un nudo del tamaño de un puño en su garganta.

—Entraré con ustedes al quirófano.

—¡No! —dijeron Mark y Leibowitz casi al tiempo.

—Es casi familia, está implicado emocionalmente, lo siento pero no —insistió Leibowitz.

Salieron, dejándolos solos.



## CAPÍTULO 9

*Mark salió de la habitación dispuesto a enfrentar a las autoridades, necesitaba respuestas u ocuparse en algo. Después de detallar la condición de Catherine, los profesionales también hablaron sobre el otro conductor. Sabían que se encontraba entre la vida y la muerte y aún era muy pronto para saber los resultados del test de alcoholemia. David, en cambio, había ido enseguida hasta la habitación donde preparaban a Catherine para la cirugía. Le había pedido a Mark que entrara, pero él se había negado.*

*El muy cabrón, se veía culpable, cosa que le hizo sospechar que lo ocurrido iba más allá que una simple discusión, pero en ese momento él no tenía cabeza para pensar en eso, necesitaba verla antes de la operación, consolarla, decirle que no estaba sola. Entró en la habitación, era casi imposible reconocerla, pero él la habría hallado o descubierto en cualquier parte.*

*—Hola, mon ange. —Por entre cables y aparatos, le tocó la piel de la mano que estaba libre de agujas—. Mark está muy nervioso allá afuera, te envía su amor. —Carraspeó, aguantando el deseo profundo de llorar—. Te quiero mucho, te queremos mucho y todo saldrá bien.*

*Él sabía perfectamente el protocolo, le administrarían los medicamentos, le pondrían el respirador y realizarían otros procedimientos. Una de las enfermeras se acercó al verlo tan consternado.*

*—Cuidaremos bien de ella, doctor Foster.*

*—Lo sé, Estrella, lo sé.*

*La mujer se alejó unos pasos para darle algo de intimidad, más de una le destinaba vistazos sorprendidos, David sabía lo que las mujeres estaban pensando. Era su esposo el que debería estar allí consolándola, lo sintió tanto por ella, no quería que allá donde estuviera, no se sintiera amada. Catherine merecía ser una mujer venerada, acercó los labios a su oído, el leve rastro de su perfume le oprimió la garganta y le susurró, sin que nadie más escuchara:*

*—Si sirve de algo, siempre te amaré, Catherine.*

*Salió disparado de su lado, con el corazón en un puño y la mirada*

nublada. Se negó a sentarse en una de las sillas de la sala de espera y se apoyó en la pared cercana a la sala de cirugía.

Catherine no era la que estaba en el maldito quirófano, negaba su mente, no podía ser su bella y dulce Catherine la que estuviera golpeada y herida, quiso coger las paredes a golpes, aullar de dolor, increparle a Mark no sabía qué. En ese momento, una de las puertas giratorias se abrió y Ada apareció frente a él.

—Me acabo de enterar, lo siento mucho.

La mujer lo atrajo a sus brazos y David se sintió confortado, cayó en cuenta de lo solos que estaban en el mundo, qué sola estaba ella. Catherine no tenía padres, ni familia, solo a Mark, a Henry y a él, y su amigo violinista, que ahora era toda una estrella.

—¿Qué pronóstico hay? —preguntó, al ver el rostro alterado de David.

—No sabría decirte si el mejor o el peor —contestó con desgana—, pero está en las mejores manos, solo resta esperar.

—Confiemos en que todo salga bien. ¿Quieres una taza de café? Necesitas despejarte.

David negó con la cabeza sin dejar de mirar la puerta, como si Catherine se fuera a materializar en cualquier momento.

—Traeré agua, de todas formas —dijo ella con el ceño fruncido.

Se alejó al dispensador que estaba al final del corredor y David volvió a sus lúgubres pensamientos. Mark entró en ese momento.

—La prueba de alcohol del tipo dio positiva. Él maldito fue el culpable, él ocasionó esta mierda.

A David no le gustó el tono en el que habló Mark, era como si estuviera aliviado de que el tipo fuera el responsable del accidente.

—El que no haya sido culpable no salva a Catherine de tener la cabeza abierta en una jodida sala de operaciones. Eso ahora no es importante.

—Para mí es importante, le haré pagar lo que hizo.

Qué fácil fue para Mark trasladar la culpa, se dijo David, los caprichos del destino hacían de las suyas de nuevo y para él sería más tolerable saber que el maldito accidente no se debió a la discusión que habían tenido. Antes de que David pudiera replicarle, se acercó Ada.

—Hola, Mark, siento mucho lo que ha pasado, esperemos que Catherine se recupere. —Les dio una botella de agua a cada uno, luego se dirigió a David—. Hablé con urgencias, te dispensé del turno.

—Gracias —farfulló David, que abrió la botella y bebió un sorbo de

agua, más por complacer a la mujer que por otra cosa.

—No tiene sentido esperar aquí. Vamos al consultorio aledaño a la estación de recuperación.

—Pero... —dijo David.

—Gracias, Ada —dijo Mark, afanado por cambiar de ambiente.

David, para no levantar suspicacias, porque ya veía una mirada inquisitiva en el rostro de Ada, accedió de mala gana. Maldijo el momento en el que el neurólogo le impidió entrar a la cirugía.

Hacia la media noche, Ada se retiró después de hacerles instalar una cafetera y varios snacks en la oficina por los empleados de servicios varios. La madrugada llegó y se fue sin tener aún noticias, ahora sabía en carne propia lo que experimentaban los familiares de un paciente sometido a una cirugía delicada. El temor, sin saber si va a sobrevivir o no, la angustia de ver pasar los minutos sin noticias, los interrogantes. ¿Por qué a ella?

—No puedo dejar de pensar en las secuelas del accidente si se salva —dijo Mark en un susurro.

—Se pondrá bien —aseveró David, seguía siendo difícil asimilar lo ocurrido, no podía pensar más allá de que lograra salir bien de la cirugía.

—No podemos tener esa seguridad. Ella puede quedar afectada, física y mentalmente, ¿cómo diablos lidiaré con eso? —preguntó, ausente, hablando más para sí mismo.

David quiso preguntarle cómo diablos lidiaría Catherine con lo ocurrido, el egoísmo de Mark era patente, pero tampoco podía culparlo por adelantarse a los acontecimientos. Un escenario con muchas complicaciones no era lo que su amigo había planeado para su perfecta vida.

—Las situaciones no se pueden evadir porque se pongan difíciles. Este mundo no es perfecto y es mejor que empieces a darte cuenta ahora —dijo David, implacable.

—No sé si seré capaz —respondió Mark, entristecido.

—Si ella vive, darás las gracias al cielo por ese regalo e iniciarás tu camino desde ese momento.

—¿Desde cuando eres tan zen?

David sonrió en medio de su amargura.

—Me extraña tu pregunta, hemos crecido en este ambiente, hemos visto el dolor y el sufrimiento de cerca, hemos roto esperanzas y corazones, y también hemos salvado vidas. Tenemos nuestra propia cuota de sufrimiento.

—Habla por ti —replicó Mark, molesto.

—¿Cuándo dejaste de querer la medicina? Eras un entusiasta, recuerdo que me enseñaste a diseccionar los sapos muertos que aparecían en el jardín, curábamos los pájaros que se estrellaban contra el ventanal del mirador y cuando recién entramos en la facultad, parecía que amabas la medicina como yo.

Mark se tensó y un gesto amargo nubló su rostro.

—Si no podía ser el número uno, entonces no me servía —dijo, contundente—. Tú has suplido muy bien los anhelos de mi padre.

David no podía seguir evadiendo el resentimiento de Mark y estaba seguro de que ese resentimiento había actuado la noche en que conoció a Catherine, pero su orgullo le impedía reclamarle. “Catherine, mon ange”, recitaba en forma de oración en sus pensamientos, “no te atrevas a marcharte”. Antes de contestarle algo a Mark, una enfermera entró en el consultorio y les dijo que los doctores Gibson y Leibowitz necesitaban hablar con Mark. En cuanto salieron al pasillo, el par de profesionales lo esperaban. David pensó que los médicos tendrían que acostumbrarse a su presencia y a todo lo relacionado con ella de ahí en adelante.

—Ella está resistiendo, las próximas cuarenta y ocho horas serán cruciales, su estado aún es grave, está lejos de estar fuera de peligro. Logramos reparar la herida pulmonar, esperemos que la hinchazón del cerebro baje, removimos un hematoma en la parte posterior, lo que acelerará el proceso —concluyó Leibowitz.

—Estará en recuperación unas horas, luego irá a terapia intensiva. Creo que debería descansar, Spencer, le espera un largo camino —señaló Gibson.

Mark asintió, inspiró profundo y después de dar las gracias a los profesionales, se despidió, se notaba que el ambiente lo ahogaba. Ni siquiera se interesó en verla y David no quiso presionarlo, lo dicho por Gibson era verdad, para qué cansarse en el primer tramo, en cambio, él se sentía incapaz de dejar el hospital sin verla, minutos después entró en la sala de recuperación, la vio en una cama al fondo, se veía pequeña y vulnerable, tenía el cráneo vendado, lo más probable era que le hubieran rapado la cabeza. Se veía peor que antes de la cirugía, con vendajes visibles en las extremidades, la tez pálida y rodeada de monitores, el ruido del respirador no daba tregua. Lo que más lo impresionó fue que la percibió lejana, como si estuviera en un mundo al que nadie tenía acceso, no había sonido ni ningún tipo de movimiento de parte de ella. Se acercó, necesitaba estar cerca, olía a

medicamentos, le habló al oído, rogando poder derribar la implacable pared que los separaba y llegar hasta ella.

—Catherine, vuelve, por favor, no me dejes. —Le tocó la punta de los dedos—. Te necesito, no importa como vuelvas, siempre serás mi mon ange.

David se sentó en una silla, dispuesto a acompañarla, pronto amanecería, sus credenciales le permitían entrar en cualquier área del hospital, igual que a su esposo, que había salido corriendo como alma que lleva el diablo.

Ya era de día cuando pasaron a Catherine Spencer a la unidad de cuidados intensivos. David aprovechó para bañarse y cambiarse allí mismo en el hospital, desayunó un café y una rosquilla en la cafetería e hizo la ronda de los pacientes del área de cardiología con los internos, en la que estuvo imposible todo el rato. Dio gracias a Dios porque ese día no tenía cirugía programada, aunque sí debía estar disponible para algún caso de urgencia.

Casi cuarenta y ocho horas después del accidente, Henry Spencer se presentó en horas de la tarde, tan tranquilo y compuesto como siempre, e hizo llamar a David a la oficina adyacente a la sala de juntas, que solo él utilizaba (y en contadas ocasiones), amueblada con lujo: obras de arte en las paredes, escritorios de madera oscura, sala con sillones cómodos y elegantes. Las oficinas de Human Sanitas, así se llamaba la empresa de salud de los Spencer, estaban ubicadas en el centro de la ciudad. David pensó que estaría con Mark y así se lo hizo saber en cuanto lo saludó, a lo que Henry se apresuró a contestar, mientras lo invitaba a tomar asiento:

—Mark tenía una reunión inaplazable con el senador Graham, dejémosle trabajar tranquilo, además, tú estás aquí, estarás pendiente de todo. En las condiciones en las que está no es necesaria nuestra presencia.

—No puedo reemplazar a Mark en esto, ayer ni siquiera volvió —adujo David, molesto—. ¿Ya la viste?

—No la he visto aún, tengo junta médica con los profesionales que la han atendido en media hora. Se hará todo lo que esté en nuestras manos para que no le falte ningún tipo de atención, sin reparar en recursos médicos y en dinero.

—¡Faltaría más!

El mayor de los Spencer lo miró, confundido.

—¿Perdón? —preguntó con la ceja levantada y evidente molestia.

David se sulfuró más.

—Es lo menos que puedes hacer, ya que veo que vas a liberar a Mark de la

responsabilidad de estar al lado de su mujer cuando ella más lo necesita...

—¿Pero qué dices? —El hombre parecía genuinamente sorprendido.

—Sí, tu hijo ya empezó a verla como un incordio y no hace ni cuarenta y ocho horas que ocurrió el accidente, me cuesta imaginar qué va a ocurrir donde esa pobre mujer no despierte en sus cinco sentidos.

Henry se echó hacia atrás en la silla con un rictus de desaprobación en la boca.

—Mi hijo no es un monstruo.

—Claro que no, tiene a papá y a su escudero para que limpien la mierda que va dejando por el camino y que todo luzca impecable como a él le gusta.

—¡Basta! —Henry palmeó la superficie del escritorio con rabia—. No permito que me hables así. —Se levantó de la silla y con una mano en la cintura, se acercó a la ventana—. Es una situación difícil y muy lamentable, debemos guardar las formas. ¿Cómo se encuentra el otro conductor?

—Tom, se llama Tom Hardy, y ya recuperó la conciencia, tiene severas lesiones en las piernas, pero está fuera de peligro, la carrocería de la camioneta fue un escudo protector.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Henry de vuelta en su escritorio.

—No, volviendo al tema de Catherine, es necesario que ella se sienta acompañada. Así no esté consiente —musitó, apenado.

Henry se quedó mirándolo serio unos pocos segundos.

—¿Hace cuánto estás enamorado de mi nuera?

Para David la pregunta fue como recibir un mazazo en la cabeza. Decidió guardar silencio.

—¡Contesta!

Se refregó la cara, necesitaba una tregua, llevaba dos noches sin dormir y la realidad era aterradora. La vida de Catherine había cambiado en un abrir y cerrar de ojos, si no estuviera involucrado sentimentalmente, el encargo de los Spencer sería más fácil, pero ella era la mujer de la que se había enamorado años atrás, un sentimiento que por permanecer escondido había terminado por oscurecerlo. Ahora ella lo necesitaba, así estuviera sin conciencia, tirada en una cama con pronóstico reservado, él deseaba cuidarla, necesitaba consolarla y por lo visto, los Spencer se aprovechaban de sus emociones, eran unos soberanos cabrones. Allá ellos y su conciencia, había caído en sus manos el cuidado de Catherine.

—No voy a contestar a eso —expiró profundo—. Yo me haré cargo, como siempre.

Durante la junta médica donde se puso al tanto a Henry de todo, David pudo vislumbrar que la recuperación sería un proceso largo, el coma inducido duraría hasta que la presión intracraneal se estabilizara y no se corrieran riesgos, esa misma mañana habían aparecido un par de coágulos que se estaban tratando con medicación. Si lograba superar la primera semana en condición estable, y la herida pulmonar evolucionaba bien, podrían pensar en la posibilidad de sacarla del coma inducido. Henry, al igual que Mark, hablaba de probabilidades y de secuelas de recuperación cuando ni siquiera había salido de peligro. Los muy hijos de putas.

Ada pasó por su consultorio antes del anochecer, él acababa de ver a su último paciente.

—¿Has descansado algo?

David negó con la cabeza, su aspecto era terrible, peor que el del día anterior.

—Hoy dormirás en tu cama —sentenció ella, él trató de sonreírle, pero su gesto fue desolado—, ¿cuándo fue la última vez que comiste algo?

—Ni siquiera lo recuerdo.

—Debes mantener tus fuerzas, esta semana tienes dos cirugías importantes. —Rodeó el escritorio y lo tomó de la mano—. Párate, te invito a comer.

—Gracias, pero no tengo hambre.

—No importa —insistió ella—, mi padre era de los que pensaban que un estómago lleno enfrenta cualquier cosa. —Lo miró largo rato, preocupada, se notaba que deseaba preguntarle algo importante, pero no se atrevía.

David se sintió conmovido, si tan solo pudiera corresponderle a Ada, qué sencillas serían las cosas. Decidió que era buena idea salir un rato y despejarse.

—Está bien, vamos a comer algo.

—¿Cómo está Catherine? —preguntó ella antes de que tomaran el ascensor.

—Estable, luchando.

—¿Y Mark?

—Asustado, no comprende aún lo ocurrido y se evade como siempre lo ha hecho. —Sus palabras reflejaban la tristeza y la desilusión que sentía por su amigo.

Ada lo acarició y tomó su mano para consolarlo. La médica cambió de tema, hablaron de otros pacientes y le contó que tenía boletas para el concierto de una sinfónica a la que deseaba invitarlo. Fueron a un lugar a pocos minutos

del hospital, un Olive Garden, tan pronto entraron el olor a comida italiana le abrió el apetito a David. Ada observaba cómo las demás mujeres lo miraban, siempre era así cuando salían, todas se morían por él y él, con sus ojos azules, su quijada con barba de tres días y su porte masculino, parecía lejano incluso para ella. No tuvieron que esperar mucho por una mesa y después de ordenar sendos platos de pasta, siguieron hablando de naderías.

—¿Te encuentras bien? ¿Hay algo más que deseas contarme?

—No, aparte de lo que me ha tenido ocupado estos días.

Se acercó una mesera con una canastilla de pan, sin dejar de mirar al médico. A Ada apenas le prestaba atención. Cuando se alejó, ella tomó un pedazo de pan, le extendió mantequilla y se lo brindó. El sabor del alimento estalló en la boca de David, haciéndolo sentir un poco mejor.

—En vista de las circunstancias, te ves demolido. Es la esposa de tu amigo, no tu esposa —dijo ella y David pudo detectar la nota de celos en su último comentario. No estaba de humor para reclamos.

El mesero se acercó con los platos de comida, el aroma a ajo, aceite de oliva y especias saturó el espacio. David asaltó enseguida la comida, sin molestarse en contestar. Después de tres bocados y de comerse media canastilla de pan, se limpió la boca con la servilleta.

—¡La dejaron sola! —dijo entre dientes— Ni siquiera han pasado más de cinco minutos a su lado.

—En las condiciones en las que está, ellos saben que no son de gran ayuda —concilió ella—. En cuidados intensivos las visitas...

—¡Son los malditos dueños del hospital! —explotó él y quedó en silencio por un momento—. ¿Tú crees que tienen algún área vedada?

—No, claro que no... —contestó ella —, de todas formas, debe ser duro para él.

—Es muy duro para Catherine, así esté inconsciente.

La visión de ella en esa cama, golpeada, rodeada de aparatos, le quitó el apetito, retiró el plato de comida.

—Necesito volver al hospital.

Ella lo miró, molesta.

—No vas a volver, vamos a ir a tu casa y descansarás. —Le tomó la mano—. Insisto.

David quiso decirle que no se había despedido de ella, pero estaba seguro de que terminaría discutiendo con Ada.

—Está bien.

Se levantó y fue al aseo, donde llamó a Margaret, una de las enfermeras de cuidados intensivos. Le pidió que cualquier novedad no demorara en llamarlo a la hora que fuera necesario.

—Cuídela, Margaret, por favor.

—Descanse, doctor Foster, lo necesita.

Al llegar a la mesa, pidió la cuenta y salió con Ada para disfrutar de una noche de descanso, si era posible.

## CAPÍTULO 10

David estaba tan absorto cuando entró a cuidados intensivos, que no vio de primer vistazo a Mark, que estaba en la habitación con Catherine. Doce eternos días habían pasado desde el accidente, y era la tercera vez que lo veía visitando a su esposa, que seguía en coma profundo. En la última reunión con los neurocirujanos, el informe decía que la hinchazón cerebral estaba empezando a bajar y eso aligeraba la presión, pero necesitaban que siguiera dormida las siguientes semanas para que el cerebro pudiera recuperarse. No habían sido jornadas fáciles, hubo un par de noches en que David pensó que ella los abandonaría, pero era una luchadora, su mon ange se estaba portando como toda una campeona.

Le molestó ver a Mark en la habitación, se había vuelto muy posesivo con Catherine y más estando ella en ese estado, los médicos trataban con él, no sabía si por orden de los Spencer o porque estaba hecho un incordio y los profesionales preferían mantenerlo informado. Ambos se sorprendieron al verse.

—¡Por amor de Dios! Pisa fuerte, hermano, me diste un susto de muerte.

—No sabía que estabas aquí —respondió David en tono frío.

—Quería saber de ella. —Su hablar era vago.

Se quedaron en silencio, observándola, el hematoma había cambiado de color, en ese momento estaba entre los tonos amarillo y verde, seguía con la cabeza vendada y el brazo escayolado.

—¡Es tan difícil verla así! —murmuró Mark para sí.

—Es toda una luchadora, confiemos en que se repondrá.

El otro lo miró, atormentado. David le señaló afuera y salió de la habitación. Mark lo siguió pensando que él tendría que decirle algo sobre la evolución de su esposa, pero una vez en el pasillo, lo atacó enseguida, tomando su camisa y recostándolo a la pared más cercana.

—¡Ya era hora de que aparecieras!

—¡¿Que rayos te pasa?! —Mark, con un movimiento, se soltó de su amarre —. ¿Estás loco? ¿Hace cuánto que no sales de aquí? —Acomodó su camisa y observó a David pasarse la mano por el cabello.

—¡Es tu jodida esposa la que está ahí! Si tengo que contestar tu pregunta puedes jurar que he pasado más tiempo aquí con ella que tú.

—He tenido asuntos que resolver, negocios que tratar.

—¿Te estás escuchando? ¿Negocios que tratar? ¡Es tu esposa! ¡El amor de tu vida! No todo ha sido coser y cantar, como en tu mundo, ha tenido dos crisis duras, pudo haber muerto. —Le habló con toda saña, logró verlo aturdido y apesadumbrado.

—Mi padre no me dijo nada —dijo en tono bajo.

David negó varias veces con la cabeza y soltó un resoplido iracundo.

—Puedes hablar fuerte y claro, no estás en la maldita morgue.

—He estado ocupado, no puedo detener mi mundo solo porque ella tuvo un accidente. ¿Crees que no me afecta? No sabes lo difícil que es venir aquí, lo que siento cuando la veo ahí, he enterrado mi cabeza en trabajo para que los días sean más cortos y evitar pensar, es una situación complicada.

—Ojalá todos pudiéramos evadirnos de las situaciones difíciles —repuso David, triste, pero sabía que en este caso él nunca lo haría. No quería—. No puedes ser tan indiferente, ¿Cómo te hubieras sentido si hubiera muerto en una de esas crisis?

—¿Y si hubiese estado aquí? ¿No hubiesen sucedido esas crisis? —Mark se había puesto a la defensiva—. Dímelo, David, ¿acaso yo tengo algún poder para evitarlas?... Catherine vivirá o morirá, sin importar que esté o no esté.

David lo miró, horrorizado.

—Eres un cínico hijo de puta. No la mereces. ¿Quieres dejarla morir? ¿Es eso?

—¡No! Por supuesto que no. Quiero a Catherine, pero quiero a la esposa que tuve, hermosa, talentosa, sexy, no a esta mujer casi muerta. No quiero que viva si va a ser un despojo de lo que fue. Prefiero dejar que se vaya, sentarme a verla respirar no es una opción para mí. Se ha hecho todo lo que se ha podido. Tú también debes empezar a superarlo.

David se sintió enfermo de oírlo y quiso agarrarlo a golpes.

—Tus razones son egoístas, ya me doy cuenta de que esta situación te quedó grande.

Mark frunció los hombros, sintiéndose miserable, y furioso con David, que no le daba tregua con sus reproches. En ese momento odiaba todo lo que su amigo representaba y que él nunca llegaría a ser.

—Solo soy un hombre práctico. Catherine tampoco hubiese querido vivir así.

—Me asombra ver lo autoindulgente que eres, pero no voy a perder más el tiempo contigo, vivo en el mundo real y tengo trabajo que hacer. Qué pases una buena noche.

David caminó unos pasos, necesitaba alejarse de él antes de que partiera su rostro contra cualquier pared.

—Deberías tomarte un descanso, David, sal con tu novia, un buen polvo es lo que necesitas.

Volvió sobre sus pasos.

—Escúchame bien, saldré cuando sea necesario, no voy a dejar a Catherine más sola de lo que está, parece que se te olvidó que no tiene padres, ni siquiera hermanos y si ella muere —se le cortó el tono de voz—, me sentaré a su lado, tomaré su mano y la acompañaré mientras deja este mundo. Pero tienes razón, es mejor que sigas con tu vida, esto es para valientes.

—David, entiéndeme, no puedo soportar verla así, es como si ya no estuviera.

—¡Ella está ahí! ¡Sigue ahí! —Señaló con un dedo la puerta que encerraba a Catherine—. Mientras respire hay esperanzas.

—Nunca he sido un hombre de fe, tengo miedo de que muera, pero también de que quede postrada en una cama por años. ¿No es mejor dejarla ir?

—¡Nunca vuelvas a decirlo! —Le tomó todo de sí no devolverse y golpearlo hasta que quedara inconsciente—. ¡Vete a casa! En estos momentos tengo muchas ganas de golpearte —exclamó con vehemencia, no entendía el razonamiento de Mark. Él no era de los que se rendían.

—¡No puedo hacer esto!

David vio lo asustado que en realidad estaba Mark ¡Qué se jodiera!

—Vete a casa, Mark, yo quedaré a cargo.

El hombre hizo un gesto afirmativo, dio la vuelta y se alejó de él.

David se bajó del auto y miró a lo lejos la mole hospitalaria, el verano, en un ataque de rebeldía estival, se negaba a darle el paso al otoño con su rosario de colores dorados y añejos. Caminó hasta la entrada, el lugar tenía vida propia y nunca se detenía, los internos, estudiantes y paramédicos entraban y salían por sus amplias puertas, más allá las diferentes salas de espera, los acompañantes con gestos aburridos, angustiados o expectantes, arracimados en la recepción pidiendo noticias de sus enfermos, el olor séptico, el trajín, las camillas que iban y venían. Cuatro semanas habían ocurrido desde el accidente y los médicos habían tomado la decisión de sacar a Catherine del

coma inducido, era un proceso lento, pero los profesionales consideraban que ya estaba lista, las lesiones y la hinchazón habían remitido y la herida del pulmón mejoraba de manera satisfactoria. Estaba asustado, sabía que los próximos días serían determinantes en su evolución hacia la nueva vida que la esperaba. No podría verla en ese momento, pues tenía una cirugía de reparación de válvula en un paciente de sesenta y cinco años e iba con el tiempo preciso.

Al llegar a la sala de cirugía, ya todo estaba dispuesto y al encender el equipo de sonido, esa vez con una sinfonía de Schumann, se percató de que nadie se había molestado en llevarle música a Catherine. Se sintió muy mal por ella, allá donde estuviera sabía que ella necesitaba de su música, en su defensa argüía que para él fue más importante procurar que la mantuvieran con vida que sus gustos personales, pero le pondría remedio esa misma noche.

Después de tres horas de trabajo ininterrumpido, pudo por fin acercarse a cuidados intensivos. Había un hombre sentado en la sala de espera, que se levantó tan pronto lo vio. David lo recordó, era el profesor de piano de Catherine al que había conocido en la fiesta de cumpleaños.

El hombre carraspeó, incómodo, en cuanto se acercó. Miraba a David con intensidad.

—Buenos días. —El hombre le tendió la mano—. Me enteré apenas ayer de lo sucedido. —David le devolvió el saludo—. ¿Cómo se encuentra?

—Luchando por salir adelante. ¿Ya la vio?

—No, no la he visto aún.

—Déjeme y lo acompaño.

Caminaron hasta el área de cuidados intensivos y entraron a la habitación destinada a Catherine. El hombre se acercó a ella.

—Hola, pequeña. —Miró a David, pidiéndole permiso para poder tocarla, él asintió y el hombre agarró su mano pálida, delgada, y le acarició el dorso, tenía un leve hematoma, debido a los líquidos que le suministraban por vía venosa—. Nos has dado un buen susto, pero te repondrás, y cuando lo hagas, prepárate para los ejercicios con los que vamos a trabajar para que tus manos vuelvan a estar en forma. Recupérate, chiquilla, eres muy talentosa y el mundo no está preparado para dejarte ir aún.

El hombre le hablaba en un tono suave y monocorde, como quien le habla a un niño, su voz se mezclaba con el sonido de la máquina de respiración artificial. Le contó de Dylan, que estaba de gira por Europa, pero que volvería para mitad de noviembre a cumplir sus compromisos musicales en Estados

Unidos, que lo había puesto al corriente la noche anterior y que había llorado como un niño al teléfono. Se sentó a su lado y le habló de música todo el rato. Cuando salieron, el hombre habló.

—La primera semana pensé que estaba de viaje con su esposo y no quise molestarla, luego fui yo el que viajó a Boston —dijo—. Ayer llamé a su casa y hablé con una mujer, Leonora, me dijo que se llamaba, ya que no me contestaba el móvil, le comenté quién era y ella me contó lo sucedido. Ni siquiera había visto la nota en la prensa. Pudo haber...

—Ella está viva —sentenció David—, y así va a seguir.

—Su esposo debe estar sufriendo mucho.

—No se hace a una idea —contestó, en tono irónico David.

El hombre era la única persona cercana a ella lejos del entorno Spencer, y David recordó que fue su profesor durante un espacio de tiempo en la escuela de Nueva Inglaterra.

—¿Cómo es ella de alumna? —Se negaba a utilizar el verbo en pasado.

En el rostro del profesor descolló una ligera sonrisa.

—Brillante —dijo, contundente—, sensible, perseverante, apasionada, terca y un poco soberbia.

—Ella no es soberbia.

Él le destinó una mirada curiosa y soltó la risa.

—Sí, lo es, también percibe aspectos que por lo general nadie más nota.

—Se quedó callado unos instantes, habían llegado hasta el elevador—. Por eso estoy un tanto desconcertado.

—¿Por qué?

—Nunca debió dejar la escuela, dejar Boston, me imagino que la música no fue suficiente para paliar la pérdida de su madre.

—Ella tenía derecho a enamorarse.

—Sí, claro que sí —lo miró con un conocimiento profundo—, pero no del equivocado. Quiso ponerle una vendita a su soledad y a veces la soledad más terrible es aquella que se vive acompañada.

La puerta del ascensor se abrió.

—Fue un placer hablar con usted, doctor Foster —dijo.

—Vuelva cuando quiera, ella necesita de sus amigos y familia.

Él asintió y oprimió el botón del ascensor, la puerta se cerró. David no tuvo tiempo de pensar en la visita del profesor, pues el móvil vibró en ese momento. Gibson y Leibowitz, junto a Parrish, el ortopedista, solicitaban su presencia en la sala de juntas médicas.

Al trasponer la puerta, los tres hombres lo esperaban en el salón, habían tomado asiento frente a la amplia mesa de caoba, en la pared había lectores de rayos X, una mesa en una esquina con una máquina de café y botellas de agua.

—Señores... —David entró y se acomodó enseguida. Los médicos lo saludaron, los Spencer ya ni se presentaban a las reuniones, pensó, irónico.

—La condición de la paciente Catherine Spencer ha permanecido estable —explicó Gibson a David, nada que él ya no supiera—, la herida pulmonar está casi cerrada y la fractura está soldando bien, el cerebro ya está desinflamado, vamos a empezar la reducción de los sedantes a lo largo de tres semanas, si logramos que pueda respirar por sí misma y controlarle la presión arterial, sería un buen pronóstico.

—Ya estaría en ella la recuperación de sus facultades, en estos casos no hay pronósticos, esto es como una cábala, el despertar es incierto, su familia debe estar preparada para que no sea la misma de antes o que haya una recuperación total —concluyó Leibowitz.

David suspiró, nada que no supiera ya. El ortopedista habló de la fractura, le mostro la radiografía de cómo estaba evolucionando, las costillas estaban curadas, en otras palabras, tenía la evolución normal de una mujer sana que no había sufrido de grandes patologías en su vida.

—La terapeuta física ha trabajado con ella para que mantenga el tono muscular en las piernas —dijo el ortopedista.

—Sus manos —señaló David—, ¿se puede hacer algo de ejercicio con las manos, los dedos, aparte de los que ya le hacen? Es pianista.

Leibowitz lo miró, algo confuso, pero ante el gesto retador de David, se abstuvo de hacer algún comentario.

—La fractura de húmero es reciente, no quisiera forzarla y que luego retrasásemos su recuperación —intervino Gibson—. Tenemos que cubrir frentes más importantes.

Era más importante que respirara por sí misma, que recuperara la conciencia y que se valiera por sí misma. Se sintió tonto, ya estaba pensando igual que los Spencer.

David creó una lista de la música preferida de Catherine y pasó a visitarla esa misma noche antes de irse para su casa.

—Mon ange, he descuidado algo muy importante. —Le puso uno de los audífonos y el otro se lo puso él, mientras buscaba una melodía en el repertorio que había escogido para ella. *Minueto No 13 en Sol Menor* de Federico Handel, interpretado por una de sus pianistas favoritas—. Escucha,

me pareció un buen inicio.

Le tomó la mano, le desentumeció los dedos y le acarició la piel mientras las notas de la melodía los envolvían.

—Extraño tus miradas al otro lado de la mesa, así sea para reprenderme con tus ojos, extraño mirarte, verte tocar el piano, escuchar tus opiniones. — Le costaba mucho adoptar un tono positivo y cariñoso, cuando lo único que quería hacer era rogarle de manera desesperada que abriera los ojos—. Las críticas y miradas veladas a las mujeres que me acompañan. Soy un egoísta, no quiero que te amañes en ese lugar donde estás. Si no vuelves por mí, vuelve por tu música o en el peor de los casos, vuelve por Mark, pero vuelve. —Se quedó mirándola unos segundos, no se cansaba de hacerlo—. Quisiera decirte que si tuviera la oportunidad de devolver el tiempo, haría todo diferente, nunca te hubiera dejado ir con Mark esa noche, mi orgullo y todas las mierdas que me rodean, me hicieron actuar como un cobarde, pero de nada vale llorar sobre la leche derramada. Vuelve, Catherine, como sea, pero vuelve, te lo suplico.

Notó un nudo en la garganta cuando se deslizó *Rapsodia*, de Rachmaninov, y recordó una frase que le escuchó cuando hablaba con Henry de su trabajo: “*Cuando trabajo en el universo de Rachmaninov o de Schumann, descubro emociones y sentimientos que desconocía, pero que el compositor ha logrado transmitir y surgen en lo más profundo de mí cuando escucho su música y es lo que deseo transmitir*”.

*Después de un concierto de media hora, no deseaba abusar, se levantó para irse*, le besó el dorso de la mano y se llevó su mano a la mejilla. Notó la suavidad de su piel y deseó percibir alguna caricia, pero nada sucedió.

Se despidió y sus pasos lo llevaron a la capilla del segundo piso. Creía en Dios con la indiferencia del que nunca lo ha visto y poco lo ha necesitado, era un hombre de ciencia; pero en ese instante, deseaba la conexión con alguien superior a quien suplicarle por la vida de Catherine. Estuvo en silencio, observando la imagen sin saber muy bien qué decir, la tranquilidad del lugar lo sosegó unos minutos antes de que el móvil empezara a vibrar debido a una urgencia.

Habían transcurrido ocho semanas desde el accidente. Una vez que se normalizó el paso del oxígeno y la exhalación del dióxido de carbono, la junta médica decidió retirarle el respirador. David estaba presente, la presión sanguínea ya se había estabilizado y ella había abierto los ojos la noche

anterior. En cuanto le avisaron, llegó apresurado, pero eso no garantizaba que fuera a despertar, seguía en un estado vegetativo y no reaccionaba a más estímulos.

No se hacía ilusiones todavía, con el alma en vilo observaba el trabajo del médico intensivista y los demás profesionales que estaban atentos a la retirada del respirador. Mark se había disculpado de asistir, el muy cabrón. A esas alturas, a David le importaban muy poco los Spencer. Su mirada estaba concentrada en ella, si dejaba de respirar, tendrían que intubarla de nuevo, se permitió ser optimista, era fuerte, podría hacerlo sola.

Contó mentalmente: “Diez, nueve, ocho... Tú puedes hacerlo, mon ange”, rezaba mientras miraba como retiraban el respirador, «hazlo, respira». El silencio en la habitación era interrumpido por el ruido del monitor. “... siete, seis, cinco.... Déjame escuchar tu respiración, amor mío”, contuvo la suya en cuanto se dio cuenta que ella empezaba a inhalar y exhalar por su cuenta. Los profesionales se mostraron entusiasmados y David dio en silencio gracias a Dios.

## CAPÍTULO 11

David llegó a la mansión Spencer un sábado en la tarde. Se cumplían nueve semanas desde que ocurriera el accidente. Ernest limpiaba una de las esculturas de la entrada cuando él entró al recibidor de la casa, lleno de objetos ornamentales y obras de arte.

—Viejo, ¿cómo andas de la ciática?

El hombre se enderezó enseguida.

—Muy bien, no sé qué te ha dicho Leonora, pero estoy igual que un roble.

Los labios de David se curvaron en una sonrisa maliciosa.

—No me cabe duda, debes estar por los quinientos años.

—Eres un atrevido. —El hombre soltó el trapo—. Pero si es así, estoy en la flor de la vida, ya que hay robles que alcanzan los mil años.

—Por eso lo digo, anciano, por eso lo digo.

El hombre levantó las cejas.

—Parece que el doctor se te subió a la cabeza.

David sonrió y negó con la cabeza.

—Seguimos del mismo lado, viejo, no lo olvides.

—¿Cómo se encuentra la señora Catherine?

David se llevó la mano al cabello.

—Igual, estable y luchando. ¿Hay alguien en casa? —preguntó David, sin ánimo de saludar a alguno de los Spencer.

—El señor Henry está jugando golf y el señor Mark, en el estudio trabajando.

El tono en el que lo dijo era de reprobación.

—¿Por qué ese tono? —preguntó David, extrañado—. Es bueno que Mark se gane el pan con el sudor de su frente, pero no vengo a verlo a él, voy a buscar algo de música entre las cosas de Catherine, quiero que la escuche.

Ernest asintió.

—Ya sabes el camino, después saludas a Leonora, hizo su famosa tarta de durazno, no querrás perdértela.

—No me la perdería por nada.

Caminó hasta el estudio, un puño en el pecho lo golpeó al ver el piano, sus

reminiscencias lo llevaron a la madrugada del concierto, en la que casi le declara su amor. El lugar estaba poblado de arreglos florales, las cortinas estaban corridas, se veía el jardín, el atardecer de colores ocres regalaba destellos dorados que parecían ir todavía detrás del sol. Había un chal doblado en uno de los sillones y como el patético imbécil que era se lo llevó a la nariz y capturó el aroma que lo narcotizaba. Avanzó hasta el piano y recorrió con sus dedos las teclas, el lugar estaba impregnado de ella, vio un grupo de libros encima de una mesa, todo estaba como lo había dejado, estaba seguro de que nadie había tocado sus cosas, solo para quitar el polvo, en espera de que volviera. Examinó los libros, sabía que eran sus títulos favoritos, *Orgullo y prejuicio*, *El amor en los tiempos del cólera*, un libro de poemas de Pablo Neruda y otro de Elizabeth Barrett. Los echó en un morral que había llevado para ese propósito, luego se decantó por la música, una en especial era la que había ido a buscar: las composiciones en las que ella estaba trabajando. Había un CD que ponía en marcador: “Inventario”, no recordaba una melodía con ese título y luego, al ver el nombre de ella, supo que había encontrado lo que buscaba. Antes de salir vio una caja decorada con conchas de mar, recordó que ella había hablado de que tenía ese pasatiempo con su madre cuando era niña. La envolvió en una pieza de tela que había encima de un mueble y la guardó en el morral con sumo cuidado.

Salió al pasillo, pasó de largo por la puerta cerrada del estudio, había sabido por las enfermeras que Mark había estado el día anterior visitando a Catherine en horas de la mañana. No tenía gran cosa que decirle, se había enterado por Henry que presentaría su candidatura al Senado para competir en las elecciones primarias, a David ya nada le sorprendía, los Spencer seguían con su vida como si uno de sus integrantes no estuviera en coma en una de las habitaciones del hospital. Siguió hasta la cocina, donde Leonora lo recibió con un delicioso trozo de pastel.

“Si una mujer oculta con tanta habilidad su afecto a la persona amada, quizá pierda la oportunidad de ser correspondida y sería muy triste consuelo que el resto del mundo tampoco lo supiera”. David llevaba leyendo más de veinte minutos, bostezaba cada tanto y se imaginaba la burla de Catherine donde lo viera en esas lides. El libro no era de sus favoritos, lo aburría como un demonio, pero a las mujeres les encantaba el tal Darcy, que parecía tener un palo metido en el trasero. Ese párrafo en particular le producía un ligero malestar. Estiró las piernas y llevó su mirada al rostro de ella, ya no estaba en

cuidados intensivos, después de dejar el respirador la pudieron trasladar a una habitación que, de no haber tenido todos los aparejos médicos, bien podría parecer la suite en un hotel cinco estrellas. “Lo mejor para la esposa del dueño del hospital”. Ramos de flores en las mesas, un equipo de música de alta fidelidad, donde en ese momento se escuchaba una melodía de Mozart, y él leyéndole en voz alta.

Catherine percibía la voz de David, era suave, no con el tono tenso con el que siempre se dirigía a ella. Parecía como si fuese un murmullo invitándola a volver. Lo intentaba, pero la niebla a su alrededor era espesa, caminaba buscando una salida, pero no la hallaba por ningún lugar, sin embargo, su voz era la motivación que necesitaba para seguir buscando.

—Me vas a deber una bien grande cuando despiertes, mon ange.

—*Te estoy haciendo tragar tus propias palabras, David, cuando me dijiste que leerías esa novela en otra vida.*

Se escuchó sonreír, quiso decirle algo más, pero la bruma no la dejaba atravesar la puerta y sus labios permanecían sellados.

—La reciprocidad es la banca del pequeño, no lo olvides, también traeré algunos de mis favoritos, sino te gustan, no tendrás más remedio que despertar y recriminarme, mon ange...

—*Me gusta “mon ange”. Me gusta que me llames así. Nunca lo habías hecho. Me gusta el tono de tu voz cuando pronuncias mi nombre o mon ange...*

David se perdió en la lectura de otro párrafo de una de sus historias favoritas. Catherine había recuperado cierto grado de consciencia, hacia dos días, no lograba aún comunicarse ni moverse. Tampoco recordaba lo sucedido, la bruma no se había disuelto y ella no tenía noción de tiempo ni espacio, las rutinas, las visitas de las enfermeras y las de David eran las constantes con las que medía el tiempo. Estaba asustada, se sentía un huésped en su propio cuerpo. Escuchó que había sufrido un accidente, lo explicaba alguien a un grupo de gente el día anterior, hablaron de lesiones en la cabeza, en el cuerpo, ella no recordaba nada de eso, ¿por qué estaba David leyendo? La visitaba seguido, lo sentía antes de que hablara, se sentaba a su lado y le sostenía la mano, le había llevado música. ¿Saldría de su encierro algún día?

A Mark, en cambio, lo sintió distante, llegó con un ramo de flores, habló con la enfermera preguntando si había algún avance, se sentó por unos minutos y ni siquiera le habló, solo sintió su presencia y el aroma de su loción. Salió, después de darle un ligero beso en la mejilla.

—No sé qué bicho te ha picado, pero tanta amabilidad me aterra, o mi pronóstico es fatal o eres un buen amigo de Mark. ¡Oh, David! ¿Qué nos pasó? Cuando despierte, no sé si recordaré esto o seguiremos jugando al gato y al ratón.

David dejó el libro en la mesa de noche.

—Nunca te pregunté si tuviste alguna mascota —bajó la voz—, o cómo eras de niña, ¿princesita o guerrera? Te imagino con tu cabello trenzado tocando el piano, toda seria. Creo que mi próxima lectura será uno de esos test que tanto te gustan.

—¿Aburrido con *míster Darcy*?

David permaneció en silencio un largo rato y como si hubiera escuchado su pregunta, se decidió a hablar.

—No es que me aburra la novela —soltó una risa—, bueno, de nada vale mentir, me aburre como un demonio, creo que la próxima será un test y después retomaremos la novela. —Soltó un suspiro—. Ojalá pudiera hacer más por ti, si te cansa mi presencia, solo tienes que despertar, mon ange...

—*Sigue hablando David, tú me acercas a esa puerta, por favor, no dejes de hablarme, te necesito.*

—¡Mierda! ¡Me olvidé de la cita con Ada!

David se levantó como un resorte, había quedado con Ada y sus padres a cenar. Miró el reloj, a esa hora ya debía estar con ellos en el maldito restaurante y no leyéndole a la esposa de otro hombre que no tenía idea de si iba a despertar. Se despidió de ella con un beso en la mejilla, le gustaba oler su perfume, Absolut, que Leonora había traído entre sus cosas. Su rostro resplandecía entre las sábanas.

—*Eres un buen hombre, David Foster, porque estás aquí ahora, leyéndome una novela que te aburre en vez de estar con Ada. ¿Por cierto, tu novia no se molesta porque pases tiempo conmigo?*

Salió veloz mientras llamaba a Ada diciéndole que ya iba para allá. Ella lo envió a buzón de voz. En el consultorio se cambió de manera rápida y en menos de diez minutos ya estaba marchando rumbo al restaurante. Volvió a llamarla, y de nuevo saltó a buzón. Golpeó el timón con rabia, al llegar al lugar, un restaurante con vista al río Hudson, ubicado relativamente cerca al hospital, le entregó las llaves al valet y entró a paso rápido al lugar. En su profesión podría alegar la excusa de una urgencia, una cirugía le había funcionado en el pasado, le funcionaría ahora. Los divisó en una de las mesas del fondo.

—Buenas noches —saludó a la pareja de mediana edad y se acercó a darle un beso en la boca a Ada, que ella deliberadamente rechazó—. Mil disculpas por llegar tan tarde, una emergencia me retuvo en el hospital.

Ada hizo las presentaciones sin mirarlo un instante a los ojos, supo que estaba en grandes problemas cuando el mesero se acercó para colocar sus cubiertos y ella le dijo que David no se iba a quedar. Él, que ya estaba sobre la silla, se enderezó de pronto, mirándola sorprendido, y notó el bochorno de sus padres.

—Nena —dijo la mamá de Ada.

Ella dejó la servilleta en la mesa y se levantó.

—Acompáñame un momento, por favor —le pidió a David, que se despidió de la pareja, tenía el presentimiento de que no volvería a verlos esa noche, y salió detrás de Ada, que lo llevó a un jardín iluminado con luces de colores y tres sillas como las de los parques, ubicadas alrededor de los helechos y flores que adornaban el lugar.

—Preciosa, lo siento...

Ella se giró hacia él, respirando de manera pausada, en un intento por controlar su frustración

—¿Qué sientes, David?

—Ada...

—¡No! Necesito saber por qué te disculpas. —Gesticuló con las manos—. ¿Por llegar tarde? ¿Por no amarme? ¿Por estar las veinticuatro horas del día en función de Catherine Spencer?!

El rostro de David se endureció.

—Si no fuese por mí, ella estaría sola.

—¡Ella no es tu responsabilidad!

—Y si no lo hago yo, ¿quién?

—Ella tiene un marido y no eres tú —atacó Ada con la mirada brillante—. Yo sé que morirías por ser Mark, pero no lo eres. Tienes que aceptarlo, ella lo prefirió a él, esa relación tuya con ellos es tóxica, no te lleva a ningún lugar.

—Mi relación con Catherine o Mark no es de tu incumbencia.

—¡Soy tu novia! —exclamó, intentando controlar su enojo—. ¡Lo que te incumbe a ti también me incumbe a mí! Lo que te molesta, también me molesta a mí... Lo que te daña... también me daña a mí. Desperdicias tu vida en pro de ella.

Sus tacones repiquetearon en el camino embaldosado mientras se alejaba unos pasos de él, la rabia dio paso al dolor, que se intensificó en su pecho, se

tomó unos segundos para tranquilizarse, aun cuando sabía que David estaba un paso detrás de ella.

Por un segundo, todo lo que se escuchó fue el sonido de la fuente a un costado del jardín.

—Ada... —David la tomó por el brazo, obligándola a verlo, ella intentó no llorar ante él—. Si tan solo...

—Dime una cosa, David, si algún día llegamos a formalizar nuestra relación, y decidimos empezar a construir un futuro juntos, ¿Catherine estará con nosotros en la cama? —Él la soltó, caminó dos pasos hacia atrás y llevó la mano a su cabello.

—Yo nunca me he acos...

—No es lo que te estoy preguntando, la amas a ella, lo sé, lo siento, mi conciencia me lo grita, aunque trato de ignorarla, y ya no puedo seguir así, he intentado entenderte, darte tiempo, ser paciente y respetar tus espacios, pero ya no más.

—Tú no lo entiendes, ella en estos momentos me necesita.

—¿Y antes? ¿También te necesitaba? —Su tono de voz era mucho más pausado que al comienzo de la discusión.

—¿De qué demonios hablas? —increpó David, confundido.

—De su cumpleaños, de la manera en como la mirabas cuando le entregaste su regalo, no me evadas más y dime de una vez: ¿ella dejará de estar entre nosotros en algún momento? —David bajó la mirada y Ada supo la respuesta—. En ocasiones el silencio contesta más claro y fuerte que cualquier palabra, creo que ya no hay nada que hacer. Ten buena noche, David.

Mientras se alejaba, Ada entendió que Catherine se había convertido en el amor de su vida y mientras él no quisiera darse una nueva oportunidad para amar, ella sería un fantasma en medio de su relación y no estaba dispuesta a entrar en ese juego. En su interior, supo que lo había perdido antes de tenerlo y lo sintió más por él que por sí misma. Porque la salud de Catherine Spencer seguía siendo inestable y en caso de recuperarse, aún estaba Mark. Ella lo superaría, con el tiempo lo haría.

Entró al restaurante sin mirar atrás.

David vio a Ada entrar al restaurante sin darle una sola mirada, y supo que todo había terminado. Salió del lugar rápidamente y mientras conducía de vuelta a casa, pensó en todo lo que ella le había dicho y como él no había podido rebatirle ni una sola de sus afirmaciones. Una vez en casa detuvo el coche y sacó su móvil buscando el número de Ada, abrió la aplicación de

mensajes y escribió de manera mecánica.

“Lo siento, Ada, ojalá hubieses sido tú”.

## CAPÍTULO 12

El olor perenne del hospital se colaba por sus fosas nasales, ni siquiera el aroma de las flores opacaba la esencia a desinfectante, a enfermedad. Escuchó pasos fuera de la habitación, gente que iba de un lugar a otro con un propósito, las enfermeras la visitaban cada tanto. Quería sentir hambre, comerse una pizza o una hamburguesa, pero no sentía nada. Ese día no había podido abrir los ojos, ignoraba si era de día o de noche, lo sabría cuando él llegara y pasara un rato largo con ella, iba a lo largo del día en visitas cortas entre una cirugía y otra, pero en la noche era diferente, le leía, le ponía su música, le hablaba de sus pacientes. Lo sintió acercarse, su olor amaderado y limpio, su tacto suave.

—*Háblame, háblame, tócame, no quiero dormir más, quiero levantarme de esta cama y ver a Mark, estoy confundida, quiero a Mark, pero David...*

—No te han puesto crema en los labios, otra vez. Francine estaba algo distraída hoy, creo que su chico está enfermo, arreglaremos eso enseguida.

Catherine lo sintió alejarse y escuchó el chasquido de la puerta de los armarios, los ojos le pesaban como si tuviera una losa, no lo entendía, días atrás pudo abrirlos sin problema y ahora no podía. Notó el tono de voz de David apagado, quiso preguntarle por su cita con Ada, cuando sintió el toque de su dedo en los labios y cómo le extendió la crema con el pulgar en una caricia lenta, un temblor le bajó por el cuello, no entendió por qué él no lo percibió, o a lo mejor fue una sugestión suya, por el deseo que tenía de sentir algún tipo de contacto. Lo escuchó soltar un fuerte suspiro y rompió el silencio con una de sus perlas.

—¡Tienes una boca espectacular! Siempre pienso en tus labios, sobre todo cuando llevas labial rojo. —Escuchó que dejó el tubo de crema o lo que fuera encima de la mesa de noche—. No dejaré de pensar en tu boca toda la jodida noche.

—*Vaya con el doctor Foster.*

Ella no sabía el aspecto que presentaba, pero las palabras de David fueron un consuelo para su alma encerrada.

—*¿Dónde diablos está Mark?*

David sacó un CD de un maletín y lo puso en el reproductor musical. Las notas de una melodía, *su melodía*, inundaron la habitación.

—Quería que la escucharas, la tocaste para mí la noche que me brindaste un concierto. —Miró la silla al lado de la cama—. Estoy tan cansado, mon ange, quisiera venir aquí libre de cargas, pero en ocasiones no puedo, aunque lo deseara. Hoy tuve un día de mierda, un chico de tres años con daño congénito en una de sus válvulas, fue una cirugía complicada. Daría la mitad de mi vida por estar la mitad de cómodo de lo que tú te ves. —Rodeó la cama y luego gimoteó—. Maldita silla, realmente los hospitales no tienen en cuenta el bienestar del visitante... ¿No podrían conseguir al menos unas butacas más agradables? Tú sabes, mon ange, como esas que se reclinan, y tienen un botón especial para subir los pies. —Miró encima de la mesa de noche, donde había una revista—. ¿Quién trajo esta basura? —La abrió con parsimonia y pasó unas cuantas páginas, soltó una risa al leer el contenido—. Mira, aquí hay uno de tus jodidos test. Señor Darcy, tenía toda la intención de leerte, pero esto está más jugoso, vete de paseo. ¿Te molestarías si compartimos cama? Uy, eso sonó raro, en mis fantasías esa propuesta la hago en unas condiciones muy diferentes —soltó otra risa—. Solo un ratito... Vamos, mon ange, dame espacio —jugueteó.

La cama hospitalaria era ancha, David podría acomodarse de medio lado sin problema, la desplazó unos centímetros con todo el cuidado del caso, para no desconectar ningún aparato. Esa noche Margaret era la enfermera de turno y pasaría en una hora, tenía confianza con ella y también el presentimiento de que conocía sus sentimientos por Catherine, se acomodó con todo el cuidado de no incomodarla, por encima de la colcha, se percató de que el colchón era cómodo y que si se descuidaba podría quedarse dormido. Aunque no le haría ningún favor a su carrera si alguien lo encontraba acostado en la cama de una paciente en coma y que además era esposa de otro hombre, nada lo separaría de su lado y de la sensación de bienestar que lo circundó. A la mierda el código profesional médico. Abrió la revista y la ojeó buscando el dichoso test.

De haber tenido elección, Catherine hubiera permanecido como una estatua, solo por experimentar su contacto. David le causaba gracia, hacía un esfuerzo extraordinario para no rozarla, sin embargo, a medida que pasaban los minutos, su calor atravesaba las mantas, lo sentía, ¿era posible? Deseaba abrir los ojos, voltearse y verlo pasar las páginas de la revista. ¿Cómo reaccionaría? Si de pronto la mirara y la encontraba mirándolo.

—El test se llama “Conozca a su pareja”, vamos a leer la primera pregunta. “¿Qué actor o actriz te gustaría que actuara en una película sobre tu vida?”. Esta pregunta está muy cutre, no entiendo su relación con el test. ¿A quién le importa esa pregunta?

—*Me gusta Angelina Jolie, para ti imagino a Ian Somerhalder, porque el color de sus ojos es igual al de los tuyos.*

—“Si despertaras mañana como el sexo opuesto, ¿cuáles serían las tres cosas que harías?”. Fácil, follar, follar y follar, quiero saber qué siente una mujer cuando la están... —carraspeó—, perdón, podría decir que ponerme falda y llevar cabello largo, aunque como hombre podría hacerlo, hoy está de moda el pelo largo y puedo usar una falda escocesa, como mujer, estoy seguro que me la pasaría masajeándome las tetas y más abajo.

—*Sin comentarios, ¿Por qué no me extraña viniendo de ti? Pero ya que estamos, una de las cosas que haría sería orinar de pie y rascarme, ya sabes, y conocer ese placer morboso que tienen ustedes con esa parte de su anatomía...*

—“¿Qué crees que es lo más atractivo de ti?”. —Soltó una risa—. Yo soy jodidamente perfecto, guapo, inteligente y con las medidas perfectas.

—*Vaya, eso me gustaría verlo. Eres un arrogante.*

—Eres perfecta, mon ange —bajó el tono de voz a esos decibeles que Catherine sabía eran solo para ella—, me gusta tu perfil cuando estás tocando el piano. Ese gesto que haces cuando estás tan conectada con la música, estoy seguro de que así debes verte cuando tienes un orgasmo. Siempre serás perfecta.

—*Me gusta esto de ti... Esta faceta, doctor Foster, quien diría que bajo tu apariencia de cascarrabias eres un diablo, aunque debo admitir que también uno de los hombres más guapos que he conocido, la noche que te conocí fue lo primero que vi en ti. Estos días que he estado así he vuelto a esa noche una y otra vez, y ahora me doy cuenta de que es como si quisiera cambiar su resultado solo con el pensamiento, puede que mi vida sea una maldita bruma, pero aunque no lo parezca, estoy más consciente de lo que ustedes piensan. Mark no viene a verme y lo terrible de eso es que no lo extraño, sin embargo, cuando tú no estás, me veo esperándote ansiosa. Tú tienes esa elección, la de estar o no junto a mi... estoy segura de que podrías pasar tu tiempo libre con Ada, o con cualquier mujer que se acerque para ofrecerte una absurda conversación, solo para para pasar la noche contigo, pero estás aquí conmigo, mostrándome al David oculto bajo esa*

*capa de seriedad, este es tu verdadero yo, igual al de la noche en que te conocí. Eres un buen hombre, David Foster, no lo olvides nunca.*

—Nombra tres cosas que conozcas de mí. De ti, sé que tomas el café con una cucharada de azúcar, pero prefieres tu té de *rooibos*, tu color favorito es el rojo y te mueres por el *cheesecake* de agraz de Buttercream, a donde vas por lo menos una vez a la semana. Ah, eres fanática de Ellen Degeneris, aunque digas que no ves shows de televisión, y no te gusta *Juego de tronos*, lo que no entiendo, porque el viejo George creó un mundo paralelo al nuestro, de sangre, sexo y guerra... Jodidamente perfecto.

—*Son más de tres cosas* —Catherine sintió unas ganas inmensas de llorar y sin poder hacerlo, Dios, como quería abrir los ojos y verlo.

—¿Te das cuenta de que en *Juego de tronos* se ven todos los prototipos de tetas que existen? No puedes negar que esa serie enriqueció el panorama.

—*Eso es parte de por qué no me gusta, las mujeres tenemos que ser sumisas a nuestros esposos, mientras ellos van de taberna en taberna y de mujer en mujer. Lo único bueno del programa es Kit Harrington y la única escena espectacular no la pude ver porque estaba con Mark en una tonta cena, tuve que conformarme con una repetición. Lo de los pechos es sexista viniendo de ti.*

—Oye, esta pregunta es bien interesante —bajó el tono de voz—. “¿Crema batida o chocolate?”. Apuesto mi mano diestra, la de operar, a que eres chocolate.

—*No te equivocas.*

—“¿Crees que eres buen besador?”. Claro que soy buen besador, soy el mejor besador que hay. Podría tomarme mi tiempo y saborear tus labios por horas o devorarlos como a un exquisito chocolate en segundos, tú escoges, mon ange.

—*Recuerda lo que dicen de los que alardean tanto.*

—La última: ¿te gustaría que jugáramos algún día roles en la cama? Ya sabes, la enfermera sexy y el bombero, o el profesor y la alumna, o la pianista y el espectador. Hasta el médico y la paciente o al revés. Los que quieras... Despierta, por favor. Espero que estés tan asustada con mi atrevimiento que no tengas más remedio que despertar para ponerme en mi lugar.

—*Me gusta la pianista y el espectador. Me quedó muy claro el objetivo del test.*

David se levantó de la cama, percibió su respiración y bajo su perfume, el aroma de su piel. Ese estúpido test había removido muchas cosas dentro de él,

lo ahogaban el amor, el deseo, la ternura. Se sintió patético, se vio tumbado en la cama al lado de ella y un fuerte impulso le agobió el pecho, quería gritar, romper algo, el dolor, la frustración, el amor y el anhelo le nublaron la mirada. No quiso rogarle que despertara, como en esas malas telenovelas que Leonora veía, ya le parecía demasiado grotesco mostrar su vulnerabilidad a una persona cuyos sentimientos eran tan dispares a los suyos. Sin embargo, se acercó al libro de poemas de Pablo Neruda y lo abrió en una página que por lo visto ella leía bastante, ya que estaba marcada, y le leyó en voz alta:

*Te amo como la planta que no florece y lleva  
dentro de sí, escondida, la luz de aquellas flores,  
y gracias a tu amor vive oscuro en mi cuerpo  
el apretado aroma que ascendió de la tierra.  
Te amo sin saber cómo, ni cuándo, ni de dónde,  
te amo directamente, sin problemas ni orgullo:  
así te amo, porque no sé amar de otra*

*manera, sino así, de este modo en  
que no soy ni eres,  
tan cerca que tu mano sobre mi pecho es mía,  
tan cerca que se cierran tus ojos con mi sueño.*

A mitad de la onceava semana y ya libre de sedación, Catherine aún no recuperaba la conciencia, abría los ojos con más frecuencia, pero hasta la noche anterior, no mantenía aún la mirada. Cualquiera sabía que eso no era garantía de que fuera a despertar, pero David no perdía la esperanza; estaban en una carrera a contrarreloj, si sobrepasaba el límite de las doce semanas en ese estado, el porcentaje a favor de que despertara bajaría de manera drástica.

—Doctor Foster, doctor Foster. —David bajó la vista y un chiquillo de no más de seis años lo miraba con sus enormes ojos verdes. Estaba en el área de cardiología infantil.

—Ey, campeón, choca esos cinco —saludó David—. Tienes mejor semblante hoy, ¿cómo te sientes?

—Ya no me ahogo ni me pongo azul.

—Hice un buen trabajo, dejaste de ser Avatar.

El chico soltó una risa que desencadenó en una tos.

—Tómatelo con calma, campeón.

El área de cardiología infantil tenía más de una docena de camas, cuadros de figuras de Disney adornaban las paredes. La subespecialidad de David era la cardiología infantil, sus manos hacían magia reparando los pequeños corazones, las válvulas obstruidas o defectuosas que les impedían llevar una vida normal o en el peor de los casos, llegar a la adultez.

—Estoy aburrido, quiero jugar.

—No podemos correr, ni hacer ejercicio por ahora, pero te prometo que jugaremos un partido de fútbol tan pronto te recuperes.

David alzó al niño para colocarlo encima de la cama y lo examinó con calma, le tomó las pulsaciones y le hizo el examen con el estetoscopio. Lo había operado la semana anterior. La cirugía había resultado bien y el chico podría ser dado de alta en unos días. Examinó a los demás niños y al salir, se cruzó con Ada.

—Hola.

—Hola, David.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, mirándola fijamente. Parecía que había superado bien la ruptura, la notó tranquila.

—Estoy muy bien, gracias —contestó, con el ceño fruncido—. No puedo decir lo mismo de ti, estás ojeroso y parece que has perdido peso, estás tan pálido que ya tienes el color de las paredes.

—Gracias, tú también estás hermosa.

—Es en serio, David, tienes que cuidarte, no le harás ningún bien a tu Catherine si no te cuidas.

A David no le gustó el tono en el que pronunció “tu Catherine”.

—Estaré bien.

Ella se dispuso a seguir su camino, él la tomó del brazo.

—Lo siento mucho, Ada, por todo.

Ella adornó su rostro con una triste sonrisa.

—Nunca tuve la más mínima oportunidad. ¿Dejarás también tu sueño de pasar un año en el Goodness Ship?

—Lo haré algún día, ahora mi prioridad es ella.

—Debería ser la prioridad de su esposo.

—Ada...

La mujer cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Discúlpame, eso estuvo fuera de lugar. Dejé unos libros, unos CD y un par de camisetas en la cabaña, cuando vuelvas, por favor, me las traes.

—Claro que lo haré.

Desde que Catherine estaba en coma no había vuelto a la cabaña que comprara un año atrás en el pueblo costero de Babylon, en Long Island, a una hora de Nueva York, un idílico lugar del que se había enamorado al ir con alguna chica a pasar el fin de semana. No tenía idea de cuándo volvería. David, con veintinueve años, no era rico, pero ganaba muy bien y con el paso del tiempo aprendía a disfrutar de algunas comodidades, había trabajado muy duro, adquirido las dos hipotecas, la de su departamento de la ciudad, ubicado en un viejo edificio remodelado en el sector de Tribeca, y la de la cabaña, conducía un auto de gama media y era parco en lujos y gastos.

—Hasta pronto, David. —La mujer entró a la sala y hasta él llegaron los saludos de los chiquillos para la doctora.

Él no había olvidado que deseaba hacer un año de voluntariado alrededor de África en el buque hospital más grande del mundo. Había aparcado ese sueño por el momento. Si el accidente de Catherine no hubiera tenido lugar, en el verano del siguiente año se hubiera embarcado.

Corría la segunda semana del cuarto mes. Sebastián Johnson caminaba por uno de los pasillos del hospital, como reo esperando a cumplir una condena. Había ido al hospital en varias oportunidades para acompañar a Catherine, era un ser excepcional al que apreciaba y le condolía su soledad, aunque esa no era la única razón por la que frecuentaba el lugar.

Había estado con su alumna gran parte de la mañana y escuchado a su lado una ópera, *La traviata*, hasta que llegó Dylan, que la visitaba cada vez que venía a la ciudad en un descanso de su gira.

Un par de enfermeras reían por algo que veían en la pantalla del móvil en el momento que entró al área de recepción, había tres pacientes esperando ser atendidos, dos de ellos infantes. Se acercó al mesón y preguntó por el doctor Foster. Estuvo seguro de que una nota de orgullo tiñó su tono de voz.

—El doctor está en consulta, ¿tiene cita?, señor...

—Sebastián Johnson. Es un asunto personal.

La mirada de una de las enfermeras encontró sus ojos.

—¿Es familiar del doctor?

Sebastián trató de sonreír, algo nervioso, y por unos momentos, no supo qué contestar.

—Solo conocidos —dijo al fin

—Si desea hablar con él, tendrá que esperar que atienda a estos pacientes.

El alivio descolló en sus facciones, tendría todavía unos minutos de

expectativa, optimismo, esperanza. Hacía frecuentes visitas al hospital, se había encontrado con David en varias ocasiones, y siempre lo invitaba a la cafetería del hospital a tomar café, un día incluso lo invitó a almorzar, hablaban mucho de música. Recordó el día que fue por primera vez a su consulta, había descubierto que él le ponía música a Catherine, lo conmovía muchísimo su entrega al cuidado de la muchacha y quería hablar de ello, porque deseaba su permiso para traerle música también.

En esa ocasión entró al consultorio del profesional que, como siempre, lo recibió circunspecto.

—Sebastián —le dio la mano—, espero que no sea por algún problema de salud su visita a mi consultorio.

Sebastián se quedó callado mirando la pared detrás de él tapizada de diplomas de cursos y sobre una repisa una fotografía. Casi sufre un infarto, incrédulo, caminó hasta la repisa.

La emoción no le permitía ni desplegar un saludo.

—¿Puedo? —Tomó el portarretratos en sus manos, sin esperar el beneplácito de David.

Era su Penélope, unos años mayor. Había madurado muy bien. Era la mujer más hermosa que jamás conociera, había sido suya y él la perdió por su maldita debilidad.

—¿Te sientes bien, Sebastián?

Él negó con un gesto de la cabeza. Dejó el portarretratos en su puesto.

—Es una mujer muy hermosa.

—Gracias, era mi madre.

Se quedó unos momentos en suspenso, mirando a David como si lo viera por primera vez y comprendiendo de golpe toda la información que había contenida en ese par de palabras. “Era mi madre”. Disimuló los pocos minutos más que permaneció allí y lloró en cuanto salió ese día del lugar, la pena aún estaba viva. Pero el dolor por la pérdida no era el único sentimiento que lo embargaba.

Al cabo de una hora entró al consultorio, David no se sorprendió de verlo, agradecía la compañía que le brindaba a Catherine. Le simpatizaba, era un hombre muy culto e interesante. Sebastián le tendió la mano. Observó de nuevo la fotografía como pidiéndole fuerzas a Penélope para el difícil momento que iba a enfrentar.

El hombre agachó los hombros y se sentó en el sillón destinado a los pacientes. David, extrañado por su comportamiento en su anterior visita y por

la manera en que miraba una vez más la fotografía, lo observaba, esperando una explicación.

—Necesito que me escuches con calma. —Entrelazó ambas manos y las puso encima de las rodillas.

—Estoy escuchando —contestó tenso.

—David, sé que parecerá una locura. —Le tembló la voz, inspiró profundo y soltó—. Penélope fue mi mujer y tú eres mi hijo.

David lo miraba fijamente, pareció no comprender en un primer momento, luego lo miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿Qué?! ¿Te volviste loco?

—No, David —suavizó el tono de voz y se acarició el dorso de la mano, ese gesto lo calmaba—. No estoy loco, tu abuelo se llamaba Tim Foster y era un irlandés de fuerte temperamento, tu abuela era francesa y tu madre...

—¿Qué mierda? —Se levantó, mirándolo confuso y furioso.

—Lo siento, sé que parece una locura, pero es la verdad.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—No tenía idea hasta la primera vez que estuve aquí y vi la fotografía.

—¡Eres un cobarde! Entre muchas otras cosas. Has venido al hospital no sé cuántas veces después de eso... ¿y hasta ahora me lo cuentas? —elevó el tono con voz tensa.

—¡No sabía cómo decírtelo! —exclamó él, asustado.

—Como lo estás haciendo ahora. ¡Carajo! —Caminó por el consultorio, furioso. No tenía dudas de que dijera la verdad, y en último caso siempre se podía hacer una prueba de ADN, pero eso ahora no le importaba. Le molestaba la rabia que le subía en oleadas por sus vivencias de infancia que desfilaban una a una sin tregua.

—Te pido que me perdones.

David interrumpió.

—¿Qué mierda tengo que perdonar? ¿Qué mi madre se partiera el lomo día tras día de sirvienta de un hijo de puta? ¿Qué yo no tuviera una figura paterna en quien apoyarme? ¿El abandono? —resopló, incrédulo—. Yo no soy buena persona, si viniste esperando mi perdón, estás más loco de lo que creí.

Sebastián quiso llorar, no sabía cómo derribar la muralla de dureza y resentimiento que ostentaba su hijo.

—No quiero saber nada de ti, nos abandonaste, mi madre ni te mencionaba, yo no llevo tu apellido, así que me imagino que como hombre y como padre no valías la pena. Vete, por favor y no vuelvas, no me interesa nada de lo que

tengas que decirme.

No solo habló el resentimiento, la sensación de pérdida fue devastadora. Sobre todo en la primera infancia, David veía con envidia a los papás de sus compañeros de colegio, crecer con ese sentimiento no había sido agradable, la carencia que sentía cuando los padres de los demás niños los animaban en los partidos de fútbol o en alguna otra competencia o los días de actividades donde era imperativo la presencia del padre y él se presentaba con su madre, que trataba de suplir la ausencia paterna de la mejor manera posible, el sentimiento de no sentirse parte de algo lo abrumaba, sobre todo cuando entró en la adolescencia y los primeros brotes rebeldes hicieron aparición. Si algo le debía a Henry cuando se quedó huérfano, fue que le dio un sentido a su vida. La situación hubiera podido ser peor, habría quedado en manos de su tía, que llevaba una situación muy precaria luchando con una artritis avanzada o en manos del Estado y de ahí rodar de un hogar de acogida a otro. No, lo mejor que le pudo pasar fue la presencia de los Spencer en su vida, con lo bueno y con lo malo.

Lo sintió llegar más tarde de lo normal, el sonido de sus pasos llegó hasta ella. Le dio un beso en la frente. Lo escuchó suspirar, alejarse a buscar algo en el armario y luego percibió las yemas de sus dedos acariciando sus labios con la crema. Lo notaba inquieto. Percibía en él un coctel de emociones a punto de hacer ebullición. Quiso preguntarle qué había sucedido, consolarlo de alguna forma, así como hacía él con ella.

—Despierta, *mon ange*, por favor, despierta. No sabes cuánto te necesito, así nunca seas mía. El solo hecho de saber que gravito alrededor de tu vida, me consuela.

Lo escuchó sentarse y suspirar, ni siquiera le leyó o le puso música. Salió del lugar a los pocos minutos, dejándola con la incertidumbre.

Noches después, se acercó nuevamente a la habitación de Catherine y dejó que una melodía se reprodujera en el iPod, le había llevado, aparte de la música clásica, algo de su repertorio, John Legend era uno de sus cantantes favoritos —la canción *All of me* se deslizaba por la habitación— con el libro *Cumbres Borrascosas*, que había empezado a leerle hacía una semana. Había desistido de terminar *Orgullo y prejuicio*, hacía semanas, que lo colgaran, pero no había podido, no podía entender como miles de mujeres alrededor del mundo, morían y suspiraban por un hombre arrogante, antipático, frío y con las ínfulas propias de un ricachón.

Se acomodó a su lado como había hecho todas las noches desde que le leyera el test. Le parecía lo más natural del mundo. Necesitaba sentirla cerca, como si así pudiera regalarle el hálito de vida que ella necesitaba para despertar. Esa noche estaba también de ánimo sombrío, había discutido con Henry sobre la idea de llevar a Catherine a un centro de neurología en Atlanta si después de que terminara el sexto mes no despertaba, le parecía inconcebible separarse de ella, eran unos malditos, la iban a enterrar en el lugar de los comatosos. Sintió un miedo visceral de fracasar, que nada de lo que hubiera hecho sirviera de nada y ella prefiriera el mundo en el que estaba sumida ¿Y si era mejor que el mundo real? ¿Y si no quería volver? A lo mejor en ese lugar podría tocar el piano día y noche ¡No! Ella volvería, necesitaba verla despierta, retadora, vulnerable, enamorada así fuera del cabrón de su marido, necesitaba verla tocar el piano, caminar por esa maldita casa o leyendo al señor Darcy. Extrañaba todo lo que no había tenido con ella.

Tomó el libro abrió una página al azar, recordando el castigo de su madre. Empezó a leer: “Quédate siempre conmigo, bajo la forma que quieras ¡vuélveme loco! Pero lo único que no puedes hacer es dejarme solo en este abismo donde no soy capaz de encontrarte”.

El ruido del monitor le fastidió los oídos, se mezclaba con los acordes de la canción, necesitaba acallar ese recordatorio constante de que la vida de Catherine podía pender de un hilo caprichoso y delgado.

Catherine podía jurar que sentía el calor de David extenderse hasta ella, quería decirle que la tocara, necesitaba su contacto, era demencial, pero así era. Mark había estado en días anteriores, tan distante como siempre, su voz monocorde, preguntando a las enfermeras, no se dirigía a ella, como si fuera un maldito mueble, a diferencia de David, que le hablaba todo el tiempo. Esa noche percibió que su ánimo estaba algo decaído, nada que ver con el diablo jugueteón de días anteriores.

Había hecho una costumbre echarle la crema de los labios, siempre con la misma caricia que hacía que todo su cuerpo cosquilleara, o eso quería creer ella, la bruma en la que parecía estar se estaba disolviendo, los sonidos eran más potentes y podía fijar la mirada en la luz del techo. Le leyó un rato y dormitó a su lado, Catherine creyó escucharlo roncar. Cuando se levantó, un poco asustado, ella sintió la corriente de aire frío cuando él dejó la cama. Se despidió con un beso suave en la mejilla y ya se encaminaba a la puerta, cuando lo sintió detenerse.

David volvió en sus pasos y se paró de nuevo a unos centímetros de la

cama, había soñado que la perdía, los galenos intentaban traerla de vuelta, pero los esfuerzos parecían no ser suficientes, el desfibrilador golpeaba su pecho, el cuerpo de Catherine se alzaba de la cama con cada corriente, pero nada sucedía, el monitor estaba suspendido en un pitido irritante que anunciaba que ella no se encontraba ahí y mientras tanto, él observaba toda la escena como si estuviese congelado, como si estuviesen pasando una película frente a sus ojos mientras la muerte se llevaba a la mujer que había amado durante mucho tiempo.

Se pasó las manos por la cabeza y observó los monitores, ella estaba bien, solo había sido una pesadilla, sin embargo, algo en su pecho se contraía de manera agónica, quería tocarla de nuevo para sentir su calor, a pesar de que sabía que ella seguía con vida, él necesitaba más, necesitaba besarla. Por varios segundos peleó consigo mismo, con su conciencia y contra su corazón; al final el corazón se alzó victorioso cuando se inclinó sobre ella, cerró los ojos, se bebió el calor de su aliento, rozó sus labios con los de ella y la besó. David sabía que sería así, suave, tibio, quería tomarse su tiempo y hacerle abrir la boca, pero ella no le respondería, esa certeza lo hizo interrumpir el gesto, se arrepintió enseguida y se retiró. Estaba aprovechándose de ella, era una falta de respeto, se estaba volviendo loco, nunca se había impuesto a una mujer, negó con la cabeza varias veces y salió veloz del cuarto.

Tres días después de navidad, Catherine despertó.



## CAPÍTULO 13

Ni en sus sueños más extraños, Catherine se imaginó despertar en un lugar que no conocía y que uno de los primeros rostros que viera fuera el de David Foster. Todo era tan confuso, a lo mejor todavía estaba inmersa en una pesadilla, su pensamiento marchaba a ritmo lento, como si le costara salir de la nube de inconciencia en la que había estado no sabía cuánto tiempo. ¿Qué había pasado? ¿Por qué no recordaba nada? ¿Dónde estaba Mark? ¿Por qué David le hablaba en ese tono condescendiente y emocionado? No recordaba cómo había llegado a ese lugar, trató de hablar, pero su garganta no ayudó. Tenía sed, pero parecía que no podría beber nada, el médico que la había visto antes de que llegara David, había ordenado una serie de exámenes.

—Llamaré a Mark, me imagino que quieres verlo.

David pareció aliviado cuando ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Lo último que recordaba era el almuerzo en el club con las esposas de algunos amigos de Mark. El resto era una bruma completa. ¿Por qué la voz de David le traía consuelo? Frases que nunca le había escuchado vinieron a su mente. Trató de mover las piernas, no pudo, el neurólogo había sido claro, se sometería a un programa de terapia física a partir de ese mismo día. La enfermera levantó la parte superior de la cama. Miró sus manos inertes, ¿sería capaz de volver a tocar el piano?

David se disculpó y salió un momento de la habitación, marcó el número de Mark.

—Catherine despertó, mejor mueves tu culo aquí enseguida.

El silencio fue la respuesta al otro lado de la línea. Interrumpió la llamada y entró de nuevo en la habitación, con semblante nervioso se acercó de nuevo a ella.

—Mark vendrá enseguida.

No la había vuelto a visitar desde el dichoso beso, se había vuelto loco y se reprendía una y mil veces por dejarse llevar por un impulso, si alguien lo supiera no podría ejercer la medicina nunca más, había sido una negligencia y una falta grave a su profesionalismo. Catherine era ante todo una paciente, en

un estado muy vulnerable y para los demás podría parecer que se aprovechaba de ella, pero por lo visto el conjuro había funcionado. La bella durmiente había vuelto a la vida, ¿recordaría algo de lo sucedido? Esperaba con ansiedad los resultados de las pruebas para evaluar el daño cerebral, si era que lo había. Él la veía muy despierta o a lo mejor era el deseo de que ella superara esa etapa con el mínimo de secuelas. Tan elocuente con ella mientras estuvo en coma, ahora no sabía qué decirle. Una de las enfermeras le pidió que saliera, era hora del baño.

David salió de la habitación y se sentó en una silla de la estación de enfermeras. Necesitaba interceptar a Mark antes de que hablara con ella. Quiso un maldito cigarrillo, lo había dejado hacía más de un año, pero ahora necesitaba el control que le daba el pequeño pitillo en la boca. Pendiente de la puerta del ascensor, vio el momento en el que Mark, con gesto preocupado, salió al pasillo y soltó un suspiro de alivio en cuanto lo vio.

—¿Cuándo despertó?

—Los médicos lo esperaban en cualquier momento, los indicios se presentaron hace días. No puede hablar aún, no sabemos qué tanto recuerda. El neurólogo querrá hablar contigo antes de que te vayas.

Mark, con las manos en la cintura, empezó a caminar de lado a lado.

—¿Quedará bien?

—No lo sabemos todavía.

—¿Qué diablos voy a hacer?

David quería acogotarlo.

—Portarte como un hombre y no decirle absolutamente nada que pueda perturbar su recuperación, si tienes que fingir ser un marido abnegado, ¡lo harás!

—Estoy más que contento de que ella haya vuelto —señaló, nervioso y preocupado. No sabía que tanto afectaría esto su campaña para las primarias, estaban a tres meses de la consecución y había trabajado mucho para demostrar que podía ser candidato —, no me malinterpretes, pero esto, estoy tan confundido...

—¿Y tú crees que ella está mejor que tú? —Se llevó de nuevo las manos al cabello y tiró de él, iba a terminar calvo por culpa del matrimonio Spencer —. Mierda, Mark, estuvo casi cinco meses tirada en una puta cama, se despierta y aún no se sabe si volverá a ser la misma, lo menos que espera es que tú estés allí para ella.

Él lo miró fijo y normalizó la respiración.

—¡Puedo hacerlo! —se dijo Mark, tratando de convencerse.

David lo vio como realmente era, el niño que nunca dejaría de ser, ávido de atención, que necesitaba que todo girara a su alrededor y que no sabía cómo actuar si algo se salía de ese esquema.

—Ahora es el momento de Catherine, de demostrarle lo que no le has demostrado estos meses, te debes a ella.

—Yo quiero a mi esposa, David —Mark soltó un suspiro triste—. No debí hacer lo que hice, estuvo mal.

David se imaginó que se refería a la escasez de visitas. Esa admisión de Mark era toda una sorpresa para él y no sabía si creerle o no. El hombre tenía la capacidad del camaleón de cambiar de piel según su conveniencia.

—Tienes la oportunidad de repararlo, ella te necesita, no sabemos qué tanto recuerde, tendrás que revestirte de paciencia para el camino que le espera.

Ahí estaba él, como un completo imbécil, haciéndose a un lado otra vez. Esta vez tendría que despojarse de todo egoísmo, pues primero estaba ella.

—Quiero verla.

—Mark, te lo advierto, si haces algo que la perturbe...

Lo miró con gesto confuso.

—¿Qué diablos te pasa? Es mi esposa, creo que debo recordártelo.

David quiso rebatirle la afirmación, echándole en cara el abandono en el que la había tenido, pero no valía la pena. Gente como él nunca cambiaría. Mark era experto en sacar las cosas fuera de contexto, pegarlas a otras cosas sacadas fuera de contexto y así hasta que creaba hechos “alternativos” que se alineaban a su propósito.

—Es mi paciente.

—Es paciente del doctor Leibowitz.

David sintió como si le hubiera dado con un puño en la cara. Negó con la cabeza varias veces.

—Eso estuvo fuera de lugar, discúlpame —murmuró Mark, al parecer arrepentido de sus duras palabras.

—Lo paso por hoy, pero no vuelvas con lo mismo.

Mark caminó como reo por el pasillo que lo llevaba donde estaba su esposa.

*Siete meses después...*

Una canción de John Legend se escuchaba en las bocinas del móvil que

Catherine había conectado cuando llegó a la cocina para hacer la cena. Mark le había insistido en que no era necesario, tenían un rosario de sirvientes que atendían sus más mínimas necesidades, pero después del accidente, a ella le gustaba encargarse de sus cosas, eso había acelerado la recuperación física. Esa noche había invitado a sus amigos a cenar y quería agasajarlos con algo hecho con sus propias manos. Mark había ganado las primarias de su partido, ahora era candidato oficial para presentarse en las elecciones parlamentarias de noviembre. Su ardua recuperación la había salvado de tener que participar en la campaña, pero con el triunfo de Mark tenía el presentimiento de que el tiempo de tranquilidad se le acababa.

Se acarició la cicatriz de la traqueotomía mientras visualizaba en la nevera los ingredientes para una ensalada que acompañaría el plato fuerte, no era nada elaborado, conocía pocos platos, haría una pasta a la carbonara y una ensalada verde, todo acompañado de pan francés bañado en aceite de oliva y un buen vino o una cerveza según la preferencia de cada cual. Puso los ingredientes en el mesón central de la amplia cocina y se dispuso a preparar los vegetales.

Se consideraba afortunada, después de extenuantes exámenes, no había daño cerebral, recuperó la conciencia absoluta casi enseguida de su despertar, el habla a los pocos días, en cambio, la atrofia muscular hizo la rehabilitación física mucho más lenta. Había salido del hospital hacía tres meses, después de cuatro meses de intensa fisioterapia. Su esposo estuvo pendiente de ella cuando sus compromisos electorales se lo permitían, pero no tanto como David.

Cerró los ojos un instante, le pasaba con frecuencia cuando lo recordaba o lo veía o hablaba con él, que se perdía en recuerdos de cosas que no sabía si habían ocurrido de verdad. Eran pequeños flashes de la voz de David leyéndole un pasaje de *Orgullo y prejuicio* —algo del todo imposible, pues sabía que él prefería cortarse las venas a leer algo de Jane Austen—, o su voz diciéndole cosas cariñosas, como si... la quisiera. Sentía como si él hubiera estado muy cerca de ella. Recordó haber escuchado la canción que en ese momento vibraba en la cocina, se aficionó a ese cantante después de lo ocurrido, sin saber bien por qué, era como si aferrándose a esos pequeños detalles pudiera desentrañar la verdad y recordar algo de lo ocurrido, pero ni siquiera se acordaba del accidente. Le daba mucha angustia no recordarlo, el neurólogo le decía que con paciencia iría capturando los recuerdos hasta armar el rompecabezas que fue su vida durante ese tiempo.

Dylan llegó hasta la cocina. Estaba tan guapo como siempre, con su cabello rubio recogido en una coleta, una camiseta de un grupo de *heavy metal*, un jean oscuro y un suéter anudado al pecho. Se acercó a ella y la abrazó.

—Lo veo y no lo creo. Catherine Spencer cocinando. Tienes un séquito, ¿para qué te molestas?

Ella se puso un mechón de cabello detrás de la oreja y siguió partiendo lechuga. Él se sentó en una butaca justo enfrente.

—Necesito hacer cosas. —Soltó lo que hacía y fue a la nevera de los vinos, tomó una botella y dos copas de un armario, le pasó a David el sacacorchos para que la abriera—. Necesito el control.

Dylan sirvió la bebida en las copas.

—Necesitas volver a tocar.

Ella levantó la mirada y le destinó un gesto vulnerable.

—No soy capaz de sentarme frente al piano, siento que mis manos no son las mismas. —Se miró los dedos con preocupación—. ¿Y si lo olvidé?

—No lo sabrás si no lo intentas.

Ese era el quid de la cuestión, le tenía pavor a sentarse al piano y descubrir que no estaba lista. La recuperación muscular no había sido fácil y tenía temor de no estarlo nunca, así que le huía al instrumento, cuando antes no podía vivir sin él.

—No estoy lista aún.

Tomó un cuchillo y empezó a partir tomates en rodajas. Dylan dejó la copa en la mesa y le habló en tono de voz íntimo:

—Tienes que intentarlo, Sebastián no está muy contento con tu deserción.

Ella levantó el cuchillo.

—¡Tuve un jodido accidente! Estoy viva de milagro, perdóname si el piano no es mi prioridad ahora.

Dylan levantó ambas manos y sonrió, un gesto que siempre desarmaba a las mujeres, pero que en Catherine no hizo mella.

—Está bien, me rindo, suelta esa cosa ya sé que eres letal y los pobres tomates ya lo saben, pero si quieres la verdad, el piano dejó de ser tu prioridad desde antes del accidente.

Catherine lo miró, furiosa. Leonora entró en la cocina, seguido de David y Ernest. La mujer, algo tímida, se acercó a Dylan y le pidió un autógrafo para su nieta que estudiaba en Chicago, el violinista firmó una foto de uno de sus conciertos, un CD y Leonora se tomó una *selfie* con él para enviársela a la

chica por Whatsapp, Dylan lo hacía con la naturalidad del que ha vivido entre los oropeles de la fama toda su vida.

David y Ernest observaban la escena con burla. Catherine, ya superado el disgusto, empezó a cantar la canción *Nace una estrella*, todos soltaron la risa.

—Cantas de pena, mejor vuelve al jodido piano —dijo Dylan con un gesto de advertencia.

El violinista volvió al salón y Leonora sacó un mantel de un mueble. David la miraba, estaba con el cuerpo recostado en la pared.

—Vamos a comer en la mesa del comedor de atrás, ya no hace tanto frío. No quiero que nos sentemos en el otro comedor, me siento como en un mausoleo.

La mujer levantó una ceja y sonrió.

—Como diga, señora Spencer.

—Ya te he dicho que mi nombre es Catherine. Siempre te lo he dicho.

Leonora se disculpó y salió de la cocina. Ernest salió detrás de ella.

—Hola —saludó David con las manos en los bolsillos—. No cantas tan mal.

La energía entre ellos era palpable. Podía sentirla y estaba segura de que David también.

—Hola —saludó Catherine y en un chispazo de memoria le vino a la mente un párrafo de una novela, no recordaba cual: “Fue el año del enamoramiento encarnizado. Ni el uno ni el otro tenían vida para nada distinto que pensar en el otro, soñar con el otro, esperar las cartas con tanta ansiedad como las contestaban”. Lo más curioso de todo era que la voz que recitaba el párrafo con toda parsimonia era la de David. Le pareció tan absurdo que desvió la vista de la intensa mirada que el médico le lanzó—. No tienes oído —dijo y para disimular su turbación, bajó la vista y siguió con el arreglo de la ensalada.

—Tengo oído, lo heredé de alguno de mis padres. —Se negaba a hablar de su padre, a pensar en él—. Mi madre amaba la música, ojalá lo haya heredado de ella.

Ella levantó la mirada, y como siempre, su presencia la envolvió, era la primera vez desde la noche en que se conocieron que nombraba a su madre, observó que el magnetismo oceánico de sus ojos estaba en todo su esplendor. Vestido de manera informal, se veía muy guapo, aunque le encantaba verlo en su traje de médico, ella se preguntaba siempre por qué ese hermoso hombre no estaba cazado. A pesar del cansancio que notaba en sus facciones, su aura

dominante estaba allí.

—Nunca me has hablado de ella.

—No hemos tenido muchas oportunidades de sentarnos a charlar.

—Sé cosas de ella por Mark, ¿por qué no me dijiste que amas la música por ella? Tenía una preciosa voz.

David soltó un suspiro, concentrado en su rostro, la cicatriz de la frente era apenas visible.

—Te prometo que te lo contaré algún día —dijo en tono suave—, ¿cómo te has sentido? ¿Estás bien?

Le sonreía, ahora siempre le sonreía y ese era uno de los cambios en su vida que más la inquietaba. David Foster era amable con ella.

—Tu amabilidad me asusta.

David siguió mirándola y no dijo nada.

—Te noto cansado. ¿Aparte de que mi suegro te haga trabajar como esclavo, tienes algún otro problema?

“Sigue mirándome así, como si yo de verdad te importara y te aseguro que mi mundo mejorará como no tienes idea”.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con la esposa de Mark? —Quiso pincharla, para distraerse de sus caóticos pensamientos.

—Soy la misma de siempre, David, lo que pasa es tú no me conoces.

“No apuestes porque perderías”. Él soltó una risa irónica, pero se dijo que no había ido a discutir con ella, ya no le parecía gracioso, exhaló un suspiro y se llevó la mano a la cabeza. Los celos le estaban jugando una mala pasada, ya estaba harto de verla en brazos de Mark y el muy cabrón revoloteando alrededor de ella, actuando como si nada. Lo enfermaba. De todas formas, la notaba tensa ante sus atenciones, como si la incomodaran.

—No he tenido un buen turno, discúlpame —dijo, recriminándose por ser grosero. “Deja de mirarla y lárgate”, se dijo con rabia.

—¿Te encuentras bien? —insistió ella.

“No, no estoy bien, quiero que me elijas, quiero que me ames”. Removió la cabeza. ¿Qué diablos estaba pensando?

—Debo tener muy mal aspecto si tú estás preocupada por mí.

Ella no se dejó amilanar y se acercó más a él, hasta que pudo sentir su aroma, una mezcla de jabón y loción varonil. Lo miró fijamente a la cara y aspiró su olor. Se embebió en detalles como el brillo de su barba incipiente, las ojeras bajo sus ojos brillantes, la línea aguda de sus mejillas prominentes, su boca firme y al mismo tiempo tan sensual.

Y los ojos inteligentes de él, clavados en los suyos.

Quería tocar su cara, pasar los dedos por cada detalle de su piel, sentir su calidez. Quería abrazarlo. Se había vuelto loca.

—Tienes los ojos rojos y unas ojeras que te llegan hasta los pómulos, sí, no estás en tu mejor día.

Lo tomó de la mano.

—Trabajas mucho, ¿a qué horas descansas?

David se olvidó de respirar, mucho menos de hablar, notaba los dedos de Catherine dejando huellas en su piel, sintió la ausencia cuando se alejó.

—¿Puedo ser sincera contigo? —continuó Catherine ante el mutismo de él, y empezó a cortar el pan con un cuchillo de sierra. David parecía embobado con cada uno de sus gestos, como si lo que estuviera haciendo fuera algo trascendental. Ella sonrió, ya estaba imaginando cosas otra vez.

—Siempre eres sincera conmigo —contestó, sin dejar de mirar el movimiento de sus manos en los alimentos—. ¿Cuál sería la diferencia ahora?

Ella dejó el cuchillo sobre la mesa y le dio la espalda mientras se enjuagaba las manos. David la repasó entera, su inconsciente grababa todos sus gestos. El nuevo corte de cabello le sentaba a sus facciones, la hacía llevar el cuello descubierto y se imaginó besando y aspirando ese rocío de piel de la nuca. Inhalar su perfume en consonancia con el aroma que... “Ya basta, David”, se reprendió. Llevaba un jean ajustado y una blusa sencilla, había recuperado parte del peso perdido, pero aún estaba muy delgada.

—Es algo personal...

Él ahuyentó los pensamientos.

—Vaya, eso sería una novedad... Catherine Spencer quiere hablar conmigo de algo personal. Espero que no sea criticar mis últimas citas o mi corbata.

—No llevas corbata y en cuanto a tus citas... con excepción de Ada —recordó los celos que sintió cuando la conoció—, el resto no valían la pena.

—Muchas gracias, tendré que asesorarme contigo para que apruebes a alguna.

—No has vuelto a traer a nadie desde...

David no había llevado a ninguna mujer desde que ella había salido del coma, eso no quería decir nada, y tampoco era que se vieran seguido, esa fue una de las cosas que más le dolió a Catherine cuando dejó el hospital.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó con voz suave. Esa inflexión que recordaba, o soñaba, era la misma.

Ella le sonrió. David se acercó a ella, le arrebató el cuchillo y empezó a

cortar unos champiñones. Catherine observaba sus manos y la sorprendió el deseo cuando el subió las mangas de su suéter revelando unos brazos trigueños cubiertos de vello, que ella imaginó que tocaba. Se aclaró la garganta.

—Se necesitó un jodido accidente y estar en coma por varios meses para que aprendieras a ser amable conmigo.

—No tienes tu suerte. —Le dio una sonrisa ladeada.

Catherine tenía que reconocerlo, en el pasado había disfrutado de esos encuentros donde cada uno saltaba a la yugular del otro, porque siempre, en medio de la animosidad, estaba presente una chispa, como si en todo momento fuera a ocurrir algo. Ahora notaba que la atmósfera alrededor de los dos había cambiado, era más íntima, como si hubieran compartido una vivencia dura y eso los hiciera cómplices de algo. Catherine bebió un sorbo de su vino.

—Me vienen chispazos de memoria de cosas que no sé si ocurrieron o las soñé.

—Continúa.

—Me vienen ráfagas de recuerdos a la mente.

Deslizaba las palabras entre cascadas de incertidumbres y lagunas. David se tensó, pero pudo disimularlo. Dejó el cuchillo sobre la mesa y mezcló los brotes con los demás ingredientes de la ensalada. No dijo nada y Catherine continuó, ya la comida estaba lista, ella se desanudó un delantal y bebió de su copa mientras él se secaba las manos después de lavárselas.

—Es tu voz la que escucho recitándome ese poema —dijo ella en cuanto él enfrentó su mirada y sin perder ninguno de sus gestos.

David sintió deseos de beber algo más fuerte, desvió el rostro, aferró más fuerte la copa y bebió para ganar tiempo. ¿Recordaría el beso?

Catherine, inocente de los turbulentos pensamientos de David, percibía sus vibraciones y por unos eternos segundos volvió a sentir la euforia que había experimentado la noche que se conocieron, durante el juego de tiro al blanco. No supo por qué le vino ese encuentro a la mente.

David quiso decirle la verdad, que era él el que le había leído, hablado y dado consuelo, el que estuvo pendiente de sus mínimas necesidades, pero eso sería admitir que se moría por ella y esa verdad no les haría ningún bien. Que aún después de que ella volviera a la casa, llamaba a altas horas de la noche a Mark o a ella, solo para que despertara, le daba un terror de muerte que volviera a entrar en coma, pues sabía de algunos casos que después de una ligera recuperación caían en un coma profundo, durante el sueño, para no despertar nunca más.

—Mi amor, ¿te ayudo en algo? —interrumpió Mark, cortando la atmósfera como si fuera una tupida tela, y abrazó a Catherine por detrás. Ella rehuyó su contacto.

Esa era otra de las tantas cosas que angustiaban a Catherine, el tácito rechazo a su esposo, le costó un trabajo enorme reanudar su vida íntima. Mark fue paciente y generoso, pero su subconsciente le decía que algo no estaba bien.

—Ya la cena está lista, sigan ustedes, que en un momento voy.

Encargó al par de hombres llevar unas bandejas con las refractarias. La dejaron sola en la cocina. Respiró profundo mientras trataba de calmarse, estaba turbada, un ligero temblor estremecía sus manos. No quería que él lo notara, necesitaba digerir sus sentimientos unos segundos antes de sentarse a la mesa. Su sexto sentido le decía que en la historia de su accidente y el coma había algo más, y no era el deseo de saber del accidente o sus causas, no, eran ganas de experimentar algo, no sabía qué, como si se estuviera perdiendo una vivencia importante. Por más que se esforzaba, le costaba reconocer en el nuevo David el ser pedante y un poco frío de años atrás. Cada vez que uno de sus sueños, con el rostro de David a su lado o su voz la asaltaban, experimentaba un leve cosquilleo en el vientre. Confusa por el aleteo causado por un hombre que no era su esposo, le daban ganas de irse al fin del mundo, lejos de los dos, para así poder aclarar sus ideas. Se dispuso a compartir la cena con sus amigos.

## CAPÍTULO 14

—¿Eres tú, cariño? —escuchó Catherine junto al ruido del agua de la ducha en cuando entró a la habitación.

La puerta del baño estaba abierta. Había transcurrido una semana desde la cena. Esa mañana había salido temprano a caminar. Pensó que Mark ya se habría marchado.

—Hola —saludó sin entrar al baño.

—¿Qué esperas? —preguntó Mark—. Ven, necesito a mi mujer.

Catherine quiso devolverse, pero él se daría cuenta, le costaba trabajo darle lo que quería, y cuando no podía evadirse, lo hacía solo por complacerlo, para que la viera como la mujer que había sido en el inicio del matrimonio, apasionada, sexy, se había vuelto una excelente actriz. Tenía que reconocer que Mark había dejado su lado distante desde que ella volviera del coma, pero había algo que no la dejaba conectar con él. Decidió que por el bien de su matrimonio tendría que darle la oportunidad. Le había preguntado al neurólogo si su inapetencia en la cama era debido al accidente, el profesional le dijo que tomara las cosas con calma, que su cuerpo se estaba ajustando y en poco tiempo volvería a la normalidad. Además de la inapetencia sexual, a veces sufría de calambres en las piernas, decían que era debido al tiempo de quietud, y otras la acometían dolores de cabeza que la incapacitaban hasta por un día completo. Habían pasado meses, y su vida normal todavía no estaba de vuelta. Se refugiaba en la lectura, con algo de extrañeza descubrió que varios de sus libros no estaban en la casa, ni Leonora ni Ernest le supieron dar razón. Los había comprado de nuevo en una de sus salidas.

Mark salió a la habitación, secándose el cabello con una toalla. Catherine ahuyentó sus pensamientos y lo miró de arriba abajo, era un hombre atractivo y en forma, jugaba al tenis y al squash, su mandíbula estaba recién afeitada. Cualquiera otra mujer hubiera estado tentada. Estaba desnudo y su excitación era evidente, recordó sin remedio los inicios de su matrimonio y cómo siempre estaba ansiosa por ir a la cama con él. Su vida sexual se había apagado mucho, ya desde antes del accidente.

—A mi amigo le gusta que me mires así —señaló, ufano, acariciándose la

erección—. Llevas mucha ropa, cariño.

—Déjame y me ducho, estoy sudada —dijo ella, alejándose al baño, pero Mark la interceptó enseguida y la arrinconó.

Bajó la cabeza y le olfateó el cuello mientras le acariciaba el contorno del cuerpo.

—No tengo problema con eso. Vamos, nena, un rapidito antes de mi reunión.

Le introdujo los dedos dentro del pantalón hasta alcanzar su sexo. Ambos jadearon. Mark sonrió.

—Lo quieres —dijo, satisfecho, al sentir cómo se le humedecía la mano. Lo que Mark no sabía era que la mente de Catherine estaba a kilómetros de distancia, otros brazos la aprisionaban y le hablaban de amor.

Empezó a besarlo al tiempo que le acariciaba los pectorales. Una punzada de culpa por negarse a complacerlo le golpeó la boca del estómago al ver que él deseaba un acercamiento a ella, el sexo no debería ser un problema después de todo lo que él le había brindado. En cuanto le bajó la parte inferior de la ropa deportiva, ella lo aferró con sus piernas a la cintura.

—Así, nena, te quiero así. Húmeda y lista. Este hermoso coño es mío y solo mío —decía sobre su piel.

Él ya iba afanado por la camiseta y el sujetador, cuando unos golpes sacudieron la puerta. Ella se tensó.

—Ni se te ocurra —susurró Mark, negándose a bajarla.

—Puede ser importante.

—Nada es más importante que esto.

Mark reanudó el juego y Catherine se rindió, él ya iba a penetrarla cuando otro golpe, seguido de la voz de Ernest los dejó sembrados en el lugar.

—Mark, tu padre tiene que estar en el helipuerto en veinte minutos y necesita hablar urgente contigo.

—¡Maldita sea! —Se alejó de Catherine, que enseguida corrió a la ducha—. Lo siento, nena...

—Si tuviéramos nuestra casa, esto no pasaría —dijo ella mientras se miraba en el espejo, le gustaba el largo del cabello a la altura del cuello, pero Mark le pedía que lo dejara crecer de nuevo.

Mark se rio mientras se acomodaba la camisa por entre el pantalón.

—Aquí tenemos todas las comodidades, nunca he vivido en otra parte.

—Nos falta intimidad. —Ella llevaba diciéndole lo mismo desde que había vuelto a la casa.

Mark, sin contestarle nada, se terminó de arreglar y salió veloz de la habitación sin despedirse.

Llegó al estudio de su padre, las cortinas estaban abiertas y se veía que el verano tapizaba de sol los parques y jardines.

Henry estaba al teléfono, con una seña lo invitó a que tomara asiento. Se levantó y caminó hasta ponerse frente a su hijo. Cruzó los brazos y una sonrisa apareció en su rostro.

—Estás dentro. El conglomerado Woodworth te dará su apoyo.

—¡Sí! —soltó Mark, emocionado. Se levantó de un salto y empezó a caminar por el lugar—. Tengo cantidad de cosas de las que ocuparme, necesito contratar a los mejores de Princeton y Georgetown en esta última etapa.

—¡Los tendrás! Las elecciones están a la vuelta de la esquina, convencerlos de que te apoyaran no fue fácil, la competencia será dura, pero sé que podremos con ello —exclamó, entusiasmado—. Hijo, ¿crees que Catherine estará lista?

Mark frunció el ceño. No sabía que era lo que su padre deseaba saber. Él había representado bien su papel de esposo abnegado con tal de que nada se interpusiera en lograr la aspiración a una de las candidaturas del Senado. Era un hombre cuya esposa había estado a las puertas de la muerte por culpa de un conductor ebrio, sería idiota si no se aprovechaba de ello, aunque Catherine había tenido su cuota de responsabilidad en el accidente y las cámaras lo habían corroborado, lo que impidió que el otro conductor fuera a la cárcel. Fue pasto para noticieros y periódicos de la región, que lo fotografiaban yendo al hospital con un ramo de flores cuando su esposa despertó y luego mientras la acompañaba en su recuperación. Todo había sido orquestado por los Spencer preparando el terreno para la aspiración que en este momento ya era una realidad. Catherine había regresado al mundo de los vivos con aparente normalidad, no había vuelto a tocar el piano y era algo fría en la cama, pero Mark lo achacaba al accidente. Agradecía que no recordara su última discusión ni que lo había visto con Melania.

—Estará muy bien, ha pasado por mucho y es una mujer fuerte.

Henry asintió con un gesto.

—¿Va todo bien con ella?

Mark lo miró con aire tranquilo.

—Claro, papá, todo marcha muy bien.

—Tienes de que dejar a Melania.

Mark lo miró con aparente confusión.

—¿Qué dices, papá?

—La verdad, sé que le pagas ese departamento cerca de la oficina, sé que se citan en horas de almuerzo y antes de irte a casa. No voy a hacer tamaña inversión en tu futuro sin tener todas las cartas en mi mano. No estoy donde estoy por imbécil. No quiero un escándalo de esos que abundan en el ámbito político.

Mark disimuló su malestar mientras pensaba de manera ágil en cómo afrontar lo que su padre había descubierto. Aguantó el chaparrón de comentarios mordaces.

—Un hombre que piensa con la polla está destinado a fracasar, si a esa muchachita le da por hablar de su relación... —continuó Henry—. Habrá que contratar un profesional, alguien de confianza que entre en el departamento y haga un barrido buscando cámaras o micrófonos. No se puede confiar en nadie.

Mark lo miraba estupefacto.

—No te lo tomes tan a pecho, Melania no será un problema. —Hizo una pausa, con la mirada clavada en la alfombra más próxima al sillón.

—Lo mismo dijo Bill de Mónica —sentenció Henry, recordando el tan famoso caso de adulterio del presidente Clinton con una becaria durante su mandato—. Sabes que una carrera política se puede ir al caño por cualquier imprudencia. Necesito la promesa de que no la verás más. Despídela, dale dinero, no sé, envíala a estudiar al otro lado del país. Me importa una mierda lo que hagas, te quiero fiel a tu esposa, el marido modelo, el profesional confiable, si no lo haces, no tendrás mi dinero y dejamos todo aquí.

Era más fácil prometerle a su padre que lo haría que en realidad tomar cartas en el asunto. Melanie le gustaba, había caído en una vorágine de frenesí sexual con ella que se le hacía difícil dejar en ese momento. Sin embargo...

—Dalo por hecho —dijo en tono conciliador, aunque en su interior estuviera muy disgustado.

Henry lo miró fijamente.

—Sabré si me mientes, sabré si sigues viéndola. —Se quedó callado unos cuantos segundos—. Bien, pasando a otro tema, tienes reunión con Elliot Caldwell, es el mejor asesor de imagen y está disponible, tendremos que negociar con él enseguida, antes de que nos lo arrebate alguien más.

—Perfecto.

Volvían a la misma dinámica de siempre, su padre queriendo manejar sus pasos. Tendría que pensar en algo, no estaba dispuesto a renunciar a su amante

ni a su esposa ni a su incipiente carrera en el Senado. Después de tratar otro par de puntos, el mayor de los Spencer, metió una serie de documentos en el maletín junto a su iPad y salió veloz rumbo al helipuerto más cercano.

Melania estaba todavía en la ducha cuando Mark entró al pequeño departamento, alquilado por él para sus encuentros cuando la oficina dejó de ser un lugar atractivo para tener relaciones. Al cabo de poco tiempo, Melania se había mudado allí. Quiso llamarla desde el auto, pero para qué, lo que tenía que decirle era mejor hacerlo cara a cara.

Mark llegó hasta la habitación y se sentó en la cama, Melania le había puesto su toque al lugar con algunas colchas y cojines de colores vivos y un baúl de madera que había comprado en un mercadillo de pulgas. Observó las paredes, desnudas de decoración a excepción de un espejo en la pared del frente y una acuarela de una bailarina de ballet enmarcada en madera oscura, y que, según ella, le había costado buen dinero en eBay. La chica empezaba a hacer exigencias: primero fue un fin de semana en St Martin, en otra oportunidad le pidió pasar dos días juntos en Nueva York, en fin, cosas que Mark no se podía dar el lujo de contemplar. Cuando Catherine estuvo en coma, eran libres de compartir sus ratos juntos, en clandestinidad, y ese tiempo había afianzado su relación. A la luz de los nuevos acontecimientos y de que la candidatura sería un hecho, tendría que renunciar a ella, era lo más sensato, pero le dolía como un demonio.

En ese momento, Melania salió del baño envuelta en una toalla. Era perfecta. Se acercó a él, lo besó y luego se desnudó y caminó por la habitación. Él la miró con el brillo codicioso de siempre, era una mujer hermosa, rubia, de ojos color avellana, piernas largas y cuerpo armonioso. Era consciente del poder que ejercía sobre él, se puso una bata color melocotón y se sentó a su lado.

—¿Cómo estuvo la reunión con tu padre?

—Bien, ya hay vía libre para mi candidatura al Senado en las primarias — dijo sin mirarla.

—Son buenas noticias —señaló ella con cautela.

Él se llevó las manos a la cara, exhaló un suspiro y luego se las pasó por el cabello. Ella no aguantó más y le preguntó:

—¿Qué pasará con nosotros, Mark?

Él se levantó como un resorte.

—Estoy casado, Meli. —Caminó hasta la ventana y le dio la espalda.

Ella se levantó y lo abrazó por detrás. Su cercanía lo embobaba, sentía un apetito voraz por el cuerpo de esa mujer. Había ido a terminar su relación y ahí estaba, tan excitado que le dolía, tan excitado que en ese instante habría dado lo que fuese con tal de poseerla una vez más.

—Lo sé, lo has estado todo este tiempo. No fue de tu matrimonio de lo que te pregunté. ¿Qué pasará con nosotros?

Mark negó con la cabeza y se dio la vuelta.

—Lo sensato es dejar de vernos, no puedo ofrecerte nada en este momento —dijo él en un murmullo.

Melania lo miró, airada, tomó una camiseta del closet y se la puso enseguida.

—¿Qué piensas hacer conmigo? ¿Esconderme debajo de la cama? ¿Mantenerme como tu sucio secreto?

—No ha sido sucio.

—Pero sí secreto.

—Necesito que me entiendas, no puedo hacer nada por el momento. La candidatura es algo por lo que hemos trabajado mucho tiempo, pensé que ibas a estar feliz por mí.

Ella soltó una carcajada irónica.

—Pensé que iba a seguir a tu lado, pero por lo visto tu papi ya te puso condiciones.

Mark tendría que ser un hombre inteligente, comprendió en un raptó de sensatez, y alejarse del terrible peligro que hasta ahora, cegado por el sexo y la estupidez, no había advertido. Pero debía liberarse con cuidado, con infinita delicadeza. Melania tenía el poder de destruirle la vida, de arruinar todo lo que era importante para él.

—Mi amor, podemos solucionarlo... —Caminó con brío por la habitación y luego la miró, esperanzado—. Quiero que vayas a Stanford y hagas el semestre que te falta de la maestría.

—Qué aplacé por ti. —Melania cruzó los brazos—. Me quieres alejar.

Mark se acercó a ella y la abrazó.

—Mi amor. Cállate y déjame hablar. Te vas para Stanford, mientras aquí se calman las aguas y yo me concentro en la campaña, así nadie podrá relacionarnos, en cuanto salga elegido y ya con tu maestría terminada, tendrás un empleo en mi equipo, podremos tenernos el uno al otro y a nuestro trabajo, y después ya veremos.

Melania se dejó abrazar, no lo presionaría, estaba segura de que él había

ido a terminar la relación, por lo menos había logrado un aplazamiento. Mark, que pensaba que ya había arreglado las cosas, la desnudó enseguida.

—Esto es mío, no quiero que nadie más toque lo que me pertenece, todos esos estúpidos chicos californianos querrán lo que es mío. ¿No los dejarás acercarse a ti, verdad?

—No, no los dejaré —dijo ella ya en medio del delirio y meditando que él nunca había dicho que dejaría a su esposa.

## CAPÍTULO 15

Catherine llegó al departamento de Sebastián ubicado en una de las calles de Kensington. El profesor la había telefoneado el día anterior pidiendo verla en su casa. Subió las escaleras del edificio de cuatro pisos, el departamento estaba en el segundo y escuchó sus pasos antes de que le abriera la puerta.

—Llegas tarde, querida —señaló el hombre mientras la invitaba a pasar.

—Lo siento, Mark no me deja conducir todavía y Ernest se retrasó un poco haciendo unos cuantos recados.

Era mentira, tenía miedo de que él le insistiera en reanudar las clases y estuvo tentada de cancelar la cita, sin embargo, a última hora se decidió. Pero iba prevenida. Sabía que la presionaría para que se sentara de nuevo al piano.

El hogar de Sebastián era un sitio sencillo impregnado de música, había un piano y varias partituras estaban desperdigadas por el lugar, había afiches de conciertos de músicos clásicos y modernos, una biblioteca nutrida y cómodos sillones, el ambiente olía a picadura de pipa. El profesor vivía solo.

El hombre entró en la cocina y Catherine se sentó frente al mesón que la separaba del comedor. Sebastián sirvió té helado en dos vasos de una jarra que sacó de la nevera, le brindó la bebida y se sentó a su lado. La notaba perdida y no por su tiempo en coma, era algo más, y estaba seguro de que no tenía idea de que su hijo moría de amor por ella.

Sebastián no iba a ser quien quitara el velo de la mirada de Catherine. Él no le revelaría algo tan importante, era una mujer casada para bien o para mal; aunque creía que más bien para mal, había algo en Mark que no le gustaba, el hombre era pura fachada y todavía no entendía cómo una mujer tan inteligente como ella no lo había descubierto, o a lo mejor sí lo sabía y se acomodaba a las circunstancias. De ser ese el caso, sería una lástima, por David y también por ella y su gran talento, que estaba seguro de que no había perdido.

—David estuvo muy pendiente de ti durante tu estadía esos meses en el hospital. —Vio en su mirada un brillo de interés, pero la vio retraerse de preguntar—. No se desprendió de tu lado, lo sé porque te visitaba con frecuencia y siempre estaba rondándote. “Lo que no hizo tu marido, al que no

vi ni una vez en el hospital mientras estuviste en coma”, quiso decirle, pero se calló. No quería ser responsable de que ella tuviera algún problema en casa, además, la necesitaba para lograr un acercamiento a David, no ahora, pero sí más adelante.

—Las cosas entre David y yo son raras en este momento, no nos hemos llevado bien. Aunque ahora...

—No tienes idea —señaló el hombre.

—¿De qué no tengo idea?

Sebastián eludió el tema.

—¿Tienes aparcado el amor, así como tienes aparcado el piano?

Ella le regaló un gesto confundido. Aferró el vaso, le gustó la sensación de frío que llegó a sus manos.

—¿Pero qué dices? Estoy casada, quiero a mi esposo.

Sebastián negó con la cabeza varias veces y la miró con gesto enigmático.

—Tu esposo es un hombre inteligente, exitoso, guapo.

—¿Y? —preguntó incómoda.

—Que no veo en ustedes esa chispa que hace saltar la pasión en medio de una habitación, así esté repleta de gente.

—Llevamos años casados, compartimos muchas cosas, pero la pasión se apaga. —La avergonzaba decirle eso a Sebastián, no estaba acostumbrada a ventilar su vida privada. —Estaré bien.

Él asintió, pero se negó a darle tregua.

—¡Mírate, mujer! Eres hermosa, tu esposo no debería dejarte ni a sol ni a sombra. No te ves feliz y eso ocurre desde antes del accidente, sé que lo que te digo puede ser lo más cursi del mundo, pero el amor es pasión, locura, obsesión, es bailar bajo la luna llena e irradiar felicidad por cada uno de tus poros, ¿lo sientes?

Catherine no quería enfrentarlo, sorbió de su bebida fría, tratando de ganar tiempo, sabía que algo pasaba con su matrimonio, pero no iba a hablar de eso con su profesor de piano.

—Estábamos hablando de David y terminaste hablando de mi relación con Mark.

—Discúlpame, sé que no me corresponde decirte esas cosas, pero estás bien, recuperada y me niego a tratarte como porcelana, hay verdades que debes saber o descubrir, no te cierres a la vida y observa, eres pianista, tienes el don de escuchar y no solo la música, tienes la capacidad de percibir la melodía de tu vida, no pases por ella escuchando la melodía de alguien más,

aprende de mis errores, eres muy especial.

A Catherine se le agrió la mirada.

—Desde que volví, siento como si hubiera perdido algo, no sé qué es, pero hasta que no lo encuentre no estaré bien.

Sebastián no quiso seguir presionándola. Le contestó con una frase que había escuchado a alguien:

—“Cuando algo malo te sucede, tienes tres opciones. Dejar que te marque, dejar que te destruya o dejar que te fortalezca”.

Catherine se despejó, dispuesta a dejar el tema, miró su reloj y le entró urgencia por hablar con Mark, por verlo, de empezar a escuchar su propia melodía.

—Siéntate al piano. —El profesor señaló el instrumento.

—Es tarde, debo...

—Solo un momento —insistió él.

Una nube de angustia tiñó el rostro de Catherine. Caminó hasta el sitio donde estaba el piano. Se refregaba las manos mientras miraba al que había sido su compañero durante toda su vida, se sentía en duelo, como si después del accidente hubiera perdido muchas cosas. Se reprendía a sí misma, ella debía estar agradecida por todo lo que tenía, pero vivía con el alma en vilo, a la expectativa de algo por ocurrir y lo achacaba a su temor a volver a tocar.

Se acercó, acarició la superficie, el atril, el protector del teclado, empezó a sudar frío. Sebastián la miraba, preocupado. Empezó a respirar, agitada.

—Catherine, déjalo...

Ella lo miró con ojos aguados.

—Lo siento, lo siento.

Abandonó el lugar sin despedirse. Bajó las escaleras con celeridad, Ernest estaba sentado la volante, salió del auto en cuanto la vio, ella tuvo el buen tino de ponerse lentes de sol, el hombre no se dio cuenta de lo perturbada que estaba. Le abrió la puerta de atrás y ella entró veloz.

—¿A dónde quiere ir, señora Spencer?

Mark, necesitaba ver a Mark.

—Vamos a la oficina de mi esposo.

La campaña electoral rentaba unas oficinas en el centro. Todavía no era la hora punta. A lo mejor le haría bien involucrarse en la campaña de Mark, le pediría un trabajo, algo que hacer, así fuera contestar el teléfono. Ernest estacionó a una cuadra del lugar. El verano estaba en su esplendor, Catherine vestía una bata de flores, sencilla y femenina, sandalias de tacón bajo. Se veía

fresca y juvenil. Le pidió a Ernest que la esperara y caminó hasta la oficina de su esposo. El lugar bullía de actividad, había becarios y profesionales al teléfono, y otros reunidos planeando estrategias. Preguntó por Mark a un joven delgado de gafas que estaba sentado a un escritorio, quien le dijo que él estaba reunido en su oficina, ella sabía cuál era, lo había acompañado en la inauguración. En el momento en que iba a entrar, una hermosa joven salió del lugar, Catherine la recordó, era Melania, su asistente en el ministerio. Mark le había dicho que la chica se iría para California. La mujer se sorprendió al verla.

—Señora Spencer, ¿cómo se encuentra? —preguntó, con una sonrisa.

Algo en su gesto incomodó a Catherine enseguida. Un recuerdo llegó a ella, su esposo y ella juntos, teniendo sexo, se había vuelto loca... ¿Cómo era posible?

—¿Cuándo viajas a California?

La mujer levantó una ceja y otra vez ese maldito gesto que Catherine odiaba.

—En dos días viajo, señora Spencer, me alegro de que ya esté bien.

—Gracias.

En ese momento, Mark salió de la oficina y quedó sorprendido de ver a las dos mujeres en la puerta. En cuanto Catherine lo vio y luego volvió el rostro a Melania, una serie de recuerdos en bucle desfilaron por su mente. ¡Ella los había encontrado haciendo el amor! Se puso pálida y empezó a temblar. Mark abrió los ojos, preocupado, en el mismo instante en que supo que ella había recordado todo.

—Nena...

Ella estaba petrificada, sus pies se negaban a moverse del lugar. Melania desapareció de la estancia como una exhalación ante un gesto furioso de Mark, mientras el corazón de Catherine parecía aplastado por culpa del dolor.

—Necesito salir de aquí —dijo en un susurro ronco, derrotada, golpeada en lo más vivo. Lo miró furiosa cuando él intentó acercarse—. No te atrevas.

La gente ya empezaba a echar vistazos curiosos a la extraña escena.

—Nena...por favor, vamos a la casa, te explicaré todo, te lo juro.

—¡No!

Mark la tomó de la mano, la llevó veloz a la oficina y se encerró con ella, que se quedó de pie, todavía en shock, sus pensamientos se descarrilaban en horribles escenas, recordó la tristeza cuando iba en el auto después de verlo con Melania, el accidente, la voz de David diciéndole que estaría bien.

—¡Necesito que hablemos, nena! Te lo ruego.

Lo miró como al ser extraño que siempre había sido. Él cayó de rodillas y rodeó con sus brazos su cintura.

—Perdóname, por favor, soy un cretino, pero te amo, lo siento mucho. Te juro que solo fue esa vez, no ha vuelto a ocurrir nada con ella y menos después del accidente. Por favor, no puedo perderte, por favor.

Catherine intentó soltarse, pero él no aflojó el amarre. Necesitaba estar en sus cinco sentidos, reponerse y salir con dignidad de aquel lugar. Con la mirada borrosa por las lágrimas trataba de mantenerse a flote en medio de las horribles imágenes que desfilaban por su mente.

—Fue una estupidez sin sentido, yo te amo —imploraba, angustiado.

—No puedo. —Logró distanciarse del abrazo.

La desesperación de Mark era patente, se puso de pie y trató de acercarse a ella.

—Haré lo que quieras, nena —tartamudeaba al tiempo que sacudía la cabeza—, por favor.

—No puedo —repitió ella, desesperada.

—Mi amor, por favor, recuerda todo lo bueno que tenemos, no puedes echarme de tu lado por un maldito error.

“Es más que un maldito error, son muchos errores, siento que no me amas lo suficiente”, quiso decirle ella, pero no era capaz, solo quería salir de allí, sentía que le faltaba el aire.

—Fui un estúpido, no sabes cómo lamento lo ocurrido ese día. Tu accidente, yo tuve la culpa. —Se acercó de nuevo y trató de tocarla, ella dio un par de pasos atrás—. Recuerda nuestros votos, cariño.

Ella se enfureció, sus ojos se estrecharon mientras trataba de controlar los sollozos. El comentario sobre los votos le dio la fuerza para salir de ese lugar. Él se frotó las manos sobre la cara, la miró por largos segundos.

—No estabas pensando en nuestros votos cuando te revolcabas con ella. No puedo perdonarte, por lo menos no ahora.

Salió veloz de la oficina.



## CAPÍTULO 16

Caminó en dirección contraria a donde estaba el auto con Ernest al volante. Necesitaba alejarse de todos. Mientras sentía que su mundo se derrumbaba, caminó por las calles atestadas de gente. Logró recuperar el control después de andar un par de cuadras. ¿Qué diablos iba a hacer? Aferró el bolso contra su pecho y caminó sin rumbo fijo por espacio de quince minutos. En la esquina de un semáforo, supo a donde ir, paró un taxi y le dio la dirección del hospital al conductor. David, necesitaba hablar con David.

Las lágrimas fluían por sus mejillas, el chofer le destinaba vistazos curiosos. Las señales siempre estuvieron frente a sus narices, ella no había querido verlas, su frialdad, su indiferencia, ella no era la mujer que él necesitaba, ni él el hombre con el que soñó un día. Las llegadas tarde, las llamadas al móvil de las que él se excusaba diciendo que era por asuntos laborales. Lo peor era sentirse utilizada, no era una compañera, era un objeto que cumplía una misión.

Las palabras de David proferidas años atrás antes de la boda llegaban a ella. Ella era para él la mujer trofeo, el requisito y más ahora que estaba la campaña electoral de por medio, estaba segura de que sus ruegos tenían que ver más con su ambición que con sus sentimientos. Mark había lastimado su corazón, no, lastimado era un término muy suave; lo había arrancado de su pecho y estrujado sin ninguna consideración cuando descubrió sus mentiras, su desamor, su falsedad. Había confiado en él, qué mala conocedora del carácter de la gente había resultado. Ella que se creía inteligente y sagaz, por lo visto lo era solo para su música, con las personas era un fiasco total. Creía que se había casado con un hombre para ser su compañera de vida, él solo quería un títere, alguien a quien mover a su antojo. No más Mark Spencer, saldría de su vida en ese mismo instante. No permitiría que le hiciera daño nunca más.

Se apeó del taxi, después de pagarle al chofer. Miró la mole hospitalaria, preguntándose qué había ido a hacer a ese lugar, pero no tenía a donde más ir. No quería molestar a Sebastián con sus problemas, Dylan estaba de gira por Europa. El único que la conocía y conocía a los Spencer era él, David Foster, la persona con la que podía contar, no supo de donde le llegó esa certeza, era

como si él fuera la única roca a la que pudiera aferrarse, supo que al llegar a su lado todo estaría mejor y no se cuestionó los motivos, solo tuvo la certeza.

La jornada de David había iniciado con una sencilla operación de bypass, seguida de una urgencia cardíaca y luego una larga lista de pacientes para consulta externa. Esa noche de viernes pensaba ir a su casa a descansar, no le apetecía nada más, se dijo que hablaría con Henry en cuanto llegara de su último viaje. Necesitaba vacaciones, pero por el momento había logrado reunir unos días libres, después de muchos fines de semana y noches eternas en el hospital, que ya parecía su casa y pensaba disfrutarlos en su cabaña de Babylon, en Long Island, que llevaba tres meses sin visitar. Una de las enfermeras de recepción lo llamó por el teléfono interno, se imaginó alguna urgencia y por primera vez en mucho tiempo, se dijo que la remitiría al profesional de turno. En realidad necesitaba descansar, pero toda fatiga desapareció de su cuerpo cuando la mujer le dijo que Catherine Spencer se encontraba en la sala de espera y deseaba verlo. Sorprendido por la visita, se atusó el cabello y la hizo pasar de inmediato.

En cuanto entró, notó enseguida que algo la había perturbado.

—David...

Se levantó de la silla como un rayo y se acercó a ella.

—¿Qué te pasa?

Ella se quitó las gafas, pero no le habló. El corazón de David golpeó su pecho al ver sus ojos hinchados por culpa del llanto, la aferró de ambos brazos.

—¿Con quién viniste?

Ella solo negaba con la cabeza, los sollozos no le permitían hablar.

—Catherine, por Dios, me estás asustando.

Ella se limpió la cara con ambas manos.

—Recordé todo.

—¿Todo? —preguntó él, angustiado.

—Antes del accidente, sabes que tenía una brecha sobre lo ocurrido, hoy fui a la oficina de Mark y al ver a esa mujer, recordé todo. Esa noche había ido a invitarlo a cenar y lo encontré teniendo relaciones con su asistente, luego salí como loca del lugar y tuve ese horrible accidente.

David se acercó a ella. Su caricia fue celosa y delicada, ella casi no podía creer que estuviera ocurriendo. Sus ojos se anegaron de nuevo. Él limpió las lágrimas con un leve roce de su dedo, y la envolvió en sus

brazos. Catherine estrujó la cara contra su bata. Sus manos rodaron por su espalda, como si estuviera hecha de fina porcelana.

Ella encajó su cabeza bajo su barbilla y por fin se permitió respirar. Cerró los ojos. Había hecho bien en venir a verlo, se encontró mejor nada más sentirse cobijada por sus brazos.

—Lo siento mucho.

—Mark no me ama, no quiero volver a verlo —dijo sobre el pecho de David.

Él la consolaba con sumo cuidado, vibrando de tensión.

—Vas a estar bien.

Ella recordó esas mismas palabras y el mismo tono de voz consolándola, antes. ¿Cuándo? ¿Mientras estuvo en coma? Todo era tan confuso. Su dolor por la traición de Mark se daba de bruces con los sentimientos confusos que David le inspiraba, no podía negarlos por más tiempo, tenía una corazonada con él. La culpa llegó hasta ella, afilada y rastrera, para darle una buena dentellada; una parte suya conjuraba las escenas del engaño de Mark y se preguntaba cuánto tiempo llevaba engañándose a sí misma, y otra parte le preguntaba qué tan inmaculada estaba ella para juzgar el comportamiento de su esposo, si se sentía atraída por otro hombre. No debió haber ido, el alivio inicial dio paso a otras sensaciones que no se sentía capaz de manejar en ese momento.

Se alejó de él.

—Debo irme. —Catherine exhaló un suspiro—. ¿Puedes llamar un taxi?

Se acercó a la puerta del consultorio, pero David la siguió, la tomó del brazo de forma suave. Se mostraba delicado y cuidadoso, pero el contacto la hizo estremecerse.

—Yo te llevaré a donde quieras ir —susurró.

Ella negó con fuerza, se soltó y se secó de nuevo las lágrimas.

—No es necesario, debes estar muy ocupado, quiero que me disculpes por interrumpirte.

—Catherine. —No se atrevió a tocarla de nuevo, la percibió confusa, vulnerable, y su lado egoísta se alegró de que lo hubiera buscado a él, era patético—. No te voy a dejar sola en el estado en el que te encuentras, no voy a avisarle a Mark, si eso es lo que quieres, aunque sé que debe estar preocupado buscándote.

Ella resopló, incrédula.

—No lo creo.

—Vas a calmarte.

La llevó a una de las sillas y ella se dejó hacer, cuando él fue a servirle agua, lo interrumpió, sorprendiéndolo.

—¿No tienes algo más fuerte?

David se acercó a un mueble de dónde sacó una botella de licor, le sirvió en un vaso y le pasó la bebida.

—Te sentirás mejor.

Se sentó frente a ella como si fuera su paciente y se dedicó a observarla mientras se tomaba el trago. Después de unos segundos, le preguntó:

—¿A dónde quieres ir?

Ella lo miró con un asomo de pena que lo conmovió.

—No tengo amigas, al menos ninguna en la que pueda confiar respecto a esto. —La observó mirar por la ventana—. Dylan está de gira y me da vergüenza incomodar a Sebastián con mis cosas.

—Solo me tienes a mí.

Ella asintió y bajó la cabeza.

—Ya ves, doctor Foster, quién iba a decirlo.

Ella necesitaba forzosamente que alguien supiera lo solitaria y perdida que se sentía. David se acercó a ella, le levantó la barbilla y le aferró las manos.

—Hiciste bien —le sonrió—, me gusta que me busques cuando tienes problemas. Aparte de cómo sucedieron las cosas con nosotros al principio, quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites.

David había visto cómo era su vida y en lo que se había convertido. Había visto su soledad, su antipatía y aun así quería ayudarla. Sus ojos no se apartaban de ella, que tampoco dejó de mirarlo.

—Gracias, yo lo sé. No sé qué hacer. No puedo enfrentarlo, quiero el divorcio, no puedo seguir casada con él.

—¿Estás segura? Las decisiones tomadas en medio de una crisis no son las mejores, a lo mejor pueden arreglarlo.

“¿Qué mierda estás diciendo, Foster?”, reflexionó David. “Es tu jodida oportunidad”, le dijo su diablo al oído. “Está vulnerable”, señaló su conciencia, “serías un cabrón completo donde te aprovecharas de ella”.

—Mark y yo no estamos bien desde hace mucho tiempo, desde antes del accidente teníamos problemas, no te voy a abrumar con ellos, pero las cosas estaban mal, de pronto mi incapacidad para tener hijos...

—¿Incapacidad? Tú no tienes ninguna incapacidad —aseguró él.

—¿Cómo lo sabes?

—Estuviste varios meses en este hospital, créeme, tienes toda clase de

exámenes y en ningún momento salió a relucir incapacidad para procrear. ¿No te has puesto a pensar que Mark puede ser el del problema?

—No lo sé. Desde que volví a casa no me siento yo misma, es como si esa vida fuera prestada, en el hospital me sentía bien, animada, tenía la meta de mejorar al cien por ciento y tú me...

Catherine se sonrojó y David tuvo que disimular lo que sentía, así que ella también lo había extrañado. Quiso reír y abrazarla, pero de la manera en que un hombre abrazaría a la mujer que lo vuelve loco y eso no sería bien recibido.

—No pasa nada, cuando despertaste y estuviste esos meses en recuperación, nos veíamos todos los días, te visitaba porque me gustaba ganarte a las cartas, al día de hoy me debes medio millón de dólares, que estoy esperando poder cobrar.

Ella entrecerró los ojos y sonrió, agradecida por el esfuerzo que hacía él para animarla, la piedra que tenía aparcada en el pecho había cedido y en esos momentos podía respirar.

—Eres un tramposo. Cuentas cartas, aunque me jures que no, entonces no tengo porque pagarte nada. —Volvió a sonreír en medio de los ojos húmedos y la nariz congestionada. Lo sentía su refugio, no entendía por qué.

—Valió la pena con tal de ver una ligera sonrisa.

La angustia de David se aligeró un poco al verla sonreír, si supiera cuánto había disfrutado visitarla en el hospital cuando había vuelto del coma y luchaba por recuperarse; trataron de volver a su dinámica anterior, pero esta ya no cabía en la habitación donde ella se recuperaba día a día, la preocupación de él por su bienestar y sus avances eran más importantes que una pulla o un comentario sarcástico, y ya no estaba para esas lides. Necesitaba recuperarse, además, Mark había decidido hacer el papel de esposo abnegado, para él era duro verla con su marido... “El muy cabrón”, pensó ahora, “como si nada hubiera ocurrido y él nunca le hubiera sido infiel con Melania”. Los celos lo atormentaban, había pensamientos a los que se negaba a ir por su paz mental. En medio de todo, se alegraba de que ella lo hubiera recordado, Mark tenía que atenerse a las consecuencias de sus actos.

—¿Te sientes mejor?

—Sí.

—Te propongo algo, mañana en la mañana pensaba irme a la cabaña de Babylon. El lunes es festivo, podríamos irnos esta misma noche.

Ella lo pensó, la tentaba descansar en un lugar apartado de todo, sabía por

haber escuchado comentarios de Leonora y Ernest que el lugar era hermoso y acogedor. Se imaginó lejos de los problemas y lejos de Mark, pero también se preguntó si sería prudente hacerlo.

—La respuesta es sí —dijo él, ante las dudas que asaltaban su semblante.

—¿Perdón?

—Te estás preguntado qué tan conveniente es irte de fin de semana conmigo. Lo es —dijo, contundente.

—Eres implacable.

—Nos iremos enseguida.

—No tengo equipaje.

—Compraremos lo que necesites.

No iba a dejar que se acercara a la mansión de los Spencer y se arrepintiera. David no sabía lo que hacía, solo que quería llevarla a su cabaña, lo atacó un fuerte anhelo por enseñarle el lugar, por enseñarle sus cosas, caminar por la playa o el muelle, ya era hora, por Dios.

—No he aceptado.

—Claro que lo has hecho.

Catherine no sabía si estaba haciendo lo correcto, solo se dijo que necesitaba esos días para ella, poner en orden sus pensamientos para enfrentar la separación de Mark, no podía volver con él así le jurara que no tocaría más a ninguna otra mujer, para ella su matrimonio ya estaba roto, como una porcelana que se astilla, jamás vuelve a ser la misma por más que se restaure, así no sea visible, la fisura sigue allí.

David habló con Maggie, la enfermera, le pidió discreción si alguien preguntaba por Catherine Spencer, habló con el otro cardiólogo del hospital, así como con uno de los residentes, y los puso al tanto de las cirugías y pacientes pendientes de cuidado. De todas formas, estaba a hora y quince minutos del hospital, cualquier caso de vida o muerte, se desplazaría sin dudarlo. Se cambió en una habitación continua al consultorio, salió vestido con un jean oscuro, una camiseta blanca con la estampa de un grupo musical y una chaqueta de cuero en el brazo.

—¿Vamos?

A Catherine no le extrañó comprobar que confiaba ciegamente en él. Bastaba con escuchar su voz y un halo de tranquilidad la circundaba, pero las libélulas en su estómago que él ocasionaba le decían que posiblemente se enfrentaba a una muy mala decisión. David, viéndola vacilar, la sacó del hospital con rapidez.

Se montaron en el auto, Catherine había dejado de llorar, la rabia y la decepción la envolvían como manto al recordar la escena de Mark y Melania, a pesar del tiempo transcurrido, para ella era como si acabara de suceder. Caminaron hasta el auto de David, un Lexus plateado del año anterior, él abrió la portezuela y la sostuvo mientras ella se subía al coche. Los acordes del último éxito de John Legend se escucharon por los parlantes del auto en cuanto él salió del aparcamiento. El tráfico estaba algo denso al ser hora punta, atravesaron Queens y tomaron la 27, que los llevaría directo hasta Babylon, el móvil de Catherine no había parado de sonar.

—Deberías contestarle —dijo con tono de voz sombrío.

—No quiero hablar con él. —Soltó el móvil en el bolso y se quedó en silencio escuchando otro de los temas del cantante mientras trataba de alejar la tristeza—. ¿No te parece raro que me haya aficionado a este cantante? Nunca lo había escuchado.

David sonrió para sus adentros, quiso decirle la verdad, hablarle de los libros, la música, los poemas, las horas acostado a su lado y el beso, pero no se atrevía. Sus pensamientos volaron a Mark, con la campaña en ciernes no dejaría en libertad a Catherine, estaba seguro, la chica tendría que estar segura de su decisión para librar una verdadera batalla. El móvil vibró de nuevo.

—No te dejaré en paz, podría llamar a las autoridades o contratar a alguien que te busque —insistió él.

Catherine aferró el móvil y le envió un mensaje de texto, diciéndole que dejara de acosarla, que estaría con una amiga unos días... El móvil sonó de nuevo. David no quiso presionarla. Ella contestó.

—¡Vete a la mierda, Mark Spencer! —Apagó el móvil y lo tiró de mala manera en el bolso.

David levantó una de sus cejas, la miró un poco asombrado por su respuesta, por fin algo de la mujer que había conocido años atrás.

—Mira —señaló a su derecha—, hay un centro comercial justo adelante, podrías hacer tus compras allí.

Se bajaron en el aparcamiento atestado de autos y gente, entraron a un JC Penney y se dirigieron a la sección de mujeres. Allí Catherine no demoró mucho en escoger algunas prendas, un par de pijamas cómodas, un paquete de ropa interior, camisetas y shorts. Un par de chanclas y un par de tenis. En otra sección compró cremas, faciales, limpiadoras, una loción para después del baño y un cepillo.

—¿Tu equipaje? —preguntó ella, cuando salían del almacén.

—Yo ando con una maleta en el auto y en la casa tengo ropa.

David acomodó los paquetes en el baúl del auto. Catherine se preguntó qué tipo de vida llevaría David en ese lugar. Salieron del centro comercial y minutos después tomaron la vía que los llevaría a su destino. El verano se extendía sobre ellos, con la tarde aposentada en su trono, negándose a darle paso a la noche, el cielo azul y las escasas nubes eran testigos del silencio y de los pensamientos, los sentimientos, mudos, escondidos que viajaban en el auto con temor de manifestarse.

## CAPÍTULO 17

La casa de David quedaba alejada medio kilómetro de la población, hacia el lado de la bahía. El lugar no era tan pequeño como Leonora y Ernest le habían hecho creer, el camino de entrada estaba tapizado de piedra y rodeado de prado. Había pocas flores; por lo que Catherine pudo observar, David y las personas que cuidaban el lugar no eran asiduos a la jardinería. Un hombre joven de ascendencia latina lo esperaba a la entrada de la casa, le habló en un inglés trabajoso, por lo poco que pudo escuchar, lo saludó y le dijo que había comprado las provisiones que él le encargó, además, le habló de unas refacciones, por lo visto llevaba unos meses sin venir.

La cabaña estaba construida en cedro y piedra con ventanales que daban a la bahía. Varios botes, atados a lo largo del muelle, se balanceaban sobre las suaves olas. Catherine soltó una exclamación de sorpresa cuando David encendió las luces del interior de la casa y la invitó a pasar. No fue por los muebles cómodos y firmes o por la decoración minimalista, tampoco por la biblioteca que quedaba a un lado del ventanal. En un extremo del salón había un piano.

—Tocas el piano —aseveró, emocionada— y nunca me lo dijiste, ni siquiera Mark o alguien de la casa.

Él sonrió, avergonzado, mientras soltaba los paquetes de las compras encima de un sillón y se acercaba a ella.

—Porque soy un fiasco, mi madre trató conmigo un tiempo, Mark no quiso ni escuchar hablar del tema. Lo intenté por varios años, toco alguna que otra pieza de manera decente, pero estoy lejos de ser un virtuoso.

—¿Puedo? —preguntó, se había acercado al instrumento y lo acariciaba con los dedos.

—A pesar de que mi madre no era una erudita de la música, sentía un amor reverencial por la música clásica.

Ella asintió. Levantó la tapa del teclado, pero volvió a bajarla en el acto.

David no insistió, no iba a presionarla con todo lo ocurrido ese día.

—Debe estar desafinado. No he tocado en años, lo conservo porque es un regalo de ella. A lo mejor era de algún familiar, o de mi padre, no lo sé. Nunca me lo dijo.

—¿Por qué no lo tienes en tu departamento de la ciudad?

—El espacio es muy pequeño. —Lo miró con reverencia—. Está donde debe estar. Aquí guardo mis posesiones más preciadas.

—Amas este lugar.

—Sí.

—Por eso amas la música, porque te sientes cerca de ella. —Catherine quiso acercarse y tocarlo, pero se contuvo, la atmosfera entre ellos era densa y por la manera en que la miraba, él también lo percibía—. Eres un hombre dulce.

David soltó una risa irónica.

—Ninguna mujer me ha llamado dulce —se rascó la barbilla pensativo—, prefiero otros apelativos.

Ella sonrió.

Ni en sus sueños, pensó David, había imaginado que iba a disfrutar de la presencia de Catherine en su casa. La tensión era evidente en ambos, muy en el fondo, él siempre supo que la cuota de atracción era mutua, así ella prefiriera machacarle las pelotas a tener que admitirlo. Sus ojos se encontraron durante una fracción de segundo y ambos sonrieron. Su corazón galopaba, sus oídos rugían. Esos hermosos ojos en los que cualquier hombre podría perderse, Dios. Su mirada lo abrazaba como tenaza. Había querido abrazarla y besarla con tanto deseo que tenía calambres por el esfuerzo de contenerse.

—¿Te sientes mejor? —preguntó él con ganas de borrar de su mente todo lo referente al cabrón de Mark.

—No, no me siento mejor —respondió ella con sinceridad. Era la tercera vez que le preguntaba, su aspecto debía ser lamentable, tal vez se veía tan patética que por eso no dejaba de preguntar—. Descubrir una infidelidad es horrible. ¿Me hace mala persona querer desearles lo peor?

—No, eso no te hace mala persona. —Soltó un suspiro—. Solo humana. Catherine, tenemos derecho a mandar el mundo al diablo de vez en cuando.

—Tienes una casa preciosa —aseveró ella mientras observaba unas fotografías en blanco y negro, único adorno de las paredes del lugar.

—Me alegra que te guste.

—¿Las tomaste tú? —preguntó señalando una fotografía de un paisaje de la región.

—Sí, me gusta la fotografía.

Catherine ya lo sabía, recordó que el día de la boda les había tomado varias fotos.

—Te enseñaré tu habitación para que te instales mientras preparo la cena.

David la invitó a subir la escalera, la intensidad del color marino de su mirada la puso nerviosa. Mientras ascendía, lo percibía detrás de ella, no se tocaban, pero el calor que emanaba su cuerpo calentaba la piel de Catherine, a pesar de que confiaba en él, tenía el presentimiento de que serían días muy difíciles. Llegaron al segundo piso y pasaron de largo frente a una puerta doble que ella se imaginó era el cuarto principal.

—Vaya con la cabaña, doctor Foster —comentó mirando a lado y lado—. Cuando escuchaba a Leonora o a Ernest hablar del lugar, me imaginaba algo más sencillo.

David frunció los hombros. Se excitaba como colegial cuando ella lo llamaba doctor Foster con ese tono de voz que él perfectamente podía imaginar en medio de los cientos de fantasías que tenía con ella.

—Me gusta vivir bien, aunque no puedo disfrutarla tanto como quisiera.

Entraron a la habitación de huéspedes, era un lugar claro, sencillo y acogedor como el resto de la casa, la cama estaba cubierta con un edredón azul. Había una lámpara en la mesa de noche y una cómoda de madera al lado de un espejo de cuerpo entero.

David de pronto tuvo prisa por dejarla sola.

—Dejaré que te instales, voy a preparar la cena. Catherine asintió.

—Gracias por todo, David, me alegra haber recurrido a ti.

—Sabes que puedes contar siempre conmigo. —Cerró la puerta detrás de él, y ella escuchó sus pasos bajar veloces la escalera.

En cuanto Catherine se quedó sola, todo el peso de lo ocurrido ese día cayó sobre ella. Se tendió en la cama mirando el techo. Las imágenes de la infidelidad de Mark se sucedían en su mente una y otra vez, estrujando su corazón. Ella lo amaba o eso creía, pero a la luz de lo ocurrido todo adquiriría una nueva perspectiva. La pena era grande, aunque a la vez sentía que llevaba ya tiempo haciendo duelo por su matrimonio. Las cosas habían cambiado mucho entre ellos y más después del accidente, aparte de que no se sentía cómoda en su piel, la sensación de que algo se le escapaba no la abandonaba en ningún momento. En ese instante se percató de que ese algo era el descubrimiento de la traición. Su subconsciente lo sabía y por eso ella había rechazado a Mark desde que despertó. El muy cabrón se lo había ocultado, ¿pero qué hombre en su sano juicio correría a confesarle a una esposa que antes de la amnesia, producto de un accidente, lo había encontrado con los pantalones abajo, follándose a su asistente? Ninguno, estaba segura. Los

hombres en eso eran unos cobardes y mentirosos.

Necesitaba llenarse de rabia para poder dejar de llorar, las escenas conjuradas cumplían con el papel, ahora entendía la actitud de Melania, sus sonrisas taimadas y burlonas. Quiso la oportunidad de tenerla al frente suyo para acogotarla y a Mark... Meditó que si sus sentimientos fueran los mismos del inicio del matrimonio, querría matarlo, era una mujer apasionada y visceral, posesiva y celosa, aunque no había tenido oportunidad de manifestarlo. Mark nunca le dio motivos hasta ese día, recordó los celos que experimentaba con las mujeres de David, algo que de vez en cuando le causaba confusión. Volviendo a Mark, la rabia que experimentaba le dijo mucho de la calidad de sentimientos que albergaba por su marido. A lo mejor el maldito accidente había trastocado algún cable y le era imposible sentir algún afecto profundo, pero pensó en David y no supo por qué desechó la idea.

Su matrimonio se había vuelto desabrido y apenas llevaba cuatro años de casada, no quería imaginar su vida con veinte o treinta años de convivencia. No. Se tomaría esos días para planear lo que sería de su vida de allí en adelante, se llenaría de razones para cortar por lo sano la cuerda de su matrimonio, que ya estaba bastante tensa, aún antes del accidente y la infidelidad. Trató de descansar unos minutos, pero fue imposible, la losa en el pecho no cedía y las lágrimas la asaltaban sin control.

Se levantó de la cama, no quería llorar más, abrió los paquetes y acomodó la ropa en la cómoda, en el baño organizó los útiles de aseo y se miró al espejo. Estaba hecha un esperpento, los ojos rojos, los parpados hinchados y el cabello alborotado. Se lavó la cara con agua fría, se atusó el cabello, se roció de Absolut, que no recordaba haber comprado y que apareció en una de las bolsas y salió de la habitación en busca de David.

Ese era el otro quid de la cuestión. David. Cuando se le ocurrió buscarlo, solo tenía en la cabeza lo que acababa de recordar y que al lado de él se sentía segura. No se percató de que estaría todo lo bien que podría estar alguien demasiado cerca al fuego, ansioso por el calor, pero tan cerca que podría terminar chamuscado. Al llegar a la planta baja, sintió de inmediato el olor de la comida. David salteaba verduras en una sartén como un profesional y del horno emanaba un aroma a pollo con hierbas. Se quedó mirándolo mientras se acercaba al mesón que separaba la cocina del comedor. Había una botella de vino abierta al lado de dos copas. Un mechón de su cabello le cayó en la frente mientras manipulaba las verduras con una cuchara.

—Sirve el vino —ordenó.

—¿Tengo voz y voto en el asunto? —preguntó ella, mientras se acercaba a la estufa. Se libró de la aprensión que pesaba como un hoyo en su estómago cuando se puso de pie a su lado.

—Esto no es una democracia —informó David, con una sonrisa.

Tomó un poco de las verduras que sofreía en la cuchara, y se inclinó hacia delante para ofrecerle un bocado.

—Abre.

Su voz arenosa, tensa y su cálido aliento le ocasionaron un estremecimiento a través del cuerpo que Catherine no supo disimular, y antes de claudicar, insistió:

—¿Qué es esto? ¿Una monarquía?

“Está confusa y sigue rabiosa, pero por lo menos ya no llora por ese cabrón”, pensó David, observándola.

—Una especie de dictadura —repuso David—. Las leyes las dicto yo, y todos

los demás obedecen, así de sencillo.

—Te prefiero dulce.

La mirada de David se oscureció.

—Puedo ser todo lo dulce que quieras, tú eliges, pero apuesto mi patrimonio a que en ciertas áreas de tu vida gozarías más con un dictador.

Catherine se negó a responder, esa era la veta de David que disfrutaba y de la que poco le había mostrado esos años, aceptó el bocado y le sostuvo la mirada todo el tiempo.

—Mmm —se alejó unos pasos—, esto está jodidamente delicioso.

Él sonrió, satisfecho.

—Lo sé.

—Tendré que adicionar presuntuoso a todo lo que conozco de ti.

Se acercó a la mesa, que ya estaba dispuesta con un mantel y la vajilla. Sirvió el vino.

—Siéntate —dijo él—, te voy a alimentar.

Ella blanqueó los ojos.

—¿El número de hombre de las cavernas te funciona con las demás?

El reloj del horno sonó.

—No puedo quejarme —dijo, mientras se ponía el trapo al hombro, abrió el horno y sacó una refractaria.

—¿Has traído muchas chicas a este lugar?

—¿Importa? —preguntó él, mientras pasaba las refractarias a la mesa.

Catherine se sintió mal, allí estaba el mordisco de los celos, ese que la hacía sentir culpable. Frunció los hombros. La astuta mirada de David no le dio tregua. Dejó que su mirada vagabundeara de sus ojos a la línea sensual de su mandíbula. Era demasiado apuesto para su bien. Se imaginaba a cientos de mujeres perdiendo la cabeza por él.

—¿Celosa?

Ella estrechó los ojos.

—No seas engreído.

—Puedo contarte los detalles —dijo, mientras le servía la guarnición de vegetales.

Ella puso los ojos en blanco.

—Ahórratelos.

—¿Estás segura? Reemplazarías tus negros pensamientos por imágenes más excitantes.

—No hace falta. —Se puso el pelo detrás de la oreja y se dedicó a mirar la comida, no tenía hambre, a pesar de la vista y el delicioso aroma, no estaba ni un poco tentada a comer.

David le sirvió pollo a las finas hierbas y arroz salvaje.

—No creo que pueda pasar bocado.

—Tienes que intentarlo —la engatusó él, con tono de voz de encantador de serpientes.

Ella bebió un sorbo generoso de vino y se quedó mirando la comida mientras David se servía. Luego, como si recordara algo, él se levantó de la mesa y puso su iPhone en un reproductor de sonido. *Happy Times*, una melodía de piano interpretada por Lang Lang, un famoso pianista chino, saturó el ambiente.

David se quedó mirando la cicatriz de la traqueotomía que Catherine exhibía sin vergüenza. Ella le había dicho que era su recordatorio constante de que la vida le había brindado una segunda oportunidad; para él, era el recuerdo de los meses más difíciles de su vida. No se pudo aguantar y tocó la cicatriz con el dedo pulgar. La sintió tensarse y se alejó.

—Te va a quedar cicatriz, si deseas puedes operarla, desaparecerá.

—No quiero que desaparezca. Es mi trofeo de guerra, ¿algún problema?

—No, para mí no, solo que tu piel es tan... perfecta.

Nerviosa, ignoró el comentario.

—¿Hacía cuánto que no venías?

Él sonrió ante el intento de ella por cambiar de tema.

—Mucho tiempo —dijo él sin precisar, mirando a su alrededor—. Me hacía falta desconectar.

—¿Muchos turnos? Los Spencer son esclavistas.

—Entre otras cosas. —David sonrió y bebió de su vino, al ver que la bebida en la copa de ella había descendido, se apresuró a rellenarla—. Mi especialidad es un área de mucha dedicación, no tengo horario, los problemas cardiacos no dan tregua, pero me gusta mucho mi labor. Lo disfruto mucho y soy bueno en lo que hago.

—Tienes que serlo, y tampoco creo que seas un fiasco al piano, los cirujanos normalmente tienen una motricidad fina muy desarrollada. Tendré que escucharte tocar algún día.

—Algún día.

El tiempo transcurrió veloz, saltaban de un tema a otro y se mantuvieron alejados de asuntos complicados como los Spencer. El vino y la poca comida pasaban factura a Catherine, que en cada comentario de David quería ver alguna insinuación o coqueteo, pero él se mantuvo lejos de eso, a excepción de un par de acotaciones. A veces ella se preguntaba si realmente la escuchaba. En apariencia le prestaba atención, pero con la mirada le transmitía otras cosas. Él se levantó de la mesa y ella se sirvió otra copa.

—Deberías tomar agua en la misma medida en la que disfrutas del vino o mañana el dolor de cabeza será brutal. Te puedes deshidratar.

—Sí, amo.

Ella se despejó y se levantó de la mesa, las piernas apenas la sostuvieron. David estuvo a su lado en un segundo. Se inclinó para susurrar en su oído.

—Uy, no pongas ideas en mi cabeza o te puedo castigar por ser una nena mala. —Otra vez ese tono de voz tenso, ronco que le causaba estremecimientos.

Demasiado distraída por culpa del vino o el olor de David, ella no respondió enseguida. Los ojos latentes, intensos, acompañados de un cuerpo fibroso, musculoso, la hicieron olvidar el horrible día que había tenido. Qué fácil sería acercarse y besarlo, se dijo sin dejar de mirarle la boca. Se reprendió, no estaba en sus cabales, sería una completa locura, se dijo, el vino se le había subido a la cabeza. Era un hombre prohibido, intocable, casi eran familia. “Casi”, le dijo su conciencia al oído. De pronto sintió la boca seca, paseó su lengua por los labios para humedecerlos, movimiento que David siguió con hambre.

Observándola, David tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para separarse de ella, cuando hizo el ofrecimiento no pensó en otra cosa que no fuera alejarla de la situación angustiosa en la que se encontraba y el deseo egoísta de compartir tiempo con ella, lejos de todos, pero en cuanto estuvieron juntos en el auto, Dios, su presencia lo invadió todo, su olor lo aturdió, se sentía enfermo de deseo. Ella enviaba señales, como faro en la tormenta, pero no la quería así, despechada y vulnerable, si algún día iba a sus brazos, quería verla consumirse de deseo y de amor, así como estaba él, sería todo o nada, reclamaría todo de esa mujer y por ahora mantendría las manos quietas, aunque se moría de ganas de tocarla, besarla, reclamarla. Consiguió apartar la mirada de su boca y miró su reloj.

—Son casi las doce, será mejor ir a la cama.

Su mandato, breve e imperativo, la sacó de la nebulosa y recuperó parte de la sobriedad.

—Te acompañaré hasta el segundo piso, no quiero que te rompas el cuello subiendo.

Sorprendida por su actitud, Catherine caminó hasta la escalera con él a la saga.

—Lo siento, debes estar cansado, mañana te ayudaré con la cocina.

—No es problema.

El buen ambiente de la cena se había descompuesto. David la miraba con rictus serio, su buen humor desintegrado a medida que subían a la habitación. La escoltó hasta la puerta.

—Buenas noches, que descanses. —Se dio la vuelta enseguida.

—David... —Lo sintió tensarse y ni siquiera se volteó a mirarla, quiso acercarse y abrazarlo por detrás. Estaba loca, caviló, si no entraba enseguida a la habitación, haría una locura—. Gracias.

—De nada.

## CAPÍTULO 18

El vino ayudó a Catherine a quedarse dormida, pero estuvo lejos de tener un descanso tranquilo. Las pesadillas la acosaron toda la noche. Soñaba con el momento del descubrimiento de la infidelidad, donde Mark y Melania se burlaban de ella, sus carcajadas y gestos grotescos la despertaron en varias oportunidades. En otros sueños aparecía David triste, lloraba ante una tumba, en medio de la nube de tristeza que le atenazó la garganta, pudo ver la lápida con su nombre. Soñó que el piano le hablaba y le decía que nunca volvería a tocar. Se despertó en la madrugada y ya no pudo volver a conciliar el sueño.

Se percató de que David había entrado en la noche y le había dejado una jarra con agua y un frasco con pastillas para el dolor de cabeza. Se bebió media jarra del líquido y sin importarle el estómago vacío, se tomó dos pastillas, sentía que algo martillaba sin control dentro de su cráneo. Después de que el dolor remitiera un poco, se puso un short, unos tenis, una camiseta de tiras y salió a correr por la playa desierta. Era un amanecer hermoso con un cielo despejado. El aire cálido llevaba el aroma de la sal del mar. Corrió por la playa como si la vida le fuera en ello, como si poniendo distancia pudiera también distanciarse del dolor de la pérdida de su matrimonio, de la desazón que le causaba el saber que no quería a Mark tanto como creía o no podría levantar cabeza después de recordar su infidelidad, de que su matrimonio fue una negociación donde sus deseos siempre terminaban cediendo a los deseos de su esposo, y luego estaban los confusos sentimientos que le inspiraba David, cuando pensaba en él se le agitaba el corazón, así era siempre, pero mientras estuvo casada, reprendía esos pensamientos y los situaba en un cuarto escondido de su alma. Ya no había matrimonio, pero se negaba a dejarlos salir y respirar el aire puro de la libertad o eso creía. Más tarde se percató de que era la primera vez que estaba corriendo en vez de caminar, desde el accidente trataba su cuerpo como porcelana y ya estaba cansada. Se miró las manos, intentaría con el piano, se lo debía a sí misma.

Recordó los veranos junto a su madre en una casa de playa que alquilaban en Clearwater, caminaban todas las mañanas recogiendo conchas y piedras de diversas formas, que luego seleccionaban en un frasco y en las tardes de

sábado utilizaban para hacer coronas, corazones y portarretratos, tenía varios de esos arreglos en la mansión Spencer, algunos en su estudio de música y otros en cajas en el ático, a Mark no le parecían acordes con la decoración. Recordó que cuando despertó del coma, había una caja tapizada de conchas marinas en su mesa de noche, que en la mansión permanecía en su cuarto de música. Pocas veces había hablado del tema, no creía que Mark se hubiera tomado esas molestias, ¿tal vez Leonora o Ernest? Extrañaba a su madre, mucho, su mundo no era el mismo desde que ella había muerto, sentía que no podía hacer nada bien, que sus decisiones eran erradas, sería un largo proceso encontrarse a sí misma.

A medida que aumentaban las pulsaciones, venían ciertos chispazos de recuerdos; David hablándole, leyendo, contándole cosas, ¿eran alucinaciones? ¿Cómo averiguarlo? No parecía dispuesto a colaborar cada vez que le tocaba el tema, lo evadía.

Aminoró la marcha, tendría que buscar un lugar donde vivir y un empleo, no quería absolutamente nada de los Spencer, recuperaría de nuevo su apellido. Mientras corría, sus pensamientos iban y venían con las olas del mar. Tenía miedo, ¿y si no estaba haciendo lo correcto? ¿Y si ese desamor que sentía por Mark era producto de su desengaño? ¿Debería luchar por su matrimonio? Había huido siempre de los enfrentamientos, había cubierto con lozas de excusas las carencias y los problemas, y por lo visto no le había servido de nada, los problemas seguían en el mismo lugar, no porque ella se hiciera la de la vista gorda iban a desaparecer. Las lágrimas la invadieron de repente, pero estas no eran producto del desengaño, eran de tristeza por el final de una etapa de su vida. En esos momentos sus sentimientos no eran tan generosos como para darle una oportunidad a Mark.

Al regresar a la cabaña, se percató de que estaba sola, lo más probable era que David hubiera salido a correr también. Subió a su habitación, se duchó, se cambió y se dispuso a hacer el desayuno. No tenía mucha hambre, pero decidió hacer unas tortitas de papas y huevos con jamón, llenó la cafetera y exprimió unas cuantas naranjas.

Lo vio venir de lejos, corría por la playa en sentido contrario al que ella había tomado. Al llegar al porche de la casa, la quijada de Catherine se desencajó al ver que se quitaba la camiseta y se limpiaba el sudor de la cara y el cuello. Las pulsaciones se le detuvieron por segundos mientras entraba a la casa y se dirigía a ella. De manera disimulada, recorrió con la vista sus abdominales definidos, sus músculos duros y trabajados desde los hombros

hasta las caderas. La V que desaparecía en la cinturilla de la pantaloneta, ¡Oh, Dios! Tenía el cuerpo de un deportista musculoso, pero delgado, y estaba bronceado ¿Dónde diablos se bronceaba si pasaba su vida en el hospital? David Foster era un manjar para la vista de cualquier mujer y el muy condenado lo sabía, por la manera de moverse, de mirarla. Si era guapo recién afeitado y en su traje de médico, con el asomo de barba de un día y sin camiseta estaba de muerte.

—Buenos días, ¿descansaste? —saludó él y se acercó a la nevera, por lo que tuvo que pasar detrás de ella. Sintió el calor que despedía.

—Sí —respondió con las mejillas ardiendo y las libélulas posadas en medio de sus piernas—, descansé muy bien, gracias... te serviré el desayuno.

Balbuzeaba como una idiota, se limpió las manos con una toalla de las de la cocina y se apresuró a sacar platos y cubiertos del mueble superior. Él la miraba con un brillo juguetón en los labios y cuando se llevó el vaso de jugo de a la boca y vio su cuello y la nuez de Adán al deglutir, Catherine supo que estaba perdida. Recordó que era un hombre prohibido, peligroso. Sus miradas se entrelazaron.

“No me mires así o terminarás encima de este mesón con los pantalones en el suelo, tu mirada pide cosas, mon ange, y estoy loco por darte cada una de ellas, me muero por saborearte, no serás dulce, estoy seguro, tu aroma será salvaje, fuerte, animal y me quemará entero”.

—Iré a ducharme, dame unos momentos. —Subió veloz la escalera, negando con la cabeza.

En la ducha tuvo que aliviarse otra vez, parecía que no hacía otra cosa desde la noche anterior, la imaginaba perfecta, debajo de él, a su lado, en la ducha, en la cama, en el jacuzzi, no tendría suficiente de ella y eso lo estaba matando, de pronto no fue buena idea haberla traído con él, estos días serían un infierno, aunque David estaba acostumbrado a habitarlo desde que la había conocido. Miraba su boca y recordaba el tenue beso que le había dado en el hospital y que todavía le remordía la conciencia. Se puso unos bermudas y una camiseta, y cuando bajó, Catherine acababa de poner los platos en la mesa.

—Se ve delicioso —dijo, sin mirarla y recordando lo que acababa de hacer en la ducha.

—No soy una gran cocinera, pero me defiendo, el primer año de escuela vivía de sopas instantáneas y comida congelada. Me cansé y me hice amiga de Youtube, creo que es el lugar a donde va todo el mundo cuando quiere aprender algo. Todo está ahí.

Catherine hablaba sin parar mientras David, en silencio, daba buena cuenta de la comida.

—Estás delgada, tienes que comer —comentó, al verla jugar con la comida en el plato.

—Muchas gracias, tú también eres guapo.

—Yo sé que soy guapo —dijo con una sonrisa en los labios—, y tú eres preciosa, pero tienes que ganar unos kilos. Apenas has subido de peso desde que saliste del hospital.

El móvil de David vibró, se disculpó con ella para atender la llamada. Era del hospital, lo escuchó dar una serie de instrucciones sobre un procedimiento y luego pidió que lo comunicaran con el cardiólogo encargado. Su tono de voz confirmaba que era un hombre que tomaba el mando de cualquier situación. En cuanto colgó, con una sonrisa de disculpa, volvió a sentarse a la mesa.

—¿Problemas?

—No.

En cuanto ella se levantó de la mesa para servirse otro café, él pudo darle un buen vistazo a sus piernas, largas y torneadas, que se le clavaron como tijeras en el pecho. Tendrían que salir, la tensión estaba matándolo.

—Hay una feria en la calle principal, podríamos ir.

Ella asintió, inocente de sus sucios pensamientos. Se alegraba de verla tranquila, aunque no sonreía, parecía que había dejado de llorar.

—Me parece buena idea, deja y lavo los platos y...

—No vas a lavar nada, mujer, cocinaste, lo menos que puedo hacer es arreglar la cocina.

¿Era buena idea? Exponerse con él, aún no se había divorciado, la mentalidad de mujer casada le decía que no, pero su alma necesitaba una tregua, podría disfrutar de ese día en solitario y estaba segura de que él entendería, pero algo dentro de ella se resistía a dejarlo.

—Tu madre hizo una estupenda labor, te crio como todo un caballero —contestó, distraída en sus pensamientos.

Sus ojos garzos se clavaron en los suyos, como si adivinara cada pensamiento que la azotaba.

—Ya conoces el dicho, caballero en la calle...

Ella alzó las cejas, soltó una carcajada, olvidando sus temores y le contestó:

—El que mucho alardea...

David negó con la cabeza y se acercó a ella, reduciendo la brecha que los

separaba, hasta que la espalda de Catherine chocó con el mesón. Él puso una mano a lado y lado de su cuerpo, sus ojos buscaron su mirada. La encerró con ambos brazos. Ella podría salirse fácilmente, pero... no quería. Le dijo al oído.

—¿Quieres probar? ¿Qué apostamos?

Ella se sonrojó, David Foster le estaba tirando los tejos, quiso responder a su coqueteo, pero un atisbo de sensatez llegó hasta ella, esa era una de las razones por la que debería salir corriendo.

—Sería una muy mala idea. Debería irme.

—Pero quieres quedarte. —Se miraron por largo rato—. ¿Ya no juegas? —preguntó él con un brillo diabólico en sus ojos.

¿Jugar? A Catherine le parecía una eternidad el tiempo que llevaba sin hacer muchas cosas: jugar, tocar el piano, reír con ganas.

—Eres de cuidado, doctor Foster.

—¿Qué? —preguntó con fingido enojo—. Tienes una mente sucia, hablo de jugar a las cartas, al tiro al blanco, a la pelota. —Se alejó de ella, veloz, dejándola estremecida.

No supo por qué a su mente vino el recuerdo de su voz diciendo:

“¿Crees que eres buen besador? Claro que soy buen besador, soy el mejor besador que hay. Podría tomarme mi tiempo y saborear tus labios por horas o devorarlos como a un exquisito chocolate, tú escoges, mon ange”.

Se iba a enloquecer: mon ange, nunca la había llamado así ¿Quién era mon ange? ¿Y por qué venían a su mente esos episodios?

Él empezó a cantar una canción de Maroon Five al tiempo que recogía los platos de la mesa, mientras ella iba a la habitación a arreglarse.

El día era soleado, el condado lucía de fiesta, por la calle principal, adornada de banderines, había una feria con diversos puestos de comida, juegos, venta de cosas pequeñas y absurdas que solo se conseguían en esa clase de eventos.

—¡Doctor Foster! —exclamó una mujer de alrededor setenta años que estaba ante un puesto de bisutería—. ¡Qué alegría verlo!

El brazo de David envolvió la cintura de Catherine y la acercó al puesto de la mujer.

—Bárbara, estás hermosa como siempre.

David la abrazó y la mujer sonrió mostrando unos dientes amarillos por culpa de la nicotina. Tenía el cabello de color rojo y vestía de manera estrafalaria.

—Eres un bribón, mi nieta aún espera tu llamada.

Una sonrisa irónica cruzó su rostro perfectamente masculino.

—Estoy seguro de que Helen tiene cosas más interesantes que hacer — soltó David, recordando a la muchacha, una talentosa arquitecta—. Es una chica dulce, no querrás emparejarla conmigo.

—¡Pero mírate, chico! Cualquiera lo desearía. —La mujer le guiñó el ojo a Catherine, que soltó la risa.

—Te presento a mi amiga, Catherine Spencer.

Catherine se apresuró a darle la mano y a enmendar lo del apellido.

—Ahora, Catherine Watson.

La mujer sonrió. La mirada de David saltó hasta ella de los ojos a la boca y luego a los ojos.

—No te preocupes, a mí también me pasaba cuando me divorcié de Alfred.

David se puso serio.

—¿El cambio de medicación mejoró los síntomas?

—Completamente, gracias, eres buen chico.

Después de un par de acotaciones por parte de David, abandonaron el puesto y empezaron a recorrer la calle que en ese momento estaba atestada de familias, niños jugando, jóvenes tonteando, el ambiente olía a caramelo con un toque de vainilla. Algunas personas saludaban a David. Interrumpían el trayecto, consultándolo sobre tratamientos y medicinas, algunas mujeres de su edad le coqueteaban sin importarles la presencia de Catherine.

—Ya veo por qué me invitaste a pasar estos días contigo, no eran tus nobles intenciones por mi bienestar —dijo Catherine, con un brillo peculiar en sus ojos.

—¿Ah, no? —dijo él, indiferente, mientras saboreaba un cucurucho de helado.

—No. —Dio buena cuenta de su porción de helado, la mirada de David no dejaba su boca—. Me necesitabas de escudo protector contra madres, abuelas y mujeres casamenteras.

Él soltó una carcajada y botó parte del helado en una caneca, se limpió la boca con la servilleta.

—¿Qué tiene de malo? —inquirió, encogiéndose de hombros—. No creas que fue fácil organizar todo para que estuvieras hoy conmigo y ya que estamos aquí, podríamos mostrarnos más amables, ya sabes, podríamos fingir que somos algo más que amigos.

Ella le dio un codazo.

—¡Estás loco!

Jugaron al tiro al blanco, que ganó ella con poca ventaja. Se dejaron atraer por el sonido de la música de una orquesta que había en la esquina de la plaza. Se sentaron en uno de los bancos. Interpretaban una melodía de Mozart, David dejó que su mirada recorriera el perfil de ella, la pequeña nariz, la protuberancia de los labios, inspiró muy lento, para llenarse del aroma que ella desprendía, al que se había acostumbrado en las noches de hospital.

Cuando cruzaron sus miradas, Catherine dejó de respirar al ver su imagen reflejada en los ojos de él, lo sintió tan cerca, contempló sus labios quedándose sin aire. Se irguió enseguida.

—Preguntas —soltó ella, reanudando el paseo y sonriendo para disimular su turbación.

A cada hora, a David le era más difícil controlar sus sentimientos, se contenía de besarla, lo mataba el deseo por llegar a otra instancia.

—Dale.

—¿Cuándo supiste que querías ser médico?

—Desde muy chico, me fascinaba curar alas rotas, abrir animales que encontrábamos muertos en el jardín. Si no hubiera tenido la ventaja que tuve, gracias a Henry, lo hubiera logrado de otra forma.

—Estoy segura de eso. ¿Mark también quería ser médico?

—Así lo creí, luego se dio cuenta de que tendría que trabajar mucho y desistió.

—¿Crees en Dios?

David frunció ligeramente el ceño y la miró con divertida severidad.

—Vaya que quieres saberlo todo.

—Apenas estoy empezando.

No le contestó enseguida. La obligó a entrar en una cabina donde se tomaron fotografías. David la tocaba mucho, como si se hubiera despojado de alguna barrera de contención y ella se lo permitía.

—He sido un hombre de fe, tanta belleza y perfección en el mundo no podría existir sin una mente superior, los ciclos de la vida, la vida microscópica que pocos conocen, la sonrisa de un niño, la música. —“Existes tú y eso es prueba suficiente para mí”, quiso decirle.

—Buena respuesta —susurró ella, mirando distraída una vitrina.

Comieron unas enormes hamburguesas en uno de los locales de la vía, el lugar estaba repleto. A la vuelta y paseando por unos tenderetes, David le

compró unos aretes de pedrería hechos por unas chicas de último año de escuela. Se los puso enseguida y se miró al espejo. Eran llamativos y contrastaban con el color de sus ojos y de su piel.

—¿Qué tal? —preguntó, dándose la vuelta.

David la miró fijamente un momento, sus ojos azules eran mareas de sombras inescrutables. No se sentía cómodo con esa dinámica, él era un cazador, no estaba acostumbrado a la abstinencia, tampoco a disfrutar con una mujer de actividades sencillas, pero es que todas no eran Catherine.

—Te ves bien.

Hacía mucho tiempo que Catherine no sentía esa genuina alegría, se percató de que ella no debió haber vuelto a la casa de Mark cuando salió del hospital, debió cortar la relación por lo sano, así no supiera de la infidelidad de su esposo, ya en el periodo de recuperación sabía que su lugar no estaba con él, pero la vulnerabilidad por lo ocurrido la arropó, impidiéndole afrontar la realidad, que ella no amaba a su esposo y él mucho menos a ella. Tenía derecho a estar asustada, tenía tanto que descubrir sobre su vida, reconciliarse con su piano. Se observó las manos, les dio la vuelta, se las acarició. David, como si hubiera adivinado sus pensamientos, la tomó del brazo.

—Vamos, es hora de que enfrentes tus miedos.

## CAPÍTULO 19

Catherine entró a la casa con gesto angustiado.

—Hay cosas en la vida que jamás se pierden —aseveró él—. Los temores normalmente no están en la realidad, están en nosotros.

—¿Y si ya no puedo?

David le acarició el dorso de las manos con el pulgar en un masaje destinado a calmarla.

—¿Has dejado de amar la música?

—¡La música es mi vida!

La llevó de la mano hasta el piano.

—Demuéstraselo. Recuerdo una clase con un profesor, en la facultad, que relacionaba los sonidos del corazón con la música, decía: “El cuerpo es una sinfonía de sonidos, los cuales, si están en armonía, interpretan una melodía vivificante, y si se hallan en discordancia, indican que en algún punto de la orquesta corporal existe algún instrumento desafinado. Si se oye un rumor encima de una gran arteria, quiere decir que hay un estrechamiento de vaso sanguíneo o bien una obstrucción parcial”, y así podría seguir con una clase —sonrió y Catherine amó su voz, su sonrisa, su generosidad—. Todo es sobre la música, es un espacio sacro tan majestuoso como una iglesia y tan sencillo como una fonda de camino. Lo que hace difícil conocerla, muy pocos lo hacen, el resto solo disfruta la superficie. Nosotros somos de los pocos afortunados. Siéntate al piano, Catherine.

Ella se acomodó en la silla y acarició con lentitud la tapa del teclado y la suavidad de la madera jaspeada. Al levantarlo, le gustó el olor a flores, a madera que desprendieron las teclas.

—Me dijiste que estaba desafinado —protestó ella, nerviosa, en medio del silencio.

Sintió la voz de David a su espalda.

—Lo dije para que no te sintieras presionada. El piano está perfectamente afinado —bajó la voz mientras se acomodaba en la banca, detrás de ella, la acaparó con sus piernas y pegó el torso a su espalda, le habló al oído—. No temas, estarás bien.

El corazón de Catherine empezó a latir con fuerza y no fue propiamente

por enfrentarse al piano, aspiró profundo, bebiéndose su aroma a loción amaderada fina, su presencia traía un aura de confianza y opacaba su temor de enfrentar el piano. Tenía manos de pianista, él, con suma delicadeza, aferró sus manos y empezó a tocar *Sueños de amor*. Los ojos de Catherine se llenaron de lágrimas en cuanto las primeras notas de la melodía saturaron el espacio. Su adorado piano, sintió los dedos tensos, agarrotados, pero más por los nervios y la inseguridad que por algún daño neurológico producto del accidente.

—Suéltate —ordenó David con voz templada y tensa, como ella se imaginó lo haría en la cama con una mujer—, déjate ir.

Quiso darse la vuelta, acariciarlo, pero más que eso, tuvo la urgencia de tocarle el alma y los sueños, quiso reinventarse como mujer para llegar hasta él, sin pasado, solo ella. Sus manos transmitían calidez, confianza y algo más que no sabía qué era. De pronto la soltó, en medio de adagios y movimientos musicales, sus dedos ascendieron por la piel de los brazos obsequiándole una delicada caricia. Ella, concentrada en ese gesto, no se dio cuenta de que estaba tocando el piano, que la melodía fluía solo de ella. El corazón le bailó de dicha cuando él mimó sus hombros. Quiso enfrentarlo, sentarse en el teclado y que él con sus manos diestras en reparar corazones rotos, le brindara una sonata en medio de sus piernas que calmara el aleteo de las libélulas.

La tenía entre sus brazos, al alcance de sus sueños, quiso verla y sentirla desnuda ante el piano, repasar la piel nueva y deseada, quería apropiarse de su alma con violencia, desnudarla, embestirla, hacerla suya de todas las maneras, adueñarse de sus besos, sus quejidos y sus orgasmos. A medida que la música avanzaba, tuvo la certeza de que lo haría, ya no eran sueños o ilusiones de enamorado. Serían un solo cuerpo, libres de desconciertos y temores.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo con voz ronca que a ella le erizó la piel del alma.

De pronto, él se levantó a contestar el móvil y la dejó unos momentos. Ella siguió tocando sin escuchar con quién hablaba. Al terminar la melodía, feliz, se dio la vuelta y lo encontró de pie, frente al ventanal, observando el mar.

Ella se levantó y soltó una carcajada, corrió hasta él y lo abrazó.

—Gracias, gracias, sé que hubiera encontrado el camino, pero contigo fue más rápido.

—De nada, es natural el temor después de la situación que viviste.

Él estaba serio, tenso.

—¿Qué te pasa? ¿Malas noticias?

Él rehuyó su mirada.

—Mark acaba de llamar, está desesperado sin noticias tuyas.

Ella frunció el ceño.

—No voy a hablar de Mark ahora.

—Tarde o temprano tendrás que enfrentarlo.

Catherine asintió en silencio, la magia del momento o lo que creyó ella que había ocurrido minutos antes, había desaparecido.

—No tienes que molestarte. No es tu problema. ¿Te incomoda que esté aquí?

David soltó una risa estrangulada y volvió la vista al mar. Ella se puso a su lado y su mirada se estrelló en la biblioteca a la que le había prestado poca atención.

—No me molesta que hayas recurrido a mí, nunca lo pienses. Me molestaría que volvieras con Mark.

—¿Por qué te molestaría que volviera con Mark? —preguntó ella, tratando de acomodar las fichas del rompecabezas que era su vida.

—Porque es un cabrón que no te merece.

Ella se echó hacia atrás y lo miró durante largo tiempo.

—Me rompiste el corazón.

Allí estaba el conflicto sin resolver. David no lo esperaba, la miró a los ojos.

—Tanto —contestó tenso—, que no tuviste reparos en aceptar a Mark. El que debería hacer esa afirmación soy yo.

Se miraron unos instantes y Catherine rompió el vínculo, cruzó los brazos y miró el paisaje de la ventana.

—Me querías para una noche.

David no tenía excusa para su comentario, pero era consciente de que ella necesitaba una explicación.

—Yo...

Catherine ya no lo escuchaba, en un entrepaño de la biblioteca había unos libros cuyas cubiertas le eran familiares. Se acercó a ellos y los examinó uno por uno.

—¿Qué hacen mis libros aquí?

David volteó la cabeza con rapidez, maldiciéndose por no haberlos devuelto cuando debió. ¡Qué carajo! No quería devolverlos, era lo único que le quedaba de esos momentos robados, con la llegada de Catherine los había olvidado. Era patético y se sintió enfermo al ver como ella abría las páginas

dobladas. Quedaría como un imbécil.

—Esa noche cometí uno de los peores errores de mi vida, mi orgullo y mis inseguridades me jugaron una mala pasada. Nunca sentí que fueras una aventura de una noche, pero los Spencer me habían dado muchas cosas y si Mark quería algo, yo simplemente me hacía a un lado, eso fue lo que ocurrió. Estaba harto de que siempre fuera tras lo que me interesaba y por eso ocurrió lo que ocurrió. No quería demostrarle que me importabas, a lo mejor así te dejaba tranquila, pero él vio a través de mí y mira hasta donde llegó. Te casaste con él.

Al ver el gesto tenso de David, un atisbo de entendimiento llegó hasta Catherine. Su mente giró en un torbellino de recuerdos. El común denominador era la voz de David, animándola, leyéndole, regañándola.

“Si una mujer oculta con tanta habilidad su afecto a la persona amada, quizá pierda la oportunidad de ser correspondida y sería muy triste consuelo que el resto del mundo tampoco lo supiera”.

(...)

—La reciprocidad es la banca del pequeño, no lo olvides, también traeré algunos de mis favoritos, si no te gustan, no tendrás más remedio que despertar y recriminarme, mon ange...

—*Me gusta “mon ange”. Me gusta que me llames así. Me gusta el tono de tu voz cuando pronuncias mi nombre o mon ange...*

(...)

—No es que me aburra la novela —soltó una risa—, bueno, de nada vale mentir, me aburre como un demonio, creo que la próxima será un test y después retomaremos la novela. —Soltó un suspiro—. Ojalá pudiera hacer más por ti, si te cansa mi presencia, solo tienes que despertar, mon ange...

(...)

—¡Tienes una boca espectacular! Siempre pienso en tus labios, sobre todo cuando llevas labial rojo. —Escuchó que dejó el tubo de crema o lo que fuera encima de la mesa de noche—. No dejaré de pensar en tu boca toda la jodida noche.

(...)

—Nombra tres cosas que conozcas de mí. De ti, sé que tomas el café con una cucharada de azúcar, pero prefieres tu té de *rooibos*, tu color favorito es el rojo y te mueres por el *cheesecake* de agraz de Buttercream, a donde vas por lo menos una vez a la semana. Ah, eres fanática de Ellen Degeneris, aunque digas que no ves shows de televisión, y no te gusta *Juego de tronos*, lo que no entiendo, porque el viejo George creó un mundo paralelo al nuestro, de sangre, sexo y guerra... Jodidamente perfecto.

—¡Tú! No fueron sueños o visiones de loca. Tú estuviste conmigo todo el

tiempo. Me leías, me ponías música. ¡Estuviste a mi lado! —David guardó silencio y evitó mirarla, como si de pronto el jodido paisaje marítimo tuviera suma importancia. Una gruesa tensión se arremolinó en el aire—. Recuerdo muy poco a Mark y sus visitas. —Se acercó hasta él tratando de que la mirara —En cambio, tú, estuviste conmigo todo el tiempo. ¡Mírame, David!

Y luego, con claridad meridiana, recordó el beso. David la había besado, el increíble hombre que tenía frente a ella, la amaba y no tenía idea del porqué, pensó que era un simple capricho, el no poder tenerla, el no haberla ganado de mano a Mark, o a lo mejor lo había sabido todo el tiempo y se engañaba como siempre, curiosa por lo que descubriría sin el velo de lo que era su vida antes del accidente, necesitaba saber.

—¡Me besaste!

David volteó a mirarla, la intensidad de sus ojos oscurecidos la asustó un poco, se veían casi grises. Estaba tenso, dispuesto a saltar sobre ella.

—Me llamas “mon ange”...

David cerró la distancia que los separaba, con un rápido tirón la envolvió entre sus brazos. Ella era la persona más importante de su vida, y aunque lo había destrozado que estuviese enamorada de otra persona, lo había asumido y respetado, ahora la vida se la devolvía, ya era suficiente, no más.

Le acunó el rostro con las dos manos, mirándola concentrado, pidiendo su aprobación. Catherine cerró los ojos y se rindió a él, no quería luchar más contra lo que se había ido construyendo a lo largo de los años, negarlo sería de tontos.

—Quiero estar contigo —rogó él—, solo déjame estar contigo.

David, nervioso y con el ansia loca de devorarle la boca, saboreó ese momento, el antes de un hecho inevitable, sagrado, y cuando por fin pudieron unir sus labios, soltó un profundo gemido y se perdió en la textura de la piel, en el aliento dulce, en la respiración agitada, le pasó el brazo por la espalda y con la otra mano la agarró del cabello para acomodar su cabeza y apoderarse por completo de su boca, la besó con una desesperación que le fue devuelta. De repente, el pasado reprimido fue liberado con furia, el beso se desbordó y más después de la manera en la que ella le respondió. Tuvo urgencia por besarla toda, repasarla con su boca, hasta sus rincones más recónditos y apoderarse de su alma, que olvidara su pasado. Tendría que hacerlo o moriría chamuscado, se sentía arder. Esto era el amor, besar con amor, puro fuego y en medio de él, una gran euforia. La pegó más, si se podía, y con temor de ahogarla con su ímpetu, se separó de ella un momento.

—Qué bien sabes —jadeó—, sabía que sería así. Te deseo y tomaré lo que quieras darme. No aguanto más.

Cuando Catherine abrió la boca para responder, sus labios se estrellaron de nuevo. Le robó el aliento y se lo devolvió, en esa caricia le demostró que cualquier beso disfrutado antes había sido un error, que estaba donde debía estar, donde siempre debió estar. Sus lenguas se encontraron de nuevo, de una manera deliciosa y agresiva que hacía que ella apenas se sostuviera en pie. De no ser porque él la tenía aferrada por la espalda, sus piernas no la habrían sostenido. El saberlo cercano por fin la hacía desearlo más. Las ganas revoloteaban por su cuerpo, estaba segura de que saltarían chispas si se encontraban piel con piel. Necesitaba sentirlo, tocarlo, fundirse en él. Se separó un poco.

—Vamos a la cama.

Era su sueño, observó sus ojos oscuros, brillantes, repletos de pasión, él le devolvió un gesto repleto de incertidumbre, pero por encima de eso, estaba su mirada hambrienta que pareció encenderla más. Ese momento era la culminación de incontables ensoñaciones e innumerables fantasías, su deseo secreto manifestado. La calzó en su cintura, ella abrió las piernas enseguida a lado y lado y se acomodó. Mientras subían las escaleras, él recitó en su oído:

—Te he tenido en mi cama tantas veces, no tienes idea, he imaginado tu cuerpo, tu sabor, te he hecho mía, muchas, muchas veces. Mis manos eran tus manos y me han llevado al orgasmo infinidad de veces. Catherine, sueño que te follo de todas las formas posibles. Quiero que estés bien mojada cuando me una a ti, porque no seré suave, no esta primera vez. Quiero hacerte temblar, quiero hacerte venir muchas veces, hasta que me digas no más.

Catherine hubiera tenido un orgasmo solo con que él siguiera recitando su necesidad, sus anhelos. Su confesión le ocasionó una tremenda ternura y urgencia de unirse a él.

Llegaron a la habitación de él, que ella no conocía, amplia y sencilla, con una enorme cama en toda la mitad.

—Hazme lo que quieras.

El cuerpo de David respondió al instante, su sangre alcanzó el punto de ebullición, su miembro se alargó aún más.

—El sueño de todo hombre —dijo con una sonrisa ladeada, tirándola en la cama y devorándole de nuevo la boca, agradecido por la confianza que ella le brindaba.

Se separó de ella, se quitó la camiseta con celeridad y se bajó el jean y la

ropa interior de un solo movimiento, sin dejar de mirarla. “Santo Dios”, era perfecto; solo una cicatriz en su abdomen, seguro producto de alguna cirugía, le hacía aterrizar en el plano de los mortales. Su expresión transformada por la excitación. Catherine sacó su camiseta con celeridad y él la ayudó con el short que quedó a los pies de la cama con el resto de ropa. Ella quedó en ropa interior. La mirada codiciosa de David, que amenazaba con devorarla, le cortó la respiración.

—Quiero hacerte tantas cosas —dijo él, mientras se acomodaba un condón y masajeaba el miembro de pie frente a ella y con una mirada llena de promesas carnales, sucias, prosiguió—: Las haré realidad, todas.

—Por favor... —susurró ella, que se apoyó en los codos sin dejar de admirarlo.

Se acomodó sobre ella y llevó sus dedos dentro de su ropa interior, se percató de lo mojada que estaba, la penetró con los dedos con facilidad, en una caricia que la llevó al límite y eso que aún no la había penetrado.

“Sabe tocar el jodido piano”.

Sus manos, hábiles y ávidas, crearon una melodía solo para ella. Sus ojos parecían querer atravesarla cuando quedó desnuda para él.

—Eres jodidamente perfecta, mon ange...

A Catherine nunca unas palabras tan sencillas la habían emocionado tanto, ese apelativo era la confirmación de que no lo había soñado, de que él había estado en el infierno con ella.

David le chupó y le mordió el cuello y los hombros, estaba segura de que le quedarían una o varias marcas.

—¿Qué haces? —preguntó ella, en medio de un jadeo.

—Hacerte mía y que todo el maldito mundo lo sepa.

Le chupó los pezones, le abrió más las piernas, la acarició con pericia y cuando ella le rogó por enésima vez que la hiciera suya, la penetró hasta el fondo. Ambos gimieron. David se sentía ebrio por toda esa piel desnuda. Acarició sus curvas y contornos. Quedó inmóvil sobre ella, sin dejar de mirarla y luego empezó a mover sus caderas adelante y atrás, llenándola totalmente. Maldijo el uso del condón, quería sentirla piel con piel, se prometió que lo haría. El roce y el frenesí de los movimientos aumentaban el calor. Quería correrse y a la vez que nadie los separara nunca más. Morir enterrado en su interior. Entraba y salía sin pausa, con un ritmo experto al que ella respondía con gemidos, jadeos y la piel de su cuello y sus pechos sonrojada, signos de su excitación. Ni su más caliente fantasía se comparaba

con esto, era ella debajo de él, ella quien gritaba su nombre, ella quien lo aprisionaba, sentía que perdía el control, pero no le importaba en lo más mínimo. El orgasmo se arremolinó en su vientre y con un gemido gutural se corrió como si llevara años sin hacerlo. La liberación parecía nunca acabar.

—Abre los ojos —dijo él con voz ronca—. Quiero que me mires a la cara mientras hago que te corras.

Catherine quería gritar, los sonidos de las fricciones de sus cuerpos unidos llegaban hasta ella en una sonata que no había escuchado jamás. No era suave, pero ella no quería suavidad. En cada empuje, su alma podía escuchar la melodía del amor no correspondido, de los sueños y la profunda soledad que cubría a David como una armadura. Con la respiración atrapada y el cuerpo tenso en espera de la liberación, le dijo al oído:

—Muérdeme otra vez.

En cuanto David la complació, se lanzó a una catarata de sonidos y colores que la llevaron por el camino de la dicha.

Apenas descansaron unos minutos cuando David estuvo dispuesto para ella una vez más. Perdieron la noción del tiempo, se hizo de noche y la oscuridad los encontró amándose todavía. Cuando se tomaron un descanso, Catherine se sentía como si estuviera bajo el agua, desmadejada. Fue incapaz de pronunciar palabra, su cuerpo estaba hipersensible, su boca hinchada, estaba algo adolorida y totalmente saciada. David la arropó, se acostó a su lado, la acunó y apoyó la quijada en el hueco de su hombro. Labios suaves reverenciaron sus hombros y su cuello, allí donde ella había pedido que la mordiera y luego llevó los labios a su boca, un beso reverente, un beso amoroso que significaba más que todo el sexo que acababan de compartir. Era el beso de un hombre muy enamorado. Supo que estaba en problemas.



## CAPÍTULO 20

Mark se paseaba con paso furioso por el estudio de su padre. Le había costado dos jodidos días ocultarle la deserción de su esposa, pero al no verla a su lado en la primera aparición de la campaña, lo había llamado nada más terminar la reunión. Aunque se trataba de una reunión sin importancia en la universidad de Georgetown, la prensa había especulado sobre la ausencia de Catherine.

Henry entró en la habitación sin apenas mirarlo y farfulló unos buenos días, mientras Leonora entraba con una bandeja con dos cafés.

—¿Se puede saber qué estupidez cometiste ahora y cuánto me va a costar?

—¡No hice absolutamente nada! Catherine recordó lo ocurrido.

Henry lo miraba con ese gesto desdeñoso que una vez más le dijo a Mark que nunca estaría a la altura de su padre.

—Eres un condenado imbécil. —Palmeó con fuerza el escritorio—. Te dije que te mantuvieras lejos de esa furcia.

—¡Lo cumplí! Terminé con ella, pero Catherine no quiere saber nada de mí.

El padre tomó varias inspiraciones mientras trataba de moderar su enojo.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué diablos lo recordó ahora? Todo parecía ir bien.

Mark negaría que fue la presencia de Melanie la que desencadenó el recuerdo. ¡Maldita fuera su suerte! No tenía idea de dónde se había metido, en un principio pensó que había corrido a esconderse donde Dylan, pero el hombre no se había aparecido por su casa en esos días. Con su profesor tampoco estaba, no tenía idea de dónde más buscar.

—He puesto mucho dinero en esto y no voy a dejar que tu mierda me haga perder un centavo. —Henry negó con la cabeza sin dejar de mirarlo.

—Papá...

—Estoy cansado de limpiar tu mierda, pienso que lo único bueno que has hecho en esta vida fue casarte con esa joven. Aunque tenía mis recelos, el tiempo ha demostrado que es una buena mujer. ¿Dónde está?

—No la encuentro.

Henry soltó un improperio.

—¿Cómo que no la encuentras? No pudo desaparecer ¿Ya enviaste a Jackson?

—Sí, ya está buscándola, pero no ha habido resultados.

—No me importa qué vas a hacer, la quiero de vuelta en casa, a tu lado, que es donde debe estar, le prometerás lo que quiera, si tienes que cortarte las pelotas, lo harás. Dale el dinero que quiera.

—No la conoces, padre, a ella no le interesa el dinero. Ella solo quiere una carrera como pianista.

—¡Pues se la darás! Dile a Jackson que me mantenga informado, y te advierto algo, si tu candidatura se ahoga, te cobraré hasta el último centavo.

Henry salió de la habitación sin despedirse. Mark quedó como encogido, de pronto un tremendo cansancio lo invadió y tuvo la urgente necesidad de tener a Catherine a su lado. Volvió a sentir la extraña presión que su padre ejercía sobre él, como cuando era un niño. Se sintió cansado de todo. Tenía el presentimiento de que Catherine estaba esperando esa oportunidad, como si no deseara más que abandonarlo de inmediato, como si en su interior supiera todo el tiempo que él le había fallado. Estaba dividido entre dos mujeres y el nepotismo de su padre. Catherine era su esposa, estaba acostumbrado a ella, la respetaba, era suya. Melania era la pasión de su vida, lo llenaba de euforia y de gozo, eso no podía negarlo.

Se pasó la mano por el cabello, cuando su padre se entrometía en sus cosas, todo se venía abajo. No entendía por qué. El imperio de su padre crecía día a día, la carrera de David iba en ascenso y pronto se convertiría en el mejor cirujano cardiológico del país, y él, en cuanto decidía su camino, aparecía su padre a dañarlo todo. Exhaló un leve suspiro, de pronto se sintió muy viejo, pero tendría que sobreponerse. Por el momento lo urgente era encontrar a su esposa y tratar de arreglar las cosas con ella.

El sol se mostraba en un cielo despejado y sin nubes, sus rayos retozaban con las olas del mar, en un vaivén tranquilo. Unas personas corrían por la playa a esa hora de la mañana, otras más valientes y sin importar el frío del mar, se aventuraban a sus aguas. David, con una taza de café en la mano, observaba el panorama. Salir de la cama fue difícil, pero necesitaba dejarla descansar, y también poner la situación en perspectiva, apenas habían dormido la noche anterior, pero él se levantó descansado. Recordó su conversación con ella en la madrugada.

—No soy una mujer infiel —dijo en voz baja sobre su pecho.

—Sé que no lo eres. —David le besó la coronilla y la abrazó, tranquilizándola.

Ella levantó la mirada.

—He estado con Mark por cuatro años. No me siento mal por esto, me niego a sentirme mal por esto —dijo, acariciándole la mandíbula.

—Eso me alegra.

—Creí que lo amaba.

Lo que menos quería era hablar del imbécil en su propia cama, pero al parecer para ella era importante.

—¿Creíste?

—He estado equivocada. Estoy confusa, pero me siento muy bien a tu lado, como si este fuera mi lugar.

—¡Es tu lugar!

Ella lo miró a los ojos.

—Lo sé, dame tiempo para arreglar las cosas.

—No me voy a ningún lado, lo importante es que tú te mantengas firme en luchar por la vida que quieres, ya sea conmigo o en solitario.

—Si de algo estoy segura en este momento es de que estuve equivocada.

—¿Respecto a qué?

—A todo —concluyó con voz triste.

David volvió a su presente. Su mayor fantasía se había hecho realidad, tener a Catherine en su cama, él mirándola mientras la hacía suya había sido su sueño de todos esos años, desde que la había conocido. Ver su mirada de deseo y su gesto en el momento en que se corría, era... Había estado con multitud de mujeres, había disfrutado de mucho sexo a lo largo de su vida, pero lo vivido la noche anterior con Catherine era diferente y no sabía si alegrarse, volver a la cama y repetir la experiencia, o salir corriendo y no mirar atrás.

El nudo en el estómago le hablaba del miedo a perderla y que volviera con su esposo, porque por más que ella dijera que ya no sentía nada por Mark, a ojos de todo el mundo, todavía era una mujer casada. Quiso marcarla y borrar de su cuerpo y su alma cualquier vestigio o recuerdo de su matrimonio. Quería hacerlo sin protección y dejar algo de sí mismo en lo más profundo de su interior, para que ella lo recordara cuando no estuviera con él. Nunca se había sentido así con otra mujer. Quería más. Quería esas cosas que no sabía si ella querría. Quería estar con ella las veinticuatro horas del día, ser su único

refugio, Quería toda una vida juntos. Por primera vez en su vida, quería más de una mujer que lo que ella quería de él, quería convertir sus deseos en vivas realidades. No toleraría, después de probarla, después de saber todo lo que se había perdido esos años, que ella lo dejara.

Su carrera de médico lo era todo para él, tantos años luchando por ser el mejor, estudiando y planeando una vida que él creía que le traería felicidad, pero llegó Catherine y volteó su mundo patas arriba. Había aguantado con estoicismo su matrimonio, y ahora el destino, o la vida, había puesto las cosas en su lugar, la tenía para él o eso creía, así fuera en calidad de préstamo, y no pensaba dejarla marchar. Aunque conocía a los Spencer, no se iban a quedar de brazos cruzados, no, ellos usarían sus armas para hacer desistir a Catherine de un divorcio y más con la campaña en ciernes. Ella tendría que revestirse de acero para enfrentarlo, la pregunta era: ¿lo haría? Él era consciente de que existían lazos más fuertes que el amor, en ese momento la rabia y el despecho, tenían herida de muerte el alma de Catherine, ¿qué pasaría cuando en el momento de sopesar su matrimonio, de pronto viera más ventajas que desventajas? Ella no sabía aún que clase de cabrón era su marido y él no iba a ser quien le quitara la venda de los ojos. Eso tendría que descubrirlo ella misma.

Caminó hasta la cocina con pasos desganados, la situación no sería fácil en los próximos días, lo más importante era que el cabrón de Mark no se acercara y que ella hablara con un maldito abogado para obtener el divorcio.

Catherine escuchó la voz de David que le daba los buenos días al oído. Abrió los ojos y vio que aún estaba en la cama grande. Al moverse, le dolieron algunos músculos. Los postigos de las ventanas que daban a la playa estaban abiertos de par en par, los rayos del sol iluminaban el entorno. Era un esplendoroso día de verano. Su mirada vagó por las paredes donde colgaban un par de fotografías de paisajes. Se apoyó en un codo y sonrió a David, que la observaba acostado a su lado.

—Hace horas que te espero.

Su expresión risueña la contagió.

—Creo que quedé algo cansada.

—¿Te estás quejando?

Él se acomodó encima de ella, que recordó todo lo vivido la noche anterior.

—No me estoy quejando.

Las manos de David le acariciaron los muslos y ascendieron de manera

peligrosa hasta su vientre.

—Entonces podemos empezar la jornada con un rapidito, mon ange...

Ella soltó la carcajada, se quejó y se contorsionó debajo de él, que la aferró con más fuerza.

—No me he lavado los dientes, diablos, ni siquiera he ido al baño. —Sus palabras se silenciaron bajo los besos de David—. David...

Se negó a sentirse culpable por haber despertado en la cama de David. Se sentía demasiado feliz, como un gato al sol, pero era algo más, esa felicidad sencilla que experimentaba en ese momento superaba todos sus razonamientos. La desazón emocional sentida desde que había vuelto del coma no estuvo presente esa noche. Aparte de hacer el amor habían hablado mucho, también le gustaba mucho quién era cuando estaba al lado de David, se sentía libre, tocando el cielo de su música con dedos alados, la amó de una manera que ella olvidó hasta su propio nombre.

—Te quiero así... déjate amar. —Su amor por ella le agregaba un matiz irresistible a la profunda emoción de sus palabras; su voz se hacía ronca por la insistencia.

—Pero...

—Chsss...

Dos horas después, ya bañados y vestidos, salieron a desayunar al pueblo. David sonreía, extasiado, y la complacía en todo. A ella le apetecía comer algo dulce de desayuno y quiso una torta de caramelo y un café. Fueron a la pastelería del pueblo, donde otra de las seguidoras de David, esta de bastante edad, los atendió. El lugar olía a pan recién horneado. El día anterior no habían cenado, solo comieron unos frutos secos y queso con vino en la madrugada. Se morían de hambre. Se sentaron a la mesa, una camarera los atendió y en minutos degustaban tortas, *croissants* y café. Al ser domingo, varias familias sentadas a la mesa los rodeaban.

—¿Qué haremos hoy? —preguntó ella, mientras se limpiaba la boca con una servilleta—. Quiero otro croissant.

David llamó a la mesera y pidió otra orden de panes.

—Estás hambrienta. Me gustan las mujeres con buen apetito —aseveró, sin dejar de mirarle los labios, que aún tenía hinchados por todos los besos compartidos. En una noche se había aprendido su textura y sabor, y estaba loco por más. Se dijo que tendría que controlarse o ella saldría corriendo.

—Sí, hay que recuperar calorías.

David dejó a medio camino la taza de café y levantó una ceja.

—Eres una quejumbrosa.

—No, no es queja, disfruté cada cosa que me hiciste. ¿Solo te gustan las mujeres de buen apetito?

—Me gusta cierta mujer de cabello negro, labios matadores, cuerpo de diosa —se acercó a ella y le susurró al oído—, que folla como los dioses y que se come todo lo que hay en la mesa. —Levantó un dedo—. Se me olvidaba lo más importante, toca el piano como los ángeles.

Ella sonrió y lo miró con el deseo en la profundidad de sus ojos, que esa mañana ostentaban la tonalidad del vino tinto, se puso duro al momento recordando un momento exacto de la noche anterior, cuando en medio del silencio, su respiración hizo una melodía que todo el tiempo le indicó el camino, adoraba conocer tantas cosas de ella que no había percibido.

—No me has contestado qué haremos hoy.

—Podríamos pasear por la playa un rato, dar una vuelta en auto hasta la ciudad, podríamos almorzar allí o podemos volver a la casa y no salir de mi cama hasta dentro de una semana.

—Me gusta la idea de la cama y no salir en una semana. Aunque hace años que no doy un buen paseo.

Una sombra de preocupación tiñó la mirada de David al recordar que ella no era libre, podrían toparse con algún fotógrafo de la prensa que se preguntara que hacía la esposa de uno de los candidatos al Senado de paseo con otro hombre en una ciudad vecina. Tendría que recordar que, a pesar de las circunstancias, Catherine tenía otra vida, aún no era completamente suya.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

David se acercó más y le habló en voz baja.

—No es por mí, Catherine, pero lo de salir juntos, ¿será conveniente? Se vienen días duros y no deseo ponerte en una situación embarazosa.

—No tiene que ser un problema, eres casi de la familia. Nos comportaremos. —dijo en tono de voz de remilgado.

Él asintió y volvió a su desayuno. Ella quiso tocarlo, besarle la barbilla, deshacer su ceño arrugado.

—Acabamos de convertirnos en amantes. El hecho de que mi madre haya sido la sirvienta de los Spencer y yo haya tenido la ventaja de una buena educación para beneficio de ellos, créeme, no nos hace familia. —Soltó un fuerte suspiro—. No quiero hacer nada que te cause daño, eso es lo único que me importa.

Catherine deseaba disfrutar de esos días encerrados en una burbuja, los

sentimientos que bullían dentro de ella la tenían aterrada y se imaginaba que David estaría igual. Tomó su mano y la apretó.

—¿Eras feliz con Mark los primeros años?

—Eso creía. Nuestra relación no ha sido de amigos, lo estimo, pero él apenas me cuenta sus cosas, no me respeta como tú, no hay esa camaradería que pienso debe tener todo matrimonio.

—¿Lo quieres?

—¿Por qué me preguntas eso? Estoy furiosa, pero no de la manera en que creo que lo estaría una mujer muy enamorada que descubre que su marido la engaña, eso me ha dado mucha tristeza y mucho qué pensar.

—Te lo pregunto porque quiero verte segura del paso que vas a dar. Me preocupa que después te arrepientas.

—Ya deja de preocuparte. Necesito un abogado, ¿podrías recomendarme alguno?

—Sí, claro que sí, ¿estás segura de que es lo que quieres hacer?

Catherine no contestó enseguida. Salieron de la pastelería y caminaron por la calle saludando a los pocos conocidos con los que David se topaba.

—He recordado muchas cosas y quiero que seas honesto conmigo.

—Siempre.

—¿Por qué mientras estuve en coma recuerdo muy poco a Mark? Tengo una terrible sensación de abandono que no me gusta nada, como cuando murió mi madre.

“¡Dios!”.

David pensó seriamente en decirle la verdad, pero sería poco hombre de su parte pretender conquistarla ensuciando a alguien más. Ella merecía saberlo, sin embargo, no creía que ese fuera el momento. Le habían sucedido muchas cosas en poco tiempo, había que darle un respiro, acababan de iniciar algo, que además de dicha, generaría muchos problemas. No iba a atormentarla haciendo patente el abandono de Mark.

—Él estuvo pendiente de ti, al comienzo mucho más.

—¡Claro, se sentía culpable!

—Cada persona tiene una manera muy diferente de lidiar con el dolor, mon ange. Unas lo enfrentan, otras lo evaden, pero siempre has sido apreciada por los Spencer, pusieron todos los recursos habidos y por haber a tu disposición.

Catherine negó con la cabeza.

—No contestaste mi pregunta, pero en esa omisión está la respuesta.

—Mon ange...

Caminaron por la playa en silencio, ella recogió piedras blancas, conchas y restos de corales de color blanco. El móvil de David vibró en su pantalón. Atendió la llamada, que era del hospital. Lo escuchó hablar un rato y dar una serie de instrucciones, le gustaba mucho su tono de voz autoritario.

—Tengo que ir al hospital. ¿Quieres acompañarme?

—Prefiero esperarte aquí —dijo ella mientras levantaba un pedazo de coral.

Él le aferró entre sus dedos la barbilla y la hizo levantar la mirada.

—No quiero irme, me quedaría contigo, pero es una emergencia pediátrica. Si me niego, estoy seguro de que mi equipo presentará la dimisión. No están muy contentos con mi reemplazo y eso que no han pasado dos jodidos días.

—Doctor Foster, debes atender tu trabajo. Descansaré un rato y tocaré el piano, haré la cena y te esperaré.

En cuanto entraron a la casa, la arrinconó contra la puerta y le devoró la boca.

—Cuando pronuncias “doctor Foster”, no puedo evitar pensar en ti debajo de mí. Esa imagen me acompañará toda la jodida tarde.

—Vuelve pronto a mí, mi amor. —Ella le tocó el rostro y él, emocionado porque era la primera vez que lo llamaba “mi amor”, en un gesto algo brusco pegó su rostro al de ella y la besó con el ansia y el deseo intactos, como si la noche anterior no hubiera transcurrido, tuvo temor de que se la arrebataran y profundizó la caricia con el ánimo de marcarla, invadirla con su índole atormentada y posesiva. Al cabo de unos segundos, le introdujo la lengua en la boca, mientras ella gemía y apretaba el abrazo como si quisiera fundirse en él. Estaba excitado otra vez y ya iba por los botones de la blusa cuando ella lo detuvo.

—Mi amor, te están esperando.

—Debería anular la consulta y diferirlo a otro profesional.

—No serías tú si lo hicieras, te conozco. Aquí te espero.

Él asintió, le dio un beso en la frente y salió. Ella escuchó que arrancaba el coche. Paseó por la habitación hasta que llegó al piano. Se sentía tan bien que tenía muchas ganas de tocar. Se sentó frente al instrumento pensando en él, le gustó imaginarlo inmerso en sus pacientes, salvando vidas, acompañando, dando consuelo, eso la hizo sentir profundamente orgullosa. Le gustaba lo que hacía y su manera de hacerlo. Empezó con una melodía sencilla, de calentamiento, a medida que pasaban los minutos, se sintió feliz, era un buen

día y creyó que podría componer algo.

## CAPÍTULO 21

—Doctor Foster, doctor Foster. —La niña de cinco años extendió los brazos hacía David.

Él gruñó imitando a Shrek.

—Estás en mi pantano, niña, y eso es algo muy malo.

—Tú no eres Shrek, doctor Foster, no eres verde.

—Créeme, a veces amanezco verde, pequeña —dijo David, tomando sus signos vitales. Su madre estaba al otro lado de la cama.

—Buenos días, Silvia.

—Buenos días, doctor Foster, parece que amaneció de buen humor.

David sonrió, era un gesto raro en su lugar de trabajo, trataba de moderar su talante serio delante de los niños, eran las únicas personas que conocían su lado amable. Samantha era una niña de cuatro años con tetralogía de Fallot, no había sido candidata para la cirugía correctiva en una primera instancia, se había manejado con procedimientos paliativos, pero David había ideado un nuevo procedimiento que podría elevar la llegada de oxígeno a sus pulmones y corregir así el problema. Desde su residencia en Hopkins había trabajado en ello con excelentes resultados.

—Samantha, pequeña, necesito que estés tranquila, vamos a aplicarte un medicamento que te hará dormir, me dicen las enfermeras que anoche estuviste agitada.

—Tuvo una pesadilla, doctor —señaló la madre.

—No fue pesadilla, fue verdad.

David se sentó en la cama y tomó la mano de la pequeña.

—Cuéntame.

—Tuve un sueño feo, hay un monstruo debajo de la cama, se ríe y gruñe.

—¿Lo has visto?

La chiquilla niega con la cabeza.

—Pero lo oigo.

David la escuchó con la importancia que se merecía.

—Vamos a investigar.

Se arrodilló ante las dos mujeres y examinó debajo de la cama.

—No veo nada, pero mira lo que encontré.

David dejó encima de la cama un chocolate.

—Es igual al que usted nos trae, doctor Foster.

—No es un monstruo muy original, pero estoy seguro de que quiere ser tu amigo. No tienes nada que temer. En tres días será la cirugía y luego podrás hacer lo que quieras. Montar patines, bicicleta, bailar ballet.

—Quiero patines.

—Esa es mi chica. —Chocó puños con ella.

Le acarició la cabeza, dio instrucciones a la madre y salió rumbo a la sala de cirugía, donde estaban el residente y su equipo de enfermeras e instrumentadoras especializadas en cirugías cardíacas de infantes. Entró en la sala, en la mesa un bebé de apenas año y medio estaba anestesiado, listo para la operación. Le pidió a la enfermera con una seña que pusiera música. Las notas del piano de un concierto de Rachmaninov, otro de sus pianistas favoritos, se deslizaron por el lugar. Dos horas después le daba a los padres, una pareja de origen pakistaní, la buena nueva de que su hijo había superado con éxito la cirugía.

Mientras caminaba al consultorio, imágenes de lo ocurrido la noche anterior asaltaron sus pensamientos. Al escuchar la respiración de Catherine en su oído, podía jurar que había melodía en cada inspiración, y luego, cuando le pidió como un tonto enamorado que dijera su nombre y justo lo volvió a decir en medio de... Dios, verla llegar al orgasmo era algo majestuoso, era la misma expresión que tenía cuando estaba conectada con la música, éxtasis total, podría ser un cabrón machista, pero lo fascinó ponerle esa expresión en su rostro y su cuerpo, suspiró recordando la suavidad de su piel, sus curvas perfectas. “Estoy jodido”, caviló, su alma suspiró al recordar que su mundo entero se desvaneció la noche anterior cuando se apropió de su boca, pero el mundo le dio una jodida patada en el estómago, al ver a Henry con gesto grave caminando hasta él.

—¿Tienes un momento?

David puso rostro de granito.

—Voy para el consultorio —comentó.

—Vamos a mi oficina, que está más cerca —ordenó Henry.

Para bien o para mal, Henry Spencer había encarnado para él la figura paterna desde que era un crío, una muy mala figura, pero fue su ejemplo en ciertas cosas y su rechazo en otras. Sobre todo, en la manera de tratar a su hijo Mark. Él no sería capaz de ser un padre tan atroz. David no era mal jugador de

póker, pero este hombre era capaz de adivinar los secretos más oscuros de la gente, por algo estaba en la cima de la montaña. Si hubiera querido ser presidente, lo habría sido hacía mucho rato. A él poco le importaba que supieran que Catherine se quedaba en su casa, pero no estaba listo para dejarla marchar aún, sin la promesa de que dejaría al imbécil del esposo, tenía que tener la seguridad de que los Spencer no la llamarían con sus cantos de sirena y promesas falsas. Necesitaba crear lazos fuertes con ella que le hicieran difícil alejarse, recurriría a todas las tretas con tal de ganar, había sido paciente cinco jodidos años, ya no más, si la habían perdido, no la tendrían de vuelta, Catherine era suya, pero para jugar el juego tendría que ponerse por encima del viejo. Algo nada fácil.

Pasaron por delante de una secretaria, que los saludó, circunspecta, y entró junto a ellos al lugar. La mujer llevaba una serie de documentos para su firma que dejó en el escritorio frente a Henry y se retiró. El hombre le ofreció asiento a David delante del escritorio.

—¿Quieres beber algo? —preguntó. Lo notó fatigado.

—Un café está bien. ¿Cuándo fue tu último chequeo médico?

El hombre lo miró con aprecio.

—No lo recuerdo, hijo. Ruth, trae dos cafés solos, por favor.

—Quiero que te hagas un chequeo.

—Más adelante. ¿Tienes idea de donde está Catherine?

—¿Perdón? —preguntó para ganar tiempo y parecer genuinamente sorprendido.

—Tuvo una discusión con Mark hace tres días, no sabemos dónde se encuentra.

David frunció los hombros ante la mirada de halcón de Henry.

—Debe estar con alguna amiga, el violinista, ¿ya le preguntaron?

—Te estoy preguntando a ti, creaste lazos con ella durante su enfermedad, estás enamorado de ella.

—Eso es una fantasía tuya, Henry, amo mi trabajo, es lo único que me importa, y follo a las mujeres que quiero. No necesito atarme a ninguna.

Henry soltó una sonrisa sarcástica.

—Te conozco más de lo que crees, hijo —David quiso chirriar los dientes al ser llamado así de nuevo—, ¿de verdad no te interesa saber de ella? ¿Si tuvo una recaída y ahora anda perdida quién sabe en dónde?

David se levantó y caminó por la estancia.

—Deberías darles aviso a las autoridades, entonces.

Quiso enfrentarlo, no por él, pues le resbalaba lo que pensara el viejo, por ella, que no merecía la cárcel en la que la querían enclaustrar. Necesitaba tiempo.

—Tengo a mi jefe de seguridad buscándola por toda la ciudad, de una manera muy discreta, claro.

David apoyó ambas manos en el escritorio.

—¡Por supuesto! ¡La campaña! Debes estar muy preocupado, no puedes botar tantos millones al caño, pero puedes permitirte, cada idea de tu hijo es así. ¿Recuerdas el verano del primer año de universidad?

—No voy a hablar de los fracasos de mi hijo —previno Henry al recordar una idea de negocio de Mark sobre suministros hospitalarios, que salió muy mal, la empresa la creó con un compañero de universidad que lo único que quería era llenarse los bolsillos, la primera negociación se hizo sin problemas con suministros de excelente calidad, no así la segunda, en que la calidad bajó tanto, que cuando se dieron cuenta, ya era demasiado tarde y Henry tuvo que indemnizar a cientos de pacientes y pagar una multa gubernamental.

David negó con la cabeza.

—Lo que debes estar sufriendo para que todos esos trapos sucios no salgan al sol.

El hombre respondió:

—Cría cuervos y te sacarán los ojos.

—Henry, yo agradezco mucho todo lo que has hecho por mí, pero te recuerdo que han sido mis capacidades las que me han puesto en el lugar en el que estoy. Mi madre fue tu trabajadora por once años y trabajaba más que todos los miembros del servicio, era la primera en levantarse y la última en acostarse, así que cada cosa que nos diste fue ganada a pulso.

—Te has vuelto un hombre duro. Ten cuidado, David, puedo hacer de tu vida un infierno.

—No te tengo miedo.

—Todos cometemos errores, conscientes e inconscientes que pueden dar al traste con todo lo que hemos trabajado, no me hagas dar luz a los tuyos.

David elevó las cejas.

—¿Es una amenaza?

—Tómalo como quieras.

David se dijo que esa conversación había tomado unos derroteros que no los llevarían a ninguna parte.

—¿Qué fue lo que sucedió? ¿Por qué discutieron? ¿Otra vez tu hijo anda

poniéndole los cuernos?

Henry levantó una ceja.

—Eso no es de tu incumbencia, si ella se llega a comunicar contigo, debes avisarnos a Mark o a mí.

David soltó un resoplido.

—Tu nuera y yo no nos llevamos bien.

—No me vengas con ese estúpido cuento, la amas desde hace mucho y espero que por su bien y el de Mark, si se comunica contigo, nos informes enseguida.

“Sí, claro, enseguida”.

—Está bien, si me disculpas, tengo pacientes que atender.

David salió del hospital con ánimo sombrío, la ira bullía a través de él, la presión, tenía el presentimiento de que ganarían de una u otra forma y no sabía qué diablos hacer. No iba a ser el otro en discordia, ni de coñas, deseaba ayudarla a resolver las cosas, alejarla de esos malditos, el pensar que Mark volviera a tocarla o a sentirla le hizo muy mal a su genio. “Ubícate, David, nada de eso ha pasado”, se dijo con fiereza. “Ella apostará por ti”. Antes de tomar la vía a Long Island entró a un centro comercial e hizo varias compras.

Catherine había estado al piano casi todo el día, a excepción de una llamada a Sebastián, al que le contó todo y le dijo que estaba con David. Recordó las palabras del hombre. “Ten cuidado, Catherine, no juegues con fuego hasta no tener resuelta tu vida, por lo poco que conozco de David, es una persona leal y esperará lealtad de tu parte”. No podría jugar con él, lo amaba, ese amor escondido durante tanto tiempo necesitaba salir a la luz, desde antes del accidente lo quería, por eso odiaba a todas sus mujeres, por eso buscaba los momentos para estar a solas con él, solo para mirarlo, conocía muchas cosas de él que pasaban desapercibidas para el resto de gente, menos para ella. A lo mejor la infidelidad de Mark era la oportunidad que le daba la vida de hacer las cosas bien, de ir en la dirección correcta. Había estado casada con el hombre equivocado. No quería precipitarse tampoco, le pidió a Sebastián que la ayudara a buscar un abogado y le rogó que no revelara a nadie su paradero.

Trabajó en una melodía nueva, sus dedos volaban sobre el piano en la misma comunión de siempre, con la diferencia de que la euforia del amor estaba presente en cada nota y en cada melodía, esta melodía era para él, el

día había sido perfecto, el amanecer, la mañana, la soledad de la tarde y ahora el atardecer, todo eso estaba en la melodía que estaba creando, deseaba que ese maravilloso estado de dicha fuera infinito, deseaba quedarse en esa burbuja clandestina para siempre.

Escuchó el coche de David y siguió tocando, cuando él entró y la vio al piano, la energía del aire cambió de pronto, un estremecimiento la sacudió cuando se acercó a ella. Le acarició los brazos. Ella levantó la vista y vio su imagen en espejo que estaba frente al piano. Era guapo de muerte, no, guapo, no, hermoso, con el mechón de pelo que caía en su frente y sus ojos, entre fieros y tiernos, no creía antes de conocerlo en una descripción así, pero así eran los ojos de David, una dicotomía que tenía que ver mucho con su carácter.

—Eres tan hermosa —dijo en tono de voz ronco—, desde el día que te conocí he tenido una jodida fantasía.

—¿Cuál es? —pregunta ella, poniendo fin a la melodía, sin dejar de admirarlo.

—Tú, desnuda, tocando para mí.

Catherine notó el ánimo sombrío en el que estaba David. Se miraron durante largo tiempo, en abierto desafío, su mirada ardía, el amor, el fuego, la ira, la pasión, todo en el azul tormentoso de sus ojos. Ella se desabotonó la blusa, las manos de David, hábiles y contenidas, la liberaron de la prenda y del sujetador, lo escuchó tomar una inspiración profunda. Sus dedos resbalaron por el contorno de sus pechos hasta descansar en sus pezones.

—Son perfectos —confesó, con la voz ahogada de excitación—. Quise hacer esto, tocar tu piel, besarte y chuparte los pechos desde el primer momento en que te vi. Estoy loco por ti.

Su mirada llena de verdades le impidió respirar. Un fuerte gemido fue la respuesta de Catherine a su cumplido. Los delicados dedos de David descendieron por la suave piel del abdomen.

—Hubieras sido un pianista talentoso, lo juro —dijo ella en medio de un jadeo. Escuchó su risa como un ronroneo sobre la piel de su cuello, lo que la encendió más. Sus manos se deslizaron por entre el short y la ropa interior, ella dejó de tocar el piano y se deshizo de la ropa mientras él la tocaba como si estuviera estrenando una melodía.

—Tengo que alejarme, tengo que verte —dijo, como si estuviera sometido a una lenta tortura—. Dios, eres más bella que en mis jodidas fantasías. —Se quitó la camiseta y se desabrochó el pantalón, liberando su miembro, que

acariciaba mientras la miraba.

Catherine se quedó quieta con las manos recostadas en los muslos.

—Toca el jodido piano —gruñó él.

Ella puso sus dedos en el instrumento sin dejar de decirle:

—Eres mandón.

—No tienes idea. Verte así, no sabes lo que me hace, no tienes ni idea —dijo, emocionado—. Toca la melodía que tocabas cuando entré, me imagino que es una de las tuyas.

Ella le regaló una sonrisa y empezó el concierto.

Cada hombre y mujer en el mundo tiene una fantasía recurrente que muy pocas veces puede hacerse realidad, a la que acude cuando quiere un orgasmo rápido o intenso, depende de las circunstancias, ya sea en solitario o en pareja, y generalmente no tiene que ver con el objeto de su afecto. La fantasía de David desde hacía cinco años era una sola y la estaba experimentando en vivo y en directo. Estuvo a punto de correrse cuanto la vio desnuda tocando una melodía, sublime. Era perfecta, su cabello, algo corto, dejaba libre la tersura de su cuello y de su nuca, el perfil de su cuerpo, los senos de pezones erguidos, la línea de su vientre, y las manos flotando entre las teclas del piano.

—El fin de un día especial —aseveró David sin atreverse a acercarse, mirándola extasiado y olvidando su visita al hospital. Tuvo la certeza de que nada lo haría sentir en su vida como se sentía en ese momento.

—Bonito nombre, me gusta.

Sus ojos se oscurecieron más a medida que la miraba. Catherine se percató del impulso primitivo que lo gobernaba debajo de una superficie calmada. ¿Hasta dónde llegaría? Se contenía y como si ella lo hubiera llamado, se acercó. La besó detrás de la oreja, le mordisqueó el cuello y los hombros, mientras ella terminaba la melodía en un lento arpeggio. David la levantó y la tomó por los hombros, la hizo girar y la sentó sobre la superficie del piano.

—Abre las piernas. —Se sentó frente a ella, que, obediente, hizo lo que pedía, él le acarició los muslos con los nudillos y sus dos dedos se deslizaron por entre la hendidura de sus piernas. Ella echó la cabeza hacia atrás. Un gemido rompió el silencio de la habitación cuando los dedos fueron reemplazados por la lengua. Lo miró a los ojos, vio el resplandor de su necesidad y se apretó contra él, retorciéndose. Su calor la abrasaba mientras él hacía magia con los dedos, la lengua y trataba de sofocar el fuego. La mantuvo quieta, lamiéndola y besándola, siguiendo la corriente de energía que manaba de su cuerpo tembloroso, empujando y halagando. Lento, paciente e

inexorable, como si la grabara. Cada gesto de David llevaba implícito el deseo de marcar. Su sensual boca, ansiosa y atrevida, la incitaba más y más.

—¿Eres mía? —preguntó con voz atormentada mientras la acariciaba con los dedos.

—Soy tuya —admitió ella, delirante.

Catherine quiso meterse dentro de su piel, tocarlo todo, probarlo todo con él. A nada le habría dicho que no en ese momento y lo habría seguido al fin del mundo.

—¿Me quieres dentro de ti?

Cuando su cuerpo tembló y un orgasmo potente estalló moviendo el mundo de su eje y olvidando todo, excepto el momento y el hombre que la devoraba.

—Dentro, encima, de lado... —contestó ella con necesidad, él le regaló el sonido ronco de su risa.

Catherine no se dio cuenta en qué momento David se puso un condón. Sin dejar de mirarla, ni siquiera cuando la besó, la acomodó encima de él y la penetró, aferrando las manos a sus caderas, ella enroscó las piernas a su cintura, él se dio la vuelta manteniéndola en su regazo, quedando de espaldas recostado al piano, para maniobrar mejor, lo que permitió que ella se pudiera mover con libertad. Enterró su cara en el cuello de la joven y se le alborotaron más las ansias al percibir el aroma del perfume que él le había comprado el día en que ella, distraída, hacía sus compras. La mordisqueó, excitándola hasta hacerla gritar. Ambos comenzaron a moverse en un ritmo sensual y lento lleno de sentimientos que expresaban mucho más que un simple encuentro o una follada. Eran dos amantes haciendo el amor.

—Creo que me estoy quemando —dijo Catherine, mientras se balanceaba sobre David, cediendo a sus emociones, sin espacio para nada más.

—Siento tu calor, es como estar en el jodido cielo con las llamas del infierno alcanzándome.

—Yo creo que... — David silenció sus palabras con un beso fiero. Ella temblaba en sus brazos, deslumbrada y perdida.

Sus cuerpos se mezclaron en una ola interminable de placer, atravesando cimas, valles y abismos. Él era insaciable, el placer de Catherine era su placer y su alimento, la empujó más allá de sus límites, derrumbó todas sus barreras, alivió sus temores, hasta los más recónditos, los dejó hechos polvo en el piso, la adoró, como si ella fuera su joya más preciada, hasta que, entregada y suplicante, le dijo que le pertenecería por siempre.



## CAPÍTULO 22

—Te ves y te sientes tan bien, toda caliente y húmeda, creo que serás mi succulento desayuno —ronroneó David sobre ella esa mañana al despertarse, al tiempo que con un lapicero, dibujaba un teclado en su abdomen, unos centímetros abajo del ombligo.

—¿Qué haces? —preguntó Catherine en medio de una carcajada. Ella miró su hermoso rostro, su mandíbula con barba de tres días, su mirada brillante, cálida, concentrada.

—Voy a tocar el piano en el cuerpo de mi mujer.

A Catherine le gustó el tono contundente con el que pronunció “mi mujer”, era suya, en cuerpo y alma, como no lo había sido nunca de Mark, este amor, esta pasión que escapaba por sus poros no se parecía en nada al cariño que sintió por su esposo, saberlo la entristeció por la cantidad de años desperdiciados. En cambio, David era el sol que mantenía cálida su alma. La picardía en sus ojos le aceleró los latidos del corazón. Observó el dibujo, no era perfecto, plasmó una cantidad de teclas de lado a lado para la interpretación.

—Quería escucharte en el piano de la sala —insistió ella.

—Oh, mon ange, no solo me escucharás, me sentirás. Sus manos resbalaron hasta la abertura de sus piernas.

Ella soltó otra carcajada y él volvió a su dibujo.

—Eres un descarado.

Sus dedos se desplazaron por el teclado pintado, su rostro mostraba un gesto serio, concentrado.

—Vamos a ver si adivinas qué melodía voy a tocar.

Ella le acarició el cabello mientras los dedos de David tocaban despacio las teclas. Dejó de acariciarlo, concentrada en su toque, inmobilizada y sin dejar de mirarlo, sentía la piel hecha música, los dedos de él arrancaban melodías como aleteos de pájaros, mientras acariciaba el teclado hecho en su piel.

Al minuto Catherine recitó:

*Asegúrate de que tu corazón arda,  
y sostén y mantén el amor  
tanto como el otro corazón ardientemente lata  
con su amor por ti.*

David elevó la comisura de los labios, porque ella reconoció la melodía que tocaba, que había sido inspirada en ese poema.

—*Sueño de amor* —continuó ella—. No creo que seas un pianista de pena.

—La tocaste el día que nos conocimos —interrumpió él—, y la madrugada que casi mando todo al diablo y te beso. ¿Habría habido alguna diferencia? —levantó la mirada con gesto vulnerable.

Catherine no le contestó, le aferró la cara y sedienta, buscó su boca. Sus labios y lenguas se enredaron en un beso que parecía no acabar. La pasión, unida a la melodía que les atravesaba el alma al unir sus pieles, los encerraba en el campo magnético del amor. Catherine se separó un momento.

—La melodía de la piel. —David le devolvió un gesto interrogante—. Eres mi melodía de la piel, podría componerla en este momento, algo nunca sentido, ni en el mejor de los conciertos. Ámame, David, sé mi melodía.

A pesar de las circunstancias en las que estaban viviendo su amor, Catherine nunca se había sentido tan libre; tenía la sensación, ante cada caricia de David, de que podría desplegar sus alas y volar. Él deslizó la mano hasta el vértice de sus piernas y en voz baja y susurrante le dijo cuánto la deseaba y necesitaba. La acarició con destreza, alborotándole más las ansias. Entró en ella profundamente, con las sensaciones alborotadas, con el sueño de querer compartir su vida con ella, con el deseo que, en vez de disminuir, aumentaba con el paso de los días.

Catherine se sentía en llamas, la mirada de David era su fuego, eran uno solo, así el mundo exterior jugara en su contra. El roce de pieles, los jadeos y las vibraciones llevaban música, ritmo, remontados en una ola de placer en medio de una sinfonía perfecta, volvían a nacer, más fuertes, más vulnerables, más enamorados.

—Quiero llevarte a Chicago esta noche, mañana podríamos ir de compras, cenar en Everest, bailar en un *night club*, alquilar una suite en el Four Seasons, follarte contra el ventanal mientras observamos la ciudad —concluyó con voz áspera, mientras adobaba un pollo para la cena. Catherine, que preparaba la ensalada, lo miró asombrada.

—Tienes una manera muy peculiar de invitar a una chica.

—¿Lo dices por la cena en Everest o por el baile? —Una sonrisa adornó sus facciones.

Catherine soltó la risa y le tiró un pedazo de lechuga que él agarró y se metió en la boca. Habían pasado seis días desde que llegaran a la cabaña. No deseaba salir mucho, de ser por ella viviría eternamente en esa burbuja imbuida en la niebla de amor y erotismo en que la tenía David, además, tenía temor de que Mark diera con ella. Sabía que el tiempo se le agotaba y era el momento de tomar las riendas de su vida.

—¿Por qué Chicago?

—¿Por qué no?

—Porque tienes pacientes, aquí estás cerca, sé lo importantes que ellos son para ti. Dijiste que te tomarías un descanso, pero has ido al hospital todos los días.

David metió la refractaria en el horno y se acomodó detrás de ella. Sus manos agarraron sus nalgas mientras le mordisqueaba el cuello.

—Observadora —dijo—, me gusta.

Ella soltó una risa y se dio la vuelta en sus brazos.

—Te he observado todos estos años, eres alérgico a las nueces, tomas el café solo y sin azúcar, aunque no sé por qué, ya que te gustan los dulces, eres caballeroso con tus parejas, así te importen muy poco —David resopló—, eres leal, como un escudero, has sido el escudero de Mark toda la vida, aunque los últimos años han sido muy difíciles para ti. Amas la música con veneración, te transporta a una etapa feliz de tu vida, quisiera saber más sobre eso, eres muy observador, hubieras sido un gran concertista así lo niegues.

David tenía un nudo en la garganta. La miró con semblante concentrado y le dio un beso suave y le puso un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Gracias —susurró.

Se alejó de ella, necesitaba poner distancia unos momentos, se distrajo abriendo la nevera y sacando un par de cervezas, le brindó una. Sus palabras corroboraban lo que había sentido siempre, siempre fueron ellos dos. Tomó un sorbo de la bebida y habló.

—Iríamos a Chicago por varias cosas, la hija de una prima de mi madre es una muy buena abogada de divorcios, podría asesorarte, además, quiero que salgamos, quiero pasear contigo, en Chicago podríamos pasar desapercibidos como una pareja normal, no creas que no me doy cuenta de que te estás escondiendo, llevas dos días sin salir a correr.

—No me dejas salir de la cama en las mañanas, tú tampoco has salido a

correr, aunque siento que estoy haciendo más ejercicio que antes.

—Soy un muy buen entrenador.

—¡Ja!

—¿Lo dudas?

—Nooo...

—Quiero que todos sepan que estás conmigo.

—Debemos ser prudentes.

David agachó la cabeza, aferró ambas manos a lado y lado de ella, dejándola encerrada. La arrinconó contra el mesón.

—Me prometí que no te presionaría. —Se alejó de ella y se aferró el cabello con ambas manos, mirándola, preocupado—. Creí que sería más fácil, que me tranquilizaría en cuanto avanzaran más las cosas, pero es jodidamente peor y más si sé que tú te sientes igual que yo...

—Lo sé —corroboró ella—. Volveré mañana a Nueva York y hablaré con Mark enseguida. No quiero esconderme más.

—¿Podríamos regresar el sábado?

—No hay problema. —Suspiró aliviada, tendría tres días más antes de enfrentarse a los Spencer.

—No te voy a dejar sola.

—Tendrás que hacerlo, no te quiero involucrado cuando todo mi mundo quede patas arriba.

David se quedó en silencio, no le llevaría la contraria, pero que se olvidara de que iba a enfrentar al par de tiburones ella sola.

—Volviendo al tema de Chicago. El Colegio de Cardiólogos, en su gala anual, en la Sociedad Médica, me hará un reconocimiento por los avances logrados en la cirugía de niños con tetralogía de Fallot.

—Doctor Foster —exclamó ella, sabía que no podría acompañarlo al evento, sería como gritarle al mundo: “¡Aquí estoy!”, y no quería hacer nada que pudiera perjudicarlo—. Ese reconocimiento merece una felicitación muy especial.

—¿Qué tan especial?

La expresión de David se transformó en una juguetona, Catherine se acercó más a él, ahuecó su mandíbula y le dio un profundo beso, observó su mirada cargada de deseo y algo mucho más profundo que oscureció sus ojos.

—Para lo que quiero hacer será mejor que apagues el horno.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Llegaron a Chicago casi a la media noche. David había organizado los turnos con su reemplazo sin mayores problemas, su equipo tendría que acomodarse con él. Despejó la agenda de cirugías programadas para la siguiente semana. Se hospedaron en el hotel y David hizo todo lo que le prometió que haría mientras iban sentados en los asientos de primera clase del vuelo nocturno. Catherine disfrutaba de su faceta juguetona y apasionada, de ese humor algo sarcástico que solo mostraba a los más allegados, como amante era lo que siempre supuso de él, demandante, ingenioso y muy apasionado. Al día siguiente, después de un copioso desayuno y vestidos con jeans, camiseta y tenis, se dedicaron a disfrutar de la ciudad. Catherine se puso unas gafas de sol que había comprado una tarde en una tienda de Babylon, David le había pedido que no usara ninguna de las tarjetas, porque los Spencer podrían rastrearla. Entraron en Starbucks por un par de cafés y tomados de la mano, como cualquier pareja, caminaron sin ningún afán. David la había provisto de efectivo, ella se prometió que le pagaría cada centavo invertido en ella. Fueron a Saks Fifth Avenue en la Avenida Michigan, donde él preguntó por una de las vendedoras, al minuto apareció una mujer en la treintena, de ascendencia oriental y rostro muy amable, quien parecía se había comunicado con David el día anterior. En sus manos traía una prenda. El traje llamó la atención de Catherine enseguida, era un vestido de diseñador, rojo, elegante y sobrio, estaba segura de que sería costoso, ella habría dudado en cargarlo a su propia tarjeta.

—Es precioso... —señaló, mientras tocaba la textura de la tela.

—Ya está vendido —contestó él—, eso me dijo la vendedora.

—Es una lástima, de todas formas, debe ser un traje muy costoso —contestó, distraída, no quería gastar más dinero de los Spencer, ese tren de vida ya no era para ella, aunque el vestido que la tentaba fuera precioso.

La vendedora y David intercambiaron una mirada cómplice.

—Me puedes traer todo lo que tengas en talla cuatro, por favor, de preferencia en rojo —señaló Catherine a la joven sin dejar de observar el vestido rojo.

David le dio una palmada en el trasero.

—Anda, ve a probarte tu nuevo vestido.

Catherine soltó la risa y lo miró asombrada.

—¿Es en serio? —David hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. ¿El vestido es para mí?

—Sí, mon ange... —Le sonrió como un niño y preguntó en voz baja—: ¿Te

gusta?

—Es precioso, no tengo palabras...

—Pruébate, quiero ver cómo te queda —repuso, entusiasmado.

Cuando salió con el vestido, sus ojos se abrieron, ella desfiló y dio una vuelta frente al espejo. Le quedaba como un guante.

—Mírate —dijo la palabra en un tono de voz de evidente placer masculino.

—Lo usaré con unos stiletos negros y aretes largos.

—Yo estaré más que feliz de quitarte el vestido cuando volvamos al hotel. —Levantó un dedo—. Lo que me recuerda que debemos dar un paseo por La Perla.

—No te gusta mi ropa interior —sonrió, pícara.

—Estoy seguro de que no es tu estilo esa ropa la compraste de emergencia, quiero verte de encaje y seda, deseaba comprarte algo de eso desde hace días, pero no me atrevía, además es muy poco lo que duran esas prendas en tu cuerpo cuando estoy cerca.

—Compré esas prendas porque no pensé que iba a terminar en tu cama.

David la obsequió con una mirada sarcástica.

—No te creo, anoche me dijiste que me deseabas desde mucho antes.

Ella negó con la cabeza.

—Lo que somos capaces de hacer las mujeres por sexo, no creas todo lo que sale de nuestras bocas cuando estamos buscando un orgasmo.

—Estoy muy seguro de que decías la verdad, el vino ayudó, también.

Ella se acercó a él, le acarició el pecho y le habló al oído.

—Sí, te deseaba y mucho, me mortificaba y me sentía culpable, soñaba con tus manos, tocándome, dándome placer.

—¿Solo mis manos? No mejor no contestes o nos encerraremos en el probador y que se joda el mundo.

Volvió la mirada al espejo, se veía bien, había ganado algo de peso en los últimos días. Se tocó el cabello.

—¿Te gusta mi cabello así de corto?

—Eres perfecta con el cabello corto, largo, sin él —respondió él, recordando su estadía en el hospital.

—No tengo dinero en este momento para gastar —señaló ella, algo incómoda.

David le aferró la barbilla y fijó su mirada.

—No tienes que preocuparte por eso, me gusta complacerte, déjame darte

gusto, consentirte.

Catherine frunció el entrecejo, a lo mejor esa era la norma de David con sus mujeres, regalar prendas íntimas, vestidos hermosos, llevarlas de viaje... De pronto se sintió mal.

—La respuesta es no.

—¿De qué estás hablando? No te he hecho una pregunta.

—Tu mirada me la hizo. No voy regalando ropa por ahí.

—No tengo derecho a reclamarte nada, es tu vida —contestó, mortificada.

—Tienes todos los derechos —refutó él—, absolutamente todos.

Almorzaron en un restaurante de comida hindú ubicado en Navy Pier, en la tarde se reunieron con Hope Miller, una atractiva mujer de unos treinta cinco años, que fue muy amable con Catherine y le indicó los pasos a seguir para entablar la demanda de divorcio. Se sorprendió cuando Catherine le dijo que no deseaba un solo centavo de la fortuna de los Spencer, a pesar de que había firmado capitulaciones, en caso de divorcio tenía derecho a una indemnización que le permitiría empezar de nuevo. Ella fue firme en insistir que no quería ese dinero. Luego volvieron al hotel a prepararse para su noche especial, que iniciaría con una cena en el Everest, uno de los restaurantes más famosos y elegantes de Chicago, y después concluiría en alguna discoteca. Salieron algo tarde para el restaurante, por minutos casi pierden la reserva, porque David no se había aguantado y le había hecho el amor antes de salir, de pie, con los stiletos puestos, detrás de la puerta. La cena y el vino les aflojaron la lengua, se contaron muchas cosas, ambos se percataron de que podían hablar de cualquier cosa.

—Una pregunta.

David blanqueó los ojos.

—Habla —ordenó, mientras tomaba de su copa de vino.

—¿Cuándo estaba en coma no sentiste ganas de sobrepasarte conmigo?

David levantó las cejas, sorprendido.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Soltó una risotada—. ¿Me estás preguntando de manera indirecta si te metí mano?

Ella frunció los hombros.

Él soltó otra risa y negó con la cabeza varias veces mientras observaba el color del vino. No era una pregunta superficial, así la hubiera hecho en tono juguetón, veía en sus ojos la incertidumbre. La había deseado tanto, era como una maldita enfermedad virulenta cuando la veía revolotear alrededor de

Mark, buscaba pretextos para estar cerca de ella y olfatear su jodido perfume, empezaba a sudar frío y estaba seguro de que sufría palpitaciones. Así había sido siempre, desde el primer día. Recordó que una noche, cuando estaban recién casados, después de una de esas cenas en su casa, a las que siempre se juraba no volver a asistir cuando se despedía, se había follado a una mujer que conoció en un bar, solo porque llevaba el condenado perfume de Catherine, el mismo cuyo aroma había flotado a su alrededor toda la velada, excitándolo. La folló toda la noche con los ojos cerrados, hasta que pronunció el nombre venerado, y la mujer lo separó de un empujón. Sí, no estaba muy orgulloso del bastardo que había sido, pero cuando ocurrió el accidente, fue como si apartara la necesidad física de ella, verla acostada en esa cama con su mente de viaje y sin saber si habría retorno, le hizo aflorar el instinto protector, la urgencia de estar a su lado cada noche, protegiéndola de todo, tendiendo un puente, una conexión entre el mundo real y el imaginario de sueños que la circundaba. Si ella supiera... Carraspeó antes de contestar.

—Te he deseado desde el momento en que te conocí, pero en esas circunstancias solo quería protegerte, estabas tan indefensa, la noche que te besé, soñé que te perdía, después me sentí un cretino, tú estabas vulnerable y yo no tenía derecho a esa caricia no consentida.

Ella aferró enseguida su mano.

—Sentí tu beso, fue un gran consuelo para mí. —Él le regaló una sonrisa algo triste—. Me gustó que me hablaras, que te acostaras a mi lado, te conocí como eres realmente. Bajaste la guardia y estoy segura de que eso me ayudó.

—Me alegra mucho saberlo, mon ange...

Encontraron una discoteca en la Avenida Michigan con Harrison. Bailaron hasta la madrugada, en que algo achispados, tomaron un servicio de Uber que los dejó en el hotel.

Al día siguiente, Catherine pidió dos jarras de jugo de naranja con el desayuno, mientras David se comunicaba con el hospital para saber de sus pacientes.

—Vamos a la ducha —dijo David tirando el móvil encima de uno de los sofás y jalándola de la silla hasta que quedó frente a él—. Soy muy bueno refregando.

—No te creo, a ti solo te interesan dos partes.

—“Las dos partes de tu cuerpo que hacen las cosas más sucias son las que yo más quiero”. No lo digo yo, lo dijo James Joyce a su amante y entiendo al

pobre diablo. Soy meticuloso con las partes que me interesan.

—Tienes una mente muy sucia —señaló ella, caminando hacia el baño y quitándose el pijama en el proceso.

Se ducharon y con sendas batas afelpadas se sentaron a desayunar: gofres, huevos, beicon, café, Catherine solo pudo tomar jugo y beberse un café. En cambio, David dio cuenta de todo lo que estaba en las bandejas.

—Quiero contarte algo —manifestó él tan pronto terminó de desayunar.

Catherine alzó las piernas sobre el sofá, la bata resbaló mostrando sus esbeltas piernas. David recordó la noche anterior, estar con ella era lo más parecido a la felicidad que había experimentado en mucho tiempo y luego estaba esa necesidad que atizaba el fuego que lo consumía, estaba jodido, solo pensaba en ella, en el placer, en su cuerpo, en la manera apasionada en que se le brindaba, en que después de cada encuentro aumentaba su hambre, que se había vuelto un adicto, a su sexo, a su piel, a sus jadeos, a la sensación inmarcesible de tenerla debajo de él, de estar dentro de ella. Si Catherine lo dejaba no sabía qué diablos iba a ser de su vida.

—Te escucho —dijo ella, lo tomó de las manos y le besó los nudillos.

—Conocí a mi padre.

Catherine lo miró, sorprendida por la noticia y por el ligero temblor que percibió en su voz. David le parecía una de las personas más fuertes que conocía.

—Son buenas noticias —señaló ella con cautela ante el tono utilizado y la seriedad en su semblante. Le acarició el dorso de las manos.

—Te vas a sorprender.

—¿Ah, sí?

—Es Sebastián.

Ella pareció no comprender en un primer momento, luego lo miró, confusa.

—¿Mi profesor? —David asintió—. Pero... ¿cómo puede ser? ¿Cuándo lo descubriste?

David le contó de sus encuentros en el hospital cuando ella estaba en coma, de cómo al ver el retrato de su madre en el despacho supo quién era. De su reacción cuando al fin el hombre se decidió a revelárselo. Ella estaba sorprendida, aunque tal vez no tanto como debería. Ahora que conocía el parentesco, se le hacía evidente el parecido entre los dos. El mismo cabello oscuro, los ojos, la mandíbula.

—¿Qué vas a hacer?

—No voy a hacer nada —contestó, contundente.

—David, es tu padre...

—¡No quiero saber nada de él! —interrumpió David enseguida—. Nos abandonó, si mi madre no me habló de él, me imagino que como hombre y como padre no valía la pena. La vi partirse el lomo en casa de los Spencer cada día de su vida hasta que murió.

—No es justo, David, él tiene derecho a que lo escuches. Tú eras un niño muy pequeño.

Él volteó la cara, desconcertado, y después le regaló una sonrisa amarga.

—Tenía tres años. —Negó con la cabeza varias veces—. Perdió todos los malditos derechos el día que nos abandonó.

—Conozco a Sebastián hace años, no puedo juzgar su carácter ni tampoco los motivos por los que te dejó a ti y a tu madre, pero pienso que debes escucharlo, deberías darle una oportunidad.

—No merece una sola oportunidad, no creí que te solidarizarías con él. —replicó, molesto. Se levantó como un resorte, caminó hasta el closet y sacó su ropa de correr.

—Es un buen hombre y el hecho de que quiera enmendar su error dice mucho de él.

—¿Y por eso tengo que darle una maldita medalla?

Sin esperar respuesta, se encerró en el baño y salió unos minutos después. Catherine lo miraba sin saber qué hacer para recuperar la armonía de antes de la charla. Salió sin despedirse.

## CAPÍTULO 23

Catherine se cambió sin saber qué más hacer, el móvil de David vibraba, pero no se atrevió a contestar. Se acercó a la ventana, lucía un sol espléndido. La conmovió la mirada de vulnerabilidad de David en medio de su costra dura, pudo imaginarlo de niño, ella sabía lo que se sentía, también había crecido sin padre. Detrás de su talante serio se escondía un alma soñadora y noble, esperaba que pudiera perdonar a Sebastián, ambos se merecían estar en la vida del otro. Dormitó un rato en el sofá, quiso salir a dar una vuelta, pero deseaba estar allí cuando él volviera. Volvió hora y media después, la miró preocupado en cuanto entró a la sala de la suite. Se despojó de la camiseta, que tiró en un rincón.

—¿Cómo te sientes? —preguntó ella, él se limitó a mirarla sin decirle nada—. Háblame, por favor.

Él se dirigió a la pequeña nevera y sacó una botella de agua, Catherine nunca se cansaría de ver la perfección de su cuerpo, era un hombre en armonía con sí mismo y con su entorno, aunque en ese momento quisiera mandarla al diablo. Bebió de la botella y la dejó en una mesa.

—Lo siento, no debí involucrarme.

—No tienes por qué sentirlo, aunque no esté de acuerdo, aprecio el gesto, mon ange. —Su rostro se ensombreció un poco—. Admiro que haya tenido las pelotas de enfrentarme, podría haberlo dejado estar.

Había dicho “mon, ange”, ya no estaba molesto. Sin embargo, lo notaba precavido, y le habló con el deje de arrogancia que, ya había notado, utilizaba cuando quería esconder algo. Deseó acercarse y abrazarlo, pero quiso que él fuera el que diera el primer paso.

—Si mi padre estuviera vivo...

—Las circunstancias de la falta de padre en nuestra niñez fueron muy diferentes —replicó él, pero no la miró mientras lo decía y pareció ponerse tenso otra vez—, tú madre enviudó, mi padre se largó.

—David, no estoy segura de que esa sea una buena perspectiva, podrías escucharlo, a veces, las circunstancias hacen que lo más sano que una persona puede hacer por otra, es alejarse.

—Una enfermedad no es excusa para no luchar por una familia, mi madre era buena, inteligente y muy hermosa.

—Eres un hombre de creencias firmes, compasivo con la gente que te importa. Harás lo correcto, estoy segura.

—Mil gracias por la confianza, pero soy solo un hombre algo cabreado con el padre que lo abandonó siendo un niño pequeño.

—Me causa curiosidad que me lo digas ahora, es algo que sucedió hace meses y por lo visto no has tomado la decisión de acercarte a él.

—Quise contártelo, porque es tu profesor y eres su alumna, a lo mejor sacaré el tema más adelante.

—Es eso —opinó ella escéptica—, o a lo mejor ya estás preparado para escucharlo.

—No apuestes por ello.

—No perderé la esperanza.

David se refregó los ojos un momento, negando con la cabeza. Catherine comprendió que él no estaba dispuesto a ceder y era entendible, la falta de uno de los padres es insustituible, casi todas las carencias emocionales de las personas derivaban de esa circunstancia.

—¿Hubieras preferido no enterarte del parentesco? —inquirió ella.

David soltó un suspiro. Hizo el ademán de retroceder, como si se echara hacia atrás en su asiento.

—Me preguntaste una vez por qué amaba la música —dijo—, ahora que mi padre apareció en escena, un recuerdo viene a mi mente de tanto en tanto, no puedo precisar el rostro del hombre que me sentaba en sus rodillas y tocaba el piano para mí. Estoy seguro de que era una melodía de Rachmaninov, notaba su aliento cálido, la seguridad que me brindaba, su cariño. —Endureció el semblante—. Por eso no quiero tener trato con él, la sensación de pérdida es devastadora así sea para un niño de tres años.

—Oh, David.

Pensó en Henry, por el que experimentaba sentimientos encontrados, pues independientemente de lo mal padre que fue para Mark, estuvo siempre para él. Por primera vez desde que Catherine había ido a buscarlo a la consulta, se sintió mal, estaba siendo desleal con ellos, al margen de los problemas que asolaban a la pareja, la relación entre ellos había agregado un ingrediente más a la tarta de problemas de la familia, tuvo que recordar que Mark era un imbécil adúltero y su padre un manipulador de duro corazón para poder aliviar la culpa, pero recordó que ellos también estaban transgrediendo las

reglas y fue difícil aliviar el remordimiento. Maldijo por lo bajo, si no hubiera cometido tamaña estupidez la noche que la había conocido, no estarían en esa situación ahora, estaba seguro.

David la invitó a pasar la tarde en el museo de Arte Contemporáneo, un lugar con una arquitectura moderna y audaz. Recorrieron los diferentes salones, con obras desde artistas impresionistas hasta de vanguardia. Salieron horas más tarde, ella notaba a David meditabundo.

—Háblame.

—Mi madre me llevó una vez al antiguo vecindario donde vivió con mi padre. Ocurrió poco antes de que le diagnosticaran el cáncer. Esa tarde, frente a una de las casas de la cuadra, me habló por primera vez de él. No me dijo mucho, pero era un indicador de que estaba preocupada por mi comportamiento. Había tenido problemas con Mark y algunos de sus amigos, que eran unos imbéciles.

Catherine le apretó la mano en un gesto destinado a consolar, se abrió a ella y no le era nada fácil. Se quedó callado unos instantes, ella no lo apresuró.

—Me señaló una escalera y dijo: “Cuando tu padre llegaba a casa primero que yo, se sentaba allí contigo en sus rodillas y jugaban todo el tiempo. Tú tuviste un padre, por poco tiempo, es cierto, pero lo tuviste, no se te olvide, no le hagas caso a Mark o a sus amigos, ellos podrán decirte muchas cosas. Te harán sentir que vales poco, pero es porque eres más inteligente que ellos y mejor persona. Cuando crezcas y la vida los enfrente, lo sabrás”. Ella murió meses después.

Catherine quiso abrazarlo, consolarlo de alguna forma, se paró frente a él.

—Tú madre era una mujer sabia, la vida te ha demostrado la clase de hombre que eres. Un guerrero, mi guerrero. —Lo abrazó.

—Hoy la he tenido todo el día en la cabeza. Me dijo que disfrutara de la vida, que hiciera lo que de verdad me apasionara, así fuera repartir periódicos, que lo importante era ser feliz.

—Me hubiera gustado conocerla, hubiera hecho buenas migas con mi madre, que también tenía lo suyo —reconoció con sinceridad y sonrió—. Hubiera sido genial.

—Hubiera sido genial —repitió David, deseando lo imposible, le dio un beso en la cabeza y caminaron un rato por el lugar. Comieron en un restaurante de comida griega y volvieron al hotel, ya que David tenía que cambiarse para asistir al evento en la Sociedad de Cardiología.

—Quisiera poder acompañarte.

Él sonrió y se terminó de anudar el corbatín del esmoquin, se veía soberbio vestido de traje formal, la barbilla recién rasurada, el cabello peinado hacia atrás. Una ola de celos la asaltó por no poder estar a su lado esa noche y reclamarlo como suyo ante todos sus colegas. Estaba segura de que habría allí varias médicas locas por él y no las culpaba.

—Yo también quisiera estar contigo esta noche, es mi primer reconocimiento, pero tan pronto vuelva podemos salir otra vez, hay un lugar cercano al Navy al que quisiera llevarte.

—Las enloquecerás a todas —dijo, en tono molesto. Se levantó, se acercó a él lentamente y lo rodeó con su cuerpo, habían hecho el amor tan pronto volvieron del museo, ella llevaba puesta una de sus camisetas.

David sonrió, divertido, y alzó una ceja.

—¿Estás celosa?

—Como no tienes idea. —Él la abrazó—. Mi hombre está muy guapo y no quiero que piense en nadie más que en mí cuando esté recibiendo el premio —dijo con aire posesivo.

—Es solo un reconocimiento —dijo él cuando volvió a hablar. La contempló largo rato, quiso rogarle que lo acompañara sin importar las consecuencias, su cara mudó a una de asombro cuando la vio caer de rodillas ante él y bajarle la cremallera del pantalón, acarició su miembro, que ya estaba duro—. ¡Catherine!

Nada sería más satisfactorio en ese momento para ella que verlo perder el control, lo acarició, lo chupó, lo devoró mientras sus ojos oscurecidos la observaban. Con movimientos más profundos y un ritmo más rápido, su boca lo tomó entero, hasta que él aferró su cabello y se adueñó del control.

—¡Joder! Catherine —rugió. Ella intensificó el ritmo mientras lo escuchaba decir todas las cosas que le haría cuando volviera. Echó la cabeza hacia atrás en medio de temblores mientras se deshacía en su boca con fuerza, percibió su respiración agitada en consonancia con la de ella hasta que sus empujes se volvieron lentos y luego se detuvieron—. Tal vez debería quedarme —dijo mientras trataba de normalizar la respiración. La levantó y la abrazó y la sentó en sus piernas en uno de los sillones.

—Debes irte, no quiero retrasarte más. —Sonrió sobre su pecho.

—Estoy muy enamorado de ti, gracias a ti empiezo a conocerme un poco más. Aunque en realidad solo me importas tú.

—Yo también te amo —respondió ella enseguida, acariciándole la barbilla —. Vete de una vez, estaré esperando a que vuelvas.

—Dímelo otra vez.

—Te amo, *Je t'aime, Ti amo...*

La besó de nuevo, vehemente y posesivo, hasta que percibió que la había dejado sin respiración. Con el pulgar recorrió el contorno de su rostro, como si estuviera apreciando su tesoro más valioso, era suya, por fin Catherine Watson era suya.

David se levantó con desgana, entró al cuarto de baño, y en minutos salió arreglado. Se despidió y al llegar a la puerta, se volvió a mirarla. Le guiñó un ojo y se marchó.

Catherine se dio una ducha. Quiso tocar el piano, así fuera en uno de los salones del hotel, sonrió solo de pensarlo, la felicidad la embargaba, la música sería el complemento ideal para otro día perfecto. Se acercó a la ventana y disfrutó un rato de la vista, aunque le gustaba mucho la vida en la ciudad, se había aficionado a la casa de Babylon, la tranquilidad del paisaje, muy diferente a la mole de cemento que era la Gran Manzana. Pidió algo de comer. Se dijo que una buena película sería una buena opción mientras esperaba a David.

A los pocos minutos golpearon la puerta, y extrañada por la rapidez del servicio, abrió. Incapaz de pronunciar palabra, permaneció congelada mientras escuchaba una voz que percibía lejos, así quien hubiera pronunciado la frase estuviera frente a ella.

—Hola, Catherine.

Henry Spencer la miraba con una mezcla de ira y satisfacción. Tuvo el deseo de cerrarle la puerta en las narices, no solo a él, sino a un mundo al que no deseaba volver.

—Veo que te he sorprendido, ¿no me invitas a pasar? —Ella quiso decirle que no y recibirlo en alguno de los restaurantes del hotel, pero Henry pasó por su lado y entró a la habitación sin esperar su consentimiento—. No te preocupes, hija, Mark no tiene idea de que estoy aquí.

Catherine salió de su trance al tiempo que lo invitó con un gesto a que tomara asiento. Su tono de voz estaba lejos de tranquilizarla. La mente de Catherine empezó a trabajar a millón, ¿cómo diablos la había encontrado? Viendo a su suegro, compuesto y elegante como siempre, no estaba segura de estar lista para una confrontación. No en esas condiciones de desventaja, si Henry la había encontrado, entonces sabía de su romance con David, se

reprendió por tonta y por haber bajado la guardia, estaba segura de que los Spencer le harían las cosas muy difíciles.

—¿Cómo estás, Henry? —susurró, sentándose en el filo de la silla frente a él.

Juntó ambas manos sobre las rodillas y esperó a que él le contestara. Su expresión era desafiante aunque estuviera asustada. Conocía a Henry, si veía el más mínimo rastro de debilidad, saltaría a la yugular enseguida y ella tenía que envalentonarse para enfrentarlo.

—Preocupado, hija, muy preocupado. —El brillo calculador en sus ojos desmentía esa observación.

—Cómo puedes ver, estoy muy bien, tu preocupación es innecesaria —aseveró ella, altiva—. He tenido tiempo de pensar...

—No te has dedicado a pensar precisamente —interrumpió Henry, el rostro nublado con una sombra de indignación—. Mark está muy angustiado, desea hablar contigo.

—¡No voy a hablar contigo de mi matrimonio con Mark o de mi relación con David! —exclamó ella en tono firme, no podía fiarse de ningún Spencer—. Cuando esté dispuesta, hablaré con Mark de nuestro divorcio.

La ira se sumó a la indignación de Henry.

—Mark te ama.

Catherine frunció el ceño, furiosa.

—¡Mark es un mentiroso, un cínico y un sinvergüenza!

Henry miró hacia la habitación, a la cama revuelta y luego, con gesto punzante, volvió el rostro de nuevo a ella. Catherine se levantó de un salto y caminó hasta la ventana, cruzó los brazos y miró a lo lejos las copas de los árboles.

—¡No te atrevas a juzgarme! Me parece que no es apropiado hablar contigo de este tema. Yo no he engañado a tu hijo. He querido el divorcio desde que recordé todo.

Henry se levantó de la silla y caminó hasta ella.

—Aún estás casada con él, no te has divorciado —Catherine detectó un leve reproche en su voz, se notaba que trataba de controlarse—, pero no vine aquí a recriminarte. Todos los matrimonios atraviesan por crisis, creí que amabas a Mark.

—Lo amaba, Henry, pero tu hijo se encargó de matar ese sentimiento con su comportamiento —recriminó ella y sus ojos vidriosos convirtieron el paisaje en un manchón verde—. A su infidelidad, le sumo su lejanía cuando

tuve el accidente. ¡Me abandonó en ese maldito hospital durante meses! — Moderó de nuevo el tono de voz—. De no ser por David, hubiera muerto de pena, estoy segura.

Henry reaccionó al escuchar esas palabras, se dio la vuelta y apoyó la espalda en el cristal para poder mirarla a los ojos.

—¿Quién te dijo que mi hijo estuvo lejano cuando estuviste en coma?! ¿Fue David?

Catherine negó con la cabeza.

—David es demasiado leal para hacer algo así —susurró ella sin dudar.

Henry soltó un resoplido.

—Sí, muy leal, como para meterse en la cama de la esposa de mi hijo.

—¡Te dije que no tienes derecho a juzgarme! Esto no es una aventura como las que habrá tenido tu hijo, porque me imagino que esa mujer no ha sido la única. Qué equivocada estuve con Mark, pero tú tienes mucha culpa en esto.

—¡Eres una desagradecida! Te puse en manos de los mejores profesionales del país cuando tuviste ese maldito accidente, gozaste de todos los privilegios.

Catherine tuvo una desagradable sensación en el estómago.

—¿A qué viniste, Henry? ¿En realidad Mark no sabe que estás aquí?

—Mark no tiene idea de que he venido hasta acá para hablar contigo. Él te necesita.

—No voy a ser la esposa trofeo ahora que él está en campaña, no podría. Me imagino que hay varios millones en peligro, por eso vienes a cobrarme —adujo, retadora y furiosa. ¡Que se fueran al diablo!

No quería volver a Nueva York, la mansión nunca había sido su casa. No toleraría volver a la hipocresía, además, estaba David, se estremeció al pensar en él, le había entregado su corazón, confiaba en ella. En cuanto se volvió a mirar a Henry, notó enseguida que su aspecto era distinto. El juego había terminado, de pronto tuvo miedo.

—Vas a volver a Nueva York con Mark, lo que hagan ustedes de puertas para adentro me tiene sin cuidado, sonreirás en la campaña y serás la esposa modelo que mi hijo necesita.

—¡No voy a hacer eso! —El pulso de Catherine latió con fuerza, necesitaba salir de ese lugar, la furia apenas la dejaba pensar—. ¡Vete al diablo Henry! No estamos en la Edad Media. ¡No quiero a tu hijo! ¡Lárgate!

Henry hizo todo lo contrario, volvió y se sentó, sacó una *tablet* del bolsillo de su chaqueta, Catherine lo miró, confundida.

—Déjame mostrarte la razón por la que volverás a casa con tu esposo, hija.

Henry, al ver que ella permanecía en el mismo puesto, negándose a obedecerle, se levantó y le tendió el artilugio.

—¡Mira lo que hizo tu amante, maldita zorra! Todo está filmado.

Catherine tomó la tablet de mala gana, con una punzante angustia. En una grabación se veía a ella acostada en la cama de hospital, la impresionó mucho la imagen de vulnerabilidad, el desamparo. David, en traje de médico, estaba hablándole, luego miraba una revista y al cabo de un par minutos se acostaba a su lado. La segunda grabación era igual, y luego estaba la escena del beso. A Catherine se le aguzó la mirada, solo una mente retorcida podía ver algo malo en ello, pero eso solo lo entendían ella y David, no supo cuánto tiempo duró con la vista en el aparato. La conmovió la ternura de David en cada uno de sus gestos.

Catherine miró a Henry con ojos carentes de vida, todo el coraje parecía que había escapado, quedando como un globo desinflado.

—Sí no vuelves con Mark, denunciaré a David por mala praxis, por abuso y unas cuantas cosas más, no podrá volver a ejercer la medicina en ningún lugar del mundo, me aseguraré de ello. Tuvo conducta inapropiada con una paciente en coma, en estado de vulnerabilidad, puedo hundirlo en un escándalo del que se hablará por años, ¿es eso lo que quieres para él? ¿El desprestigio? ¿La ruina? ¿La cárcel? Porque no dudaré en hacerlo.

Sus palabras interrumpieron a Henry bruscamente.

—¿Me estás diciendo que si no elijo el matrimonio, la carrera de David se irá al diablo? ¿Serías capaz de enviarlo a la cárcel?

—Sabes exactamente lo que quiero decir.

Se encontraba entre la espada y la pared. Los Spencer eran la pared. David y su amor eran la espada, para cualquier lado que se inclinara sabía que saldría lastimada. Tuvo la atroz sensación de que los acontecimientos se deslizaban fuera de su control. La carrera de medicina era la vida de David, había luchado con denuedo para ser el profesional que era, era una persona valiosa para la profesión y ella moriría antes de verlo lastimado o en una cárcel, no podía ni imaginar ese destino para él.

—No serías capaz —señaló ella antes de soltar un sollozo.

—Oh, sí, hija, claro que soy capaz —contestó Henry con sarcasmo.

El hombre supo en ese momento, al verla soltar un sollozo seguido de un fuerte lamento, que ella amaba a David, por lo tanto, sería muy fácil de

manipular y se felicitó por su idea de poner cámaras en su habitación cuando estuvo en coma para evaluar el trabajo de los diferentes profesionales. Ella se dio la vuelta, como si no quisiera testigos de su llanto y se tapó la cara con las dos manos. Lloró por dos eternos minutos. Henry la dejó, total, la victoria era suya, le daría el espacio para que se adaptara a la nueva situación. En cuanto se calmó, se dio la vuelta y lo enfrentó, deponiendo sus armas.

—¿Qué quieres que haga?

## CAPÍTULO 24

David soportó las charlas y aceptó las felicitaciones hipócritas y no hipócritas de sus compañeros de profesión. Después de unas palabras de agradecimiento, se sentó a la mesa de dos de sus colegas de residencia en Hopkins y se dispuso a disfrutar de la cena, pero sus pensamientos estaban con Catherine. Un aroma, un sabor, la vista de un perfil, la música, todo lo llevaba por el sendero de lo vivido la última semana. La alegría y la ilusión con la que ahora enfrentaba su vida le habían abierto los ojos a un mundo nuevo, más brillante, más sensorial. Tenía un ansia loca de volver al cuarto de hotel, al lado de ella y no salir nunca más de allí. En medio de las charlas banales de sus amigos, que él apenas escuchaba, recordaba de manera minuciosa las conversaciones, las risas, los juegos de palabras compartidos, la forma perfecta de su boca y cómo se humedecía los labios a cada tanto, la manera en que se acariciaba la cicatriz de la traqueotomía.

—Te convertiste en el orgullo del St George's. El viejo Spencer debe estar feliz—dijo el doctor Deza, uno de sus compañeros de universidad.

—Henry Spencer es incapaz de sentir orgullo, afecto o cualquier otro sentimiento, por sus venas no corre sangre, corren ríos de oro, dinero es lo único que el viejo sabe hacer, lástima que su hijo sea todo un pelmazo—dijo Greg Pasternak, otro de la camada de su promoción en Harvard.

David tuvo la urgente necesidad de defenderlos, su alma era un ir y venir de sentimientos que en más de una ocasión chocaban por opuestos, a la maraña de celos por Mark, se le sumaba el sentirse un traidor, no podría seguir trabajando para los Spencer cuando todo se supiera.

—Por favor, señores. —Levantó su copa y bebió de su champaña—. Henry Spencer es un hombre que supo combinar dinero y medicina de manera inteligente, algo que han hecho muchos de nuestros pares desde hace mucho tiempo. Su hijo pronto ostentará un cargo político, no me hagan creer que es la envidia hacia una historia de éxito la que los hace hablar.

—Lo único que le envidio al cargante de su hijo es esa hermosa mujer que tiene por esposa.

El ceño de David se acentuó, con los dientes apretados, siguió la

conversación.

—¿La pianista? —inquirió Pasternak.

—Esa misma.

—Sí, es una belleza, estuve en una fiesta en su mansión hace un par de años, —acentuó Pasternak—. No entiendo que vio esa mujer en Mark, Catherine Spencer tiene algo que advierte a los hombres de que ahí va una mujer que se sale de lo corriente.

—El cabrón es un suertudo —aseguró Deza—. Es una mujer con un fuerte *sex appeal*, el tono de su voz y esa manera de tocar el piano... debe ser fuego en la cama.

Pasternak soltó una carcajada.

Quiso partirles la cara, decirles que Mark era su ex, que ella ahora era suya y solo suya, que se callaran de una maldita vez. Le costó muchísimo esfuerzo disimular sus sentimientos.

Llamó a Catherine y el número saltó a buzón, de pronto se había quedado dormida. Después de la cena, se despidió de sus compañeros y de un antiguo profesor que estaba acompañado de su esposa y salió del lugar con la urgencia de un adolescente que va a ver a la chica a la que ama, incapaz de explicarse esa locura y deseando que esa sensación no terminara jamás. Se subió al taxi y mientras se deslizaba por las calles congestionadas de la ciudad, meditó que tenían que hablar, ya era hora de que dejaran de esconderse, le pediría que se mudara con él, su departamento no era lujoso, pero era cómodo y le daría carta blanca para que lo decorara como quisiera. Trasladaría el piano a la ciudad. Se apeó del taxi y observó al portero, que se acercó presuroso a abrirle la puerta. Se le hizo lento el ascenso en el elevador.

En cuanto llegó a la habitación entró con paso apresurado y la recorrió en pocos pasos, revisó la cama, extrañado y luego el baño, desorientado, y aún confuso, creyó que ella había salido a dar un paseo, miró el reloj, eran las once, ¿por qué no lo esperó? Se sentó con desgano en la cama sin saber qué hacer. Se acercó a la nevera y sacó una cerveza que abrió enseguida, llamó a recepción e inquirió por ella. La empleada le dijo que había salido dos horas antes.

—¿Se fue en compañía de alguien?

—No podemos suministrar esa información. Lo siento —contestó la mujer con voz impersonal.

Con un mal presentimiento, bajó a recepción y con un encanto que pocas veces afloraba, preguntó de nuevo. Una de las chicas, embobada con su

sonrisa y magnetismo, le comentó que ella había salido con un hombre maduro y que no llevaba equipaje. Esa noticia no lo tranquilizó en lo más mínimo. Volvió a subir a la habitación, revisó el closet, su ropa estaba intacta, por la descripción de la persona, parecía que era Henry. El maldito la había encontrado. A lo mejor habían salido a algún lugar cercano para hablar. La llamó docenas de veces y le dejó montones de mensajes. La angustia aumentaba, pasó una nueva hora. Una nota en papel color beige del hotel estaba al lado de un cesto de flores. No la había visto en ninguna de las otras dos oportunidades. Su mundo alrededor se derrumbó cuando leyó las palabras: “Se acabó, vuelvo a casa, no me busques más”.

Cerró los ojos con fuerza, sintiéndose miserable. No entendía nada. Un crudo desaliento lo invadió al leer el contenido de la nota una y otra vez. Tomó una botella de whisky del bar y empezó a beber. “¿Qué mierdas vas a hacer?”, se preguntó desesperado, furioso y vulnerable. Su mente confusa le dijo que fuera tras ella, pero su orgullo herido le insistía en que la dejara volver al lado del marido, a medida que aumentaba el licor ingerido, el amasijo de pensamientos se tornó más confuso. Insistió de nuevo con los mensajes, suplicando volver a verla, prometiéndole esta vida y la otra, el cansancio lo invadió en la madrugada, en que el sueño llegó a darle un poco de descanso a su desengaño.

Catherine llegó a casa pasada la medianoche. Su suegro la había sacado de Chicago en el penúltimo vuelo. Ella no le había dirigido la palabra durante ninguno de los trayectos, ni en el avión ni en la limosina que los esperaba, de todas formas, antes de aterrizar, Henry le habló y le advirtió que si Mark se enteraba de las grabaciones, el arreglo se anulaba y David sufriría las consecuencias, tampoco quería que se enterara de que había pasado esos días con él, eso era algo que quedaría entre ellos tres.

Catherine no le vio el objeto, de todas formas, su matrimonio iba a ser de nombre, no dejaría que Mark se le acercara nunca más, le importaba muy poco que se enterara o no, pero ante la advertencia de su suegro, no tuvo más que acceder.

Saludó a Ernest, que la observó preocupado y se perdió en las sombras de lo que sería su vida de allí en adelante. Se sintió como si estuviera en coma otra vez o como si una telaraña la hubiera atrapado en su red y no pudiera soltarse. Miró a Henry con profundo odio.

—Se te pasará. —Fue la respuesta del hombre.

—No me vuelvas a dirigir la palabra en privado nunca más —dijo, con un odio tan visceral, que Henry la miró perplejo.

—Todos tenemos papeles que cumplir, el tuyo apenas comienza, hija.

—¡Te dije que no me hables! Y mucho menos me digas hija, mis padres están muertos.

Entraron al salón donde Mark los esperaba. Los Spencer podrían tenerla atada a ellos, pero maldita fuera si les iba a hacer las cosas fáciles, caviló, mientras miraba a Mark, que no sabía qué hacer para aligerar la tensión.

—Los dejaré solos —dijo Henry que salió enseguida del salón.

—¡Mi amor! —exclamó Mark, mirándola preocupado.

Qué impersonales le sonaron esas palabras a Catherine, cuando ella pronunciaba esas palabras a David, se le aceleraba el pulso y le cambiaba la respiración.

Mark se acercó con cautela, no le gustaba el semblante de su esposa.

—Catherine... ¿Puedo hacer algo por ti? —Parecía exhausto, derrotado.

—Sí —Lo miró beligerante—. Despertarme de esta pesadilla.

Mark trató de acercarse a ella, que levantó ambas manos en claro rechazo.

—Volví por un arreglo que hice con tu padre y que quedará entre él y yo, además, no te importa, pero quiero aclararte un par de cosas.

Mark frunció el ceño, confundido.

—Te escucho —dijo con calma.

—Nunca voy a volver contigo, Mark, nuestro matrimonio acabó el día que te encontré revolcándote con tu asistente. Tú no puedes darme lo que quiero.

—Suavizó el tono mientras su mirada se ensombrecía—. No te amo, Mark.

Él reaccionó como si hubiera recibido una bofetada.

—Entonces no te quiero de vuelta, quiero el matrimonio que teníamos antes. —Parecía genuinamente indignado.

—¡Me engañaste! Y maldita sea si en ese momento te importó, a lo mejor no fue la única, a lo mejor todo el tiempo que has estado conmigo has coleccionado mujeres.

En otra ocasión, Mark hubiera podido convencerla de cualquier cosa, es más, estaba seguro de que si no hubiera existido el accidente, la habría convencido de lo que fuera, pero en aquel momento no encontraba nada lógico que decirle, solo pedirle perdón.

—¡Perdóname! —Puso sus manos en forma de ruego—. Mi amor, perdóname, sé que no he sido el hombre del que te enamoraste, pero deseo una nueva oportunidad.

—¿Qué debo perdonarte? ¿Tus infidelidades? ¿O el abandono en el me tuviste cuando estuve tirada en la cama del hospital?

—¿Qué diablos...?

—Antes de que hagas acusaciones falsas, déjame decirte que recordé lo que viví ese tiempo en coma y tú, querido, estuviste muy poco tiempo a mi lado.

—Catherine, mi amor, sufrí mucho con tu accidente.

Ahora era Catherine la sorprendida.

—Ay, Mark, no te creo y lo que hagas con tu vida en adelante me importa muy poco. Estoy aquí por la maldita campaña y porque tu padre te quiere senador a costa de lo que sea.

Mark se quedó en silencio, la expresión de su cara no era de triunfo ni mucho menos de satisfacción.

—¿Tolerarás la campaña hasta noviembre? —inquirió dubitativo—. ¿Disimularás en público? ¿Por qué?

—No te voy a dar mis razones, no creo que sea la primera esposa de un político que haya hecho algo parecido.

—¿Qué te ofreció mi padre?

Catherine suspiró, angustiada, quiso decirle que esa no era la pregunta, pero había llegado a un acuerdo con el mayor de los Spencer y por el bien de David, debía cumplir lo pactado. El corazón le oprimió el pecho al pensar en él llegando a la habitación del hotel y viendo que ella lo había abandonado. Se sentía enferma de pensarlo, allí en medio de la sala de la suite, leyendo esa estúpida nota, sentía como si tuviera una losa aparcada en el pecho, no toleraba el rostro de Mark cuando era con David con quien deseaba estar. Precisaba estar sola y llorar su amargura.

—No te voy a contestar a eso, quiero retirarme a descansar, de más está decir que no volveremos a compartir cama, tomaré una de las habitaciones de invitados, no quiero dormir en la nuestra nunca más. Retomaré el piano, iré a clases y tendré mis actividades, que tu secretaria me indique el itinerario de lo que debo hacer, quiero tener el mínimo contacto con ustedes dos, esos son mis términos. ¿Aún me quieres a tu lado?

Mark la miraba muy preocupado, esa no era la mujer que había salido de casa hacia una semana, a pesar de su rostro desdichado, le veía la misma fuerza que tanto lo había atraído en el pasado.

—Descansa, mañana verás las cosas desde otra óptica más... optimista.

—Lo dudo mucho. ¿Cómo se encuentra tu amiguita?

—No hay amiguita.

Catherine aferró el pomo de la puerta y volteó a mirarlo con algo de lástima.

—Vamos a ver cuánto te dura. Debes estar loco por ser senador, ¿qué pasará si pierdes las elecciones?

—No perderé —afirmó, con más seguridad de la que en realidad sentía.

Mark vio la angustia de Catherine, algo grave tenía que haber ocurrido con su padre para que su esposa, que no deseaba seguir casada con él, aceptara acompañarlo en la campaña. Le gustó el espíritu combativo que vio en ella, esa fue la mujer de la que se enamoró, se excitó como antes, pero el camino a su cama estaba vedado. No importaba, ¿dónde había estado? Por lo visto su padre había dispuesto de todos los recursos para encontrarla. Tendría que enfrentarlo, Henry a veces cruzaba los límites sin importarle la vida de las personas. Mark era egoísta cuando se trataba de lograr lo suyo, pero no hasta los extremos que manejaba su padre. Quiso llamar a Melania, allá eran tres horas más temprano, a lo mejor todavía no se había ido a la cama, pero desistió, los móviles desechables que compraba por cantidades se habían quedado en su despacho y no se iba a arriesgar con el teléfono de la casa o de su móvil. Su padre estaba como sabueso tras un hueso esperando la más mínima transgresión para atarlo corto con el dinero.

David leía el periódico en la cafetería del hospital mientras tomaba un sorbo de café. Habían pasado cinco días desde la deserción de Catherine, con el transcurrir del tiempo, comprendió que ella no se comunicaría con él. Sentía el corazón en carne viva, desprotegido ante los arrolladores sentimientos que lo asolaban, pero esa mañana la decepción fue total al ver la fotografía de Catherine y Mark entrando a una gala benéfica, ella con un vestido de noche azul claro que se pegaba a su figura como un guante, hermosa y radiante al lado de su esposo. La rabia apenas lo dejaba respirar. Le daba vueltas a lo vivido durante la semana compartida y no le encontraba ni pies ni cabeza a la actuación de Catherine, necesitaba una explicación, algo que le permitiera neutralizar el huracán de emociones que lo asolaban. No podía creer que ella lo hubiera engañado como a un colegial, a lo mejor nunca tuvo la intención de dejar a Mark, a lo mejor él fue la revancha por lo ocurrido dentro de su matrimonio, pero con ello le había robado la tranquilidad. El odio se estaba imponiendo sobre los demás sentimientos: odio por los días vividos; odio por haber conocido su cuerpo y el placer que le brindaba, y que él, como un

imbécil ingenuo, creyó suyos; odio porque sentía que había quedado arruinado para otras, ya que ahora era peor que antes de intimar con ella. Quiso soltar una carcajada sarcástica, pero su ánimo no le daba ni para eso. Renunciaría al hospital, no quería saber nada de los Spencer, las propuestas en otras partes del país no se harían esperar o podría embarcarse en el Goodness Ship, tenía un mundo por delante con cantidad de oportunidades, pero sabía que mandaría todo al diablo por volverla a ver un momento más, necesitaba saber qué había pasado, la necesitaba para respirar y eso atizaba su rabia, un sentimiento que amenazaba con romperlo.

—Hola, David —saludó Ada.

Él levantó la cabeza de la imagen del periódico.

—Me alegra verte —dijo, más por cortesía que por otra cosa.

—Se ve muy hermosa tu Catherine en esa fotografía.

—¡No es mi Catherine! —protestó, al tiempo que abatía los puños cerrados debajo de la mesa. Se levantó, dispuesto a marcharse.

—¡Siéntate, David! —pidió ella, mientras miraba alrededor—. Tienes peor aspecto que cuando ella estaba en coma.

La miró, avergonzado, y tomó asiento de nuevo.

—Discúlpame, Ada, estoy cansado. —Inspiró con fuerza al tiempo que se revolvía en su silla.

Ella lo miró con claro entendimiento.

—Mezclaste las cosas —afirmó, al fijarse en su expresión.

—¿Perdón?

—Te acostaste con ella, lo tienes pintado en la cara.

David soltó la primera carcajada desde la deserción de Catherine.

—No es así.

—Puedes jurarlo sobre cien biblias, pero la forma en que miras la dichosa fotografía, en fin, sé que me estoy metiendo en lo que no me importa, pero a pesar de cómo terminó lo nuestro, te tengo cariño. No mereces estar en el limbo.

—¿Qué sugieres? —inquirió, derrotado.

—Vete de Nueva York, ver su fotografía en los periódicos o someterte a la tortura de esas cenas va a matarte. Inicia una vida en otro lugar.

—Lo he pensado, pero no puedo sacármela de aquí —señaló con un dedo la sien.

—Pues tendrás que hacerlo a la brava —aconsejó con buen criterio—. Ella no va a dejar todo lo que significa estar casada con un Spencer, tendrás

que olvidarla.

David apoyó la espalda en el respaldo de la silla, se serenó, como cuando enfrentaba una cirugía de alto riesgo y la calma caía sobre él, hablaría con ella antes de tomar una decisión.

—Sé que no lo merezco, pero necesito que me hagas un favor...

## CAPÍTULO 25

La recaudación de fondos para la campaña al senado de Mark Spencer se realizaría en el National House Center con una elegante cena en uno de los salones del lugar, cuyo plato tendría un precio prohibitivo, pero sin salirse de los cánones permitidos por el gobierno para la recaudación de dinero de cada campaña en ese tipo de eventos. Para la prensa, la pareja conformada por Mark y Catherine Spencer era el equivalente a los duques de Sussex en Gran Bretaña, aunque él tuviera la edad mínima para ostentar el cargo, el público votante estaba encantado con el carisma del joven político y con la belleza, sencillez y donaire de su esposa. Si Spencer jugaba bien sus cartas, tendría asegurado en unos años el camino a la Casa Blanca, ya que mucha gente lo comparaba con John F. Kennedy.

Cada día era un tormento para Catherine, temía que la sonrisa que mostraba en público le quedara grabada como una mueca, al llegar a casa le dolían la quijada y los pómulos por el esfuerzo que hacía. La primera semana apenas salió de su habitación, solo para un par de reuniones con el asistente de Mark un joven vivaracho y alegre que se puso a su disposición para todo lo relacionado con el programa de la campaña, y tuvo cita con un diseñador de ropa, donde se negó a hacerse algo de color rojo, por ella hubiera vestido de negro, así como sentía su alma y veía su futuro. Aguantaba el deseo de llorar, en cualquier parte y circunstancia. El dolor profundo e intenso parecía no conocer alivio ni mucho menos final. Su amor por David era lo único que la arrojaba en medio de la profunda pena. Recordaba lo vivido con él, ocho días plenos e intensos que tendrían que valer para toda la vida; recordaba las charlas, las risas, la complicidad. Sabía que lo vería tarde o temprano, el corazón se le paralizaba de miedo, pero más de pena. Le parecía lejano el tiempo compartido y apenas habían transcurrido tres semanas. Visitaba junto a Mark universidades, colegios y hospitales, hogares de ancianos y centros comunitarios. Agradecía el mantenerse ocupada, se hubiera enloquecido si no hubiera tenido nada más que hacer, ni siquiera el piano le bastaba para aligerar la pena.

Esa noche era su segundo evento formal, llevaba un vestido largo de color

morado, tallado a la cintura y con un vuelo de la rodilla para abajo. Un par de estilistas se habían encargado de su pelo y maquillaje. Quizá otra mujer estuviese encantada, ella se sentía marchita por dentro. Leonora le avisó que el auto ya estaba listo y que Mark la esperaba. Apenas le destinó un saludo cuando llegó al salón.

—Estás hermosa, pero has adelgazado, deberías hacerte un chequeo médico. ¿Te encuentras bien?

“No, no estoy bien, estoy enferma de tristeza y ningún médico me dará la cura para eso”.

—Estoy bien, gracias —susurró con los dientes apretados—. No deberías decirle eso a una mujer que ha pasado horas arreglándose. Estás perdiendo facultades.

Mark levantó una ceja.

—Lo siento muchísimo, mil disculpas.

—Los dos sabemos que eso no es verdad, vamos, entre más temprano empiece el circo, más rápido estaré de vuelta en casa.

Mark frunció el ceño, pero se negó a seguirle el juego. Durante el trayecto al lugar del evento, se dedicó a repasar el discurso mientras Catherine miraba por la ventana del auto cómo iba anocheciendo. ¿Qué estaría haciendo David? Seguro en alguna cirugía, su nombre no se escuchaba en la casa, ni siquiera Mark lo mencionaba, sabía que desde el accidente se habían alejado. ¿Estaría en la cabaña con alguna mujer? No tenía derecho a estar celosa, pero lo estaba, le hacía daño imaginarlo con otra.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mark, al sentirla tensarse.

—Nada que tenga que preocuparte —contestó de mala manera.

Se sentía ahogada, y no era precisamente por el evento en el que debía lucir como la esposa perfecta. Intentaba mitigar el desasosiego tratando de serenarse, pero solo lo lograba recordando los atardeceres en la cabaña de Babylon, con los rayos del sol reflejándose en la superficie del piano. El recuerdo de esos días perfectos era el hilo que la mantenía cuerda, impidiéndole mandar todo a paseo y con ello arruinar la vida de David.

Mark desistió de algún tipo de conversación y volvió a repasar el discurso. Minutos después se apearon del auto. Un par de fotógrafos de la prensa rosa les tomaron fotografías, apenas toleraba el toque de Mark, que le colocó su mano en la espalda baja y la llevó al salón. Deseosa de animarse, se dispuso a hacer de anfitriona y a saludar a cada persona que entraba al salón.

David estaba nervioso, como si fuera a apoderarse del tren del dinero, apenas podía respirar, las ganas y el temor de verla lo estaban carcomiendo entero, sabía que el infierno en el que se estaba deslizando su vida no sería nada en cuanto posara de nuevo sus ojos en ella. Como siempre en esas situaciones, deseó la falsa tranquilidad que le brindaba el cigarrillo. Se pasó la mano por el cabello, le dio un apretón suave a la mano de su acompañante de esa noche y entró al salón donde se celebraría la cena de recaudación de fondos.

Su presencia lo atrapó por completo, tuvo el fuerte impulso de ir hasta ella, recriminarle su juego y a la vez abrazarla hasta que se deshiciera en sus brazos. Tomó aire y avanzó lentamente hacia la pareja, había media docena de personas delante de él. Se dedicó a observarla a lo lejos con profunda agonía, lo hermosa y perfecta que estaba, lo etérea que se veía, cuando él la sabía terrenal y apasionada. No fue fácil verla saludar a los demás, los gestos posesivos de Mark atizaron sus celos, a pesar de su rabia y desengaño, se dio cuenta de que aún podía desearla con más ímpetu y necesitarla con mayor desesperación. Se sintió cansado, llevaba varias noches sin dormir y no era por los turnos del hospital. Trabajaba en piloto automático, lo que consideraba un peligro en su profesión.

—¡David! —saludó Mark, efusivo.

Él fue mucho más circunspecto, pero su amigo apenas reparó en eso, uno de sus contribuyentes lo requirió en el mismo momento en el que su mirada quedó clavada en el rostro de Catherine.

—Hola, Catherine. —Fue testigo de cómo palideció al escucharlo nombrarla y cómo lo miró con viva desesperación antes de enmascarar su expresión en un gesto circunspecto, como si significaran poco el uno para el otro.

Catherine no pudo hablar, tampoco pudo corresponderle el saludo, a la brecha en el pecho se le sumaron unos celos corrosivos y violentos como nunca antes los había experimentado. Entre todas las malditas mujeres del mundo, tenía que ser ella la que lo acompañara esa noche. Ada apoyaba su mano en el brazo de David y él le sonreía con la misma maldita sonrisa que le dedicaba a ella, luego su gesto se truncaba en uno de indiferencia al cruzar sus ojos con los suyos.

—Bienvenido, David, mil gracias por tu apoyo. —Logró pronunciar el saludo, al tiempo que una descarga le recorrió la sangre en cuanto se rozaron las manos.

—Es un placer verte de nuevo —saludó él, luchando por mantener la calma.

La pareja siguió su camino y se situó en la mesa correspondiente. Henry, que estaba unas mesas más allá, la observaba con expresión punzante. Cuando el salón estuvo lleno, Catherine y Mark ocuparon sus puestos en la mesa principal. Luego de un sentido discurso donde habló de todo en lo que deseaba trabajar si salía electo y de agradecerles a su esposa y a su padre todo el apoyo, Mark se sentó a compartir la cena.

Catherine observaba de reojo a David, que se mostraba solícito con Ada, y se sintió enferma de ira: ella atrapada en un remedo de matrimonio y todo porque él no sufriera las consecuencias de la ira de su suegro, cuando, por lo visto, ya había pasado la página. No, David era suyo, no de esa rubia remilgada que lo miraba con ojos de besugo. Después de la cena, que apenas probó, se dijo que necesitaba alejarse unos instantes para serenarse o haría el show de su vida y que se fueran todos para el otro extremo del mundo.

—Voy un momento al aseo, cariño —dijo a Mark, que apretó y besó su mano. La retiró rápidamente.

David, que había bebido más de la cuenta, se levantó enseguida la vio desaparecer por una de las puertas laterales. Henry parecía que se había ausentado.

Caminó con celeridad, dispuesto a enfrentarla. La siguió por el pasillo, trataba de abrir alguna de las puertas, pero todas tenían seguro, hasta que lo logró con una de las últimas. Era otro salón, este un poco más pequeño, se acercó al ventanal, luego escuchó la puerta abrirse y se dio la vuelta, para encontrar la mirada de David clavada en ella. Caminó unos pasos hasta él, el sonido de sus tacones retumbó por el lugar.

—Viniste con ella —expresó, arrepintiéndose enseguida de su exabrupto al ver la mirada de satisfacción en el rostro de él.

David negó con la cabeza y chasqueó con los labios, de todas las frases posibles, esa era la que menos esperaba escuchar. Así que la señora estaba celosa, caviló mientras la observaba con descaro, menospreciándola con su expresión cínica. Sus ojos como puñales aliviaban en algo su ego herido.

—¿Por qué no? —Se le enfrentó con brusquedad, aferrándola de ambos brazos y obligándola a detenerse—. Es la mujer que me conviene, estoy seguro de que si me caso con ella, no me pondrá los cuernos con mi mejor amigo.

Su tono de voz con ese deje arrogante que escondía su vulnerabilidad era más de lo que podía soportar el alma atormentada de Catherine. Se enfureció

aún más con él y con su destino por ponerla en esa situación. Su mano pareció adquirir vida propia y le dio un violento bofetón.

David ni siquiera se llevó una mano al rostro.

—¡No te atrevas a juzgarme tú también! —Se lo merecía por imbécil, caviló al ver la marca de su mano en la mejilla.

—¡Así que fui tu entretenimiento! —exclamó él con prepotencia—. Aquello fue un respiro antes de iniciar el circo. ¿Fue eso?

—¡No necesitas ofenderme para justificar tu presencia con Ada aquí esta noche! Me imagino que habrás vivido una cantidad suficiente de aventuras — pasó el enorme nudo que tenía en la garganta—, no podía continuar con ello, se puso algo intenso y...

David sintió como si hubiera recibido otra bofetada.

—¡Algo intenso! —bramó—. *La señora* dice algo intenso, debí saberlo, debí saber que bajo tu patina de mujer vulnerable, no eres más que una zorra sin corazón.

La amargura en la voz de David casi pudo con ella, se clavó las uñas de una mano en la muñeca, para evitar temblar, por el tono en el que la llamó “señora” fue peor que si la hubiera llamado puta.

—No tienes ningún derecho...

Soltó un resoplido.

—Claro que tengo todo el derecho, si lo único que querías era abrirte de piernas para mí, pudimos haberlo hecho mucho antes y nos hubiéramos quitado las ganas hace años.

La mano de Catherine voló de nuevo a la mejilla de David, pero esta vez él estaba preparado y le aferró la muñeca antes de que le diera el golpe.

—No te atrevas o te puedes arrepentir. También tengo mi temperamento, *señora*. De todo esto solo me alegrará saber que me follé a la esposa del distinguido senador por el estado de Nueva York.

Las palabras, dichas con tanto desprecio, terminaron por descomponerla. Irguió la espalda, altiva, intentando protegerse de su desprecio.

—Vete al diablo, doctor Foster.

—“Doctor Foster” —trató de imitar su tono y pegó su rostro al de ella con una de sus seductoras sonrisas—. Ese no es el tono que recuerdo y que utilizabas cuando estaba dentro de ti, no me hagas reír.

Catherine se alejó con celeridad, había sido un error quedarse a solas con él esos pocos minutos, la manera en que la ofendía hablaba de un corazón agraviado, no había sido una aventura para él, no podía pensar en eso, después

de todo lo que él había hecho por ella. Lo recordó a su lado en uno de los momentos más duros de su vida y se dijo que no podía juzgarlo con el mismo rasero que él la estaba juzgando por lo que creía que había sido para ella: el juguete de una esposa hastiada que a lo mejor había vivido otras aventuras. Tenía que felicitarse, la tapadera funcionaba, recordó que esa tapadera era la que mantendría a David a salvo de las argucias de su suegro. Arrepentida por sus salidas fuera de tono, solo quería que él se marchara por donde había venido.

—Mejor regresa con tu acompañante, debe estar extrañada por tu ausencia.

Se volvió, dándole la espalda, necesitaba ocultar lo que sentía bajo capas de indiferencia, caminó hasta la ventana que daba a un jardín iluminado.

—Tienes razón, Ada debe estar extrañada de mi ausencia. Solo por curiosidad, ¿Qué pasó esa noche? ¿Fue porque Henry te encontró? —Lo sintió detrás de ella—. ¿Si él no te hubiera encontrado te habrías marchado esa noche? Catherine, por favor, necesito saberlo.

Ella cerró los ojos, angustiada, y negó con la cabeza varias veces.

—Vuelve con Ada, por favor —susurró, sintiéndolo respirar tras de sí. Sintió su cuerpo tenso, pegado a su espalda, lo escuchó inspirar, como si se estuviera grabando su aroma, su aliento le rozó la nuca.

—Te toca —susurró, atrapado en el vórtice de los celos, causándole un estremecimiento, luego endureció el tono de voz y se alejó de ella—. Dejas que el maldito te toque, quiero matarlo por cada caricia que te brinda y a ti por dejarte acariciar.

Escuchó sus pasos y luego el ruido de la puerta al cerrarse. En cuanto se supo sola, Catherine soltó un sollozo, luego se limpió las lágrimas. Necesitaba hacer algo, no podía esperar a que el destino o la prepotencia e intrigas de otras personas le robaran su vida. Tenía que idear algo para recuperarla. Salió al pasillo y en el tocador de mujeres, que gracias a Dios estaba desierto, logró componerse, se empolvó la cara, se retocó el labial y salió a enfrentar de nuevo la cena. Respiró un poco más tranquila al ver que David y su acompañante habían abandonado la estancia.

—Aquí está mi renuncia —expresó David a Henry, para quien esa carta que su pupilo le entregaba no era ninguna sorpresa. Es más, la esperaba.

Estaban reunidos en las oficinas de Human Sanitas, mientras el mayor de los Spencer leía, David observaba sus correos en el móvil.

Después de la fatídica cena, había tratado de retomar su vida, pero no lo

conseguía y decidió seguir el consejo de Ada: irse de la ciudad o empezar de cero en otro lugar, o terminaría rogando y humillándose, y eso era algo que no iba a hacer jamás.

—¿Estás seguro? —manifestó Henry cuando hubo leído hasta la última palabra de la carta. Trataba de ganar tiempo mientras meditaba en la manera de afrontar la noticia.

David levantó la mirada y le endilgó un gesto irónico.

—Yo creo que sí entiendes, tú fuiste por Catherine a Chicago, tus esbirros la encontraron, luego deduzco que sabes que ella estuvo conmigo la semana que desapareció de tu radar y del de tu hijo.

—¿Y renuncias por eso? —inquirió, sarcástico—. Muy loable de tu parte. —Se levantó de la silla y caminó hasta quedar frente a él, se acomodó con el trasero apoyado en la orilla del escritorio y cruzó los brazos a la altura del pecho—. No debiste hacerlo, traicionaste nuestra confianza. Eres un desagradecido.

David se negaba a sentirse mal por lo ocurrido, ya estaba en el maldito infierno, no iba a dejarse amedrantar con más culpas.

—Esto no tiene nada que ver contigo y si es por lo que has invertido en mí, te pagaré hasta el último centavo.

—No es cuestión de dinero, fuiste desleal con la familia. Fuiste desleal con Mark.

Sí, lo sabía, pero ni Mark ni Catherine ni mucho menos Henry merecían sus disculpas. No fue una aventura, ni ningún tipo de revancha, él estaba de verdad enamorado de ella.

—Mark no se merece mi lealtad ni la de su esposa, pero ese ya no es mi problema. —Se levantó de la silla, dando la reunión por terminada—. No voy a discutir asuntos privados contigo, solo vengo a entregarte mi renuncia, cumpliré con las cirugías programadas, tienes cuarenta y cinco días para encontrar mi reemplazo.

—¿Qué piensas hacer?

—Vivir.



## CAPÍTULO 26

—Tú y yo tocando juntos, piénsalo, será una buena motivación para el que desee dedicarse a esto o un buen concierto para el que disfrute de nuestro talento.

—Vanidad, tu nombre es Dylan Garrett. —Catherine soltó una carcajada, era un sábado en la tarde, ambos caminaban por una feria callejera, el ambiente le hizo recordar un día parecido vivido con David.

—Puedes escoger las piezas que quieras.

El otoño, con sus colores ocres y dorados, empezaba a tapizar el piso de hojas, la temperatura había descendido. Dylan le firmó un autógrafo a una joven que se acercó, y otra un poco más atrevida y más joven se bajó el cuello de la camiseta y le pidió que le firmara en el sujetador. Él sonrió, le dio las gracias, le subió la prenda y le firmó en una manga. A Catherine le gustó la delicadeza del gesto de su amigo.

—Puede ser.

—Aumentarías el número de votantes para tu esposo, ustedes son el jodido sueño americano.

Catherine arrugó el ceño.

—No todo lo que brilla es oro.

—Si lo sabré yo —concluyó él con un dejo de sarcasmo.

Catherine estaba al corriente de algunas de las vivencias de Dylan, debido a sus orígenes.

—Deben estar felices de ver tu éxito.

—No lo sé, hace tiempo que no hablo con ninguno de los dos.

—Son tus padres, lo quieras o no. Respecto al concierto, nunca lo haría por votos, que conste. Esto es algo que haría solo por mí.

—Les queda todavía un largo camino si sale elegido en noviembre.

Catherine rogaba en su fuero interior por que perdiera, para concluir la pesadilla. Además, le parecía que su esposo era demasiado joven para ostentar el cargo, a pesar del dinero de su padre, ella pensaba que había que luchar mucho más por las cosas.

—¿Cuándo sería el concierto?

—En cinco semanas, ¿crees que estarás lista?

Lo miró seria.

—Nací lista. —Vio por el rabillo del ojo que otro par de jovencitas se acercaba—. Prepárate, otros miembros de tu club de fans vienen a tu derecha. En serio, Dylan, ¿club de fans? Eres una vergüenza para el mundo de la música clásica —señaló ella con el tono pomposo de uno de sus maestros de la escuela de Nueva Inglaterra.

Dylan la aferró del brazo y les dio el esquinazo hasta que entraron en un bar, donde estarían a salvo por un tiempo.

—Como guardaespaldas eres un fiasco. —Elevó los ojos al cielo—. ¿Dios mío, por qué me hiciste tan guapo?

—Porque seguro ese día Dios no tenía mejores cosas que hacer.

Se sentaron en una de las mesas.

—Lo bueno de esas chiquillas es que detrás vienen sus madres y créeme, hay algunas muy calientes.

Dylan llamó a uno de los meseros y pidió una cerveza, Catherine pidió una soda.

—No voy a beber, si hay un fotógrafo por estos lados, mañana la noticia será que la esposa del futuro senador Spencer empinó el codo en una taberna junto a un músico hippie de dudosa reputación.

—Si serás cabrona.

—Ojalá —contestó ella, pensando que, si en realidad fuera cabrona, no hubiera permitido el chantaje al que estaba sometida.

—¿Has trabajado con Sebastián?

—Lo he visto muy poco, pero me imagino que ahora con el concierto encima lo veremos más. ¿Dónde practicaremos?

—En la casa de Sebastián.

—Me parece perfecto.

—Bueno, y ahora sí cuéntame, ¿son ciertas todas esas perversiones de los políticos?

Catherine soltó una carcajada, agradecía tener a Dylan Garrett en su vida, era el rayo de sol que necesitaba en el cielo oscuro en el que estaba aposentada su existencia en ese momento.

David lo pensó durante varias semanas, ya tenía su dirección, solo tenía que ir a su encuentro, era un hombre acostumbrado a tomar el toro por los cuernos, pero en esto, le costaba un enorme trabajo dar el siguiente paso.

Sabía que antes de irse del país debía tener algún acercamiento con su padre, pero el resentimiento no lo dejaba actuar; además, estaban las palabras que Catherine había pronunciado al respecto y eso lo hacía dudar, digamos que se sentía cómodo en el rechazo a su padre y cambiar la percepción de eso no le sería fácil. Entonces allí estaba con la duda de si lo contactaba o no antes de su viaje, en veinte días finalizaría el contrato con el hospital y en diez días más se embarcaría en el Goodness Ship.

Le había causado curiosidad que uno de los residentes de último año estuviera interesado también en hacer la pasantía en el barco. David le habló gustoso de lo que sabía, le dijo que si de verdad estaba interesado, sería una buena escuela y lo alentó a que se inscribiera. Estaba ansioso por iniciar ese nuevo periodo de su vida, y más después de esa maldita cena; por más furioso que estuviera con Catherine, no debió tratarla de la manera en que lo hizo, pero el dolor y la rabia podrían convertir en una verdadera fiera al hombre más calmado. Catherine Spencer le había arruinado la vida, eso no podría perdonárselo, aún no y no sabía si algún día podría.

Atardecía, ya la temperatura había empezado a bajar, cuando observó a su padre entrar en el edificio donde vivía, y se reconoció en sus pasos. En cuanto se cerró la puerta del edificio, David se dijo que era ahora o nunca. Atravesó la calle y llegó hasta el portón, leyó los nombres de los residentes y tocó el timbre en el departamento correspondiente.

—¿Sí? —preguntó la voz de su padre.

—Soy David.

El silencio fue roto por el ruido de la puerta al abrirse.

En cuanto llegó al segundo piso, Sebastián ya estaba en la puerta esperándolo con un brillo en los ojos, que David no supo en el momento si eran lágrimas contenidas. Eso no lo iba ablandar, llevaba muchos años disgustado.

—Pasa, hijo. Te he estado esperando.

David observó el lugar y se quedó de pie en medio de la sala con los brazos cruzados.

Sebastián lo invitó a tomar asiento con talante nervioso. David ignoró la invitación y caminó por la estancia sin saber cómo iniciar la conversación, hasta que una fotografía lo aquietó, era su madre, en un parque, la cámara la había captado dando vueltas y riendo. La barbilla de David tembló.

—Estaba loco por ella —susurró Sebastián.

David dejó la fotografía en su lugar y caminó hasta él, lo enfrentó con

rabia y lo señaló con un dedo.

—¡No te atrevas! Si de verdad hubieras estado loco por ella no te hubieras alejado.

Y cuando esperaba que Sebastián justificara su comportamiento, David vio estupefacto como el hombre agachaba la cabeza y empezaba a sollozar como un niño.

—No sabes cómo lo lamento —manifestó en medio del llanto—. Fui un cretino y merezco todo lo que desees decirme, pero mi amor por ustedes siempre estuvo allí.

David movía la cabeza de lado a lado, no deseaba sentirse conmovido por las lágrimas de su padre.

—¿Entonces por qué te largaste? —preguntó, altanero y vulnerable, la tristeza tiñendo sus facciones.

—Yo no me largué, tu madre fue la que me dejó.

David no quiso acercarse, necesitaba controlarse. Primero Catherine y ahora esto. Sentía que caía en un remolino de emociones todas dispares e intensas, que hacían de su vida un infierno. Era una vil mentira.

—¡No te lo permito! No tienes derecho a hablar de ella.

Sebastián se levantó, desesperado, y se acercó a él, que lo miraba con todo el resentimiento que años de abandono pueden causar. En los ojos de su hijo vio su ausencia a lo largo de los años, las salidas, los juegos, las charlas, las peleas, los paseos en la playa, las cenas de Acción de Gracias y las Navidades que nunca tuvieron, y lo más importante de todo, poder contar con él cada día de su vida, esa ausencia había dejado una huella profunda en el alma sensible de David.

—¡Yo amaba a tu madre! Era buena, hermosa. —Se golpeó el pecho—. Yo la amaba, pero amaba más el maldito licor y ese fue el que nos separó. Cuando quise repararlo, fue demasiado tarde, ella tuvo el buen tino de largarse a tiempo, era una mujer inteligente. Me demoré dos años en salir del pozo y cuando quise recuperarlos, parecía que se los había tragado la tierra. Su familia fue hermética, tus abuelos nunca me perdonaron, les rogué por mucho tiempo, me vieron sobrio, pero tu abuelo era un irlandés tozudo y no dio su brazo a torcer. Luego tuve la oportunidad de hacer una nueva vida en Boston y decidí marcharme, pero nunca los olvidé.

—Yo pasaba los veranos en casa de los abuelos, desde que cumplí los nueve años. Antes solo íbamos para los cumpleaños y algunas Navidades, ellos murieron un año antes que mi madre.

Sebastián se llevó las manos a la cara, la pena por la soledad que su hijo había tenido que soportar le agobiaba el corazón, se limpió las lágrimas y luego lo enfrentó.

—Lo intenté hasta tres años después de recuperarme, luego me di por vencido. —David permaneció en silencio, sin mostrar ningún sentimiento, por lo visto ambos eran de temperamento fuerte, caviló el mayor, y continuó—: Solo quería que lo supieras.

—¿Y ahora qué? Fingir que no ha pasado nada y tener una relación normal de padre e hijo, ¿es eso lo que quieres? —preguntó David con sarcasmo.

Sebastián se refregó las manos en las piernas en un gesto destinado a controlar los nervios.

—No tengo derecho a pedirte nada, no me necesitas, ya eres un hombre, pero soy tu padre y quería que lo supieras, si deseas en algún momento conversar, si necesitas compañía, puedes contar conmigo. Hice las cosas mal, pero deseo repararlo y eso en algo tiene que contar. Tu madre hizo lo correcto, yo era una bala perdida en ese momento y viendo el hombre que eres hoy en día, sé que hizo un buen trabajo.

David quiso refutarle esa afirmación, no se sentía un buen hombre en ese momento, en el que el resentimiento colmaba su vida como una nube oscura.

—Tendré que pensarlo. —Lo conmovió el gesto esperanzado de su padre, se sentía raro pronunciando esa palabra así fuera en el pensamiento.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo, entusiasmado—. No voy a ir a ningún lado.

“Pero yo sí”, quiso rebatirle él, pero decidió guardar silencio y no quiso averiguar el motivo. Se puso de pie.

—Te llamaré.

Salió veloz del departamento. Sebastián se levantó del sillón, optimista por cómo habían salido las cosas. Su hijo estaba herido y el camino no sería fácil, pero estaba seguro de que David le daría una nueva oportunidad y allí estaría él para responderle. Se acercó al piano y sin dejar de mirar la fotografía de Penélope, tocó una melodía dedicada a ella donde quiera que estuviera.

—Gracias, amor mío, gracias.

El concierto sería en dos semanas, Catherine y Dylan se reunían para practicar en la casa de Sebastián, parecía que todo el mundo en el edificio trabajaba durante el día, pues nunca tuvieron queja de algún vecino molesto

por la música.

Mark, con tal de que su esposa mostrara una actitud diferente, no puso mayor problema a las largas horas de ensayo a las que los sometía el profesor, ya que el rostro de Catherine había vuelto a brillar por culpa de la música.

El programa estaba listo. Sebastián y Dylan tenían la esperanza de que la productora discográfica con la que había firmado el violinista se fijara en el talento de Catherine, el profesor pensaba que sería justicia divina el poder arrancarla de ese papel que insistía en protagonizar al lado de un hombre al que claramente no amaba.

—No, no, levántate, Catherine, lo estás ahogando. —Sebastián se refería al piano y a una melodía en especial. Se sentó él y la tocó con maestría—. Mira, cuando toco esta pieza es como si estuviera acariciando el cuerpo de una mujer a la vez que la hago volar. Mis caricias otorgan placer, libertad, así es como debes sentir la jodida melodía —concluyó el profesor, cediéndole el puesto a ella.

Catherine recurrió a la escena que sabía le daría la libertad para volar con su música.

Dejó de acariciarlo, concentrada en su toque, inmovilizada y sin dejar de mirarlo, sentía la piel hecha música, los dedos de él arrancaban melodías como aleteos de pájaros, mientras acariciaba el teclado pintado en su piel.

Al minuto Catherine recitó:

*Asegúrate de que tu corazón arda,  
y sostén y mantén el amor  
tanto como el otro corazón ardientemente lata  
con su amor por ti.*

David elevó la comisura de los labios, porque ella reconoció la melodía que tocaba, que había sido inspirada en ese poema.

—Sueño de amor —continuó ella—. No creo que seas un pianista de pena.

—La tocaste el día que nos conocimos —interrumpió él—, y la madrugada que casi mando todo al diablo y te beso. ¿Habría habido alguna diferencia? —levantó la mirada con gesto vulnerable.

Catherine no le contestó, le aferró la cara y sedienta, buscó su boca. Sus labios y lenguas se enredaron en un beso que parecía no acabar. La pasión, unida a la melodía que les atravesaba el alma al unir sus pieles, los encerraba en el campo magnético del amor. Catherine se separó un momento.

—La melodía de la piel. —David le devolvió un gesto interrogante—. Eres mi melodía de la piel, podría componerla en este momento, algo nunca sentido, ni en el mejor de los

conciertos. Ámame, David, sé mi melodía.

—Así está mucho mejor —aprobó Sebastián al Catherine concluir la pieza, trayéndola de nuevo a la realidad con el corazón encogido, ya que por un par de minutos se sintió libre y amada.

Dylan, que la observaba sentado en una silla, vio su expresión al principio ceñuda y luego la placidez a medida que avanzaba la melodía, producto de un buen recuerdo.

—Bien, levanta tu culo ahí —ordenó Sebastián a Dylan—, ya has holgazaneado lo suficiente, ahora los dos, no quiero errores.

Después de tres horas de ensayos, Sebastián dio el visto bueno. Catherine se sentía preparada.

## CAPÍTULO 27

Apoyado en la baranda de piedra del puente Bow Bridge de Central Park, David tiraba piedras al agua mientras esperaba a Sebastián. Estaba lejos aún de llamarlo padre, era la quinta vez que se veían desde que había estado en su departamento. No fue fácil tomar la decisión de frecuentarlo, lo pensó durante una semana, el segundo encuentro no fue mejor que el primero, salió furioso de su casa sin ganas de volver, pero luego pensó que él era un hombre que se enfrentaba a la muerte en su trabajo la mayoría de los días, cuando tenía que dar un diagnóstico desfavorable o en alguna cirugía de alto riesgo que no se coronaba con éxito, veía el dolor de las familias por la pérdida, ¿quería de verdad echar por tierra la oportunidad de conocerlo?

Lo pensó durante días. A lo mejor todo lo que le contaba era verdad, tendría que creerle que él no quiso abandonarlos, que fue a su madre, llevada por la desesperación de su enfermedad, a la que le tocó tomar tan dura decisión. Compartir un hogar con un padre alcohólico, ni era el mejor ejemplo, ni tampoco el ideal de familia que estaba seguro había soñado Penélope, no podría culparla, nunca, había hecho lo mejor para él, si lo que decía su padre era cierto, no era un buen hombre en esa época, pero lo había extrañado y mucho, y al final se dijo que no sería tan necio de negarse la oportunidad de un acercamiento.

El tercer encuentro se citaron a cenar en un restaurante italiano. Bajo su patina de arrogancia e indiferencia, a David le gustaba escuchar a su padre cuando hablaba de su tiempo en Julliard, de su trabajo en Boston, le gustaba que le hablara de esos pequeños detalles que hacían una vida en la que él estuvo ausente, pero con la que soñó muchas noches de su niñez y adolescencia; pero sobre todo, le gustaba escucharlo hablar de su madre, se dio cuenta de que le pasaba lo mismo que a él con Catherine, le cambiaba el tono de voz cuando la nombraba y los ojos le brillaban de emoción.

David aún no le había hablado de su viaje, que estaba cada vez más cerca, ni de su relación con Catherine. En otra visita volvió a la casa de su padre y siguieron charlando hasta que se hizo tarde. Sebastián le dijo que pasara la noche allí y David aceptó. Al otro día, era domingo, madrugaron y pasaron el

día en la cabaña. No había vuelto desde su estadía con Catherine, por lo que no fue una visita fácil, el lugar estaba contaminado con su presencia y lo sumió en recuerdos y nostalgias. Sebastián soltó un par de lágrimas emocionadas al observar el piano, que como ya David sospechaba, había sido suyo y luego uno de los bienes más preciados de Penélope. David le relató algunas anécdotas, de los regaños que se ganaron él y Mark por andar jugando cerca del instrumento, pero él siempre lo había cuidado con veneración, la madera relucía y lo mandaba a afinar cada tanto. Su padre, emocionado, le había dado las gracias.

David sabía que ese día tendría que hablarle del viaje.

—Hola —saludó Sebastián, situándose a su lado. Se empezaba a dejar crecer una barba que le confería un aire moderno.

—Entraste en la moda hípster —señaló David, palmeándole la espalda. Sebastián sonrió.

—Me queda bien —admitió con una arrogancia muy parecida a la de su hijo.

Caminaron por el puente hasta llegar a una plazoleta con sillas alrededor de una fuente, donde se sentaron.

—¿Cómo va el trabajo?

—Ayer me despedí.

Sebastián lo miró asombrado.

—¿Qué pasó?

David sacó un paquete de nueces y las regó por el prado.

—Me voy de aquí —dijo sin mirarlo.

—¿A dónde? —preguntó, frunciendo el ceño.

David soltó un profundo suspiro. Percibió una ligera tristeza en el tono de voz de su padre.

—Voy a estar seis meses en el Goodness Ship, un barco hospital que recorre las costas de África, hay profesionales de todas las disciplinas, que le devuelven la salud a mucha de gente que en sus países no tiene acceso a las cirugías que allí se practican. El barco hospital estará seis meses atracado en las playas de Camerún.

Sebastián se quedó callado unos momentos, apesadumbrado, caviló que otra vez la vida le daba una patada, encontrando a su hijo para volver a perderlo. A lo mejor era el castigo por su ausencia en una época en que su hijo lo necesitó tanto.

—¿Por qué África? —Sonrió, algo confuso— ¿No podrías hacer lo mismo

en un lugar más cercano?

—No, lo siento, era un sueño que había aparcado hace tiempo, quiero hacerlo.

Sebastián se quedó mirándolo durante varios segundos.

—¿Catherine Spencer tiene algo que ver? Te vi con ella cuando estuvo en coma, observé cómo la mirabas. —Se refregó el puente de la nariz—. Es una mujer casada. Mal casada, diría si me preguntases.

Sebastián quiso decirle que no se fuera, que apenas estaban empezando a conectar, pero veía el dolor patente en los ojos de su hijo y se dijo que no podría ser un egoísta. Si la sanación al corazón atormentado de David estaba al otro lado del mundo, lo despediría con su bendición. No tenía idea de lo ocurrido, pero algo grave debió ser, para que el talante de David mostrara esa melancolía.

—Cada quien tiene lo que cree merecer —susurró mientras lo ahogaba una profunda tristeza.

—¿Crees que ella tenga idea de los intereses negros y corruptos que se mueven en la política?

—No lo sé. A lo mejor sí, a lo mejor el poder que ostenta su marido es un afrodisíaco para ella —dijo con desprecio.

—Ese reportaje del periódico de hoy, mostrando su casa, su vida, una vida a la que no pueden acceder la mayoría de los estadounidenses, pero que disfrutan viendo, así sea de lejos, no lo sé, hay algo que no me cuadra en esa historia.

—¿Qué reportaje?

—Ellos hablando de cómo se conocieron, es tan empalagoso que no parece ella. Cada mañana que la escucho tocar el piano, me cuesta reconciliar la imagen de pianista entregada a su música con las fotografías de los periódicos, son dos mujeres tan diferentes...

—¿Cada mañana?

—La estoy preparando para un concierto que dará con Dylan para finales de octubre en Merkin Concert Hall.

“Va cada mañana a tocar el piano en lo de mi padre”, caviló David, deseando saber más, pero guardando silencio por orgullo. Llevaba la herida de los celos y el desengaño como una bala atravesada en el pecho, pero saber en esos momentos que estaba al alcance de él en el departamento de su padre puso a brincar su corazón, que pedía verla. “Pero para qué”, reprendió a su corazón, nunca podría ser suya, se molestó consigo mismo, ni siquiera debería

estar considerándolo. Escuchó a su padre hablar de música y de otros temas, pero su mente volvía de nuevo a Catherine. La maldijo en silencio.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sebastián, preocupado y arrepentido de haber tocado el tema de Catherine.

Él volvió de sus pensamientos.

—Nada, ¿por qué?

—Mirabas el paisaje como si quisieras prenderle fuego.

David sonrió a su pesar, su alma herida e inestable solo tenía un rostro tatuado en ella, estaba jodido.

—¿Cómo se arranca un pensamiento? ¿Cómo se arranca un corazón?

Su padre lo miró con un gesto de conmiseración que hizo que David se levantara de la silla como un resorte.

—He ahí la pregunta del millón. Tiempo y distancia. —Su padre lo alcanzó en pocos pasos—. No vayas.

—¿A dónde?

—Ya lo sabes. No te hagas más daño.

—Mi mente me dice que no vuelva a verla nunca más, pero quien manda es este. —Se señaló el corazón.

Las cejas de Sebastián se elevaron en su frente y un destello de luz centelleó en sus ojos del mismo color de los de su hijo. Rogó por que David encontrara la felicidad en brazos de otra mujer, como él no había podido hacerlo nunca. Ya no le pareció tan mala idea que se fuera en el dichoso barco hasta el fin del mundo.

—Si lo sabré yo —comentó Sebastián.

—Buenos días —saludó Catherine a Mark, e intentó sonreírle, pero le era imposible mostrar unos sentimientos que no abrigaba.

—¿A dónde vas tan temprano? —inquirió él al verla entrar al comedor con ropa de salir. No recordaba que hubiera algún evento al que asistir esa mañana, hacía un par de semanas había anulado los compromisos matinales, entonces lo recordó: el jodido piano.

—No es tu problema, sabes que despejé mi agenda en las mañanas por las próximas dos semanas.

—El concierto.

Le molestaba ese repentino ataque de rebeldía, parecía exhausta, nerviosa y muy desgraciada, no supo cómo habían podido disimular en el reportaje, cada vez le era más difícil a ella sostenerse en el papel y eso era algo que lo

preocupaba y mucho, si así iba a ser su matrimonio apenas empezando la carrera, los meses siguientes no serían un lecho de rosas.

—Sí, el concierto del que te vanaglorias con tus conocidos, pero que no te importa. Te miro y no sé cómo pude equivocarme tanto.

Mark apenas levantó la vista de la prensa. Leonora entró con la tetera y un plato de tostadas frescas y crujientes, Catherine le dio los buenos días y luego ellos guardaron silencio hasta que la mujer abandonó el salón. Ella preparó la bebida y apenas dio un mordisco a un trozo de tostada, no esperaba encontrarlo en el comedor, no lo toleraba, el olor a tedio de su matrimonio, que no se iba ni con el más caro ambientador, ya empezaba a pasarles factura a ambos. Sorbió de su bebida y desistió de seguir comiendo.

—Yo sí sé —señaló él con dientes apretados—. No me porté como un maldito gilipollas el día que nos conocimos.

Catherine miró furiosa a Mark desde el otro lado de la mesa y se levantó con rapidez.

—¡No te atrevas! Porque si te estás refiriendo a David, no tienen punto de comparación, no le llegas ni a la suela del zapato.

Mark dobló el periódico a un lado en la mesa y se dispuso a desayunar sus huevos pasados por agua con toda la parsimonia del mundo.

—Eres igual a él.

—¿A quién?

—A mi padre —señaló dolido.

Catherine se negó a sentirse mal por su comentario.

—Mark, acabemos con esta farsa, estoy cansada. Dile a tu padre que quieres el divorcio, no entiendo tu deseo de edificar un futuro sobre unas bases tan pobres.

Él la miró confuso.

—No querida, no te equivoques, voy a ser senador y me importa una mierda el cimiento donde esté construido. No sé qué te pasó con mi padre y no me importa saberlo desde que cumplas tu papel.

—Eres un egoísta, Mark.

—El juego de la política no me da mucho margen de sacar a relucir mi buen corazón.

—Dudo que tengas un corazón.

Catherine salió del comedor sin despedirse.

—Esto es lo único que me convence de que en el mundo existen cosas

capaces de curar del alma o de dar una gran felicidad —aseveró Sebastián, satisfecho, en cuanto Catherine y Dylan concluyeron la sonata *Primavera* de Beethoven.

—Somos unos jodidos genios, viejo —concluyó Dylan, mientras guardaba el violín en el estuche—. No debería extrañarte.

Catherine continuaba tocando el piano, en una serie de ejercicios, sin prestar atención a lo que hablaba el par de hombres.

Sebastián sonrió, haciendo caso omiso del comentario, conocía a su alumno, sus luces y sombras, tras su fachada chulesca se mostraba un alma sensible y atormentada a quien la música había determinado el camino, sin ella, el profesor estaba seguro de que el joven habría muerto años atrás. Dylan se despidió de Catherine con un beso en la frente y con un abrazo de su profesor, quien le recordó el tema musical del día siguiente.

Observó a Catherine mientras maniobraba con el piano, la música era su campo de fuerza, la veía llegar apagada y preocupada y en cuanto se sentaba al piano, se transformaba totalmente, tenía la certeza de que tenía roto el corazón.

Estaba seguro de que deseaba hablarle de David, pero no se atrevía, ya que semanas atrás le había contado muy por encima que se había puesto en contacto con él, y la vio sonreír, emocionada por la noticia; pero él había sido muy parco en sus comentarios y ella no volvió a preguntarle más. La dejó que practicara en el instrumento mientras él iba a la cocina y se hacía un café, ella prefería el té, entonces él le preparó una taza para cuando hubiera acabado el ejercicio, que por lo que escuchaba, ya estaba por finalizar. Lo que no sabía era si volvería a intentarlo o dejaría el ensayo hasta ahí, era una mujer con una agenda muy ocupada debido a que en cuestión de días serían las elecciones. Cuando dejó de tocar, se acercó a ella con la taza de té humeante.

—Lo estás haciendo muy bien. —No le diría que el agente de Dylan y alguien de la discográfica estarían ese día en el concierto. No quería prevenirla o ponerla nerviosa.

—Gracias. —Ella recibió la taza y tomó un sorbo.

—Ví tu reportaje de ayer.

Catherine frunció el ceño, se levantó y dejó la taza en el plato encima de la mesa.

—No creas todo lo que lees en la prensa.

El profesor quedó perplejo unos instantes.

—¿Estás enamorada de tu esposo? —Vaciló un momento y añadió—: No te ves enamorada, así en la prensa los pinten como una pareja de cuento.

Catherine soltó un profundo suspiro, quiso decirle que su relación sí era un puro cuento, que estaba cansada de simular, una sombra se posó en su expresión y bajó por unos segundos la mirada. Luego miró de nuevo al profesor. Tres años atrás ni siquiera habría considerado la pregunta y habría refutado la afirmación de Sebastián. Pero se lo había preguntado con tanta amabilidad que a Catherine no le importó ser honesta con él, necesitaba decirle la verdad a alguien.

—No, Sebastián, no lo amo.

Él la miró, confuso.

—¿Estás segura? —Luego se inclinó hacia ella y le cogió la mano—. ¿Tiene mi hijo algo que ver?

—Estoy segura de mis sentimientos hacia Mark, estaría igual así no amara a tu hijo como lo amo.

Era una admisión en toda regla y Sebastián no supo qué hacer o decir para apoyarla o aconsejarla.

—¿Qué vas a hacer para solucionarlo?

—Es complicado, hay mucho en juego y por ahora no me puedo ir. Tengo que buscar una solución, estoy segura de que tampoco toleraré el tiempo de campaña sin matarlo o morirme.

—Y si te metes en la cabeza que tu vida es tuya y de nadie más, que no eres responsable de la carrera política de Mark. Si él no es lo suficientemente inteligente o capacitado en política para hacer que la gente lo vote, contigo a su lado tampoco lo será. No pienses en David, no pienses en Mark, piensa en ti.

—No es tan fácil.

Él la miró fijamente y asintió en silencio, ya no le pareció mala idea que tuviera un encuentro con David, su hijo le había enviado un mensaje diciéndole que poco después de las once iría a su casa. Sabía que las clases terminaban a las diez y treinta, miró el reloj, eran casi las once, ¿qué hacer para retenerla y que se encontrara con David?

—Tengo que salir, ¿tienes que ir a algún lado?

—No hasta después del mediodía.

—Debo esperar una encomienda que me traerán en menos de una hora, pero este chequeo es importante.

Catherine lo observó preocupada.

—¿Estás enfermo?

—No es nada grave, chequeos médicos de rutina. La encomienda estará

aquí en media hora, ¿puedes esperarla?

—Ve tranquilo, podré practicar ese movimiento que no te convence.

Con algo de remordimiento en la conciencia por tener que mentirle, Sebastián salió del departamento implorando al cielo no equivocarse.

## CAPÍTULO 28

Leyó el reportaje una y otra vez en una cafetería cercana a la casa de su padre. Se regodeaba en la rabia, la angustia y los celos, le parecía un suplicio sin final, a lo mejor estaba pagando su pecado por haber puesto los ojos en una mujer ajena y que nunca sería suya, había cometido un sacrilegio y el sufrimiento era el precio. Aun así, necesitaba verla, hablarle una última vez antes de salir definitivamente de su vida. Llevaba los libros que le había leído durante tantas noches cuando estuvo en coma, necesitaba devolverlos, no le pertenecían, tampoco el CD de su música, como si fuera tan fácil entregar los recuerdos y los sentimientos y empezar de nuevo.

Al llegar al departamento de su padre, un inquilino salía, no tuvo que anunciarse por el interfono. Tocó el timbre mientras escuchaba una melodía, estaba nervioso, deseó que ella no estuviera, que fuera su padre el que le abriera, a lo mejor estaban los dos, no quería interrumpirles la clase, caviló, o a lo mejor era Sebastián al piano. Tocó el timbre otra vez y el piano dejó de sonar. Escuchó el sonido de unos tacones y el corazón se le aceleró al *ella*, abrir la puerta.

El corazón de Catherine golpeó a ritmo disparatado, tardó unos segundos en recuperarse del impacto de verlo. Su primer impulso fue tocarlo, ya que su cercanía le provocó una viva ansiedad, su presencia la hizo muy consciente de todo lo que había perdido. Quiso arrebujaarse en su abrazo, olfatearlo y recorrer con los labios su quijada con asomo de barba, la impresionaron sus ojos, que brillaban presos de una fuerte tormenta. Carraspeó varias veces hasta que pudo hablar.

—David...

Su voz lo golpeó como una tonelada de piedra. Él entró, cerró la puerta, y recorrió un par de pasos invadiendo su espacio personal. Ella retrocedió hasta la sala sin dejar de mirarlo. Estaba más hermosa que lo habitual, llevaba un vestido de color amarillo, y unas botas marrones hasta la rodilla.

El vórtice de emociones de David le impedía pensar con claridad, a la mañana de celos, se sumaba el intenso deseo que sentía aún por ella y esos sentimientos terminaron por enfurecerlo, no era lo que quería, en medio de su

furioso abatimiento quiso refugiarse en sus brazos, en su aroma, en su calor.

—¡Maldigo el día en que puse un pie en ese concierto, maldigo el día que entraste a mi vida!

Sus palabras eran como un punzón metálico que horadaba bajo su piel, cortando nervios, sensaciones, haciéndola sangrar.

—Yo...

—Fui un imbécil. —Extendió el paquete con sus libros y el CD de música —. Tómalos, no me pertenecen, nada de lo que hay aquí me pertenece.

Ni siquiera ese gesto lo libraba del dolor que pesaba como un hoyo en su estómago cuando se paró frente a ella. Catherine recibió el paquete, miró por encima el contenido y la brecha de la pena se amplió un poco más.

—David, esto no es fácil para ninguno de los dos.

Ella quiso decirle la verdad en ese instante, contarle el chantaje de Henry, le dolía en el alma que no supiera que todo lo hacía por él, pero viéndolo tan perdido y furioso, supo que no era una opción. David soltó una carcajada irónica y con las manos en la cintura, desvió su mirada de ella unos instantes.

—No necesitabas hacerlo de esa forma. Sé que fui el desquite por lo ocurrido con Mark. Si querías una aventura, solo tenías que ser honesta conmigo y yo no estaría aquí como un idiota sin saber qué hacer con mi vida. No soy un niño, soy un hombre de mundo, puedo tener a la mujer que se me antoje.

Negó con la cabeza y retrocedió, no quería ver el dolor en la mirada de ella, no quería ver a la mujer que amó en esa maldita cabaña, que tendría que vender o prenderle fuego, porque no pensaba volver a ese lugar nunca más.

—Esto es una estupidez. —Cerró los ojos y caminó hacia la puerta.

—David, por favor —rogó ella con los nervios a punto de romperse de verlo en ese estado, él estaba igual que ella, con el desengaño en carne viva y no podía dejarlo ir de esa manera, necesitaba hablarle, explicarle. Se acercó un momento y le tocó el brazo—. Sé lo que te pasa porque...

La miró incrédulo.

—¡No lo sabes! ¡No tienes idea! —bramó. Catherine retuvo el aliento al ver su rostro transformado por la ira, él continuó—. Te llevó clavada aquí. — Señaló el corazón y luego la cabeza—. Y aquí. Mi cerebro se ha vuelto muy creativo imaginándote con Mark ¿Y sabes qué es lo más triste? Que te deseo a todas horas, tu cuerpo, tu aroma, estoy furioso y sin embargo no dejo de necesitarte. —concluyó, desgarrado.

Catherine sentía la desesperación crecer en su interior ante cada palabra

proferida.

David le sostuvo la mirada y por más que trató de contenerse, las dudas volaron por los aires, necesitaba tocarla, *sentirla*, cayó sobre su boca, con la desesperación y el deseo mezclándose juntos, creando una combustión, ajeno a si ella le respondía o no, su aroma lo rodeó como una nube cargada y perversa y ya no pudo pensar en nada más.

Catherine, desconcertada, soltó el paquete, no atinaba a corresponderle el beso, segundos después, él se separó de ella y reparó en sus facciones, en el rubor de su piel, en sus ojos oscurecidos y luego fue ella la que le sujetó la nuca y lo atrajo hacia sí, en un choque de pasión desatada, sin delicadeza o sutileza, ella abrió la boca y él se adueñó de su interior. El gesto que había iniciado con rabia se truncó en pasión, en amor, esa caricia y la demanda de Catherine, fueron como un bálsamo para su corazón y su ego atormentados. Terminaron en el piso, sobre la alfombra, ni siquiera pudieron esperar hasta quedar completamente desnudos. Él le levantó la falda, le rasgó la ropa interior, abrió la cremallera de su pantalón y sacó su miembro, agarró el trasero de Catherine y se hundió en su interior con un fuerte gemido.

—Dios, cómo te he echado de menos. —Su tono de voz necesitado y atormentado atizó el fuego de ella.

El sentimiento que agobió a David era carnal y violento, ni siquiera se molestó en luchar contra el instinto territorial de animal demandando a su pareja. Embistió fuerte, hambriento por la sensación de sentirse en su interior sin ninguna barrera de por medio, actuaba como si estuviera corriendo una carrera o alguien viniera a sorprenderlos en cualquier momento y le robara sus segundos en el paraíso, la escuchó gritar su nombre. “Dijo mi nombre, es mi nombre el que quiero que quede grabado en ella”, clamó para sí. Su boca reclamó su rostro, su cuello y lo poco de lo que pudo apoderarse por culpa de la ropa.

—Eres mi perdición, no dejo de pensar en ti.

—Yo tampoco... David, yo... —Un gemido tembloroso salió de sus labios. Quiso decirle que lo adoraba, que lo amaba como nunca había amado a nadie más, que el poco tiempo compartido había sido de los más felices de su vida, quiso decirle de nuevo que era suya en cuerpo y alma y que siempre lo sería, pero sabía que le echaría sus declaraciones de amor a la cara, tuvo esa certeza. Tomó de él lo que quiso brindarle y se dedicó a hablarle de amor con su cuerpo, con sus manos, con su boca, mientras su sexo se estremecía a su alrededor. David la miró con un brillo victorioso al escucharla repetir su

nombre como mantra, ella le regaló el amor en su mirada y le acarició con ternura la mejilla, entonces él llegó a un orgasmo explosivo, largo y profundamente enterrado en ella.

En cuanto recuperaron el aliento, el limbo en el que estuvieron esos minutos desapareció, dejando tras de sí una estela de dudas, resentimiento y desconfianza por parte de David. Observó sus cuerpos unidos una última vez antes de salir de su interior, preguntándose qué tamaña locura era esa. Catherine le respondió con una mirada que desmentía todo lo que creía de ella. Recordó que era una traicionera. Se irguió ajustándose el pantalón.

—Nada es lo que parece —dijo ella. Él no supo qué contestarle e hizo un gesto pidiéndole que dejara de hablar—. David...

Se negó a hablarle y se alejó más furioso de lo que había llegado, había ido a ese lugar tratando de dejar ir esa locura que lo atormentaba, pensó que con el gesto de los malditos libros y la música sería suficiente. Qué tonto había sido. Al llegar a la puerta, la miró por última vez, ella aún yacía en el suelo con las rodillas juntas y los hombros estremecidos por culpa del llanto.

—No volveremos a vernos nunca más.

Salió del departamento como si lo persiguiera una jauría de perros rabiosos.

Llegó la tarde del concierto, Catherine quedó sorprendida por la afluencia de público, sabía que no era por ella, era por Dylan Garrett, su amigo no tenía nada que envidiarle a una estrella de rock. Habían estado en la mañana probando el sonido y ensayando una vez más la acústica. Entendía, ahora sí, la cuota de estrés que a veces aquejaba a Dylan, pues había cantidad de cosas que resolver en días anteriores, ella había estado sumida en todo lo relacionado a su actuación de esa noche y en los eventos donde tenía que posar como esposa de Mark para evitar pensar en lo ocurrido con David, ver su sufrimiento había podido con ella, se reprendía por lo lejos que habían llegado las cosas, no debió cruzar esa frontera, ahora todo sería más difícil. Dios, ni siquiera había usado protección, ella no planificaba, al perder la esperanza de tener hijos con Mark, no había utilizado métodos de planificación en largo tiempo. Un embarazo estaba fuera de tales circunstancias, no le preocupaba el no haber usado protección, y se imaginaba que David como profesional de la medicina sería cuidadoso con su cuerpo.

Tenía que arreglar su situación enseguida, su matrimonio no daba para más, ese circo había durado demasiado.

—Estás a punto de explotar, desahógate conmigo —rogó Dylan una tarde, al verla aporrear el piano sin compasión—. Dime que te pasa.

Catherine le contó todo.

—Lo imaginaba, sabía que no tenías tan mal gusto, aunque David tampoco es santo de mi devoción, pero el hombre se ganó mi respeto por cómo se portó contigo mientras estuviste hospitalizada. Los Spencer son unos soberanos cabrones, pero el viejo lo es más. Mándalos a la mierda y que David solucione su problema, al fin y al cabo, fue él quien se puso en situación vulnerable, estoy segura de que preferiría enfrentar la situación con el viejo, al purgatorio al que lo has condenado. Ese tipo está chalado por ti.

—Lo sé, pero siento que debo arreglarlo, David ha hecho mucho por mí.

—No entiendo qué haces todavía con Mark.

—No es tan fácil, fue mi esposo por cuatro años, no todo ese tiempo fue malo, me casé enamorada, debo hacer las cosas bien.

Dylan soltó una carcajada corta.

—Ya no lo consideras tu esposo. —Ella lo miró con el ceño fruncido—. Dijiste “fue mi esposo” y por lo que sé, no has firmado los papeles del divorcio. Dudo mucho de que te hayas casado enamorada, le tenías cariño, pero el que de verdad te interesaba era el padrino del novio.

Se quedó pensativa un buen rato.

—Tal vez tengas razón, no lo sé.

La máscara le pesaba y mucho, se había fijado un plazo para después de las elecciones, que serían en dos días, después hablaría con Henry y luego con Mark, le confesaría todo.

Notaba a Sebastián un poco alicaído, no quiso preguntarle el porqué, a lo mejor David le había contado algo, no se atrevía a averiguar por él, no quería que se le notara lo ocurrido en el departamento.

Había escogido un vestido negro a la rodilla para esa noche, su esposo y su suegro estaban sentados en primera fila y la retahíla de fotógrafos acechaba a ambos lados del auditorio. Deseó que David estuviera allí esa noche. Recordó sus palabras: “Todo es sobre la música, es un espacio sacro tan majestuoso como una iglesia y tan sencillo como una fonda de camino. Lo que hace difícil conocerla, y muy pocos lo hacen, el resto solo disfruta la superficie. Nosotros somos de los pocos afortunados. Siéntate al piano, Catherine”. Estaba segura de que si David se hubiera criado al lado de su padre sería un virtuoso del instrumento.

Se miró al espejo del camerino y se vio bella, llevaba el cabello suelto y se veía como Catherine Watson y no como la esposa del futuro senador; se miró las manos, que temblaron un poco debido a los nervios. Era su noche y el inicio de una nueva etapa en su vida, así su suegro y su esposo no lo supieran. En cuanto los anunciaron, acarició la cadena que llevaba al cuello, en la que había colgado los tres dijes, regalo de David. Estaba nerviosa, respiró profundo varias veces.

Dylan le guiñó el ojo. Estaba muy guapo, a pesar de su estilo descomplicado, era un hombre que rezumaba clase por cada uno de sus poros. Vestía también de negro, traje entero, camisa de seda negra también y sus infaltables anillos. En cuanto salieron al escenario fueron ovacionados por el público, ella se sentó al piano y al sonar la primera nota de *Serenata*, de Franz Schubert, se olvidó de la pena que la agobiaba. La música que interpretó fue un recorrido por los momentos más felices de su vida. Recordó las tardes de clases con su madre, que la hacía repetir los ejercicios musicales una y otra vez, y se dio cuenta de que algo que para muchos sería aburrido o rutinario, ella lo tenía atesorado entre sus mejores recuerdos.

Los acordes del Concierto en Re mayor para piano y violín de Tchaikovsky se elevaban, desbordando el lugar hasta colarse en el alma de los espectadores. Dylan la miraba de reojo y le sonreía. Luego recordó sus estudios en Boston, la emoción del aprendizaje, la pasión en cada interpretación y antes de tocar la sonata *Claro de luna* de Beethoven, evocó las tardes de esa mágica semana en la cabaña con David, lo sentía cercano a ella y tocó como si él estuviera entre el público.

La pareja de músicos brindó una presentación magistral. Los aplausos del público, maravillado con la prodigiosa interpretación, la trajeron al presente. El escenario estaba tapizado de flores cuando se puso de pie a recibir el homenaje, hasta su esposo gritaba “bravo”.

Dylan la miraba emocionado, supo sin temor a equivocarse que esa noche sería el inicio de la carrera de Catherine y se alegraba de haber sido en parte el artífice de ello.

Mark la esperaba con un ramo de flores a la salida del camerino y un rosario de fotografías para inmortalizar el momento, a ella le costó un trabajo enorme impostar una sonrisa. Un hombre que se identificó como uno de los directivos del sello de música clásica más importante del mundo le dio su tarjeta y le pidió reunirse con él la semana siguiente. Sebastián la abrazó, emocionado.

—Lo sabía, era cuestión de tiempo, lo lograste.

Ella tomó su mano, conmovida.

—No hubiera podido hacerlo sin ti.

—Eres muy talentosa —dijo con tono de voz emocionado—. Tu noche ha sido perfecta.

Ella le sonrió triste.

—No, no ha sido perfecta, David no estaba conmigo.

Él volvió a abrazarla y sin decirle más se retiró. Dylan la invitó a celebrar, pero Mark había hecho una reserva. Se despidió de su amigo, que se alejó con un par de bellezas: una rubia y la otra morena.

Dos días después, a última hora de la tarde, Catherine estaba en las oficinas de campaña, esperando junto a Mark el resultado de los comicios. Habían votado esa mañana temprano en medio del despliegue de fotógrafos y periodistas y luego se habían recluido allí. Mark caminaba de un extremo a otro como león enjaulado, esperando el resultado de las mesas escrutadas. Ella tenía el alma en vilo, aunque por diferente razón que su esposo. Henry estaba sentado leyendo unos informes sin prestar mayor atención al entorno. Los diferentes colaboradores entraban cada tanto a la oficina con informes de último minuto, el ambiente era festivo. Cuando las diferencias eran ajustadas entre los candidatos era cuando más se tardaba en conocer el resultado. No era el caso del partido de Mark, que llevaba amplia ventaja sobre sus contendores.

A las seis de la tarde dieron el parte de victoria, Mark Spencer, del partido Demócrata, había sido elegido senador por el estado de Nueva York. Abrieron la champaña, y brindaron con todos los presentes, un emotivo Mark dio las gracias a su esposa y a su padre, y luego a cada colaborador. Después se encerró unos momentos en su oficina cuando recibió una llamada, y notó enseguida el talante de advertencia de Henry.

—Henry, tengo que hablar contigo —dijo Catherine en el momento en que se quedaron solos.

El hombre la miró con cinismo.

—Vaya, vaya, has roto tu veto de silencio para mí, querida, me parece bien. Ahora más que nunca tenemos que ser un equipo.

—No voy a ser parte de ningún equipo —dijo ella, contundente.

Henry la miró, confuso, y luego la llevó a una de las oficinas.

—¿De qué diablos estás hablando? —preguntó, tan pronto cerró la puerta

tras él.

—Quiero el divorcio. —Catherine enderezó los hombros e intentó mostrarse mucho más fuerte de lo que en realidad se sentía.

Henry soltó la risa.

—No puedes. ¿Quieres que te recuerde a tu amante?

—No es mi amante y él bien puede luchar sus propias batallas.

Henry levantó las cejas, mirándola con suficiencia. Hasta ellos llegaba el sonido de las risas y la música que alegraba esa tarde de victoria.

—Así que se acabó el amor —se mofó Henry con mirada especulativa, tratando de determinar si era un farol—. Haré públicas esas cintas.

Catherine extendió una mano y se miró las uñas.

—Haz lo que tengas que hacer, pero me imagino que no querrás un escándalo con la victoria de Mark tan reciente. —Por dentro temblaba, no era fácil enfrentar un hombre de la talla de Henry Spencer, no debía perder las riendas de la situación.

—Yo no voy improvisando, hija, he cubierto esta eventualidad, tú serás la pobre víctima, el público simpatizará contigo y por ende, subirá la publicidad de Mark, y a David lo refundiré en la cárcel por abuso y muchas cosas más.

—No te creo —manifestó ella, insegura, negándose a mostrar algún signo de debilidad o sería su perdición. “Piensa”, se dijo, “piensa”.

—¡Ponme a prueba! —exclamó Henry cuando ella se alejó hacia la puerta. Sabía que bajo el aplomo y la perfección de Catherine había mucho más de lo que dejaba entrever—. Ahora vas a volver al salón, y representarás tu papel, acorde con el apellido que llevas.

Ella se puso rígida unos segundos, exhaló bruscamente y cuando se dio la vuelta, sus ojos oscuros lanzaban dardos furiosos.

—¡No más! ¡Eres un hijo de puta!

—¡Baja la voz! —exclamó él con los dientes apretados.

Catherine se devolvió en sus pasos hasta quedar frente a él. En su mente una idea acaba de germinar.

—Hay una eventualidad que no has cubierto, Henry. ¿Cómo harás para que aparezca como víctima si le digo a todo el mundo que ya me acostaba con David antes del accidente, que teníamos una relación y que por ello, él no estaba abusando de nadie al hacer lo que hizo? ¿Cómo quedarás al haber presentado esas grabaciones? ¿Quién terminará siendo la víctima en esa historia?

Él se inclinó un poco más cerca de ella y le dijo muy lentamente:

—Eres una zorra.

—No soy una zorra, pero no me molestará serlo si con eso me quito este apellido de encima.

Lo miró directo a los ojos y pudo disfrutar de un momento de triunfo al ver la mirada prepotente del viejo desinflarse ante la evidente derrota. Todavía no lo podía creer...

La voz de Mark los interrumpió.

—¿Qué sucede? —preguntó, con el ceño fruncido.

—Cuéntale, dale las maravillosas noticias. —Henry, retomando su aplomo, la golpeó con su sarcasmo.

Catherine cruzó los brazos y caminó por la oficina, rodeando sillas y escritorios.

—Quiero el divorcio.

Mark la miró si se hubiera vuelto loca.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Lo que oyes, no quiero seguir casada contigo un minuto más.

—Catherine, yo no entiendo... —replicó, nervioso.

—No hemos sido felices en años, no me amas y yo no te amo. —Se acercó a él—. Somos jóvenes, ¿en serio piensas encerrarte en esta pantomima? ¿Por cuantos años? Acostándote con cualquiera que te brinde placer ¿y si te enamoras? ¿No querrás estar libre para corresponderle? —Mark rehuyó su mirada—. Me niego a pasar un minuto más de mi vida sometida a esto.

—¡Por Dios! —interrumpió Henry—. Dile la verdad, que eres una zorra.

—¡Papá! —lo atajó—. A Catherine la respetas o te largas enseguida.

—Amo a David, la semana que me fui de la casa la pasé con él.

Mark la observó, atónito, y luego miró a su padre, que desvió la mirada.

—¿Tú lo sabías? —preguntó, sorprendido.

—Yo la encontré en un hotel donde se quedaba con ese bastardo.

—¡Basta! —bramó Mark—. Déjanos solos, por favor, esto es entre mi esposa y yo —aseveró con semblante grave, sin dejar de mirarla.

Henry se levantó para irse.

—Tu padre me chantajeó para volver.

Mark miraba a uno y a otro con un mal presentimiento.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, tu padre tiene unas cintas donde David se recuesta a mi lado cuando estoy en coma y hay una donde me besa. Hizo todo lo que tú no hiciste por tu esposa enferma, ¡me dio cariño! ¡Compañía! ¡Tiempo! Pero

sobre todo, ¡amor! Y tu padre quiere mostrarlo como algo sucio.

—¿Qué le pediste? —preguntó Mark a Henry.

—Que siguiera casada contigo, por las elecciones.

Mark se acercó a su padre y lo aferró de las solapas de la chaqueta.

—¿Creíste, como siempre, que sería incapaz de solucionar mi vida?

Henry se soltó con rabia.

—No eres capaz de hacerlo, eres un inútil. Serás senador por mis conexiones y mi dinero, no se te olvide.

—¿Por qué David no está aquí? —precisó Mark—. Está enamorado de ti desde el día en que se conocieron.

—David no tiene idea de lo ocurrido —dijo Catherine—. Ese fue el trato que hice con tu padre. El piensa que lo engañé, que no lo amo.

Mark soltó una risa irónica.

—Pobre diablo, no sabes lo que disfruté aquella vez birlándote en sus narices. Y ahora cree que nuevamente lo has dejado para volver conmigo.

—Lo sé —aseveró, dolida—. Tuve que volver a decepcionarlo por su bien. No sabes cómo me odia en estos momentos.

Mark se puso serio y la miró, concentrado. Ella no lo amaba, eso era evidente, se había sacrificado por amor a otro hombre.

—Tú en serio lo amas —concluyó, más perplejo que furioso.

Ella solo asintió lentamente. Mark caminó por la estancia. ¿Qué diablos estaba haciendo? Su esposa tenía razón, él no la quería, o estaría furioso y celoso, y estaba lejos de sentirse así, lo único que abrigaba era un enorme alivio, porque esa parte de su vida concluiría y no tendría que ver su mala actitud y sus malas caras nunca más. Y hasta estaba en sus manos el mostrarse magnánimo y darle la libertad.

—Vaya, vaya. Así que en este punto yo decido si apoyo a mi padre y su retorcida idea del asunto o te libero a ti para que vuelvas a los brazos de tu amante.

Por un momento, Catherine captó el reflejo subyacente de las palabras de Mark, así llevaran la coraza del sarcasmo. Le dolía la manera en que su padre lo menospreciaba. Ella era apenas un simple comodín, Mark nunca la había amado.

—¡No! —exclamó—. No depende de ti en absoluto. Este maldito juego termina aquí y ahora, no estaré casada contigo un día más. Tú tampoco lo quieres, se te nota.

—Es cierto, estoy harto de tu cara de víctima, y ahora entiendo la razón.

— Señaló a su padre—. No debiste hacerlo, es bajo y muy retorcido, aun viniendo de ti.

—Publiquen las cintas, échenme a mí la culpa, no sé, hagan lo que quieran, pero ya saben lo que diré.

—¿Qué dirás? —preguntó Mark.

Henry contestó.

—¡Qué se acostaba con David antes del coma!

Mark la miró, sorprendido.

—¿En serio harías eso, querida? Con eso desvirtuarías los cargos, ¿por qué no se te ocurrió antes?

—No lo sé —dijo ella con tristeza. Se habrían ahorrado mucho sufrimiento y a lo mejor estaría ahora con David. Pensó que quizás en el fondo se sentía culpable por lo que le estaba haciendo a Mark y ese había sido una especie de castigo autoinfligido, o representar el papel de mártir que se sacrificaba por su amante... Qué más daba ahora. Solo esperaba que aún no fuera tarde para recuperar a David.

Mark confirmó entonces lo profundos que eran los sentimientos de su esposa hacia David, porque de él siempre había sabido que estaba loco por ella. Eso era lo único que lo incomodaba, darle la victoria, pero la había ganado en buena lid. Se había portado mejor con ella en esos meses que estuvo en coma de lo que él lo había hecho en esos años. No quería ser un cretino como su padre y por una vez en la vida se preguntó qué se sentiría hacer lo correcto, aunque también tenía sus motivos egoístas, ya no le apetecía seguir casado con Catherine. Los medios se podrían manejar, se habían manejado crisis más graves con éxito, un simple divorcio de un congresista sería pan comido para alguien que supiera hacer su trabajo. Traería a Melania con él, ¿y por qué no? podría comprometerse, por lo menos a ella le nacía serle fiel y eso quería decir algo. Estaba harto de su padre, harto de su injerencia, le robaba sus sueños y luego lo hacía sentir un inútil. No quería pensar que lo que deseaba era retarlo de nuevo, dándole la libertad a Catherine, y tampoco se quiso preguntar que hubiera sucedido si su padre no hubiera chantajeado a su esposa. ¿La habría dejado ir con tanta facilidad? Nunca lo sabría.

—Nos divorciaremos —sentenció, mirando retador a Henry.



## CAPÍTULO 29

Catherine llegó a la mansión después de su reunión con los Spencer y empezó enseguida a hacer el equipaje, que cupo en cuatro maletas: ropa, zapatos, sus álbumes de fotografías de la infancia y algunas fotos de años pasados. De los regalos de bodas solo le interesaba el presente de David, que sabía no significaba nada para Mark y, en cambio, lo era todo para ella. Le dejaba a él lo demás. Hizo bajar las cajas con los recuerdos de su madre que estaban en el ático y traer las cosas de su cuarto de música, y se encerró a hacer el equipaje con la esperanza de que ni Mark ni Henry la molestaran.

Así había transcurrido su noche, empacando cuatro años de su vida, la nostalgia la invadió por momentos, pero era nostalgia por la época de los inicios de su matrimonio. La tormenta emocional había pasado y una sensación agri dulce la circundaba: sabía que no sería fácil afrontar el fracaso de su relación, su conciencia estaba dividida en dos, a pesar de que sabía que había tomado la decisión correcta, se reprendía por no haber luchado más por su matrimonio. Sin embargo, la parte de su alma que le pertenecía solo a ella la animaba a seguir adelante, porque por más ganas que hubiera tenido de trabajar en su matrimonio, si el amor se había acabado o como ella sospechaba, no había existido, de nada habría valido el sacrificio de permanecer al lado de Mark. Había conocido el verdadero amor y una gran pasión en brazos de otro hombre, no se conformaría con menos.

Vio que amanecía sin haberse acostado, se duchó y se vistió con un jean, un suéter delgado y zapatos de tenis. Golpearon a la puerta y la asustó la posibilidad de que fuera Mark, pero al abrir, encontró en el umbral a Leonora, que miró con tristeza el equipaje.

—Sabía que este día llegaría tarde o temprano.

Catherine rodeó a la mujer con el brazo.

—Tengo que hacerlo, pero estoy segura de que volveremos a vernos — suspiró y volvió su atención a la caja decorativa, recuerdo de su madre, que envolvía en papel para acomodarla junto a las demás cosas.

—Me duele que nos dejes, pero ellos no te merecían. —Era la primera vez que la mujer la tuteaba, se limpió los ojos con un pañuelo—. Aunque quiero a

los Spencer, sé que son egoístas y manipuladores, necesitan mujeres iguales a ellos, de corazón duro, tú fuiste en esta casa como una estrella fugaz, tu lugar está en otra parte, solo te pido que no me olvides.

—No te olvidaré, nos reuniremos alguna tarde a tomar un café. Gracias por tu cariño y compañía, Leonora, sin ti y sin Ernest, todo hubiera sido más difícil. Sé que hiciste mucho por mí cuando estuve en coma.

La mujer la miró con lágrimas en los ojos, le aferró la mano.

—Como lo hubiera hecho tu madre si viviera.

Catherine la abrazó, se limpió de nuevo los ojos y la nariz, y procedió a cerrar las maletas. Le había enviado un mensaje a Dylan, que apareció una hora después.

—Traje un camión pequeño, te quedarás en mi departamento mientras encuentras donde vivir. —A pesar de su aparente tranquilidad, la notaba tensa, tenía ojeras y estaba seguro de que había llorado.

Ella echó una última a la habitación de música, donde estaba en ese momento. Se acercó al piano y acarició la superficie, subió la tapa del teclado y tocó un par de notas de despedida. Se detuvo un momento en el umbral y se apresuró a salir de la habitación.

Mientras Dylan y Ernest cargaban el equipaje, ella se volteó y observó la casa, se marchaba casi con tan pocas cosas como había llegado. Al subirse al auto, hizo un gesto con la mano a la pareja de sirvientes que la había acogido con tanto cariño. “Adiós”, susurró para sí.

Dylan la observó, preocupado.

—Estarás bien. Eres una mujer fuerte. —Ella hizo gesto de negación y Dylan continuó—: Te he visto luchar desde jovencita, superar la muerte de tu madre, amar la música, hasta para casarte con ese cabrón se necesitaba una cuota de temperamento o habría sido peor, y quien sabe qué más cosas hubieras tenido que soportar y superar.

Ella asintió.

—Me imagino que le dirás a David.

—En realidad no, no voy a ir corriendo a meterme en su cama. No lo siento correcto.

Dylan se enderezó en la silla.

—Me alegra escucharlo, pero quiero preguntar por qué.

El auto frenó ante una luz roja y el violinista la miró, curioso.

La avergonzaba lo ocurrido en el último encuentro, a medida que pasaban los días, la manera en que se había ofrecido a él, sin oponer ninguna

resistencia a su desafuero y al final, se había ido más furioso que cuando llegó, de una manera patética había intentado acercarse a él, pero David estaba demasiado confuso y herido para escucharla, intentó hablar con su cuerpo, pero no había servido de mucho. No se arrepentía del encuentro, le molestaba darse cuenta de que David no cruzaría el puente hacia ella nunca más, lo había dejado claro y eso la asustaba como nada.

—Amo a David, pero ambos tenemos muchas heridas por sanar.

—Pero en cuanto se entere de lo que hicieron ese par de cabrones...

Catherine recordó sus palabras de despedida, era difícil en ese momento pensar en arreglar las cosas.

—No quiere saber nada más de mí y voy a respetar su deseo.

Dylan resopló audiblemente.

—La idea de dejar a Mark es lo mejor que se te ha podido ocurrir en años. Nunca me gustó, es un hombre que no sabe lo que quiere, que nunca lo ha sabido, no es confiable. Estarás mejor sola.

—Necesito encontrar mi camino, ser independiente, necesito valerme por mí misma.

—Te apoyaré en lo que necesites.

Catherine sonrió.

—Gracias.

Buscar departamento en Nueva York con sus ahorros no era tarea fácil, encontrar una renta accesible en un sector de clase media era improbable, a lo mejor tendría que vivir en los suburbios, donde podría alquilar una casa pequeña por el mismo precio de un cuarto del tamaño de un armario en el centro de la ciudad. A pesar de que contaba con el dinero de la venta de la casa de su madre, se negaba a tocarlo. Tenía algo ahorrado de su tiempo de casada, los Spencer le consignaban una asignación mensual que ella nunca gastaba en su totalidad, ese colchón tendría que bastar hasta que consiguiera un trabajo.

La noticia de su separación aún no se había filtrado a la prensa, había hablado con Mark en dos oportunidades, él le pidió tiempo para manejar las cosas del mejor modo posible e instaurar la demanda de divorcio a principios del año siguiente. Por el momento, todo estaba tranquilo, en una semana sería Navidad, ya habían caído las primeras nevadas, ese día tenía una invitación a almorzar con Sebastián. Dylan había dejado la ciudad y estaría ausente hasta después de las fiestas.

La reunión con los directivos de la disquera el día anterior había ido como la seda, le ofrecerían un contrato para grabar un álbum con música de Schubert, piezas de Rachmaninov y dos de sus creaciones, para la primera semana de febrero daría un concierto en solitario en uno de los salones del Lincoln Center, era un camino largo, pero que empezaría a dar sus frutos pronto. Tendría que aumentar las horas diarias de piano, no le importaba, eran los momentos que más disfrutaba.

La temperatura ya había empezado a descender, el ambiente navideño estaba en todo su esplendor, entró en el restaurante cerca del MoMa, donde sería su encuentro con Sebastián, que ya estaba sentado a la mesa. No lo había visto desde el concierto. Se levantó de la silla tan pronto ella se acercó, el corazón de Catherine golpeó su pecho al ver el parecido con David, el mismo color de ojos, el mismo ceño fruncido. Sin querer se llevó la mano al pecho.

—Hola, Sebastián —saludó por encima de las voces de los demás comensales.

Era un restaurante de comida italiana, la favorita de Sebastián y también la de David, recordó ella. El olor a orégano y laurel invadía el ambiente.

El profesor la abrazó y le dio un beso en la frente. Catherine se quitó la chaqueta y la bufanda y él la invitó a tomar asiento.

—Te sienta la barba.

El hombre sonrió.

—Gracias.

Sebastián llamó al mesero, pidió la carta, una copa de vino para ella y una limonada para él. Catherine quiso declinar la bebida, pero el hombre insistió en que tenían que celebrar el éxito del concierto.

—No me molesta ver beber a otra persona, hubiera tenido que recluirme si no iba a ser capaz de volver ver una copa de licor, tú disfruta de tu vino tranquila, yo no tengo ningún problema con ello.

—Está bien.

—No habíamos hablado desde el concierto y reitero todo lo que te dije ese día, la interpretación estuvo impecable, estoy muy orgulloso de ustedes dos.

Ella sonrió orgullosa y miró a su profesor con cariño.

—No habría podido hacerlo sin tus directrices, así que ese triunfo es también tuyo.

Sebastián asintió con humildad y le susurró un “gracias”. Después de ordenar y de hacer el brindis, siguieron charlando del concierto y de la reunión en la disquera el día anterior. Sebastián inquirió por detalles

contractuales y técnicos.

—¿Qué más me cuentas? ¿Van bien las cosas en casa?

Catherine soltó una sonrisa triste.

—Estoy muy bien, estoy muy tranquila, me separé de Mark, abandoné la casa el día de las elecciones. Comenzaremos los trámites de divorcio a inicios del próximo año.

Sebastián alzó las cejas en gesto sorprendido y se echó hacia atrás en el asiento, por lo visto lo tenían oculto, la prensa nada había comentado.

—¿Por qué tomaste esa decisión?

Catherine le contó todo, la infidelidad de Mark, la semana idílica al lado de David y el chantaje de su suegro. A medida que ella relataba lo ocurrido, el talante de Sebastián pasaba de furioso a consternado, por último lo notó algo molesto.

—No debiste haber tomado tú sola esa decisión —dijo, con tono de reproche—, David tenía derecho a saberlo. Ni siquiera habrías tenido que volver a esa casa.

—No quería que la carrera de David sufriera algún sobresalto, tenía que protegerlo de alguna forma —repuso ella, firme.

—Estoy seguro de que entre ambos hubieran encontrado la solución mucho más rápido y se hubieran ahorrado ese sufrimiento. ¿Amas a mi hijo?

“Con toda el alma”, caviló ella sin poder disimular la turbación ante la abrupta pregunta.

—Sí, lo amo demasiado. —Bebió otro sorbo de vino, como si así pudiera ahogar la desazón que la agobiaba, dejó la copa en la mesa y acarició el borde con la yema del dedo índice—. ¿Cómo está él?

—Bien —contestó, reticente.

—¿Lo has visto? —insistió ella ante el gesto abatido del profesor, que rehuyó su mirada.

—No mucho.

Ella lo miró con gesto preocupado, el mesero llegó con los platos. Catherine no tenía mucha hambre. Esperaron que el joven acomodara el pedido en la mesa y se retirara.

—¿Por qué? Pensé que se habían acercado.

—Y así fue, pero David se fue hace seis semanas para las costas de África.

El semblante de Catherine palideció. Se había ido días antes de las elecciones. Lo había perdido, pensó, angustiada, mientras un manto de tristeza

le cubría el alma. ¡Lo había lastimado con su silencio! Sintió una opresión en el pecho, como si alguien le estuviera estrujando el corazón. ¿Así que esto era tener roto el corazón? David no volvería a ella, la olvidaría, dejaría el pasado atrás, ese amor solo le había traído dolor. Las palabras de su profesor le zumbaban en los oídos. Se había mentido todas esas semanas, estaba llenándose de valor para enfrentarlo y otra vez la vida ponía su mundo al revés.

—Lo siento —escuchó decir a Sebastián, consternado al ver su expresión.

Ella supo enseguida el origen del abatimiento de su profesor días antes del concierto.

—¿Va a volver? —preguntó con el corazón en la garganta y una punzada en la sien. Trató por todos los medios de disimular, pero fracasó de forma miserable, se le aguó la mirada.

Sebastián se condolió de ella, se miraron a los ojos, estaba algo resentido por culpa del desengaño de David, había perdido de nuevo al hijo que añoró tanto tiempo, su primer impulso fue decirle que no volvería o que pasarían años, pero la patente angustia en ella lo frenó, aparte de que no era tan cabrón, de todas formas, no le haría las cosas fáciles, su hijo merecía que lucharan por él.

—No lo sé con exactitud. —David le había comentado que la vinculación de los médicos era solo por tres meses y que podrían prorrogarla si deseaban, Sebastián estaba seguro de que si su hijo quería olvidar a Catherine en ese viaje a lo mejor no volvía.

—Está cumpliendo uno de sus sueños —aseveró ella—. Era un viaje pospuesto durante mucho tiempo.

—Eso espero, que sea solo la pasión y el deseo de ayudar a los demás lo que lo haya llevado al otro lado del mundo. —Tras una ligera pausa, Sebastián añadió—: Y que no haya sido por huir de la situación e intentar olvidarte.

Catherine se envaró.

—Soy muy consciente de que tomé decisiones erradas, espero que la vida y tu hijo me den la oportunidad de repararlo algún día.

—Yo también así lo espero.

Ella supo sin ninguna duda lo que tenía que hacer, no permitiría que circunstancias externas o fallos en la comunicación le robaran otra vez su felicidad. Quedarse de brazos cruzados en Nueva York no haría que David volviera a ella, tenía que asumir, aunque sonara ridículo y poco realista, que había nacido para estar con él, si no se daban las cosas, estaría bien, la vida

se encargaba de eso, pero perdería un buen bocado de sus sentimientos de felicidad y eso sería irrecuperable. Por otro lado, David era una de las personas más buenas que había conocido, merecía ser feliz, merecía una gran carrera y el amor de una mujer, hijos y todo el cuento ideal, ella tenía que estar a la altura de ese sueño. Lucharía por él, ya era hora.

## CAPÍTULO 30

—Doctor Foster, tenemos una urgencia.

—Muy bien, Sofia, enseguida voy —respondió David, extrañado, ya que en el barco no se atendían urgencias, todas las consultas eran programadas.

Salió del consultorio y anduvo hasta la sala de recepción de pacientes. Llevaba ocho semanas allí y nada de lo estudiado o vivido lo había preparado para lo que estaba experimentando. Desde el golpe de calor y ahogo por la humedad del clima tropical, el día del arribo al puerto de Duala, ciudad portuaria de Camerún, hasta descubrir la sensación de agradecimiento por tener la oportunidad de llevar alivio a los menos favorecidos del planeta. Aprendió a ver, en medio del dolor de una madre o su hijo, sentimientos de bondad y alegría, le asombraba ver la esperanza y la fe en el rostro de personas sometidas a duras pruebas. Le impresionó el número de pacientes arremolinados alrededor del barco el día siguiente de la llegada, miles de personas buscando un alivio o una solución a múltiples enfermedades que en Estados Unidos no tenían cabida o tenían pronto tratamiento.

La determinación por ayudar lo embriagó, pero había enfermedades o deformidades que por más que se quisiera, no se estaba preparado emocionalmente para enfrentar. De todas formas, supo que había encontrado algo que le faltaba a su vida: la satisfacción de poner su talento al servicio de los demás sin ninguna compensación económica, lo alegraba dejar una parte importante de sí en otras personas.

David trabajaba más de dieciocho horas diarias, deseaba atender el mayor número de pacientes, realizaba varias cirugías generales al día, y especializadas, tres o cuatro a la semana. Con el paso de los días se percató de que en esa labor encontraba alivio a su desengaño, sentía a Catherine tan lejos de su entorno y de su vida, que se planteó la posibilidad de no volver a Norteamérica, abrazó con rigor, no solo el trabajo, sino el anhelo de olvidarla, necesitaba recuperar el dominio sobre su mente y su alma; o por lo menos sentía que en ese momento lo embargaba el empeño de hacerlo, aunque a veces lo asaltaba el deseo de saber de su vida, de escucharla, de volverla a ver. Se negaba a leer noticias de Estados Unidos por temor a encontrar la fotos

de la pareja y le pidió a su padre que no le hablara de ella, pero Sebastián alcanzó a decirle algo lo inquietó por unos días, aunque al final lo dejó pasar.

El tiempo en el barco transcurría sin clemencia y el olvido no llegaba. Catherine era como una enfermedad latente dentro de él, esperando manifestarse en el momento menos pensado y eso seguía alimentando su rabia. Declinó los coqueteos de varias compañeras con la mayor delicadeza posible, preguntándose si volvería a sentir por alguna otra mujer lo que sentía por ella.

Se llevaba bien con los demás profesionales, en sus escasos ratos leía o jugaba ajedrez con un anesthesiólogo de Australia o a veces practicaba la natación. El barco contaba con todas las comodidades para que los profesionales de las distintas disciplinas se sintieran como en un hospital en tierra. Estaba dividido en dos partes, la parte de vivienda de toda la tripulación y el personal médico, y el área hospitalaria. Cada profesional contaba con su propia habitación sencilla y cómoda. Se requerían muchos recursos, que llegaban de todas partes del mundo a través de donaciones particulares, para mantener el barco en funcionamiento y así poder brindar la ayuda requerida.

Un pequeño yacía inconsciente en una camilla, estaba pálido y era muy delgado, respiraba con dificultad. La enfermera le explicó que el niño rondaba por el puerto y fue alcanzado por una pieza que se soltó de un montacargas y le golpeó con fuerza el pecho. Le habían hecho una tomografía, tenía una hemorragia interna y una herida en el ventrículo izquierdo. La madre se había negado a llevarlo a un hospital de la localidad, por temor a que su hijo muriera en una sala de urgencias, por negligencia o infección.

David sabía que en el barco, a pesar de que no se realizaban cirugías de urgencias, no se negarían a atenderlo y el chico tendría mayores probabilidades de sobrevivir. El traumatólogo estaba de permiso, y la intervención precisaba de un equipo médico completo. La tomografía le mostró a David que la hemorragia interna carecía de la gravedad que se creyó en un principio, el traumatismo en el pecho había hecho desastres causando la herida en el corazón y tenía varias costillas fracturadas, lo urgente en ese momento era la cirugía cardíaca y controlar cualquier tipo de infección.

—Tenemos que operar ya. Si no lo hacemos enseguida, el chiquillo puede sufrir una endocarditis o la herida se agravará —dijo David. Las enfermeras preparaban al niño con presteza y destinaban vistazos al profesional—. No podemos esperar a Sullivan —señaló, refiriéndose al traumatólogo.

El doctor Perkins, el anesthesiólogo, se presentó en la sala ante el llamado

de una de las enfermeras.

David observó las facciones del pequeño, si las condiciones eran duras en ese continente para un niño sano en apariencia, un niño enfermo crónico del corazón no lo tendría nada fácil. No podía olvidar que esos chiquillos no tenían una infancia normal como la de cualquier niño de Norteamérica. Se hacían adultos antes de tiempo, el pronóstico de vida no era nada favorable si no recibían tampoco los nutrientes adecuados para un normal crecimiento.

La cirugía era muy compleja y duró alrededor de tres horas, pues de la pericia del cirujano dependía que el corazón no variara en su forma y tamaño, lo que sería catastrófico para el chico. La operación fue todo un éxito, las siguientes cuarenta y ocho horas serían decisivas en el proceso de recuperación.

Catherine llegó a Duala después de un viaje de casi dos días por medio mundo. Había recibido el nuevo año en el cielo de no sabía qué país. Igual que a David, la golpearon el calor y la humedad al bajarse del avión, a primera hora de la mañana, junto a un olor denso que, la gente manifestaba, era característico del continente africano. Se instaló en el hotel Hilton, uno de los mejores de la ciudad, gracias a la insistencia de Dylan, que había vuelto a Nueva York a pasar las fiestas con ella y al enterarse del quijotesco viaje al otro lado del mundo, no había querido ni escuchar hablar de un hospedaje económico, ya que ella en ese momento no contaba con dinero suficiente para hoteles de lujo. La euforia por volver a ver a David y la expectativa por el encuentro la hicieron obviar el calor y la humedad, no quiso desayunar, se dio un duchazo rápido y se cambió por ropa cómoda. Se puso un vestido de tela clara salpicado de rosas rojas, unos centímetros arriba de la rodilla, se calzó unas sandalias de tiras, se maquilló de forma suave y se perfumó con Absolut. Al mirar en el espejo el resultado final, un estremecimiento de anticipación la asaltó, en pocos minutos volvería a verlo y por unos instantes, tuvo temor de su reacción.

Salió rumbo al puerto, por la ventana del taxi avistaba nerviosa el paisaje, la ansiedad la envolvía, impaciente, mientras observaba la proliferación de colores, de autos y motocicletas, no tenía idea de qué tan complicada sería la entrada al lugar para llegar al buque. Antes de salir de Estados Unidos había utilizado la escasa influencia que poseía para lograr un permiso de entrada al barco.

Si bien la seguridad del puerto estaba lejos de ser laxa, no tuvo problemas para entrar al lugar, uno de los guardias la llevó en un pequeño automóvil

hasta el muelle. Impresionada, observó lo inmenso de la nave y la fila de gente de toda condición que aguardaba para lograr un alivio a sus males. Eran las diez de la mañana. Se acercó a la escalerilla y presentó sus credenciales, la recibió un joven francés que hablaba inglés con algo de acento. Ella inquirió por el médico y el joven la llevó por un estrecho pasillo hasta una sala que, ella coligió, era la antesala a un consultorio u oficina. La dejó sola mientras iba a buscar al profesional.

Con un nudo en el estómago se dedicó a pasear por la habitación, decorada de manera simple. La sensación que experimentaba cuando él estaba cerca la envolvió por completo junto a su aroma, que reconocería en cualquier lugar del mundo. No quiso darse la vuelta, en cambio, cerró los ojos cuando sintió que se le aflojaban las rodillas.

—¿Qué haces aquí?

Catherine se sintió incapaz de responder al escuchar su tono de voz, se dejó deleitar unos segundos, temía soltarse a llorar. Era David, por fin, era su David, que dio la vuelta y quedó frente a ella.

—Hola —pudo musitar ella con tono ronco.

El corazón brincaba en su pecho y experimentó una opresión en la boca del estómago, no podía disimular la consternación con que lo miraba. Quiso acercarse y tocarlo, tener una conexión con él de cualquier manera, las ansias por sentirlo la tomaron desprevenida.

David le respondió el saludo sin una sonrisa o un gesto de cortesía, con un temple y una dureza que le indicaron que el encuentro sería de todo menos fácil. Lo detalló de arriba abajo, su uniforme de hospital azul le trajo recuerdos de su época del coma. Lucía cansado, bajo sus tomentosos ojos azules se veían las sombras por culpa de la falta de sueño. Lo imaginó trabajando más que todos los demás.

—Contéstame, ¿a qué has venido?

Ella se enderezó y lo enfrentó con el amor, la tenacidad y el temor peleando una dura batalla en su interior. David tenía que comprenderla, se dijo y perdonarla, tenía que recordarse que el hombre furioso y lejano que la miraba, era el mismo hombre tierno que dedicó su tiempo y su amor para sacarla de su sueño de casi seis meses y después le había brindado de manera desinteresada su amor. En homenaje a ese tiempo, ella estaba dispuesta a perdonarle su talante y también sus desplantes.

—Tengo que hablar contigo.

Él soltó una sonrisa rancia, carente de afecto o de bienvenida.

—No tenías que haber venido, Catherine.

Dijo su nombre de una manera que a ella le causó un escalofrío, como si se lo hubiera susurrado al oído atravesándole los recuerdos de los días compartidos. El temor salió corriendo del lugar, la firmeza de espíritu de Catherine, esa que la había acompañado en su vida de carrera como pianista, hizo su aparición.

—Al contrario, te debo una explicación, yo...

—Ya sé que dejaste a Mark, no tenías que haber hecho un viaje tan largo para contármelo. No me importa.

En su cara empezó a gestarse una expresión muy poco amable.

Le hubiera dolido mucho si esa indiferencia hubiera sido real, pero la rabia que aún latía en el tono de sus palabras le partió el corazón. Si bien le sorprendió la noticia de su conocimiento, algo de decepción llegó hasta ella, porque él sabía que ella estaba sola y no había hecho un solo intento de acercarse, a lo mejor había dejado de quererla, cansado de esperar años por un amor que creía no había sido correspondido. Tuvo la urgente necesidad de aclararlo todo, de que la escuchara, pero por primera vez desde que empezó el viaje, tuvo temor de que las cosas no salieran como las había previsto. ¿Sus palabras serían producto de su rencor? ¿La amaba todavía o ya cansado de luchar por un imposible la había olvidado? Estaba segura de que habría cantidad de mujeres encantadas de ocupar su lugar. Su conciencia le decía que lo intentara, que no desfalleciera.

—Las cosas no ocurrieron como tú piensas.

David resopló y se frotó la cara.

—No tienes idea de cómo pienso. —Se revolvió el pelo—. Por eso no quiero verte.

Ella se negaba a dejarse abatir y salir corriendo sin que la escuchara. Quiso acercarse y hacerle una caricia, pero se la sacudiría sin ceremonias y no sabía hasta donde aguantaría su cuota de rechazo, tuvo que recordarse por enésima vez que ese fue el hombre que la ayudó a superar su miedo a tocar el piano después del accidente, que con paciencia curó sus alas y la cuidó. No debía olvidarlo, aunque en ese momento quisiera darle una colleja por imbécil.

—No quiero que me odies, te debo una explicación —repuso en tono firme—. Y no me iré de aquí hasta que me escuches.

—Pues habla y después te largarás como viniste.

—Esa noche nada me hubiera separado de ti.

David se rio entre dientes.

—No me hagas reír, saliste corriendo.

—Excepto que Henry me chantajeó para que te dejara.

Catherine asintió, satisfecha de verlo descolocado por primera vez desde su llegada.

—¿Qué?

—Sí, me mostró unas grabaciones donde estás tú acostado a mi lado cuando estuve en coma y luego otra en la que me besas.

David respiró fuerte, se aferró la cabeza con las manos y caminó de manera brusca por la habitación.

—¿Qué mierda estás diciendo? —Levantó las cejas, confuso.

—Me dijo que si no volvía con Mark, te denunciaría. Te acusaría de no sé qué barbaridades y te impediría ejercer la medicina, me habló de la cárcel. Yo no podía permitirlo, no podía dejar que él destruyera lo que tanto trabajo te costó conseguir. Necesitaba protegerte.

—¡Protegerme! —reaccionó, iracundo, no solo por lo dicho por Catherine, sino porque la situación, como siempre que estaba frente a ella, se salía de sus manos por culpa de las malditas sensaciones—. No necesito ponerme tras tus faldas para solucionar mi vida.

David experimentaba sentimientos encontrados, su reacción al verla resquebrajaba los cimientos en los que deseaba construir una nueva vida. ¿Olvidarla? Quiso reír. La odió en ese instante con el mismo ímpetu con que la amaba, con que siempre la amaría. La odió por necesitarla y porque así estuviera furioso, la deseaba. La odió porque le temía, porque lo había hecho sufrir y eso le impedía ser caritativo con ella y ver más allá de su acción y palabras. Quería que ella sufriera lo que él había sufrido.

—Lo sé, no debí actuar sin consultarte, fue mi error y necesitaba que lo supieras.

—¡Volviste con él! Imagino que dejaste que te tocara.

—¡No! —Lo enfrentó ella—. Mark ni siquiera sabía lo hecho por su padre, Henry me amenazó con ello también. Todo fue de apariencia, las fotos, los reportajes, todo fue una mentira urdida por la ambición de Mark y Henry.

—Me cuesta creerlo —articuló con talante nervioso—. ¿Quién me dice que no es otro de tus juegos?

—Por Dios, David, mírame, soy la mujer que te ama, que siempre te ha amado.

—¡No sigas! —exclamó él, ya descompuesto—. No te atrevas a decirme

que me amas y mucho menos que me has amado todos estos años, no lo hagas.

Necesitaba cerrar ese capítulo, no podía exponer más su corazón. Tenía pánico de creerle y que algo llegara de nuevo a arruinar las cosas, no quería perder la paz encontrada, podría vivir en ese jodido barco toda su puta vida haciendo lo que le gustaba y tenía la certeza de que el olvido llegaría, era lo mejor. Catherine era la enfermedad virulenta que tenía que cumplir su ciclo y ya.

—No puedo quererte más. Me hace daño.

A Catherine le dolieron ese par de frases como si hubiera recibido una patada en el estómago, pero era un dolor más que físico, controló como pudo las ganas de llorar. No había vuelta atrás, no podía ser, por más amor que hubiera entre ellos, los separaban muchas cosas, lo entendió en ese instante y con claridad meridiana se dijo que no lucharía más.

—Te amo, David. Sé que cometí un error, pero lo hice por amor a ti. Ya veo que me lo harás pagar toda la vida y no lo merezco, tú no solo me acusas por lo ocurrido en el hotel, tú me castigas por todo lo que ha pasado entre nosotros desde que nos conocimos, y te recuerdo que también tuviste mucha culpa en esa ocasión; me castigas por mi matrimonio con Mark y ahora te niegas a ver más allá de tu rencor. —Se recompuso, respirando profundamente—. Bien, ten una buena vida, la mereces, ojalá algún día te des cuenta que puedo estar en ella.

Salió de la sala con celeridad, no supo cómo llegó a la escalerilla de entrada, la visión borrosa apenas la dejaba vislumbrar el trayecto, bajó del barco y tomó el primer transporte que encontró rumbo al hotel.



## CAPÍTULO 31

Ella había cruzado medio mundo para buscarlo, era lo que se repetía David, mortificado, mientras trataba de concentrarse en su trabajo. El rencor y los celos le impidieron aceptar que Catherine había atravesado más de una docena de países y llegado a ese lugar para recuperarlo. ¿A qué precio? A medida que transcurría la tarde y entre una cirugía y otra, no dejaba de recordar sus ojos antes de dar la vuelta y salir del barco, desolados, nunca había visto esa mirada en ella, ni siquiera cuando descubrió la infidelidad de Mark.

Él no estaba mucho mejor, fue verla y tener la certeza de que era y seguiría siendo la mujer de su vida, aunque eso no le impidiera portarse como un patán. Apenas pudo respirar durante el encuentro y en cuanto su aroma lo invadió, Dios, casi cae de rodillas, pero el rencor salió al rescate y lo libró de hacer el ridículo, aunque ahora ya no le pareciera tan ridículo. Tantos años sufriendo por no tenerla, luego la vida le daba el regalo de atesorarla por unos cuantos días que le supieron a gloria —aún llevaba en la piel, en el alma y las entrañas la marca de esos días en la cabaña— para después volver a apartarla de él y ahora...

Dios, ella había atravesado medio mundo para verlo. Los Spencer tenían una cuenta muy grande que arreglar con él, Henry era un soberano hijo de puta, caviló, solo una mente retorcida pudo idear chantajear a Catherine de esa manera, ¿qué vio en ella que le hizo pensar que algo así funcionaría? Se sintió desolado cuando cayó en cuenta. Catherine lo amaba y el viejo cabrón se aprovechó de ello. Antes de entrar a otra cirugía, pidió que lo reemplazaran, ya que debía hacer algo importante. Necesitaba hablarle, se reprendió por tonto, la había dejado ir. Ni siquiera sabía dónde se hospedaba, llamó a su padre para saber si él tenía conocimiento, Sebastián a su vez le preguntó a Dylan. Atardecía cuando tuvo noticias y salió del barco a buscarla.

—La señorita Watson abandonó el hotel al mediodía —dijo la recepcionista.

El alma le resbaló al piso. “¿Qué esperabas?”, se reprendió. La había sacado de su vida y para más inri la había lastimado con su actitud. Se dijo que merecía seguir en el purgatorio y trató de volver a su rutina.

“¿No es esto lo que quieres?”, se preguntó al cabo de una semana, pero ya no tenía certeza de nada, no sabía si quería pasarse la vida operando en el barco alrededor del mundo o volver a Nueva York y retomar su vida en el hospital, también podría irse al jodido Polo Norte y congelarse las pelotas por imbécil, pensaba, cada vez que a su mente volvía el recuerdo de la mirada de Catherine.

Con el paso de las semanas, la única certeza que tuvo era que la necesitaba a su lado, esta vez compartiendo su vida. La calma lo invadió de pronto poniendo las cosas en su lugar. Habló con la directiva del barco cuando cumplió los tres meses de labor y consiguió un reemplazo, el residente que tan entusiasmado había estado meses atrás cuando David le comentó la misión, y después de calurosas despedidas, volvió a Estados Unidos.

—Escondido como ratón no la vas a recuperar —dijo Sebastián, que había ido a visitarlo a su departamento.

Hacía tres días había llegado al país y meditaba sobre como propiciar un encuentro.

—Dame un respiro, apenas me recupero del viaje.

—Esta noche será el concierto, no te lo puedes perder.

—Ya compré mi boleta en palco, pero antes tengo que hacer algo.

David había quedado sorprendido al ver el cartel de promoción del primer concierto de Catherine en una esquina cercana al Lincoln Center. Una sensación cálida de amor y orgullo recorrió su pecho y como un tonto sentimental le tomó una fotografía con el móvil.

Después de una charla con su padre, se despidió y caminó hasta el lugar de encuentro, era un bar en Park Avenue. Había nevado gran parte del día, pero deseaba disfrutar del aire helado, llegó algo arrepentido al bar, porque el frío le había calado los huesos, no estaba en forma y tampoco aclimatado debido a las altas temperaturas de África. Mark lo esperaba sentado en la última mesa del local.

—Hola, Mark —saludó, serio. Se quitó el abrigo y los guantes, y se sacudió unos copos de nieve del cabello.

—Hubiera pasado a recogerte, hace un frío de los cojones —dijo Mark.

—Estoy bien.

Se sentó y llamó al barman, le pidió una copa de coñac.

Mark lo miraba serio.

—Estuvo muy mal lo que hiciste —sentenció.

David se rio con sarcasmo.

—Lo dice el hombre que me robó la mujer de la que me había enamorado, a la que luego, sin ninguna consideración, traicionó y abandonó en la enfermedad. —Chasqueó los dientes—. No pudiste cumplir ninguno de tus votos matrimoniales.

Se acercó el mesero con la copa, Mark ya tenía su licor en la mesa.

—Éramos amigos, casi hermanos. No te acuestas con la mujer de tu hermano.

—Te debo una disculpa por ello, tienes razón, no debí aprovecharme de la situación, pero tú sabes que siempre la he amado. Fuiste un cabrón completo al hacer lo que hiciste esa noche.

Mark sostuvo su vaso de licor negándose a mirarlo, mientras David bebía de su copa.

—Mi padre siempre te ha querido más que a mí.

—No sé de dónde sacas esa estúpida idea. No es así, me costó mi tiempo entender por qué hacías lo que hacías, los desplantes que te hacía tu padre los pagaba yo, tarde o temprano. —El trago de licor le calentó el cuerpo—. No sabes lo angustioso que era para mí cada vez que Henry me alababa. Veía tu resentimiento y vivía prevenido esperando el golpe por algún lado, no fue fácil crecer así.

Miró a Mark con determinación y este sintió que el remordimiento se apoderaba de él.

—Lo siento.

—Espero que algún día sepas pararle los pies, no quiero volver a ver a tu padre, lo que le hizo a Catherine fue...

—Grotesco.

—Yo no diría grotesco, fue obsceno.

Mark lo miró con un brillo en los ojos.

—Obsceno fue que besaras a mi esposa mientras estaba en coma.

David se molestó.

—Alguien tenía que hacerlo y tú no estabas por la labor —dijo, con el ánimo de ofenderlo. Mark mudó su temperamento y ya le iba a soltar una diatriba, pero David no lo dejó hablar—. Tu padre no debió haberla chantajeado, debió ir conmigo directamente, pero claro, en ese momento yo no era el objetivo, era el medio para obtener algo. Ustedes dos son las personas más egoístas que he conocido nunca y te lo advierto aquí y ahora, si tu padre vuelve a acercarse a Catherine, sabrá de lo que soy capaz, conozco muchos

secretos tuyos, senador, y a pesar de lo ocurrido, todavía te estimo, pero créeme, no dudaré en utilizarlos si ustedes levantan un solo dedo en contra de ella.

Mark paró la andanada con ambas manos.

—Está bien, ya entendí, no necesitas amenazarme, en cuanto supe lo que mi padre había hecho, le paré los pies. Se sobrepasó, contigo y con ella. Solo quiero cerrar este capítulo y que enterremos el hacha. Los medios manejaron muy bien lo del divorcio, no quiero problemas, creo que esa propaganda le ha servido a Catherine para despegar en su carrera.

David negó con la cabeza.

—No te hagas ilusiones, ella triunfará con méritos propios, no te necesita, no nos necesita.

Mark se quedó callado unos instantes mientras no dejaba de mirarlo.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo puedes amar así? Eres la persona más leal que conozco y siento que hasta ahora me doy cuenta de lo que he perdido en ti.

—Catherine es un persona muy especial y en medio de todo me alegra que las cosas no hayan funcionado contigo.

—Ahora que lo veo, ustedes son tal para cual.

—Bien, ya lo sabes. —David se levantó de la mesa—. Tengo un concierto al que asistir.

—Hasta pronto, David, vine aquí esperando disculpas y rendición de tu parte, pero me ha salido el tiro por la culata.

—Así es la vida, no deja de sorprendernos. —Dudaba mucho que volviera a verlo, pero le alegró haber cerrado ese capítulo como debía—. Adiós.

El teatro en el que sería la función ya estaba casi lleno. David se sentó junto a su padre en uno de los palcos. Vestido de traje y corbata y con un ramo de flores para entregarle al finalizar el concierto, esperaba ansioso el inicio de la función. El corazón le brincó de amor en cuanto la vio aparecer con un vestido rojo muy parecido al que él le había regalado en Chicago, estaba hermosa, deseable, era ella, la bella joven que había conocido una noche de concierto años atrás. Sebastián la miraba orgulloso.

Hizo la venia e inició el concierto con una de las mejores piezas musicales de Rachmaninov, el *Concierto No. 2*, que ejecutó con maestría, desplegando ese encanto que lo había enamorado.

David leyó en el programa que en segundos iniciaría *Sueño de amor No. 3*

de Liszt, pero antes ella tomó el micrófono y habló:

—He elegido esta pieza porque me lleva por la senda de un sueño, por la senda del amor. Ningún otro acorde me puede llevar tan lejos, tan alto, tan profundo, ninguna pieza es tan perfecta, tan especial. La cadencia de su ritmo me lleva a una cabaña frente al mar, a un atardecer sentada al piano, a unos ojos turquíes que me miraban con amor. He sido bendecida por conocer esa clase de sentimiento, ese amor con mayúsculas que pocas personas pueden experimentar, si lo encuentran, no lo suelten, aférrense a él con uñas y dientes, porque si no lo hacen, siempre sentirán su falta.

A David se le aguzó la mirada al escuchar su voz y luego, al verla interpretar esa melodía con una soltura rítmica y una serie ininterrumpida de notas, tuvo que tragar saliva en un intento de fundir el nudo que sentía en la garganta, recordando las veces que la había tocado en su presencia. Pero Catherine apenas estaba empezando, luego de un par de piezas más, volvió a tomar el micrófono:

—La siguiente pieza es de mi autoría y fue compuesta en homenaje a un momento especial de mi vida, ¿recuerdan el gran amor del que les hablaba hace tres piezas? —Se escuchó un “sí” bajito por parte del público—. Está dedicado a esa persona, a lo que vivimos, a su gran corazón, a sus ojos azules. La pieza se llama: *La melodía de la piel*.

David dejó de respirar mientras su padre lo miraba de reojo con una sonrisa ladeada.

—No has debido hacer las cosas tan mal, si te compuso esa pieza. Se la tenía bien guardada. Escúchala y verás.

Catherine cerró los ojos y se perdió en la música, a medida que avanzaba la melodía, David se preguntaba, emocionado, cómo podía ella tocar toda la pieza con los ojos cerrados. Sabía, sin temor a equivocarse, que estaba tocando desde su alma, desde su amor. No dejaba de mirar las expresiones de su cara, adivinaba el recuerdo que estaba atesorando en ese instante y pudo sentir con ella la felicidad, el dolor, el calor, la soledad, los buenos y los malos momentos. Catherine iba a matarlo. Al llegar al clímax de la pieza, su expresión lo dejó sin aliento.

—¡Magnífico! —exclamó Sebastián por lo bajo, cuando un infalible final fue acompañado por el reconocimiento unánime de un público entregado.

David, como en una nube, se levantó, la aplaudió y segundos después se dirigieron hasta el camerino. Un grupo de personas la esperaba a la salida,

alguien de la disquera, un fotógrafo, una admiradora y ellos dos. Sebastián no dejaba de reír.

—Te estás burlando —señaló David.

—No, no es burla, hijo, estoy feliz por ti. Ella te acaba de hacer el mejor regalo que alguien puede recibir.

—Estoy seguro de que ella me hará otros regalos maravillosos —sentenció David, pensando en los hijos que tendrían.

Había pensado en una casa, un perro y varios niños saltando y jugando. A lo mejor ella ahora no querría ese sueño, pero no había ningún afán, tenían toda la vida para cumplirlo. Después de la melodía, ni siquiera se cuestionó si ella lo recibiría de buen grado o no. Si estaba molesta, que estaba en todo su derecho, se arrastraría sin contemplaciones con tal de lograr su perdón.

En cuanto Catherine salió del camerino acomodándose un abrigo negro, sus ojos oscuros como dagas se clavaron en él. David, recostado en la pared, con una mano en el bolsillo y las flores en la otra, observaba cada uno de sus gestos, la vio firmar un autógrafa para su admiradora, atender las felicitaciones del directivo del sello musical y escuchó cómo este la invitaba a salir y ella declinaba la invitación, mientras que a pasos cortos se acercaba a ellos. Lo conmovió el cariño genuino que le prodigó a su padre, quien se despidió con celeridad, dejándolos solos en el pasillo.

—¿Qué haces aquí? —dijo ella con un brillo en los ojos y una sonrisa en la comisura de los labios.

—Es el lugar donde tengo que estar —manifestó David con voz ronca, acusando cada uno de sus gestos.

Ella se quedó pensando unos momentos, se mordisqueó el labio inferior.

—Hasta que te diste cuenta.

David asintió, le devolvió el gesto y le entregó las flores, que ella recibió y abrazó a su pecho, inhalando su aroma, ganaba tiempo mientras calmaba los latidos de su corazón. No quería hacerse ilusiones y se sonrojó al recordar cómo había hablado de él en el concierto.

La vuelta a Estados Unidos la había hecho en medio de una nebulosa de dolor y pérdida, con la fuerza terrible de la realidad circundándola, al llegar a Nueva York, la fe volvió a ella cuando Dylan le contó la llamada que le había hecho David y lo desesperado que había sonado cuando se comunicó con él para inquirir su paradero. “Es cuestión de días el que lo tengas de nuevo a tu puerta”, dijo. Catherine estuvo expectante durante un tiempo, pero él no

apareció y la decepción llegó de nuevo a ella. Se envolvió en la preparación del concierto y las diferentes piezas, en perfeccionar la melodía con que homenajearía ese amor, las tardes solitarias en las que cada uno hacía su vida, como líneas paralelas a las que un accidente les permitió unir sus puntos finales y de allí en adelante ya nunca pudieron volver a estar separadas, a pesar de los conflictos, a pesar de la distancia.

Caminaron uno al lado del otro, no sabían a dónde iban, no les importaba desde que caminaran juntos.

—Fue un concierto magistral.

Ella volteó la cara para mirarlo mientras se ponía los guantes de lana.

—Qué va —dijo—, toqué bien, solo eso.

David fue osado, le pasó la mano por detrás y se la puso en el hombro.

—Gracias —dijo, acercándose y susurrando en su oído.

—¿Por?

—*La melodía de la piel*. Recordé esa mañana, el teclado en tu abdomen. La música en tu piel.

Catherine agradeció a la vida por ese momento y por los que vendrían. David había vuelto a ella, escaldado y herido, pero había vuelto por ella. No le importaba nada más, el tiempo se encargaría de todo lo demás. Salieron a la noche, nevaba, un auto con conductor los esperaba.

—¿Subes? —dijo él, abriendo la puerta, y ella subió.

Ya en el auto con la calefacción a tope, David le quitó los guantes y le besó las manos. Esos besos invadieron a Catherine de un sinfín de sensaciones, quiso abrazarlo, pero primero tendrían que hablar, aún estaba herida por su rechazo en África. No tuvo que esperar mucho.

—Quiero que me perdones por mi comportamiento las últimas veces que nos vimos, no estoy muy orgulloso de como he manejado todo lo que pasó. Perdóname, por favor, si deseas que me aleje, lo haré porque lo merezco, pero quiero que sepas que no puedo estar sin ti. Lo intenté, en serio, intenté olvidarte, aunque no puse mucho empeño. —Frunció el ceño—. No quería hacerlo, esa es la verdad. He vuelto para quedarme, si me aceptas.

—No tengo nada que perdonarte, tenías todo el derecho a estar molesto, pero me dolió, no te lo voy a negar. —Él le tocaba el dorso de la mano con necesidad. No podía dejar de admirarla, de desearla—. Aún no puedo creer que hayas estado en mi primer concierto como profesional —dijo, emocionada.

—Valió la pena cada segundo de amor, de sufrimiento. Hoy te vi como el día en que te conocí, y con esa pasión te quiero ver siempre. No prometo hacerte feliz, pero espero que puedas ser feliz a mi lado.

Catherine dio el primer paso, le regaló una mirada enamorada y le dio un beso suave en los labios, que enseguida él profundizó.

—¿A dónde vamos? —preguntó él, ansioso.

Ella se arrebujó en su pecho.

—Llévame a casa.

Llegaron al departamento de David y después de despachar al conductor, entre besos desaforados, entraron al lugar. Catherine no conocía su casa, anduvo detrás de él hasta la habitación donde, presurosos, se quitaron la ropa. Se besaron de nuevo en cuanto cayeron en la cama. Sonrieron en medio de caricias desmedidas. David se deleitó en la suavidad de su piel, en el contorno de su cuerpo. Vio un tatuaje que ella tenía a un lado del abdomen bajo.

—¿Y esto? —Detalló con la vista la figura.

Ella lo repasó a con el dedo.

—Es uno de los acordes de *Sueños de amor*. Ahí fue donde dibujaste el teclado, quería tener algo tuyo grabado en mi piel.

El teclado con un acorde, era un trabajo muy bien hecho, que realzaba la palidez de su piel, amaba *Sueños de amor*, pero desde esa noche tenía otra melodía preferida.

—¡Vaya! —exclamó sorprendido— ¿Hiciste eso por mí?

—Sí —respondió ella con una sonrisa resplandeciente—. Todas las noches le hacía una ceremonia vudú pidiendo que aparecieras en mi puerta. Veo que funcionó.

David besó con reverencia el dibujo.

—No hay que subestimar el poder de los tatuajes musicales —dijo con voz ronca mientras acariciaba la porción de piel con el dedo índice, lo que la hizo erizarse.

—Tenemos que ver qué más obsequios hay ahí para mí —dijo, mirándola con ojos brillantes.

—Puedes desenvolver el resto de tu regalo —contestó ella, mientras él le bajaba la ropa interior.

David vio su mirada y su deseo se quintuplicó. Asaltó su sexo con voracidad y anhelo, aumentado la tensión entre ellos. Refregó su rostro en ella,

la devoró sin tregua y cuando estuvo a tono con su pasión, la penetró, ansioso. Catherine le acariciaba la espalda, las nalgas, el pecho. Estaba muy excitada, sus empujes y caricias la llenaban de un placer celestial. Era adicta a David Foster y ese sentimiento la calcinaba como si huellas ardientes caminaran por su piel. Se sentía por fin en casa, como si después de un largo invierno vislumbrara por fin el inicio de la primavera. Había regresado a David, a su hogar.

Minutos después de la bruma de placer, yacían juntos recuperando la respiración.

Ella había estado inhalando, su nariz enterrada en el pecho de David, ese delicioso aroma masculino, tan particular en él después de hacer el amor, y se sentía tan dichosa que le parecía estar flotando, sin peso, expandiéndose célula a célula, entrando en un paraíso aromático.

—Me muero por ti—dijo.

Las palabras de David rompieron el hechizo.

—No quiero ser un egoísta y robarte este gozo que estás experimentando por tu música, quiero que disfrutes de este momento como debe ser y que el mundo sepa quién eres, iré contigo a donde nos lleve tu música.

Ella lo miró con un mundo de promesas en sus ojos.

—Siempre juntos, a donde nos lleve la música.



## EPÍLOGO

### *Siete años después...*

Los acordes de una melodía sencilla se paseaban por la habitación iluminada, seguidas de las carcajadas de su pequeña Emily, que tocaba el piano con el abuelo Sebastián. La pequeña de cinco años mostraba el mismo talento de su abuelo y su madre, y era la viva estampa de su padre. Catherine les hizo una seña de silencio a Sebastián y a su hija, envió un beso al aire y subió la escalera. En el trayecto, escuchó el diálogo entre la niña y su abuelo.

—Abuelito, ¿hablaste con mi papá sobre Bruno?

—Sí, mi preciosa, hablé con él.

Catherine sonrió, su hija ya había escogido el nombre de la mascota sin ni siquiera tener al animal. David no estaba en contra, pero consideraba a Emily muy pequeña para regalarle un perro, era partidario de esperar el momento perfecto para que la niña tuviera alguna pequeña responsabilidad en su cuidado y no lo fuera a considerar un juguete más, sino un compañero de vida y de juegos.

—¿Qué te dijo?

Sebastián se quedó callado unos instantes.

—Tendrás un cachorro para tu cumpleaños o dejo de llamarme Sebastián —aseveró el abuelo, convenciéndose más a sí mismo que a la pequeña.

Ni el padre ni el hijo tenían posibilidad alguna con Emily, que los manejaba con el dedo meñique.

David adoraba la paternidad, era considerado y siempre respaldaba sus palabras con acciones que le demostraban su amor cada día. Era muy respetado en su profesión y la acompañaba a ella en su carrera de pianista de éxito. Catherine estaba loca por él, era su amor verdadero y la hacía más feliz que en sus sueños más impetuosos.

Esa semana pasaban vacaciones de verano en la cabaña de Babylon, que habían remodelado hacía poco tiempo, agregándole dos habitaciones más y cambiando parte del mobiliario. Ella estaba organizando un concierto con los músicos de la población. Su sueño de llevar la música a todo el mundo se

estaba cristalizando, le gustaba dar conciertos no solo en salones de música elegantes, lo hacía en parques, plazas y patios de universidades.

Sebastián empezó a tocar *Nana*, de Brahms, y la pequeña soltó la risa.

—Es muy fácil abuelo, no me gusta, prefiero *Claro de luna*.

—Esa es mi chica.

Cuando llegó a las puertas del cuarto, se quedó en silencio al escuchar a su esposo hablando con el bebé. Él no la había sentido aún.

—Mi pequeño hombrecito, tu papá hace cirugías muy delicadas, le salva la vida a niños pequeños como tú todos los días, pero esto es otro nivel. Apesta, mi amigo.

Catherine sofocó la risa. Escuchó el gorjeo del pequeño Gideon mientras su padre lo higienizaba y le ajustaba las cintas del pañal. El bebé balbuceaba.

—Ya está, hora de dormir, campeón, yo sé que prefieres que tu madre sea la que se encargue de todo, ella es perfecta en todo lo que hace, ¿es maravillosa, verdad? —Se escuchó otro balbuceo—. Pero yo también lo hago muy bien. No sé por qué tu mami demora tanto.

Ella entró en la habitación y la mirada de su esposo resplandeció enseguida.

Se acercó a ella y le dio un profundo beso en la boca. Catherine correspondió el saludo y le dio un beso en la coronilla al bebé, que enseguida enderezó los brazos hacia ella.

—Hola, mon ange, te hemos extrañado.

—Fue solo una hora, me encontré con Bárbara y me entretuvo un buen rato.

Recibió al pequeño y lo acunó en su pecho, acababa de cumplir siete meses. Habían pasado una semana algo tensa debido a que Gideon había cortado encías y se desesperaba bastante queriendo morder cualquier cosa.

Él la miró con el conocimiento en sus ojos azules.

—¿Me lo vas a confirmar?

Ella blanqueó los ojos.

—Es muy difícil sorprenderte, doctor Foster.

—Conozco las señales —aseveró, serio.

Catherine caminó hasta su habitación. David tomó al bebé de nuevo en brazos y dejó que ella sacara la prueba de embarazo del bolso.

—Yo no necesito saber el resultado de esa prueba, ya lo sé. Estás embarazada otra vez, la línea de tu vientre se oscureció hace un par de días y tus pezones también —dijo con orgullo.

Ella soltó la carcajada.

—Mírate —dijo—, te pavoneas, orgulloso de haber embarazado a tu mujer, como un pavo real.

—Claro que estoy orgulloso y muy feliz como siempre que me das esos maravillosos regalos.

—Pues tu regalo mayor convenció a Sebastián sobre la mascota, prepárate para la guerra.

David frunció los hombros y sonrió.

—Estoy preparado.

Catherine volvió a besar a su pequeño, le palmeó el trasero a su esposo y entró al baño para realizar la prueba de embarazo.

El piano se silenció y segundos después escuchó el ruido de la puerta. David se asomó a la ventana y vio a su padre caminar con Emily hacia la playa, llevaban un balde y varias palas. Caminaban y recogían piedras y conchas por el camino. Sebastián estaba totalmente involucrado en sus vidas, la adoración que les manifestaba a su esposa y a sus hijos lo había redimido ante sus ojos. Había superado el resentimiento, tenía una hermosa familia, una mujer a la que adoraba y unos hijos maravillosos.

El pequeño se durmió y David lo llevó a la cuna. La noche en que la dejó embarazada, porque él estaba seguro del embarazo, se les había roto un condón, Catherine todavía amamantaba a Gideon y, por supuesto, no tomaba ningún método anticonceptivo aún. Le preocupaba que ella resintiera el hecho, tenía planes de grabar otro disco y una serie de conciertos. No quería que truncara sus planes, la quería con todos sus jodidos sueños cumplidos. Al volver a la habitación, Catherine salía del baño.

—¿Y Gideon?

—Está dormido. ¿Y bien?

Él la miró, interrogante, no necesitaba mirar la prueba para saberlo.

—Doctor Foster, estamos embarazados —dijo ella, emocionada y blandiendo la prueba en la cara de él.

Los ojos de David parpadearon. La abrazó, luego la levantó y le dio varias vueltas.

—Te amo. No quiero que aplaces los conciertos del otoño.

—No lo haré. —Ella le desarrugó el ceño con una caricia de sus dedos.

—El primer trimestre para ti es fatal —señaló, preocupado.

—Todo saldrá bien —aseguró ella—. Es otro maravilloso regalo, lo que me recuerda algo.

Lo tomó de la mano y la llevó a su vientre. David se arrodilló, le levantó

la camiseta y se lo besó con devoción.

—Bienvenido a la familia, estarás tan contento allí, calentito y cómodo que no querrás salir. Lo sé, porque me pasa lo mismo.

Catherine rio y le dio una palmada en el hombro.

—Eres un descarado.

Luego bajaron la escalera.

—¿Qué te prometí? No lo recuerdo.

—Sí, lo recuerdas, pero no tengo ningún inconveniente en recordártelo. Me prometiste que te sentarías al piano y tocarías para mí el día que te diera otro maravilloso regalo.

Él sonrió, se sentó al piano y le pidió a ella que se sentara a su lado. Los acordes de *La melodía de la piel*, de la mano de David, saturaron la estancia. Luego la miró.

—Me has dado más de lo que nunca soñé, has hecho de mi vida una sonata de amor.

**FIN**



## **AGRADECIMIENTOS**

A Dios porque soy su consentida. A mi familia por su paciencia y amor, a mis lectoras Beta por el tiempo dedicado, a mi amiga querida Aryam Shields, por la ayuda, las risas y las charlas, gracias por tu amistad. A todas mis lectoras por su apoyo incondicional. A Isa Quintín por su paciencia y talento, a Vivian que me ayuda a que la historia se vista gala, así como ustedes la merecen.

## **SOBRE LA AUTORA**

Isabel Acuña C.

Nació en Bogotá, Colombia. Estudió Bacteriología, carrera que ejerció por más de quince años. Actualmente está radicada en la ciudad de Barranquilla, dedicada a su familia y a la escritura.

Es lectora desde que recuerda, de joven disfrutaba de las novelas de Julio Verne, Charles Dickens y una novela muy especial de Armando Palacios Valdés, llamada La Hermana San Sulpicio, que releyó durante toda su adolescencia y que fue el inicio de su amor por las novelas románticas. Lee todos los géneros literarios entre sus autores preferidos están Gabriel García Márquez, Sandor Marai, Florencia Bonelli y Paullina Simons.

Fue participante del taller literario José Félix Fuenmayor durante tres años y pertenece a un colectivo literario que publicará una antología de cuentos de sus participantes llamada A ocho tintas, en enero del 2017.

Publicó su primera novela **De vuelta a tu amor** en enero del 2013, en la plataforma de Amazon.

Publicó **De vuelta a tu amor/La unión** el 18 de febrero del 2014, bajo el sello Zafiro de editorial Planeta.

Unos meses después, publicó la novela **Entre el valle y las sombras**, en la plataforma de Amazon, el 25 de mayo del 2014.

La novela **Hermosa locura**, primer libro de la serie, **Un amor para siempre**, fue publicada en la plataforma de Amazon, el 25 de febrero del 2015.

El segundo libro de la serie **Un amor para siempre, Perdido en tu piel**, se publicó con Amazon, el 24 de agosto del 2015.

En septiembre 14 del 2016, publicó su novela **Tal vez en otra vida**, por la plataforma de Amazon.

En abril 26 del 2017, ocupó el primer puesto en el concurso **Eriginal Books 2017** en la categoría de novela romántica con la novela **Tal vez en otra vida**.

En mayo 4 del 2017 publicó su novela **En un beso la vida**, recibiendo muy buenas reseñas.

En noviembre 22 del 2017 publicó su novela **Giros del Destino**, conservándose en el top 100 durante varios meses.

En mayo 5 del 2018 publicó **El camino de la seducción**, primera novela de romance histórico que estuvo en el top 100 durante varios meses.

Todas sus novelas han sido recibidas con entusiasmo y excelentes críticas, por parte del público que la ha leído alrededor del mundo a través del portal de Amazon, ocupando a pocas horas de publicadas los primeros puestos en dicha plataforma y convirtiéndose en Bestsellers por varios meses.

En julio del 2018 fue nombrada jurado del 5to concurso Premio Literario Amazon junto a varios colegas de diversos lugares del mundo, entre ellos Ismael Cala.

Participa de forma activa en las redes sociales y tiene un blog donde habla de literatura romántica y otros temas.